

ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACION
PARA 1878,

ESCRITO POR LOS SEÑORES

BLASCO (D. Eusebio), BUSTILLO (D. Eduardo),
CAMPILLO (D. Narciso), CASTELAR (D. Emilio), CUETO (D. Leopoldo Augusto de),
ECHEGARAY (D. José), FERNANDEZ DURO (D. Cesáreo),
FERNANDEZ FLOREZ (D. Isidoro),
FERNANDEZ GRILO (D. Antonio), GARCÍA CADENA (D. Peregrin), HERRANZ (D. Juan José),
MARTINEZ DE VELASCO (D. Eusebio), NUÑEZ DE ARCE (D. Gaspar),
PALACIO (D. Manuel del), PEREZ ECHEVARRÍA (D. Francisco), PEREZ GALDÓS (D. Benito), QUEROL (D. V. W.),
REVILLA (D. Manuel de la), VALERA (D. Juan) y ZORRILLA (D. José),

Y ADICIONADO CON CUATRO PIEZAS DE MÚSICA COMPUESTAS EXPRESAMENTE PARA ESTE LIBRO

POR LOS SEÑORES

ARRIETA (D. Emilio), FERNANDEZ GRAJAL (D. T.) y ZUBIAURRE (D. Valentin).

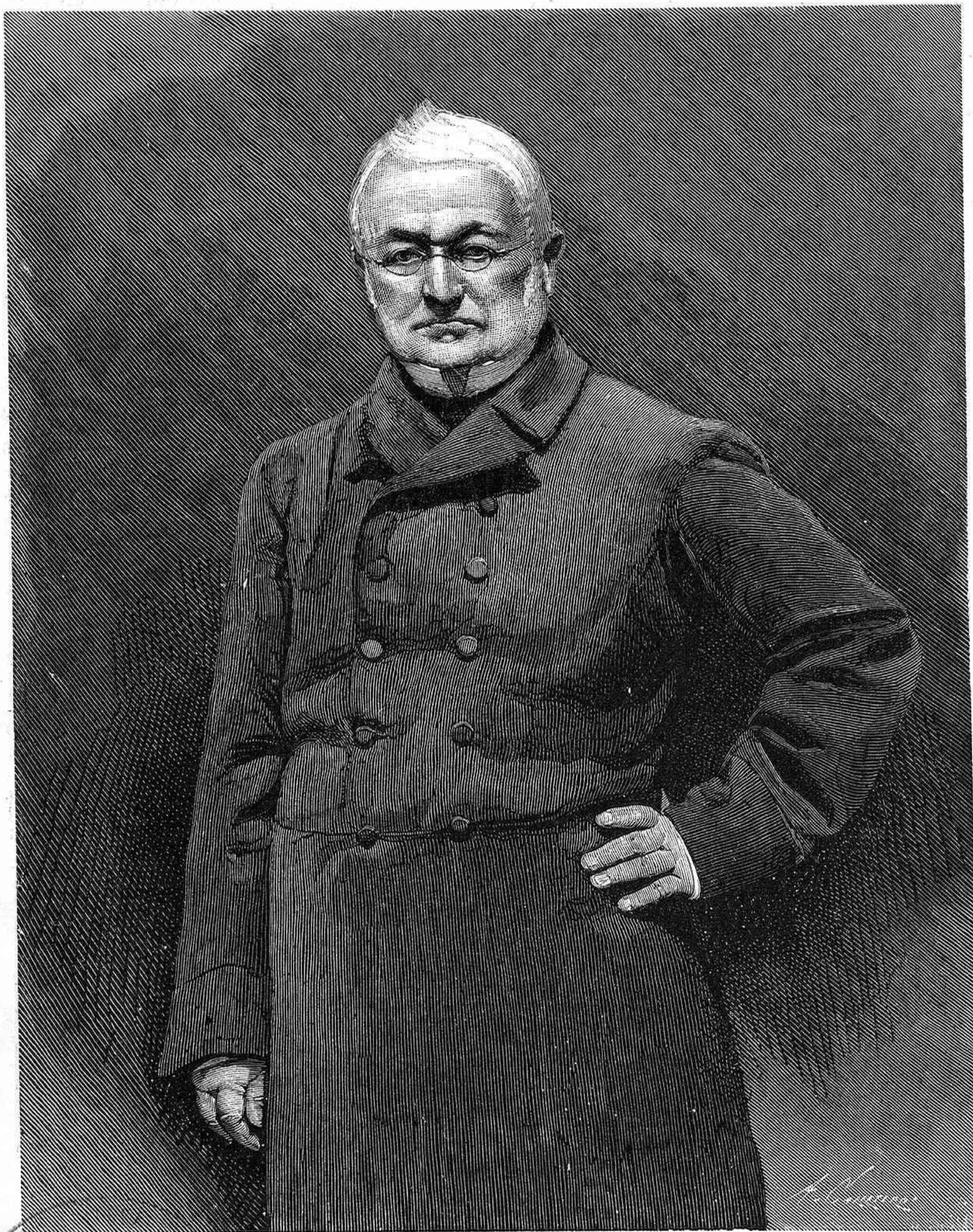
~~~~~  
AÑO V.  
~~~~~



MADRID,
IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^a
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

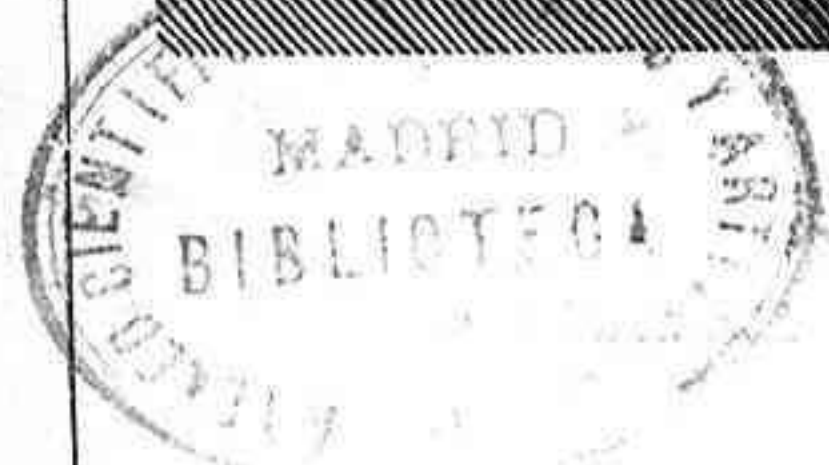
1877.

Es propiedad de los editores. Queda
hecho el depósito que marca la ley.



LUIS ADOLFO THIERS.

CUADRO DE M. L. BONNAT EXPUESTO EN EL *Salon* DE 1877. (Véase la pág. 131.)



PRELIMINARES



AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

| | | | |
|------------------------|-------|---|----|
| Aureo número | 17 | Indiccion romana | VI |
| Epacta | XXVII | Letra dominical | F |
| Ciclo solar | 11 | Letra del martirologio romano | g |

FIESTAS MOVIBLES.

| | |
|--|----------------------|
| Domingo de Septuagésima | 17 de Febrero. |
| Miércoles de Ceniza | 6 de Marzo. |
| Pascua de Resurreccion | 21 de Abril. |
| Letanias | 27, 28 y 29 de Mayo. |
| Ascension del Señor | 30 de Mayo. |
| Pascua de Pentecostés | 9 de Junio. |
| La Santísima Trinidad | 16 de Junio. |
| SS. Corpus Christi | 20 de Junio. |
| Dominicas entre Pentecostés y Adviento | 24 |
| Primera Dominica de Adviento | 1 de Diciembre. |

FIESTAS SUPRIMIDAS.

| | |
|--|----------------|
| Pascuas de Resurreccion, Pentecostés y Navidad, los dias segundo y tercero | |
| San Matias, apóstol | 21 de Febrero. |
| San Felipe y Santiago, apóstol | 1 de Mayo. |
| La Invenccion de la Santa Cruz | 3 de Mayo. |
| San Antonio de Pádua | 13 de Junio. |

| | |
|--|------------------|
| San Juan Bautista | 24 de Junio. |
| Santa Ana, madre de Nuestra Señora | 26 de Julio. |
| San Lorenzo, mártir | 10 de Agosto. |
| San Bartolomé, apóstol | 24 de Agosto. |
| San Mateo, apóstol | 21 de Setiembre. |
| San Miguel Arcángel | 29 de Setiembre. |
| San Simon y San Júdas, apóstoles | 28 de Octubre. |
| San Eugenio, arzobispo de Toledo | 15 de Noviembre. |
| San Andrés, apóstol | 30 de Noviembre. |
| Santo Tomás, apóstol | 21 de Diciembre. |
| Los Santos Inocentes | 28 de Diciembre. |
| San Silvestre, papa y mártir | 31 de Diciembre. |

TÉMPORAS.

| | |
|------------------------------|-----------------------------------|
| I.—El 13, 15 y 16 de Marzo. | III.—El 18, 20 y 21 de Setiembre. |
| II.—El 12, 14 y 15 de Junio. | IV.—El 18, 20 y 21 de Diciembre. |

DIAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 17 de Febrero; el 12, 23, 24 y 31 de Marzo; el 12, 13 y 24 de Abril, y el 13 y 15 de Junio.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 8 de Mayo, y se cierran respectivamente el 18 de Febrero y el 1.º de Diciembre.

AÑO ASTRONÓMICO.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

| | |
|--------------------------------------|---|
| En <i>Acuario</i> , el 20 de Enero. | En <i>Leo</i> , el 22 de Julio. |
| En <i>Piscis</i> , el 18 de Febrero. | En <i>Virgo</i> , el 23 de Agosto. |
| En <i>Aries</i> , el 20 de Marzo. | En <i>Libra</i> , el 23 de Setiembre. |
| En <i>Tauro</i> , el 20 de Abril. | En <i>Escorpio</i> , el 23 de Octubre. |
| En <i>Géminis</i> , el 21 de Mayo. | En <i>Sagitario</i> , el 22 de Noviembre. |
| En <i>Cáncer</i> , el 21 de Junio. | En <i>Capricornio</i> , el 21 de Diciembre. |

ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Empieza el 20 de Marzo, á las 5 h. y 18 m. de la tarde.
 ESTÍO.—Empieza el 21 de Junio, á la 1 h. y 39 m. de la tarde.
 OTOÑO.—Empieza el 23 de Setiembre, á las 4 h. y 1 m. de la mañana.
 INVIERNO.—Empieza el 21 de Diciembre, á las 10 h. y 16 m. de la noche.

ECLIPSES.

Febrero, 1.º—Anular de SOL, *invisible* en España.—Principia en la tierra á 17 h. 31 m. y 4 s., y termina á las 22 h. 34 m. y 2 s.
 Será visible en parte de la Australia, en gran parte del Océano Pacifico Meridional y en el mar Polar Antártico.

Febrero, 17.—Parcial de LUNA, *invisible* en España.—Principio del eclipse, á las 9 h. 18 m. de la mañana; medio, á las 10 h. 46 m. de la mañana; fin, á las 12 h. 14 m. del día.

Será visible en gran parte de Asia, en toda la América Septentrional y gran parte de la Meridional, en la Australia, en el estrecho de Behering, en el Pacifico, en parte del Océano Atlántico y del Índico, en casi todo el mar Polar Ártico y en parte del Antártico.

Julio, 29.—Total de SOL, *invisible* en España.—Principia en la tierra á las 6 h. 53 m. 4 s., y termina á las 11 h. 51 m.

Será visible en parte de Asia, en toda la América del Norte, en parte de la del Sur, en las Antillas, en el Océano Atlántico, en el grande Océano Pacifico del Norte y en el mar Polar Ártico.

Agosto, 12 y 13.—Parcial de LUNA, *visible* en España.—Principio del eclipse, el día 12 á las 10 h. 18 m. de la noche; medio, á las 11 h. 43 m. de la noche; fin, á la 1 h. y 9 de la madrugada del 13.

Será visible en toda Europa y África, en parte de Asia, en una pequeña parte de la Australia, en la América Meridional y en parte de la Septentrional, en el Océano Índico y Atlántico, en una pequeña parte del Pacifico, en parte del mar Polar Ártico y en gran parte de la Australia.

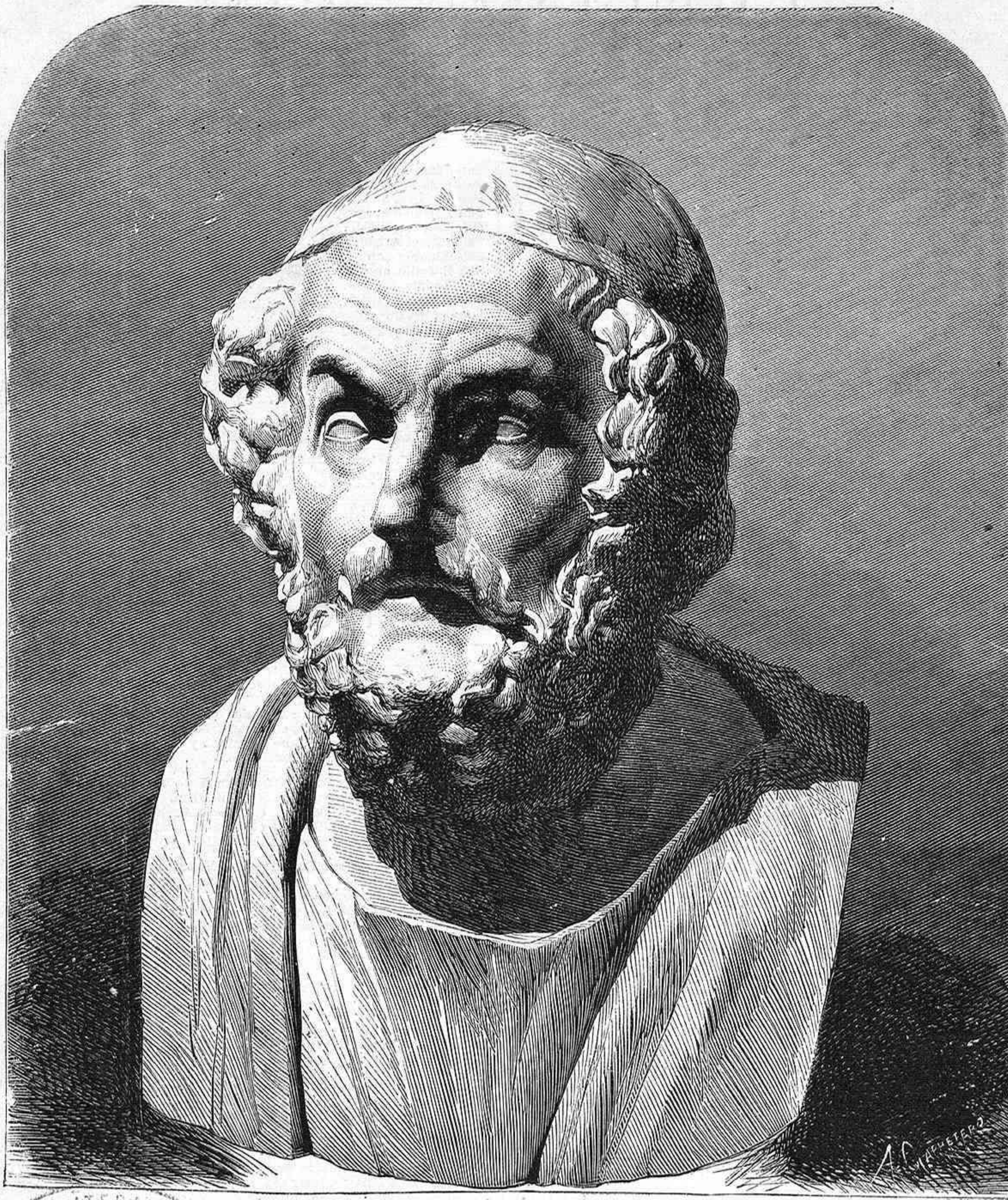
Nota importante.—Todos los anuncios astronómicos de este ALMANAQUE están expresados en *tiempo medio civil* del Observatorio de Marina de San Fernando.

AÑO HISTÓRICO.

ÉPOCAS CÉLEBRES EN ESPAÑA.

| | |
|--|--------|
| Llegada de los fenicios (<i>antes de Jesucristo</i>) | 1400 |
| Llegada de los cartagineses | 501 |
| Destruccion de Sagunto | 219 |
| Invasion de los romanos | 218 |
| Destruccion de Numancia | 133 |
| Invasion de los godos (<i>despues de Jesucristo</i>) | 414 |
| Invasion de los árabes | 711 |
| Principio de la reconquista | 718 |
| Principio del congado de Barcelona | 874 |
| Principio del reino de Navarra | 905(?) |
| Principio del reino de Aragon | 970 |
| Union de Aragon y Cataluña | 1035 |
| Principio del reino de Portugal | 1137 |
| Batalla de las Navas de Tolosa | 1139 |
| Conquista de las islas Baleares | 1212 |
| Union de Leon y Castilla | 1230 |

| | |
|---|------|
| Batalla del Salado | 1350 |
| Reinado de los Reyes Católicos | 1474 |
| Introduccion de la imprenta en España | 1474 |
| Conquista de Granada | 1492 |
| Descubrimiento de América por Cristóbal Colon | 1492 |
| Principio de la dinastia austriaca | 1517 |
| Principio de la dinastia de Borbon | 1700 |
| Invasion francesa | 1808 |
| Independencia de Méjico y Centro América | 1810 |
| Independencia de la República Argentina | 1810 |
| Principio de la época constitucional | 1812 |
| Independencia de Colombia (Estados-Unidos) | 1813 |
| Proclamacion de la independencia de Chile | 1818 |
| Independencia del Perú | 1821 |
| Independencia de Bolivia | 1825 |
| Destronamiento de Doña Isabel II | 1868 |
| Proclamacion de la República | 1873 |
| Proclamacion de S. M. el Rey D. Alfonso XII | 1874 |



HOMERO.

Cópia del busto en mármol que existe en la Real Academia de Bellas Artes.—(Véase la página 11.)



MEDIDA DEL TIEMPO.



Perfectamente definido *el tiempo* en el erudito artículo que sirve de ingreso al *Almanaque de LA ILUSTRACION* del año anterior, natural es que el presente ofrezca una idea de los medios discurridos para medir esa cosa que los antiguos representaron por una sierpe mordeándose la cola, para simbolizar que se reproduce sin solución de continuidad.

Ofrecióse á la contemplacion del hombre primitivo la bóveda celeste, sembrada, por la benéfica providencia del Criador, de puntos luminosos. En la línea aparente que limita la superficie que habitaba vió aparecer el Sol, elevarse hasta cierta altura, descender desde ella y ocultarse en el lado opuesto del *horizonte* para reaparecer por el mismo sitio, y la repetición de este fenómeno, al cual debía acomodar las necesidades de la vida, por la sucesión de la luz y la oscuridad que produce, le brindó con el intervalo que llamó *dia*, para la referencia de los sucesos. Luz y oscuridad lo dividían naturalmente en dos partes distintas, de las que la primera tenía fácil subdivisión, porque desde que abre Aurora las puertas del Oriente al carro abrasador del Sol, hasta que Febo lo sumerge en las ondas del mar, hay un momento en que la sombra señala sobre la tierra el punto culminante de la carrera diurna, ó lo que es lo mismo, el *mediodia*.

Durante la noche aparecen sucesivamente tambien en el horizonte las estrellas, y siguen una marcha parecida á la del Sol, como si todo el cielo girase de Oriente á Occidente, que es lo que los primeros astrónomos creyeron, engañados por el sentido de la vista, como el viajero que desde el coche de un ferro-carril mira los árboles y otros objetos que pasan ante su ventana.

Si la bóveda celeste, si los astros que en ella observamos se moviesen alrededor de nuestro planeta, el Sol, para no entrar en otras consideraciones de orden más elevado, tendría que describir en un dia un círculo de 34 millones de leguas de radio, lo cual representa una velocidad de 2.500 leguas por segundo, y esto es nada comparado con el camino que habrían de hacer las estrellas, para alguna de las cuales, situadas en el Ecuador, resultaría la inconcebible marcha de 517 millones de leguas por segundo. Sin embargo, el testimonio engañoso de la vista, la interpretación literal de las Sagradas Escrituras, y tambien el orgullo de la humanidad, que todo quiere subordinarlo á su albedrío, rechazaron las fundadas teorías de Copérnico y de Galileo hasta una época relativamente próxima á nuestros días, en que quedó fuera de discusión la verdad demostrada de que es la Tierra la que gira de Occidente á Oriente sobre una línea de dirección constante que pasa por sus polos, rotación que produce la aparente de la bóveda celeste en sentido contrario, y el fenómeno del dia y de la noche.

Midiendo con toda la exactitud de que son susceptibles los instrumentos modernos la amplitud de los arcos descritos por las estrellas en intervalos fijos, se advierte que aquéllos son siempre iguales, ó lo que es lo mismo, que el movimiento giratorio de la Tierra es uniforme y constante, de modo que puede servir realmente de unidad de medida del tiempo si á partir del momento de la *culminación* ó paso por el meridiano de una estrella se cuenta el intervalo que transcurre hasta que la misma estrella vuelve

á pasar por el meridiano de la observación, duración de que se sirven los astrónomos y que distinguen con el nombre de *dia sidéreo* (1), dividiéndolo en 24 horas, la hora en 60 minutos, el minuto en 60 segundos, ó sea el dia en 86.400 segundos de *tiempo sidéreo*, que aún se subdividen en décimos para las observaciones delicadas.

Si la Tierra no tuviera otro movimiento que el de rotación, el intervalo trascurrido entre dos pasos sucesivos del Sol por un mismo meridiano, que se llama *dia natural*, *dia solar* y *dia verdadero*, tendría la misma duración que el dia sidéreo y la condición de invariabilidad necesaria para medir el tiempo con exactitud, con la cual y por la influencia que el Sol ejerce sobre nuestra existencia, sería el dia verdadero la unidad fundamental; pero á la vez que gira sobre su eje, se traslada de lugar la Tierra, describiendo alrededor del Sol una curva elíptica, y este nuevo movimiento de traslación, que no produce variación sensible en la observación de las estrellas por la inmensidad de la distancia á que se hallan de nosotros, tratándose del Sol, hace que el observador, creyéndose en reposo, atribuya su propio movimiento á dicho astro, y lo vea describir en el mismo tiempo una órbita igual á la de la Tierra. La combinación de ambos movimientos ocasiona alteraciones en la duración del dia solar ó verdadero, mientras que la del dia sidéreo es invariable. Como la Tierra avanza durante las 24 horas de este tiempo que emplea en el movimiento giratorio para que el Sol pase dos veces sucesivas por el mismo meridiano, es necesario que, después de la vuelta completa, gire un poco más; así que el dia solar ó verdadero se define por *el tiempo que emplea la Tierra en hacer una revolución alrededor de su eje y en describir á más un arco igual al movimiento diario en ascension recta*. Este último movimiento no es uniforme, y por tanto son desiguales los días verdaderos; mas para no perder las ventajas que resultan de poder apreciar el tiempo por el movimiento aparente del Sol, han ideado los astrónomos el *dia medio*, que es el tiempo que trascurriría entre dos pasos sucesivos del Sol por un meridiano, si el movimiento aparente del Sol sobre el Ecuador fuera uniforme, ó sea la duración media en todo el año del dia verdadero. Dividido el dia en 24 horas, se llamó *tiempo medio* al que se aprecia por esta convención, que es la que sirve para el arreglo de los relojes.

Por lo dicho se advierte que el dia sidéreo es menor que el dia medio, y que éste, como promedio de la duración variable del dia verdadero, es mayor unas veces y menor otras. La diferencia entre el dia verdadero y el medio se llama *ecuación de tiempo*, y los observatorios publican la correspondiente á cada dia para el que necesita hacer reducciones de un tiempo al otro. Hace algunos años se ponía en determinados edificios públicos un cañoncito que disparaban los rayos del Sol al estar en el meridiano, señalando de este modo el medio dia verdadero: hoy los dichos observatorios indican con mecanismos eléctricos, como la bola de la Puerta del Sol, el momento del mediodía medio, que es al que se arreglan los servicios públicos.

Entre dos observadores, el que está más al Oriente ve

(1) De *sidus, sideris*, estrella.

salir el Sol ántes que el otro, como consecuencia del movimiento giratorio de la Tierra en direccion de Occidente á Oriente; ántes pasa, naturalmente, por su meridiano, y cuenta por tanto más horas ó tiene su reloj adelantado con relacion al otro. La diferencia de horas es tanto mayor cuanto lo es la distancia oriental: si viven en meridianos opuestos, al ser mediodia para el uno sonará la media noche del otro. De aquí y de ser igual la diferencia de horas á la de las longitudes terrestres se sigue que, si el observador se aleja de su meridiano hácia el Oriente para reducir su hora á la del punto de partida, deberá restar la diferencia de longitud que ha caminado; y si por el contrario se ha dirigido hácia Occidente, ha de sumar la diferencia de longitud á su hora para conocer la del referido punto de partida.

Más claro: el viajero que al oír las doce del dia en el reloj de Puerto-Rico quiera saber la hora que cuenta en aquel instante la familia que dejó en Madrid, habrá de sumar las cuatro horas de diferencia de longitud que próximamente está aquel punto al Occidente de la Côte, y hallará que en ésta son las cuatro de la tarde. Si el viajero estuviera en Rumanía presenciando las operaciones bélicas de los rusos, tendria que hacer la operacion contraria, restando de su hora las dos y media que viene á estar Madrid al Occidente.

El movimiento de traslacion de la Tierra ocasiona otros fenómenos que igualmente se utilizan para medir el tiempo.

Nuestro planeta describe en el espacio una curva cerrada alrededor del Sol en 365 dias, 6 horas, 9 minutos, 10 segundos y 75 céntimos de segundo. El radio medio de la curva ó distancia al Sol es de 153.500.000 kilómetros, dato que aprecia la longitud de la curva entera en 964 millones de kilómetros, ó sean 241 millones de leguas. La velocidad media de la Tierra sobre esa línea es de 30.550 metros por segundo, que equivalen á 27.500 leguas por hora; de modo que no sólo giramos sin cesar describiendo alrededor del eje terrestre arcos de extension variable, segun la latitud del lugar, que para los del Ecuador alcanzan á 464 metros, sino que tambien, sin darnos cuenta, atravesamos el espacio á razon de 8 leguas por segundo con tan enorme vehiculo.

Queriendo buscar un término de comparacion que fije las ideas acerca del movimiento prodigioso de nuestro planeta, dos físicos contemporáneos, Helmholtz y Mayer, trataron de calcular qué sucederia si la Tierra se detuviera bruscamente en su camino, y espantados, dedujeron que la detencion, equivalente á un choque, desarrollaria calor suficiente para fundir en totalidad el globo y para reducir una gran parte al estado de vapor.

Pero como ha de seguir, mientras Dios quiera, ejecutando ese vals de dos tiempos en que le acompañan los otros cuerpos de nuestro sistema planetario y otros sistemas que en número casi infinito pueblan la inmensidad del espacio, los hombres se han servido de su marcha para establecer otra unidad de tiempo, que han llamado *año*, significando con esta palabra el intervalo que transcurre desde que la Tierra está en un punto determinado de su órbita hasta que al mismo vuelve. Este punto arbitrario diferencia en algo la medida, como sucede con los dias. Si se cuenta el tiempo que transcurre desde que se ve el Sol en el perihelio hasta que vuelve á verse en ese mismo sitio, se llama el año *anomalístico*. Si se considera el término desde que el Sol pasa por un meridiano determinado juntamente con una estrella hasta que vuelve á pasar simultáneamente con ella, se denomina el año *sidéreo*, y si se atiende al tiempo que se consume desde que se ve el Sol en uno de los puntos equinocciales hasta que vuelve á alcanzarlo, se nombra el año *trópico*.

La duracion de estos años es desigual por movimiento propio de los puntos que sirven de comparacion: el mayor es el año anomalístico: ántes he apuntado la duracion del sidéreo como tiempo que emplea la Tierra en la carrera de su órbita, y réstame decir que el más corto de todos, el

año trópico, tiene 365 dias, 5 horas, 48 minutos, 47 segundos y una fraccion de éstos.

Adoptada la nueva unidad año, para fijar un suceso basta citar la *fecha*, que es el tiempo trascurrido desde un origen convencional ó *Era* hasta la ocurrencia que se quiere mencionar, admitiendo que los años se suceden sin interrupcion, y distinguiéndolos con un número ordinal; mas para ello es preciso que los años tengan número completo de dias, y como ni el sidéreo ni el trópico están en este caso, por la fraccion de un cuarto de dia que aproximadamente tienen uno y otro, por verdadera unidad idearon los astrónomos, como habian hecho con el dia medio, el *año civil*, compuesto de 365 dias justos y dividido en doce meses, con nombres distintos y con número cabal de dias cada uno. Los dias del mes se diferencian por un número de órden progresivo, con lo cual año, mes, dia y hora marcan cualquier momento histórico.

La fraccion de dia que en el año civil se suprime, compone un dia entero al cabo de cuatro años, y para relacionarlo con el año trópico, que es el que determina el principio de las estaciones, tan influyente en las producciones de la Tierra y en los trabajos del hombre, se ha determinado que cada período de cuatro años se cuenten tres años comunes, ó de 365 dias y un bisiesto, ó 366, añadiendo este dia al mes de Febrero.

Queda todavía un pico de 11 minutos y 12 segundos, que produce 44 minutos y medio de diferencia en la entrada de las estaciones cada cuatro años, y éstas se anticiparian tres dias y algo más de dos horas al cabo de cuatrocientos, si no se enmendase la cuenta omitiendo tres bisiestos en este período. Aun así avanza el dicho principio de las estaciones, pero en una cantidad tan pequeña, que serán necesarios cuatro mil años para que la fraccion componga un dia.

El primer año de nuestra época (que es el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo) fué primero despues de bisiesto, por lo que, dividiendo la cifra de un año cualquiera por 4, indica el residuo 1, 2 ó 3, si es primero, segundo ó tercero despues de bisiesto. Los años seculares, como 1400, 1500, 1600, serian todos bisiestos por esta regla general sin la excepcion ántes indicada; y para que exista otra regla fija que marque los bisiestos suprimidos, se ha concertado que sean bisiestos aquéllos cuyos millares y centenas, consideradas como unidades, sean exactamente divisibles por 4, y por ello ha sido bisiesto el año 1600 y comunes los 1700, 1800, como lo será el 1900.

Tales son las bases del Calendario moderno, con las cuales el valor medio del año civil en un largo intervalo de tiempo viene á ser precisamente igual á la duracion del año trópico. Para fundarlas se han sucedido en el estudio muchas generaciones, porque la Astronomía, como las otras ciencias de observacion, ha tenido que atravesar, ántes de llegar á la altura de los descubrimientos que hoy atesora, los trabajosos períodos de la infancia y de la adolescencia. El año establecido por Numa Pompilio en Roma se regía por los movimientos de la Luna, y tenía 355 dias, distribuidos en doce meses, que sirvieron para la cuenta hasta que la experiencia fué enseñando sus inconvenientes. Julio César ordenó una primera correccion, seguida por la del papa Gregorio XIII, en términos ya explicados por el *Almanaque de LA ILUSTRACION* para 1877, y que sería ocioso por tanto repetir; de modo que sólo data del año 1582 el sistema que, á excepcion de Rusia, rige en todas las naciones cristianas.

El uso comun admite otra division del tiempo que no está relacionada con el mes ni con el año, y que no figura por tanto en la indicacion de las fechas. El período de siete dias ó *semana* sólo sirve para dar nombre á los dias y para señalar el que la Ley Divina destinó al descanso. El origen de esta division es, pues, remotísimo, procediendo los nombres de los siete planetas que los antiguos conocieron, comprendidos el Sol y la Luna.

El orden de sucesion es el de las distancias, que estimaban por los intervalos que los astros empleaban para reaparecer en un mismo signo, empezando por Saturno, que es el más lejano y el que daba nombre al día primero de la semana (el *sábado* de los hebreos), y siguiendo como indica el dístico:

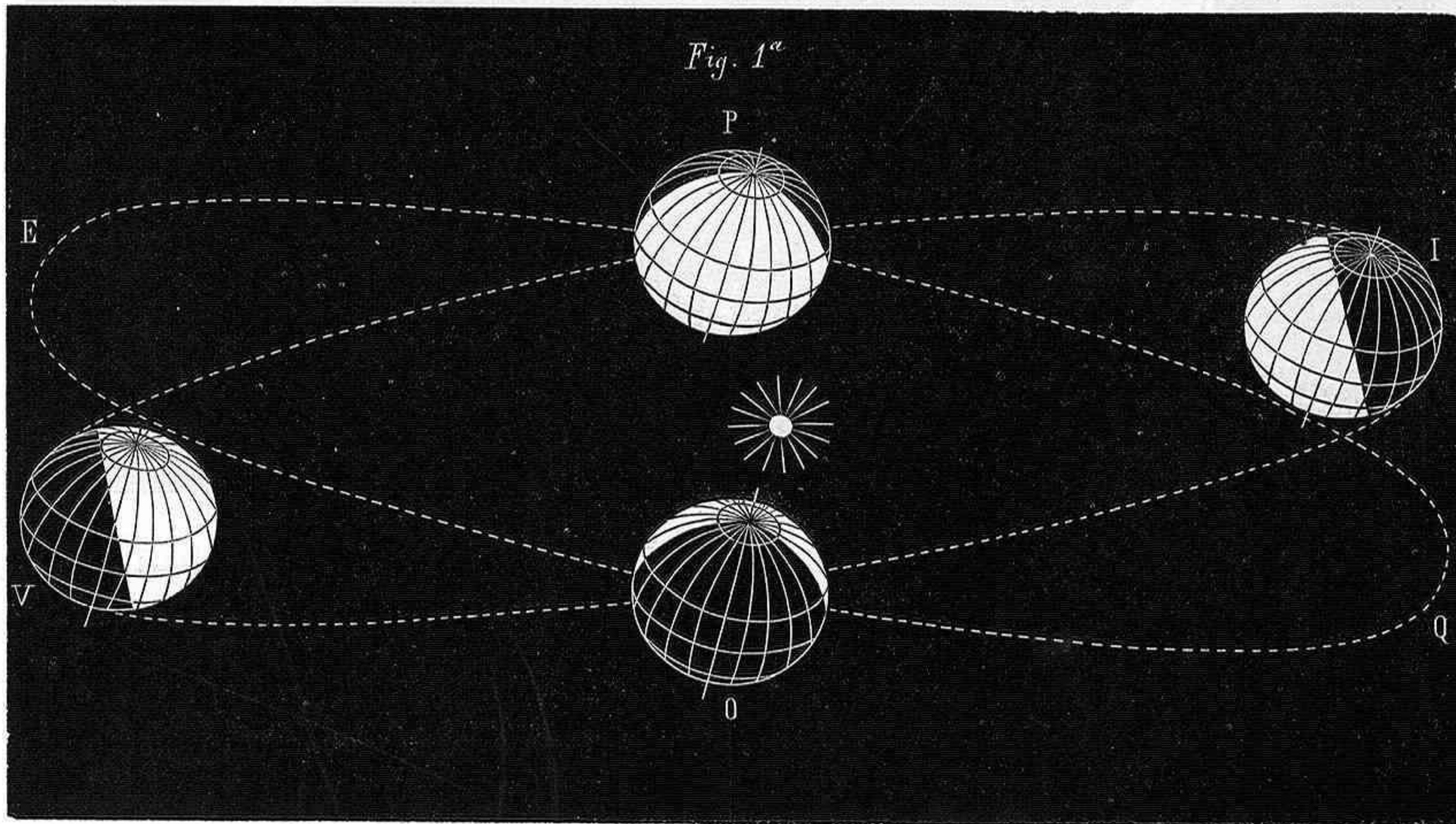
*Saturnus, dein Jupiter, hinc Mars, Solque, Venusque,
Mercurius, cui sic ultima Luna subest.*

Los egipcios tenían la costumbre religiosa de consagrar cada una de las horas del día á las divinidades adoradas con los nombres de estos planetas. La primera hora del sábado estaba dedicada á *Saturno*, y por el orden expresado, la segunda á *Júpiter*, la tercera á *Marte*, etc. *Saturno* presidía otra vez á la octava, *Júpiter* á la novena, y así sucesivamente; de manera que la hora 25 ó primera del siguiente día, domingo, debía consagrarse al *Sol*. Siguiendo siempre el mismo orden en la sucesion de las 24 horas de este día, corresponde la primera del lunes á la *Luna*; la del martes, á *Marte*; del miércoles, á *Mercurio*; del jueves, á *Júpiter*, y del viernes, á *Vénus*, de donde quedó el nombre á los días hasta hoy, sin otra variacion que la de domingo (*Dominica dies*) entre algunos pueblos cristianos que no comprenden á los ingleses, conservadores del día del Sol (*Sunday*).

Las estaciones, sólo nombradas hasta ahora, dividen al año en cuatro períodos distintos, por efecto de uno de los más notables fenómenos del doble movimiento de nuestro planeta.

Viva en ciudad, en el campo ó sobre las aguas del mar, no hay hombre que haya dejado de observar por sí mismo que el Sol se eleva más y menos sobre el horizonte; que los puntos del Oriente y Occidente por donde sale y se pone no son siempre los mismos; que al mediodía es más ó ménos larga la sombra que el astro proyecta, y que los días y las noches tienen duracion desigual y variable, cambiando con ella las condiciones de temperatura y las producciones del suelo. Toda esta variedad, dicho está, es hija del movimiento simultáneo de la Tierra; mas existe otra circunstancia especial, sin la que las estaciones diferirían mucho de lo que son. Su explicacion exige las figuras 1, 2 y 3.

Las dos elipses de la figura 1 representan los planos del Ecuador E Q y de la eclíptica ú órbita de la Tierra V P I, con la posicion de nuestro planeta en diversos puntos de esta curva. El eje de rotacion es perpendicular al plano del Ecuador, está inclinado sobre el plano de la órbita en ángulo de unos 23 grados y 28 minutos, y esta inclinacion es constante, porque el eje se mantiene paralelo á sí mismo en todas las posiciones, con variacion insignificante.



El día 21 de Marzo ocupa la Tierra el sitio P de su órbita, llamado primer punto de Libra ó Equinoccio de Primavera, porque empieza la estacion del mismo nombre. En ese momento coinciden ó forman un mismo plano el Ecuador terrestre y el del Sol: los polos del planeta se hallan simétricamente colocados con relacion á este plano, y por tanto, el círculo que separa al hemisferio iluminado del hemisferio oscuro se confunde con los meridianos.

La figura 2 lo demuestra con más claridad: todos los puntos de la superficie describen en la luz la mitad de la circunferencia que les hace recorrer la rotacion del globo, y en la oscuridad la otra media circunferencia; por ello en

la época del Equinoccio es igual la duracion del día á la de la noche, ó sea de 12 horas cada una para todos los habitantes de la Tierra. Los de los polos ven al Sol en el horizonte durante toda la revolucion; los del Ecuador lo tienen en el cenit ó sobre la cabeza al ser mediodía, y no hacen sombra en aquel momento; los del hemisferio Norte lo ven hácia el Sur, y sus sombras se proyectan en direccion contraria, y los del hemisferio Sur dan la sombra hácia su polo y ven el Sol hácia el opuesto.

Desde el punto P de la figura 1 marcha la Tierra hácia el V durante los meses de Abril, Mayo y Junio: á medida que se aparta de dicho punto, como el eje que se mantie-

ne paralelo á sí mismo, se va inclinando el polo Norte hácia el Sol y separándose el opuesto, con lo cual va creciendo la duracion del dia y disminuyendo la de la noche en aquel hemisferio, á la par que disminuye el dia y crece la noche en el austral.

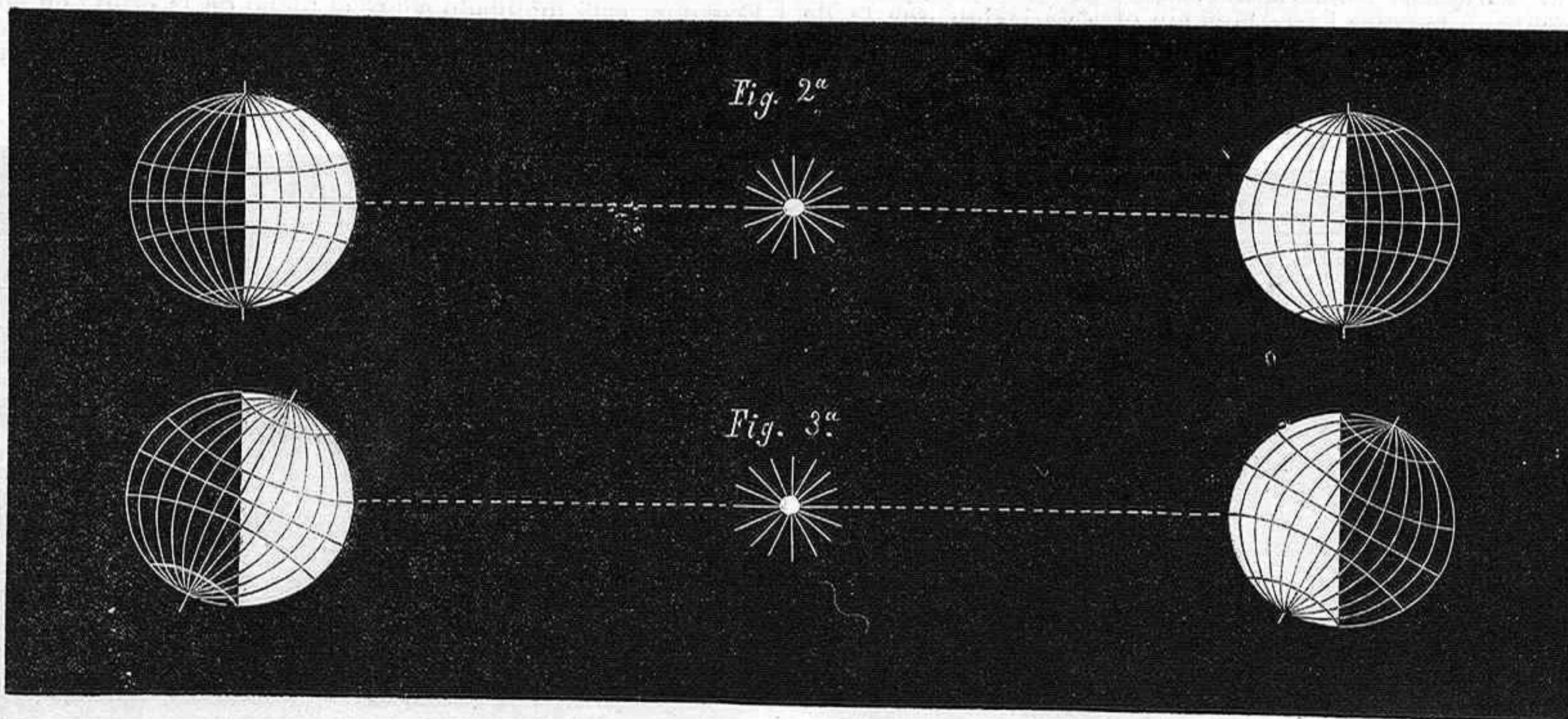
La mayor diferencia ocurre el 21 de Junio, en que la Tierra llega á V, primer punto de Capricornio ó Solsticio de Verano. La Tierra está iluminada ese dia, como indica la figura 3.

Desde el 21 de Junio al 23 de Setiembre pasa la Tierra desde el Solsticio V (figura 1) al Equinoccio de Otoño O. El polo Norte se mantiene inclinado hácia el Sol, pero las alternativas del dia y la noche se suceden durante el Verano en orden inverso á las de Primavera: esto es que va disminuyendo la duracion de la luz para los habitantes del hemisferio septentrional, al paso que aumenta para los del Sur. Al llegar al Solsticio recibe otra vez la luz nuestro planeta, como indica la parte de la derecha de la figura 2, siendo de 12 horas el dia y la noche para todos sus habitantes.

Durante los seis meses que comprenden las estaciones de Primavera y Verano, los habitantes de las regiones polares árticas ven continuamente al Sol, permaneciendo en la oscuridad los del otro polo. Sólo los del Ecuador tienen el dia igual á la noche en todo tiempo.

Desde el Equinoccio O de Otoño (figura 1) hasta el Solsticio de Invierno I, adonde llega la Tierra el 21 de Diciembre, y desde este punto al Equinoccio de Primavera P, es el polo Sur el que se inclina hácia el Sol, estando iluminada la Tierra, como se ve en la parte derecha de las figuras 2 y 3, repitiéndose, aunque en orden simétrico inverso, los fenómenos de la primera mitad del año; de forma que el Otoño y el Invierno del hemisferio boreal son Primavera y Verano en el austral, donde es la mayor la duracion del dia.

Estos fenómenos no se suceden con la regularidad con que teóricamente quedan expuestos, porque la órbita de la Tierra no es un círculo, sino una elipse; porque el Sol ocupa uno de los focos, y porque el diámetro mayor no pasa exactamente por los puntos solsticiales. El movimiento de



traslacion de la Tierra no es uniforme: se acelera un tanto á medida que se aproxima al foco ocupado por el Sol, en razon á la mayor atraccion que entónces experimenta, y se retarda durante las estaciones del estío, en que se encuentra á la mayor distancia; por tanto, es desigual la duracion de estos cuatro períodos, calculándose su promedio como sigue:

| | | | |
|-------------------|------------|-------------------|------------|
| Primavera.. . . . | 92/9 dias. | Otoño. | 89/7 dias. |
| Verano. | 93/6 » | Invierno. | 89/0 » |

Fijando la atencion en la circunstancia de hallarse la Tierra en el *Afelio* ó en la máxima distancia del Sol en los primeros dias de Julio, y de llegar al *Perihelio* ó distancia mínima á fines de Diciembre, se advierte que no es la aproximacion del astro vivificante la que influye más en el aumento de la temperatura en un lugar determinado de la superficie del planeta nuestro. Las causas principales estriban en que durante la Primavera y el Estío del hemisferio septentrional es la duracion del dia tanto mayor que la de la noche cuanto más cerca está del Solsticio: el arco diurno descrito por el Sol se eleva cada vez más desde el Equinoccio de Primavera hasta el Solsticio de Verano, en que empieza á disminuir hasta el Equinoccio del Otoño. Los rayos solares atraviesan la atmósfera menos oblicua-

mente que en Otoño é Invierno, y la intensidad del calor enviado crece, disminuyendo la oblicuidad, como que son más tenues las capas atmosféricas que tienen que atravesar.

La misma explicacion es aplicable al hemisferio austral durante las estaciones de Otoño é Invierno, que son para él las de Primavera y Verano; pero como entónces se halla la Tierra en la mínima distancia del Sol, la intensidad del calor es allí mayor y el frio es tambien más intenso.

Influyen en la variacion de la temperatura otras muchas causas ajenas á los fenómenos astronómicos, como son la elevacion y configuracion del terreno, la proximidad de los mares y de sus corrientes, y se comprende que los máximos de calor y de frio no se sientan en los mismos solsticios sino algun tiempo despues, en Julio y Enero, porque la Tierra, calentada por los dias de la Primavera, continúa recibiendo del Sol durante el dia más calor del que pierde durante la noche, y al contrario, desde el 21 de Diciembre, enfriada la Tierra por las noches largas del Otoño, continúa en decrecimiento, porque pierde más calor durante la noche del que recibe en el dia.

Tampoco son iguales las estaciones en todos los lugares de un mismo hemisferio; ántes pasan por grados insensi-

bles desde el intenso calor del Ecuador al frío extremado del polo, que se distinguen y clasifican dividiendo la superficie del globo en cinco zonas ó climas.

La *zona tórrida* comprende, al Norte y al Sur del Ecuador, todos los países que se extienden hasta 23 grados de latitud, y está, por consiguiente, limitada por los trópicos de Cáncer y de Capricornio.

Las dos *zonas templadas* se extienden desde los trópicos hasta la latitud de 66 grados en uno y otro hemisferio, ó lo que es lo mismo, hasta los círculos polares. La extensión de ambas, la más apropiada para la vida del hombre, ocupa más de la mitad de la superficie de la Tierra, mientras que las dos *zonas glaciales* ó circumpolares, en que la duración del día y de la noche varía entre 24 horas y 6 meses, y el frío las hace inhabitables, se extiende desde los círculos polares á los polos en pequeña fracción de la superficie terrestre.

Esta ligerísima exposición de los fenómenos producidos por los movimientos de rotación y de traslación de la Tierra, por la inclinación y paralelismo de su eje, y por la forma y dimensiones de la órbita que traza en el espacio, encierra el origen del *año*, de las *estaciones*, *meses*, *semanas* y *días*, que son las principales medidas del tiempo que la mitología pagana simbolizaba en Saturno devorando á sus hijos, y á veces como anciano volando con la ampollita en una mano y la guadaña en la otra, para recordar incesantemente: por el vuelo, que los momentos pasan y no vuelven; por la ampollita, que la vida se desliza y consume como los granos de la arena; por la guadaña, que la muerte siega y destruye sin excepción todo lo existente.

Lustro, *Década*, *Cielo*, *Siglo* son períodos múltiples del año, de aplicaciones particulares, é innecesarios para la fijación de las fechas y para las necesidades primordiales del hombre. Lo que éstas exigían desde un principio era la división de la unidad *día*, que se consiguió, como las otras, con el auxilio de la Astronomía, utilizando el movimiento giratorio de la Tierra. Los hebreos acertaron á construir *cuadrantes solares* ó relojes de sol, cuyo gnómon indicaba las *horas*, y con este punto de partida fué discurriendo el ingenio clepsidras, ó relojes de agua, y ampollitas, ó relojes de arena, que día y noche cumplían con el objeto, en tanto que el adelanto de las Matemáticas, con la Mecánica y la Física, consentían la construcción del reloj de Strasburgo, que remeda los movimientos de los astros, y la de los relojes astronómicos que en los observatorios marcan sin discrepancia *medios segundos* $\frac{1}{63.072.000}$ de año!

El movimiento de traslación de la luna alrededor de la Tierra, como satélite suyo, ha servido también y sirve

para medida del tiempo, pero como el mes lunar ó lunación no tiene más que 29^d,53 de tiempo medio, para relacionar los años con las estaciones hay que agregar de vez en cuando un mes supletorio décimotercero; de modo que al cabo de cierto número de años que constituyen el *ciclo*, coincidan con el principio las mismas circunstancias astronómicas. El año medio, contado de este modo, tiene 365 días y un cuarto como el otro, pues aunque *lunar* en el detalle, viene á ser *solar* por el conjunto. Lo emplea la Iglesia católica para determinar la época de las *fiestas móviles*, y sirve de única medida en los pueblos orientales del Indostan, China y Japon. También lo usan los hebreos desde los tiempos de Esdras en que lo tomaron de los caldeos, corrigiendo su sistema anterior, defectuoso é irregular. Adoptando el período de intercalación, empezaban el día á las seis de la tarde y el mes en cada novilunio, teniendo alternativamente 30 y 29 días. El año alcanzaba, por tanto, 354 días, y para concordarlo con el solar, intercalaban siete meses en un período de 19 años; esto es, añadian un mes décimotercero, llamado *Veadar* ó *Adar*, á los años 3.^o, 6.^o, 8.^o, 11.^o, 14.^o, 17.^o y 19.^o del período.

Distinguían los judíos dos especies de años: el *sagrado* ó *santo*, que empezaba en la primavera por el mes de *Nisam*, y el *civil*, que tenía principio en el otoño por el mes *Thisri*. El nombre y duración de otros meses eran:

| AÑO CIVIL. | AÑO SANTO. | DIAS. | CORRESPONDENCIA. |
|------------------|----------------------|-------|------------------------|
| 1 Thisri. | 1 Nisan. | 30 | Marzo y Abril. |
| 2 Marchesvan.. | 2 Iar. | 29 | Abril y Mayo. |
| 3 Kaslen. | 3 Sibán. | 30 | Mayo y Junio. |
| 4 Tebeth. | 4 Thamús. | 29 | Junio y Julio. |
| 5 Schebath. | 5 Ab. | 30 | Julio y Agosto. |
| 6 Adar. | 6 Elul. | 29 | Agosto y Setiembre. |
| 7 Nisan. | 7 Thisri. | 30 | Setiembre y Octubre. |
| 8 Iar. | 8 Marchesvan. | 29 | Octubre y Noviembre. |
| 9 Sibán. | 9 Kaslen. | 30 | Noviembre y Diciembre. |
| 10 Thamús. | 10 Tebeth. | 29 | Diciembre y Enero. |
| 11 Ab. | 11 Schebath. | 30 | Enero y Febrero. |
| 12 Elul. | 12 Adar. | 29 | Febrero y Marzo. |
| | 13 Veadar ó Adar II. | 29 | Marzo. |

Entre todos los pueblos, los mahometanos son los únicos que hacen uso del año exclusivamente lunar. Dan á los meses duración desigual para que su principio coincida próximamente con el de la luna, y el año medio tenga sobre 354 días y ocho horas. Este año no está, pues, relacionado con las Estaciones.

CESÁREO FERNANDEZ DURO.

HOMERO.

(GRABADO DE LA PÁG. 6.)

Bien está entre los primeros grabados que figuran en este ALMANAQUE, especialmente consagrado á las letras y las artes, el busto del insigne autor de la *Iliada*, copia del que se guarda con religioso cuidado en la Academia de Bellas Artes: detras de Homero, nadie se creará humillado; en compañía de Homero, todos recibiremos quizás algún ténue reflejo de la purísima aureola de gloria que rodea la frente del inmortal poeta griego.

¿Qué diremos de aquel genio colosal que ya no sepan nuestros ilustrados lectores? Y sin embargo, la envidia creó contra Homero un Zoilo (*Homerumastix*, el azote de Homero), y el gran genio póstico de la Grecia apuró hasta las heces, en esta vida miserable, el cáliz de la amargura.

También le apuraron despues otros genios—triste destino el del genio!—porque la envidia azuzó contra ellos nuevos Zoilos.

LA LECCION DE PIANO.

(GRABADO DE LA PÁG. 12.)

En la Exposición general de Bellas Artes celebrada en Madrid el año último, figuró con el núm. 97 el cuadro de D. Luis Franco y Salinas, que reproduce nuestro grabado de la página 12, según dibujo del mismo autor.

Lección de piano es el título de esta bella obra de arte. Dos hermosas jóvenes, profesora y discípula, ensayan al piano una pieza de música: aquélla, elegantemente vestida con traje de visita, aparece en actitud de pasar sus ágiles y lindas manos por el teclado del armonioso instrumento; ésta, envuelta en ancha bata de trasparente batista, observa atentamente y escucha embelesada.

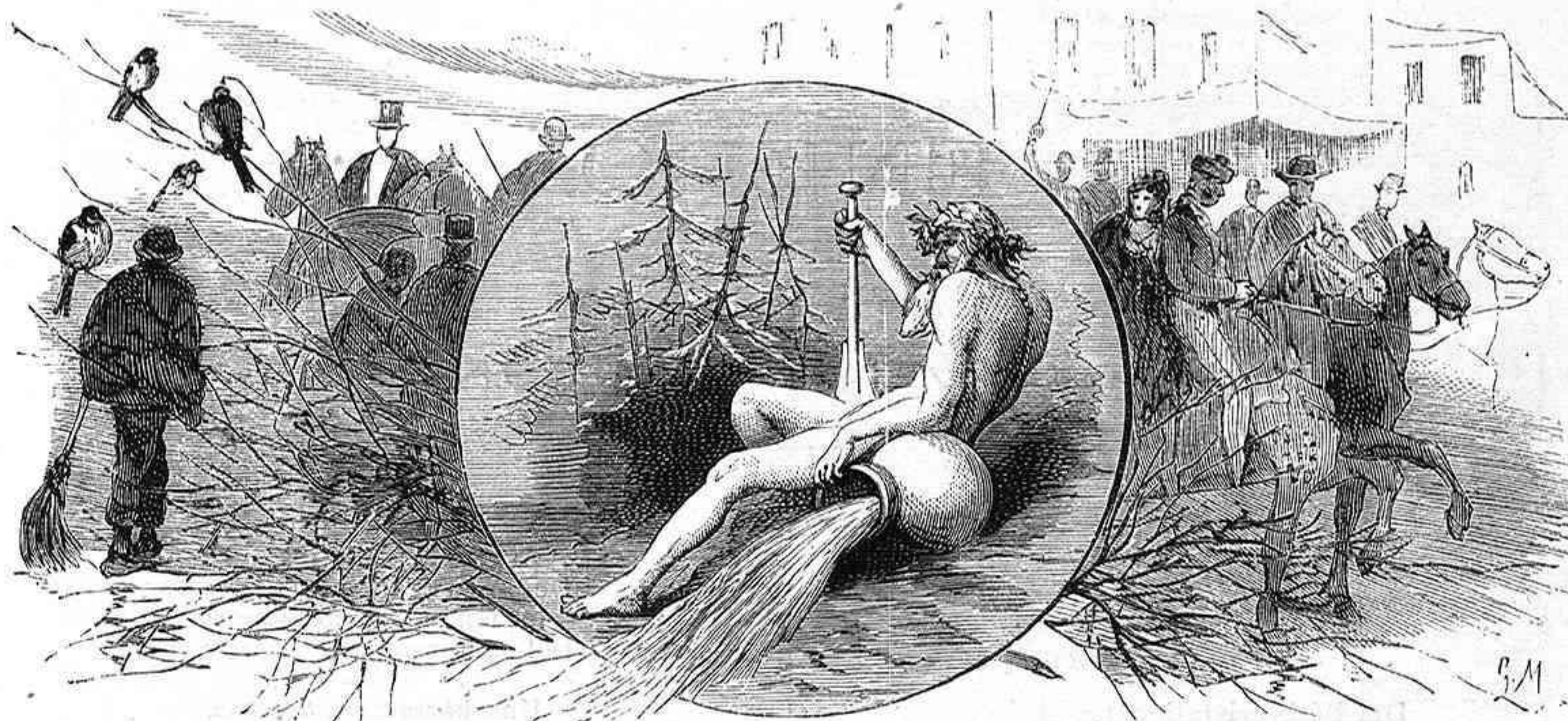
El autor de este lindo cuadrado, aventajado discípulo de Ferrandiz, ganó merecido premio en el mismo concurso por sus otros cuadros titulados: *Cambio de parejas* y *Una boda valenciana á últimos del siglo pasado*.



LECCION DE PIANO.

Cuadro de D. L. Franco y Salinas, presentado en la Exposicion artistica de 1876.—(Véase la pág. 11.)





ENERO.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|-------|----------|--|--|-------------------|-------------------|--|
| Sale. | Se pone. | | Sale. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | H. M. | H. M. | | |
| 7.14 | 4.56 | 1 Márt. † LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR, y Sta. Martina, vg. | 1818.—El general O'Higgins proclama la independencia de Chile. | 5.33 ^m | 2.49 ^t | |
| 7.14 | 4.57 | 2 Miérc. San Isidoro, ob., y san Macario, ab.—(Abrense los Tribunales.) | 1871.—Entra en Madrid el rey D. Amadeo I de España, y visita el cadáver del general Prim, depositado en Atocha. | 6.32 | 3.46 | |
| 7.14 | 4.57 | 3 Juév. San Antero, p. y mr., y santa Genoveva, vg. | 1871.—Batalla de Bapaume, ganada por los prusianos. | 7.22 | 4.47 | |
| | | ☾ Luna nueva, á la 1 h. y 38 m. de la tarde. | | | | |
| 7.13 | 4.58 | 4 Viér. Stos. Gregorio, Tito y comps., mrs., y san Aquilino. | 1245.—Fernando III manda deshacer la puebla del Burgo. | 8.04 | 5.50 ^m | |
| 7.13 | 4.59 | 5 Sáb. San Telesforo y san Simeon Stilita y Sta. Emiliana. | 1387.—Muere D. Pedro IV de Aragon (Pere del Punyalet). | 8.39 | 6.52 | |
| 7.13 | 5.00 | 6 Dom. † LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES. | 1788.—Muere en Sevilla el escultor Sebastian Morera. | 9.08 | 7.52 | |
| 7.13 | 5.01 | 7 Lún. San Raimundo de Peñafort, ab., san Teodoro, monje, y san Julian.—(Abrense las velaciones.) | 1489.—Escritura de Pablo Ortiz para labrar dos sepulcros de alabastro en la Catedral de Toledo, capilla de Santiago. | 9.34 | 8.50 | |
| 7.13 | 5.02 | 8 Márt. San Luciano y cps., mrs., y stos. Severino y Máximo. | 1336.—Muerte del ilustré pintor Giotto. | 9.57 | 9.47 | |
| 7.12 | 5.03 | 9 Miérc. San Julian y santa Basilisa, mrs., y san Marcelino. | 1642.—Fallecimiento del insigne astrónomo Galileo. | 10.19 | 10.43 | |
| 7.12 | 5.04 | 10 Juév. San Nicanor, mr., y san Gonzalo de Amarante. | 1871.—Batalla de Mans, perdida por los franceses. | 10.41 | 11.40 | |
| 7.12 | 5.05 | 11 Viér. San Anastasio, p. y mr., san Higinio y san Teodosio. | 1560.—Muere en Lugo Sor Isabel de Granada, hija del rey Boabdil. | 11.05 | 12.39 | |
| | | ☽ Cuarto creciente, á las 6 h. y 22 m. de la noche. | | | | |
| 7.12 | 5.06 | 12 Sáb. Stos. Benito, Arcadio, Honorio y Victoriano, mrs. | 1772.—Primera sesion del célebre concilio provincial de Lima. | 11.31 | » » | |
| 7.12 | 5.07 | 13 Dom. Stos. Gumersindo y Servideo, mrs., y san Leoncio, ob. | 1575.—Francisco I de Francia decreta la abolicion de la imprenta. | 12.01 | 1.41 ^m | |
| 7.12 | 5.08 | 14 Lún. San Hilario, ob., y san Félix, conf. | 1826.—Último combate entre españoles y chilenos, en Chiloe. | 12.38 | 2.45 | |
| 7.11 | 5.09 | 15 Márt. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, ab. | 1649.—Famoso motin de estudiantes en Santiago de Galicia. | 1.24 ^t | 3.51 | |
| 7.11 | 5.10 | 16 Miérc. San Marcelo, p. y mr., y san Fulgencio, pat. de Murcia. | 1654.—Muere el pintor holandés Pablo Potter. | 2.21 | 4.56 | |
| 7.11 | 5.11 | 17 Juév. San Antonio, ab. y cf., y santa Rosalia, virgen. | 1809.—Entrada de los franceses invasores en Santiago. | 3.28 | 5.57 | |
| 7.10 | 5.12 | 18 Viér. La Cátedra de San Pedro en Roma, y stas. Prisca y Librada, mártires. | 1793.—Muere el pintor Gonzalez Velazquez, director de la Academia de San Fernando. | 4.42 | 6.51 | |
| | | ☉ Luna llena, á las 11 h. y 46 m. de la noche. | | | | |
| 7.10 | 5.13 | 19 Sáb. Stos. Canuto, Mario, Ponciano, Gumersindo y cps. ms. | 1871.—Derrota del general Faidherbe, en Saint-Quintin. | 5.59 ⁿ | 7.36 | |
| 7.10 | 5.14 | 20 Dom. San Fabian y san Sebastian, mrs.—(Sol en Acuario.) | 1814.—El general Lastra es elegido Supremo Director de Chile. | 7.15 | 8.13 | |
| 7.10 | 5.15 | 21 Lún. El Dulce Nombre de Jesus, y sta. Inés y comps. mrs. | 1391.—Fallecimiento del rey de Granada Mahomad VI. | 8.29 | 8.46 | |
| 7.09 | 5.16 | 22 Márt. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y santos Gaudencio, ob., Anastasio y Luftolde, mrs. | 1783.—Nace en Lóndres el insigne poeta Lord Byron, que murió, jóven aun, peleando por la independencia de Grecia. | 9.41 | 9.15 | |
| 7.08 | 5.17 | 23 Miérc. † SAN ILDEFONSO, arz. de Toledo, pat. de la diócesis. | 1686.—Cláudio Coello es nombrado pintor del rey D. Carlos II. | 10.52 | 9.43 | |
| 7.08 | 5.18 | 24 Juév. Nuestra Señora de la Paz, y san Prelidiano, mr. | 1826.—Capitulacion del Callao. | 12.02 | 10.12 | |
| 7.07 | 5.19 | 25 Viér. La Conversion de San Pablo, ap., y sta. Elvira, viuda. | 1313.—Sedicion en Granada contra Mahomet IV Abenazar. | » » | 10.43 | |
| | | ☾ Cuarto menguante, á las 3 h. y 25 m. de la tarde. | | | | |
| 7.06 | 5.20 | 26 Sáb. San Policarpo, mr., sta. Paula, viuda, sta. Batilde, reina, y san Teógenes, mr. | 1603.—Felipe III concede una pension vitalicia de 100 ducados mensuales al escultor Pompeyo Leoni. | 1.12 ^m | 11.18 | |
| 7.06 | 5.21 | 27 Dom. San Juan Crisóstomo, dr., y san Julian y comps. mrs. | 1510.—Encomiéndase á Egas la traza de la Catedral salmantina. | 2.21 | 11.58 | |
| 7.05 | 5.22 | 28 Lún. San Julian, obispo. | 1823.—Es depuesto del poder el general O'Higgins, en Chile. | 3.26 | 12.45 | |
| 7.04 | 5.23 | 29 Márt. San Francisco de Sales, conf., y san Sulpicio, mr. | 1570.—Fundacion de la Bolsa de Lóndres. | 4.26 | 1.39 ^t | |
| 7.04 | 5.24 | 30 Miérc. Santa Martina y san Hipólito, mrs., y san Lésmes, ab. | 1816.—Breve de Pio VII á América en favor de España. | 5.19 | 2.38 | |
| 7.03 | 5.25 | 31 Juév. San Pedro Nolaseo, fund., y santa Marcela, viuda. | 1824.—Aparecen partidas de constitucionales cerca de Almeria. | 6.03 | 3.40 | |

ENERO.



LA CHIMENEA CAMPESINA.

Era una tarde de Enero;
Se oía el viento bramar,
Y en el anchuroso hogar
Chisporroteaba el tuero.

(GARCÍA GUTIERREZ.)

Del Bétis cristalino
Junto á la orilla;
De Córdoba en los bellos
Alrededores,
Hay una casa blanca,
Pobre y sencilla,
Que siempre me recuerda
Tiempos mejores.

El nogal extendido,
La enredadera,
El álamo frondoso
Con el granado;
La punzadora pita,
La verde higuera,
Tejen la densa urdimbre
De su cercado.

Honrados campesinos,
Entre sus muros,
Viven al mundo ajenos,
En dulce calma;
Brinda el campo á sus ojos
Goces más puros,
Y en el trabajo encuentran
La paz del alma!

Una tarde de Enero
Llegué á la puerta
De aquella casa blanca,
Pobre y sencilla,
Que para el caminante
Siempre está abierta,
Del Bétis cristalino
Junto á la orilla!!

Saltó el lebrez gozoso,
Fiel vigilante
De la heredad aislada
Que ama y defiende;
Me señaló la senda;
Seguí adelante
Como el que ve un amigo
Que le comprende.

Bajo las negras vigas
De humilde estancia,
Libre ya de las lluvias
Y el torbellino,

Aspiré los efluvios
De esa fragancia,
Que tiene el techo ahumado
Del campesino.

Una hortelana, de esas
Que el campo cria,
Morena como el trigo,
De labios rojos,
En vez de saludarme
Se sonreía,
Lo mismo con la boca
Que con los ojos.

Todo era paz en ella;
Todo ventura;
Y entre el sayal humilde
De tosca lana,
El tesoro envolviendo
De su hermosura,
Era de aquella huerta
La soberana.

Blanco como la limpia
Piel del armiño,
Con dos ojos rivales
De dos luceros,
Velaba el sueño dulce
De un tierno niño,
Rubio cual las mazorcas
En los graneros.

Feliz, más que entre perlas
Que el mar regala,
Y más que el potentado
Con su fortuna,
Andaba de puntillas
Sobre la sala,
Para no hacer ruido
Junto á la cuna!

Abre la hoguera al humo
Salida franca;
Al hogar escondido
Su calor presta,
Y de la protectora
Campana blanca,
Con su benigno fuego
Los bordes tuesta.

Rojo cual los botones
De las granadas,
El leño que crujiente
Chisporrotea,

A intervalos aviva
Sus llamaradas
En el hueco que forma
La chimenea.

De la vaca obediente
La mansa ayuda,
Al agua cristalina
Da movimiento,
Y afuera, en eco grave,
O en voz aguda,
Alternan con la noria
La voz del viento.

El dolor por el mundo
Gritos arranca;
La guerra es permanente;
Firme el encono;
Y allí, en aquella humilde
Casita blanca,
Una mujer y un ángel
Tienen un trono.

Va cayendo la tarde
Tras las montañas;
La nieve en los caminos
Borra el sendero,
Y ella junto á aquel fruto
De sus entrañas,
Ve llegar del trabajo
Su compañero.

Hércules de los surcos
De sus mayores,
Tiene los francos ojos
Llenos de vida;
Y en la eterna faena
De sus labores,
Por el sol y los aires
La piel curtida!

El niño se despierta
Y el lebrél salta:
No hay más que un pensamiento:
Mirar al niño;
Para hallar la ventura
¡Qué poco falta
En el hogar sereno
Donde hay cariño!!

Para lograr las dichas
De la fortuna,
Basta un poco de fuego
Y un aire sano;
Un niño que despierte
Sobre su cuna,
Y la blanca vivienda
De un hortelano.

Las llamas perezosas
Que allí ondulaban,
En movibles penachos
Se sucedían;
Y ante aquellos amores
Que se besaban,
De envidia en la ancha hoguera
Se retorcian.

Calor de los esposos,
Nido de fuego,
Que á la santa inocencia
Prestas abrigo;

En la solemne calma
De tu sosiego,
Con lágrimas ardientes
Yo te bendigo!!

Estufa campesina,
Que tanto adoro,
No de mármol y jaspes
Finges tus vallas;
Ni aprisionan tus leños
Rejas de oro,
Ni bordadas de flores
Ricas pantallas.

¡Cuántas de las que alumbren
Muros de seda
No lograrán á veces
Matar el frío!
Pues no hay fuego en el mundo
Que vencer pueda
El hielo pavoroso
Que da el hastío!!

Pronto vendrá la noche;
La blanca luna
Verterá sus reflejos
Sobre la tierra,
Y ante la flor tardía
Que está en la cuna,
Se hablará del hermano
Que está en la guerra.

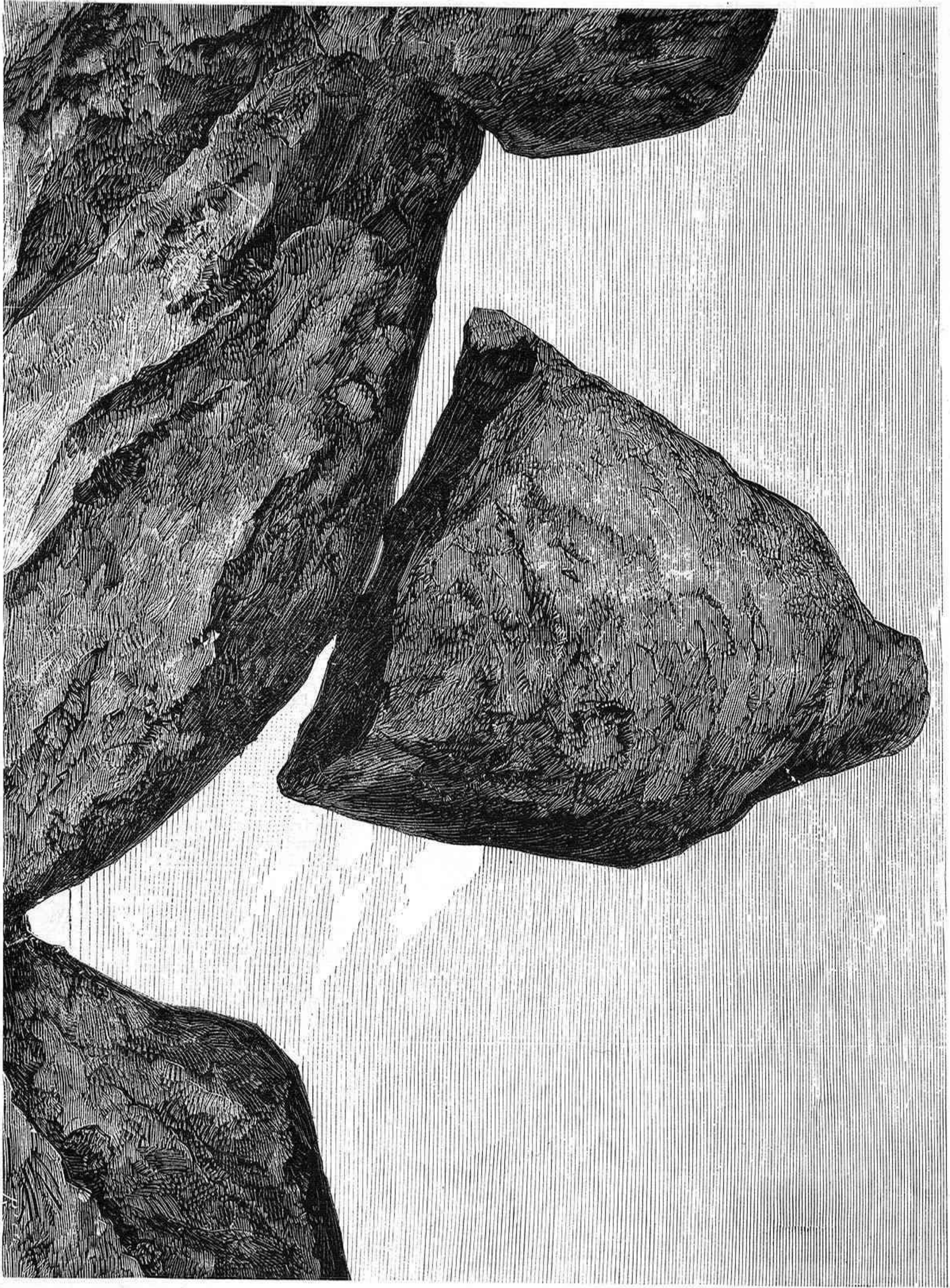
Se hablará de las aguas;
Aguas jugosas,
De la tierra, á las lluvias
Agradecida,
Que dará olor al aire
Y al prado rosas,
Mieles á los racimos
Y al campo vida!

En alegre velada
De encantos llena,
Tú eres luz y regalo,
Música y germen;
Y al nutrir con tu fuego
La frugal cena,
Cuando sola te apagues,
¡¡Será que duermen!!

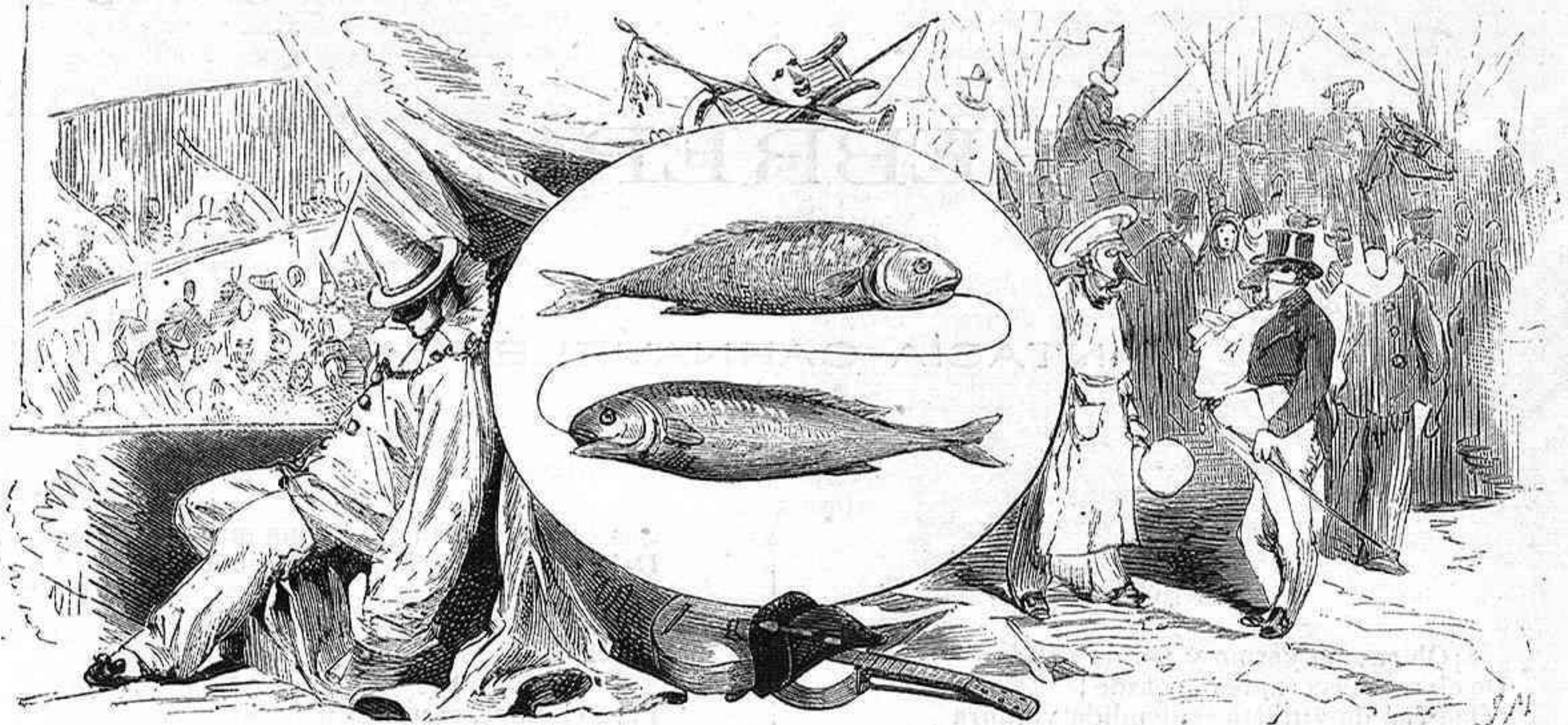
¡Adios: de tí me alejo
Con paso grave;
Y el calor de tus llamas
No trocaría,
Mas que por ese dulce
Calor suave,
De un alma que sintiese
Como la mía!!

Hoy al són de los aires
Y el aguacero,
Cuando envuelto entre nubes
El sol no brilla,
¡¡Quién olvida la tarde
Del mes de Enero,
Del Bétis cristalino
Junto á la orilla!!

ANTONIO F. GRILLO.



BUENOS-AIRES.—LA PIEDRA NOVEDIZA, EN LAS CERCANIAS DEL TANDIL.—(Véase la fig. 50.)



FEBRERO.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|--------|----------|---|---|-------------------|-------------------|--|
| Salie. | Se pone. | | Salie. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | | H. M. | H. M. | |
| 7.02 | 5.26 | 1 Viér. San Ignacio, ob. y mr., y santa Brigida, vg.—(Abstinencia.—Eclipse de Sol, invisible en España.) | 1708.—Un marino inglés encuentra á John Selkirk en la isla de Juan Fernandez, abandonado cuatro años ántes. | 6.39 ^m | 4.42 ^t | |
| 7.01 | 5.27 | 2 Sáb. † LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA. | 1802.—Fallecimiento del ilustre Conde de Campománes. | 7.10 | 5.43 | |
| 7.00 | 5.28 | 3 Dom. San Blas, ob., san Patricio, mr., y san Conrado, ab. | 1820.—Toma de Valdivia por el almirante Lord Cochrane. | 7.37 | 6.41 ⁿ | |
| | | ☉ Luna nueva, á las 7 h. y 52 m. de la mañana. | | | | |
| 6.59 | 5.30 | 4 Lún. San Andrés Corsino, ob., san Donato, mr., y santos Aquilino y Gilberto. | 1534.—Muere en Alcalá el insigne arzobispo de Toledo, don Alonso de Fonseca. | 8.01 | 7.39 | |
| 6.59 | 5.31 | 5 Márt. Santa Águeda, vg., y san Felipe y comps. mrs. | 1789.—Nace en Santa Maria de Trovo el general Rodil. | 8.23 | 8.35 | |
| 6.58 | 5.32 | 6 Miérc. Santa Dorotea, vg. y mr., y san Antolino, mr. | 1794.—Horroroso incendio en el Arsenal del Ferrol. | 8.45 | 9.32 | |
| 6.57 | 5.33 | 7 Juév. San Romualdo, ab., y san Ricardo rey de Inglaterra. | 1852.—Ejecucion del regicida Martin Merino, en Madrid. | 9.07 | 10.29 | |
| 6.56 | 5.34 | 8 Viér. San Juan de Mata, conf., y san Ciriaco, mr. | 1642.—Muere D. Juan de Velasco, ministro de Felipe IV. | 9.32 | 11.29 | |
| 6.55 | 5.35 | 9 Sáb. Santa Polonia, vg. y mr., y san Nicéforo, mr. | 1649.—Es decapitado en Lóndres el rey Carlos I de Inglaterra. | 10.00 | 12.30 | |
| 6.54 | 5.36 | 10 Dom. Santa Escolástica, vg., san Guillermo, duque de Aquitania, y san Sabino, ob. | 1810.—Motin popular en el Ferrol, y asesinato del general Vargas, capitan general del Departamento. | 10.34 | » » | |
| | | ☽ Cuarto creciente, á las 12 h. y 52 m. del dia. | | | | |
| 6.53 | 5.37 | 11 Lún. San Saturnino y comps., mr. | 1526.—Paz entre Carlos I de España y Francisco I de Francia. | 11.14 | 1.34 ^m | |
| 5.52 | 5.38 | 12 Márt. Santas Eulalia y Eugenia, mrs., y san Gandencio, ob. | 1541.—Fundacion de Santiago de Chile por el español Valdivia. | 12.04 | 2.38 | |
| 6.51 | 5.39 | 13 Miérc. San Benigno, mr., y santa Catalina de Rizzis, vg. | 1812.—Primer número de La Aurora, primer periódico chileno. | 1.04 ^t | 3.39 | |
| 6.50 | 5.40 | 14 Juév. San Valentin, conf., el beato Juan Bautista de la Concepcion, y san Zenon. | 1871.—Primera sesion ordinaria de la Asamblea nacional de Francia, reunida en Versalles. | 2.14 | 4.36 | |
| 6.48 | 5.41 | 15 Viér. Stos. Faustino y Jovita, mrs., y N.ª S.ª de Guadalupe. | 1798.—Pío VII huye de Roma y es proclamada la república. | 3.29 | 5.24 | |
| 6.47 | 5.42 | 16 Sáb. San Julian y comps., mrs. | 1817.—Es nombrado Director de Chile el general O'Higgins. | 4.46 | 6.05 | |
| 6.46 | 5.43 | 17 Dom. (Septuagésima.) San Julian de Capadocia, mr.—(Eclipse de Luna, invisible en España.) | 1839.—Fundacion de la Caja de Ahorros de Madrid.—1874: Toma de Vinaróz por el jefe carlista Vallés. | 6.03 | 6.40 | |
| | | ● Luna llena, á las 10 h. y 52 m. de la mañana. | | | | |
| 6.45 | 5.44 | 18 Lún. San Simeon y san Eladio, confs.—(Sol en Piscis.) | 1838.—Fusilamiento de varios generales carlistas, en Estella. | 7.18 ⁿ | 7.12 | |
| 6.44 | 5.45 | 19 Már. San Gavino, mr., san Álvaro de Córdoba, conf., y santos Conrado y Marcelo. | 1809.—Entran los franceses en la heroica Zaragoza, reducida á monton informe de cadáveres y ruinas. | 8.32 | 7.42 | |
| 6.43 | 5.46 | 20 Miérc. Santos Leon, Eleuterio y Nemesio, mrs. | 1835.—Gran terremoto en el Sud de Chile: 500 víctimas. | 9.45 | 8.11 | |
| 6.41 | 5.47 | 21 Juév. Santos Félix, Maximiano y Severiano. | 1811.—Ábrense al comercio extranjero los puertos de Chile. | 10.58 | 8.42 | |
| 6.40 | 5.48 | 22 Viér. San Pascasio y la Cátedra de S. Pedro en Antioquia. | 1168.—Fernando II de Leon pensióna al maestro Mateo. | 12.10 | 9.17 | |
| 6.39 | 5.49 | 23 Sáb. Santas Marta y Margarita de Cortona, vgs., y santos Pedro Damian, ob. y dr., y san Policarpo, ob. y mr. | 1874.—Accion de la Selva, ganada á los carlistas por el batallon cazadores de Reus. | » » | 9.56 | |
| 6.38 | 5.50 | 24 Dom. (Sexagésima.) San Matias, ap., y san Torcuato, mr. | 1876.—Son indultados en Pamplona tres batallones carlistas. | 1.18 ^m | 10.42 | |
| | | ☾ Cuarto menguante, á las 2 h. y 48 m. de la mañana. | | | | |
| 6.36 | 5.51 | 25 Lún. San Cosáreo, conf., y santa Elena, vg. y mr. | 1874.—Accion de Monte Abanto, perdida por Moriones. | 2.21 | 11.35 | |
| 6.35 | 5.52 | 26 Márt. San Alejandro, conf., y san Faustino, ob. | 1120.—Bula de Calixto II en favor de la Catedral de Santiago. | 3.16 | 12.32 | |
| 6.34 | 5.53 | 27 Miérc. San Baldomero, conf., y san Leandro, ob. | 1675.—Fallecimiento del pintor catalan D. Ramon Berenguer. | 4.02 | 1.33 ^t | |
| 6.32 | 5.54 | 28 Juév. San Roman, ab. y fund., san Macario y comps., mrs., y santos Cayo, Justo y Rufino. | 1809.—Combate de Pontevedra: la guarnicion francesa es rechazada por fuerzas de Peñafior y Amil. | 4.41 | 2.35 | |

FEBRERO.



(FANTASÍA CARNAVELESKA.)

I.

VIENTO.

«¡ Oh campo yermo y pálida llanura
De cierzos invernales azotada!
¿Qué fué de vuestra espléndida verdura
Y alfombra engalanada?
El tiempo esteriliza y anonada
Cuanto encuentra á su paso igual y eterno;
Huyó el otoño y avanzó el invierno,
Y del campo las galas y primores
Trocó el implacable en soledad sombría
Y tétricos rumores
Del viento helado y de la escarcha fría!»

Tal exclamaba un día
Nublado de Febrero
El poeta menguado que suscribe,
Y que cantando sus pesares vive.
Y harto de no encontrar fuera de puertas
Ni flores ni canciones;
En las planicies tristes y desiertas
De estas incomprensibles poblaciones
(Que otros suelen llamar plazas abiertas),
Volvió á su hogar, y en torno á la *candela*
Que del tétrico invierno le consuela,
Del hondo asiento en el rincón hundido,
Viendo la lumbre, se quedó dormido.

II.

LLUVIA.

Presto un chasquido que insistente suena
Interrumpe su sueño placentero,
Y es el agua del cielo que nos manda
La lluvia de Febrero.

«¡ Oh lluvia que ora escucho indiferente!
Murmura bostezando,
Un tiempo fuiste música sonora
Y arrullo dulce y blando;
Que en las horas de invierno riguroso
La lluvia es un arrullo cariñoso
¡Llueve! (dice el amante) ¡Oh qué bendita
La lluvia cadenciosa,

Que da pretexto á prolongar la cita
Y á ser feliz junto á la prenda hermosa!
¡Llueve! (dice el marido) ¡horror! malbaya
La lluvia inconveniente,

Que cayendo me impide que me vaya
Dejando á mi curiosa impertinente!

La lluvia es melodía
Ó ruido de tenaz monotonía;

Para el amor, arrullo cariñoso;
Para el hastío, sonsonete odioso.
¡Ay, dicha pasajera,
Nube fugaz de lluvia en primavera!

III.

CREPÚSCULO.

En tanto estos ayes del pecho exhalaba,
La tarde moría, la noche avanzaba.....
Yo aguardo estas horas postreras del día
Que el alma me inundan de triste poesía,
Mirando en los rojos, crujientes carbones,
Candentes figuras y extrañas visiones,
Y el alma en sus giros y dulces engaños,
Se pierde y se lanza por mundos extraños.
Y en esos momentos de sombra y de calma
Yo evoco á mis solas recuerdos del alma.
De niño á estas horas al valle volvía,
Mirando los rayos del sol que se handia,
Cantando esperanzas y dichas y amores,
Trayendo á mi madre manojos de flores.
La veo á la sombra del ancho madroño,
Que ya deshojaron los aires de otoño;
Recuerdo la mesa que juntos pusimos
Colmada de frescos fragantes racimos;
La brisa y las hojas en dulce concierto,
Las auras del río, las tapias del huerto.....
Comparo con tedio que el alma devora,
Las dichas de entónces, las penas de ahora.....
Y en tanto la llama se extingue y refleja,
Se hiergue y se humilla, y avanza y se aleja,
Su luz derramando con plácida calma,
Y oculto misterio sembrando en el alma.

Con vuelo incansable la audaz fantasía
Se lanza en las brumas postreras del día,
Y salva distancias, y cruza los mares,
Y va recorriendo comarcas y hogares;
Contemplo del campo las muertas labores;
Veo á las cabañas volver los pastores,
Y al puerto acogerse del viento al empuje
La barca en que el remo sonante recruje,
Las blancas gaviotas en anchas bandadas
Se alejan rozando las ondas rizadas;

Del valle en el fondo, con s6n funerario,
 La esquila resuena llamando al rosario.
 All4 entre la bruma, con negra guedeja,
 Se ve el humeante vapor que se aleja,
 Llevando en su seno y 4 climas lejanos
 Amantes y esposos y padres y hermanos.
 Tal vez 4 estas horas en triste aposento
 La esposa suspira con hondo lamento.
 La casta doncella con alma doliente
 Solloza en la sombra llorando al ausente.
 En mil soledades del mundo ignorados
 Se ven 4 estas horas los enamorados,
 Del dia espirante la luz tibia aspiran,
 Estrechan las manos y amantes se miran.
 Contando las horas el triste enfermero,
 Se duerme olvidado del ¡ay! lastimero.
 Yo en tanto, en la sombra, y en r4pido giro
 Visiones hermosas est4tico miro,
 Recuerdos que pasan de a6ejos placeres,
 Im4genes bellas de amantes mujeres;
 Aquella es la s6mbra que en s6n lastimero
 Murmura en las noches del mes de Febrero,
 Y en torno 4 mi almohada cual c6firo gira,
 Y el alma sedienta su ambiente respira.
 ¡Oh mes de Febrero, de eterna memoria,
 Tu nombre en mi mente despierta una historia;
 Espiritu amante, secreto misterio,
 ¡Yo canto tus glorias y an6nimo imperio!

IV.

LA MANO OCULTA.

Era un baile; y entre el ruido
 De la orgia y del placer,
 Una sombra, una mujer,
 Envuelta en velo tupido,
 « Que me recuerdes te pido,
 Como te recuerdo yo »,
 Dijo; y leve desliz6
 Entre mis manos su mano,
 Y despues, cual humo vano,
 Para siempre se alej6.

No supe m4s; m4s no vi,
 Pero 4un siento temblorosa
 Aquella mano ardorosa
 Que entre las mias sentí.
 Aun con loco frenesí
 La quiero llevar al pecho;
 Aun con efusion la estrecho
 Contra el coraz6n herido,
 Y ora la aprieto rendido
 O la estrujo con despecho.

Desde aquella noche triste
 De eterno recuerdo amante,
 La mano en afan constante
 Tenaz en llamarme insiste;
 Formas mil vagas reviste,
 Y en mi tormento empeñada,
 Siempre la siento callada
 Dirigiendo mi destino
 Y marc4ndome un camino
 Entre la sombra velada.

Cuando rendida al pesar
 Triste el alma al cielo implora,

Ella, del bien precursora
 Viene el dolor 4 calmar;
 Rauda la siento bajar,
 Del cielo se precipita,
 Y haciendo una cruz bendita
 Con sus dedos sonrosados,
 De los labios abrasados
 Beso amante solicita.

La llama el afan creciente;
 Y cuando de sed se abrasa
 El alma y la noche pasa
 Velando la inquieta mente,
 Sobre la ardorosa frente
 Celeste lumbre derrama;
 En amor el pecho inflama,
 Y con los dedos unidos
 Viene 4 contar los latidos
 Del coraz6n que la llama.

Si enfermo en desierto lecho
 Sufro en queja prolongada,
 Ella, enfermera callada,
 Pulsa el fatigoso pecho;
 Febril y amante la estrecho,
 Y ella pasa horas enteras
 Parando las minuterías
 Y las p6ndolas vecinas,
 Ya corriendo las cortinas
 O entornando las maderas.

Cuando 4 una mujer hermosa
 Con afan miran mis ojos,
 La mano en mudos enojos
 Viene 4 cubrirlos *ansiosa*
 Cuando en mi sed amorosa
 Me siento capaz del crimen,
 Y coraz6n y alma gimen
 Llorando dichas ausentes,
 Siento unos dedos candentes
 Que en el cerebro me oprimen.

A otro m4s cr6dulo asombre,
 Con torpe asombro profundo,
 La gloria y poder que el mundo
 Logra por mano del hombre.
 Mi sueño no tiene nombre,
 Mas ya lo llego 4 entender,
 Y he venido 4 comprender,
 Persiguiendo una mentira,
 Que el mundo incesante gira
 Por mano de la mujer.

Por ella al mundo venimos
 Y el mundo ciego corremos,
 Amamos y aborrecemos,
 Y matamos y morimos.
 Somos, ser6mos y fuimos
 Siempre esclavos de tu fe.
 ¡Ay, mano oculta! ya s6
 Porque mi vida consumes,
 Que en tus misterios resumes
 Cuanto ser4 y es y fué!

Humana forma aquel dia
 Te juzg6 el loco deseo,

Y ora cual eres te veo,
Misteriosa alegoría.
Sin razon te suponía
Realidad de sér humano,
Y eres, misteriosa mano,
Con tu secreto profundo,
La oculta fe que en el mundo
Mueve al sentimiento humano.

Dicha, dolor y placer,
Cuanto se piensa y se siente,
Todo lo inspira el ambiente
Del amor de una mujer.
Gloria, ambicion y poder,
Inquietud, zozobra y calma,
Aureo laurel, seca palma,
Ella es la fuerza del sino,
Mano oculta que el camino
Le va señalando al alma.

Alma mujer, yo te imploro,
Tú eres el tiempo y la historia;
Ya en ardiente sed de gloria,
Ya en impía sed del oro,
Por tí su gloria ó desdoro
Logra el corazon humano,
Pues tú eres la oculta mano
Que en la sombra el alma estruja
Y á todo bien nos empuja
Con impulso soberano.

Márcame, pues, mi destino,
Que velada ó descubierta,
Ya sé que mi vida incierta
Gobernarás de continuo;
Feliz ó fatal destino
Por tí espero merecer,
Pues miéntras aliente un sér
Que de humano tenga el nombre,
¡Siempre irá impulsando al hombre
La mano de una mujer!

V.

PULVIS EST.

Así del mes en que el amor se oculta
Bajo el disfraz de loca algarabía,
Cantaba el pecho la memoria grata
Que el alma consumía.
Pasó Febrero con su alegre ruido;
La loca orgía del placer pasó;
Todo pasa, las dichas y las penas,
Pero el recuerdo, no!
¡Oh Carnaval eterno de la vida,
Incesante ilusion de lo que fué!
¡Mes alegre, por algo eres más breve.....
Porque eres el placer!

EUSEBIO BLASCO.

LA PIEDRA MOVEDIZA,

EN LAS CERCANÍAS DEL TANDIL, EN BUENOS-AIRES.

(GRABADO DE LA PÁG. 16.)

Extraños fenómenos presenta á veces la naturaleza al examen de la humana inteligencia, y ésta los admira y apénas acertada á explicarlos.

Uno de ellos, interesante por demas, es el que se conoce en la República Argentina con el gráfico nombre de *Piedra movediza*, de la cual daré una idea bastante exacta el grabado que publicamos en la pág. 16, copia de una prueba fotográfica que ha tenido la atencion de remitirnos el Sr. D. Ramon F. Goldar, compatriota nuestro vecindado en Cármen de las Flores (Buenos-Aires).

Hállase la *Piedra movediza* en las inmediaciones del pueblo El Tandil, en la sierra, á unas 75 leguas al Sud de la capital de la provincia, y apareciendo sostenida en su base por un eje invisible, presenta un movimiento oscilatorio de Este á Oeste, es decir, de dentro á fuera de la sierra, bastando la fuerza de un hombre ó el impetu del viento para imprimir á aquella mole enorme el movimiento indicado.

El cerro en cuya cima tiene su asiento está formado de otras gigantescas masas graníticas, entre cuyas grietas crecen algunas cardas y se retuercen enredaderas de anchas y aplomadas hojas, y al pié del mismo yacen en fangoso lecho pelados peñascos que indudablemente rodaron desde la cumbre.

Hacia la parte Oeste de este cerro, cortado sobre un abismo de 140 piés de profundidad, hállase arrogante la *Piedra*, que

se balancea al borde del precipicio: inclínase hacia él, como empujada por brazo poderoso aunque invisible, y cuando el observador juzga que la enorme masa, arrastrada por su propio peso, debe caer rodando, cual avalancha destructora, hasta el fondo de la hondonada, álzase la *Piedra* majestuosamente, y se inclina sobre el lado opuesto.

Las dimensiones de ésta son las siguientes: ocho varas de altura, trece de longitud y seis de latitud, representando en volumen un total de 216 varas cúbicas, con peso (segun cálculo aproximado) de 46.440 arrobas; tiene figura cónica irregular, y descansa al parecer en una base, también de forma cónica, de unas diez pulgadas de diámetro, y es de notar especialmente que cuando el viento Sudoeste sopla con violencia, la *Piedra* se balancea acompasadamente, cual si fuese la copa de un árbol frondoso.

Cuéntase entre los naturales del país que hace algunos años hubo un hombre bastante rico, pero mucho más estúpido, que concibió el miserable proyecto de destruir aquella portentosa obra de la naturaleza: efectivamente, hizo rodear la piedra, por su base, de gruesas maromas, y aseguró éstas á varias yuntas de bueyes que fueron hostigados con brutal fiereza; mas la *Piedra movediza* no cedió un punto de su asiento, y, como si se burlase de pretension tan ridícula, continuó, y aún continúa, balanceándose sobre el abismo.

FAMILIA REAL DE ESPAÑA.

ALFONSO XII, Rey Católico de España, nació en 28 de Noviembre de 1857. Fué proclamado en 30 de Diciembre de 1874.

Hermanos.

María Isabel, Francisca de Asís, Cristina, Francisca de Paula, Dominga, Princesa de Asturias, viuda del Conde de Girgenti, nació en 20 de Diciembre de 1851.

María del Pilar, Berenguela, Isabel, Francisca de Asís, Cristina, Sebastiana, Gabriela, Francisca Caracciolo, Saturnina, Infanta de España, nació en 4 de Junio de 1861.

María de la Paz, Juana, Amalia, Adalberto, Francisca de Paula, Juana Bautista, Isabel, Francisca de Asís, Infanta de España, nació en 23 de Junio de 1862.

María Eulalia, Francisca de Asís, Margarita, Roberta, Isabel, Francisca de Paula, Cristina, María de la Piedad, Infanta de España, nació en 12 de Febrero de 1864.

Padres.

Isabel II, nació en 10 de Octubre de 1830; proclamada Reina de España en 29 de Setiembre de 1833; casada en 10 de Octubre de 1846 con

Francisco de Asís, María, Infante de España, nació en 13 de Mayo de 1822. Declarado Rey en 10 de Octubre de 1846.

Abuela.

María Cristina, viuda de Fernando VII, hermana de Fernando II de las Dos Sicilias.

Tios.

María Luisa Fernanda, Infanta de España, nació en 30 de Enero de 1832, casada en 10 de Octubre de 1846 con

Antonio María, Felipe, Luis de Orleans, Duque de Montpensier, Infante de España.

Luisa Teresa, Infanta de España, nació en 11 de Junio de 1824. Josefa, Fernanda, Luisa, Infanta de España, nació en 20 de Mayo de 1827.

María Cristina, Infanta de España, nació en 5 de Junio de 1833, viuda de Sebastian María, Gabriel, Infante de España.

Amalia, Felipa, Pilar, Infanta de España, nació en 12 de Octubre de 1834, viuda de Adalberto, Guillermo, Príncipe de Baviera.

Hijos de los Infantes Duques de Montpensier.

María, Isabel, Francisca de Asís, Infanta de España, nació en 21 de Setiembre de 1848, casada con Luis Felipe de Orleans, Conde de París.

María Cristina, Infanta de España, nació en 29 de Octubre de 1852.

María de las Mercedes, Infanta de España, nació en 24 de Junio de 1860.

Antonio María, Infante de España, nació en 23 de Febrero de 1866.

Hijos de la Infanta Doña María Cristina y del difunto Infante D. Sebastian.

Francisco María, Isabel, Gabriel, Pedro, Sebastian, Alfonso de Borbon y Borbon, nació en 20 de Agosto de 1861.

Pedro Alcántara, María de Guadalupe, Teresa, Isabel, Francisco de Asís, Gabriel, Sebastian, Cristina de Borbon y Borbon, nació en 12 de Diciembre de 1862.

Luis, Jesus, María, Isabel, José Francisco de Asís, Sebastian de Borbon y Borbon, nació en 17 de Enero de 1864.

Alfonso María, Isabel, Francisco de Borbon y Borbon, nació en 15 de Noviembre de 1866.

Gabriel, Jesus, María, Alberto de Borbon y Borbon, nació en 23 de Marzo de 1869.

CONSEJO DE MINISTROS ⁽¹⁾

PRESIDENTE: Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Subsecretario: D. Saturnino Estéban Collantes.

MINISTRO DE ESTADO: Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.

Subsecretario: D. Rafael Ferraz, Ministro plenipotenciario de primera clase.

MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA: Excmo. Sr. D. Fernando Calderon Collantes.

Subsecretario: D. Victor Arnau.

MINISTRO DE LA GUERRA: Excmo. Sr. D. Francisco de Ceballos y Vargas, Teniente general.

Subsecretario: D. Marcelo de Azcárraga y Palmero, Mariscal de campo.

MINISTRO DE MARINA: Excmo. Sr. D. Juan Bautista Antequera y Bobadilla, Contraalmirante.

Subsecretario: D. Ramon Topete y Carballo, Contraalmirante.

MINISTRO DE HACIENDA: Excmo. Sr. D. Manuel de Orovio, Marqués de Orovio.

Subsecretario: D. Fernando Cos-Gayon.

MINISTRO DE LA GOBERNACION: Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.

Subsecretario: D. Lope Gisbert.

MINISTRO DE FOMENTO: Excmo. Sr. D. Francisco de Borja Queipo de Llano, Conde de Toreno.

MINISTRO DE ULTRAMAR: Excmo. Sr. D. Cristobal Martin de Herrera.

Subsecretario: D. Francisco Rubio.

PRESIDENTES DE LOS CUERPOS COLEGISLADORES.

DEL SENADO: Excmo. Sr. D. Manuel de Barzanallana, Marqués de Barzanallana.

DEL CONGRESO: Excmo. Sr. D. José de Posada Herrera, ex-ministro de la Gobernacion.

(1) En 15 de Julio de 1877.



CAUPOLICAN.—ESTATUA EN BRONCE, DEL ESCULTOR CHILENO D. NICANOR PLAZA.



MARZO.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|-------|----------|---|--|-------------------|-------------------|--|
| Sale. | Se pone. | | Sale. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | | H. M. | H. M. | |
| 6.31 | 5.55 | 1 Viér. El Santo Ángel de la Guarda, y san Bernardo, ob. | 1793.—Fallece el pintor Ramon Bayen y Subias, en Aranjuez. | 5.13 ^m | 3.36 ^t | |
| 6.30 | 5.56 | 2 Sáb. San Lucio, ob., san Simplicio, p., y san Carlos mr. | 1871.—Época revolucionaria de la <i>Commune</i> , en París. | 5.41 | 4.35 | |
| 6.28 | 5.57 | 3 Dom. (Quincuagésima.) San Emeterio y san Celedonio, mrs. | 1795.—Célebre motin en la Maestranza del Ferrol. | 6.06 | 5.32 | |
| | | ☉ Luna nueva, á las 2 h. y 35 m. de la mañana. | | | | |
| 6.27 | 5.58 | 4 Lún. San Casimiro, rey y confesor. | 1603.—Muerte de Villacastin, primer aparejador del Escorial. | 6.28 | 6.29 | |
| 6.26 | 5.59 | 5 Márt. Stos. Eleuterio y comps., mrs., y san Nicolás Factor. | 1809.—Combate entre los paisanos de Vigo y los franceses. | 6.50 | 7.25 ^m | |
| 6.24 | 6.00 | 6 Miérc. (Ceniza.)—Santos Victor y Victoriano, mrs.—(Abstinencia.) | 1493.—Llega á Lisboa el insigne Colon de regreso de América, y ántes de presentarse en Barcelona. | 7.13 | 8.22 | |
| 6.23 | 6.01 | 7 Juév. Santo Tomás de Aquino, dr., y sta. Perpétua, mr. | 1640.—Felipe IV nombra pintor de Cámara á Mateo Nuñez. | 7.36 | 9.21 | |
| 6.21 | 6.02 | 8 Viér. San Juan de Dios, fr., y san Julian.—(Abstinencia.) | 1734.—Nace el pintor Bayen y Subias, en Zaragoza. | 8.03 | 10.21 | |
| 6.20 | 6.03 | 9 Sáb. Santas Francisca, vinda, y Catalina de Bolonia. | 1695.—Nace en Pontevedra el célebre P. Sarmiento (Gamboa). | 8.34 | 11.23 | |
| 6.19 | 6.04 | 10 Dom. I de Cuaresma.—Santos Meliton y comps., mrs. | 1526.—Matrimonio de Carlos V con Isabel de Portugal. | 9.11 | 12.26 | |
| 6.17 | 6.05 | 11 Lún. San Eulogio, mr., y sta. Aurea, vg. | 1544.—Nacimiento del admirable poeta Torcuato Tasso. | 9.56 | » » | |
| | | ☾ Cuarto creciente, á las 3 h. y 36 m. de la mañana. | | | | |
| 6.16 | 6.06 | 12 Márt. San Gregorio el Magno, p. y dr.—(Ánima.) | 1801.—Asesinato del emperador de Rusia, Pablo I. | 10.50 | 1.27 ^m | |
| 6.14 | 6.07 | 13 Miérc. San Leandro, arz. de Sevilla, y san Rodrigo, mr. | 1815.—Suicidio del sabio matemático D. José Mendoza y Rios. | 11.53 | 2.23 | |
| 6.13 | 6.07 | 14 Juév. Santa Matilde, reina, y sta. Florentina, vg. | 1590.—Memorable batalla de Ivry, ganada por Enrique IV. | 1.04 ^t | 3.13 | |
| 6.11 | 6.08 | 15 Viér. San Raimundo, ab. y cf.—(Abstinencia.) | 1843.—Incendio en Valparaiso que ocasionó grandes desastres. | 2.18 | 3.56 | |
| 6.10 | 6.09 | 16 Sáb. Santos Julian y Ciriaco, mrs. | 1529.—Se pone la primera piedra de la Catedral de Granada. | 3.33 | 4.34 | |
| 6.08 | 6.10 | 17 Dom. II de Cuaresma.—San Patricio, ob., y stos. Teodoro y Alejandro, mrs. | 1562.—Orden de D. Felipe II para ensanchar el Real Alcázar de Madrid por los terrenos adyacentes al rio. | 4.48 | 5.07 | |
| | | ● Luna llena, á las 8 h. y 42 m. de la noche. | | | | |
| 6.07 | 6.11 | 18 Lún. San Gabriel, arcángel, y San Braulio, ob. | 1871.—Son fasilados los generales Thomas y Lecompte, en París | 6.03 | 6.38 | |
| 6.06 | 6.11 | 19 Márt. San José, esposo de Ntra. Sra., y san Márcos, mr. | 1814.—Combate del Quilo, ganado á los españoles por O'Higgins. | 7.13 ^m | 7.12 | |
| 6.04 | 6.12 | 20 Miérc. San Ambrosio de Sena, cf. y sta. Enfemia, mr.—(Sol en Aries.—PRIMAVERA.) | 1814.—Fecha de la famosa batalla del Membrillar, ganada por los chilenos á los españoles. | 8.34 | 7.50 | |
| 6.01 | 6.13 | 21 Juév. San Benito, ab. y fund., y san Plácido, mr. | 1620.—Felipe III crea una Escuela de Navegacion. | 9.49 | 7.12 | |
| 6.00 | 6.14 | 22 Viér. San Deogracias, ob., y san Bienvenido, cf.—(Abstinencia.) | 1797.—Nacimiento del actual emperador de Alemania Guillermo I. | 11.02 | 7.50 | |
| 5.58 | 6.15 | 23 Sáb. Los Dolores de Nuestra Señora.—(Ánima.) | 1771.—Proyecto de la iglesia de Santa Fé, por Ventura Rodriguez. | 12.10 | 8.35 | |
| 5.57 | 6.15 | 24 Dom. III de Cuaresma.—San Agapito, ob., y san Segundo. | 1814.—Decreto para trasladar los restos de Daoiz y Velarde. | » » | 9.27 | |
| 5.55 | 6.16 | 25 Lún. † LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas. | 1655.—Descubrimiento del satélite <i>Titan</i> , de Saturno, por el astrónomo Huygens. | 1.09 ^m | 10.25 | |
| | | ☾ Cuarto menguante, á las 4 h. y 25 m. de la tarde. | | | | |
| 5.54 | 6.17 | 26 Márt. San Félix, ob., san Basilio, ob. y cf., y san Cástulo, mr. | 1794.—Descubrimiento del satélite <i>Titanias</i> , de Urano. | 2.00 | 11.26 | |
| 5.52 | 6.18 | 27 Miérc. San Ruperto, ob., san Juan, erm., y san Isacio, mr. | 1813.—El general español Pareja se apodera del Sud de Chile. | 2.42 | 12.28 | |
| 5.52 | 6.19 | 28 Juév. San Sixto, p., y san Doroteo, mr. | 1809.—Victoria de los paisanos en Vigo: huye el general Chalot. | 3.16 | 1.29 ^t | |
| 5.51 | 6.20 | 29 Viér. San Eustasio, ob., y san Siro.—(Abstinencia.) | 1788.—Nacimiento de D. Carlos M. Isidro de Borbon. | 3.45 | 2.28 | |
| 5.49 | 6.20 | 30 Sáb. San Juan Climaco, ab., y san Quirino, tribuno y mr. | 1707.—Muerte del ilustre ingeniero frances Mariscal de Vanban. | 4.10 | 3.26 | |
| 5.48 | 6.21 | 31 Dom. IV de Cuaresma.—Santa Balbina, vg., y san Amós. | 1594.—El español Gamboa fecunda la ciudad de San Felipe. | 4.33 | 4.22 | |



MARZO.

LA HIJA DEL VIENTO.

A CAMPOAMOR.

Duerme el árbol el sueño del invierno,
 Que es un sueño pesado,
 Aunque no es sueño eterno;
 Duerme también tranquilo y sosegado
 El arbusto que en sí la flor encierra;
 Duerme la planta tímida y sencilla,
 Y duerme la semilla
 Cubierta con el manto de la tierra.
 Se necesita un brazo poderoso
 Que venga á perturbar tanto reposo,
 Y manda Dios al viento
 Que agite bien al árbol soñoliento,
 Que conmueva al arbusto,
 Y que aligere á la semilla blanda
 El manto en que se abriga tan á gusto:
 El viento lo hace así, como Dios manda,
 Y la naturaleza,
 Despertada por él, se despereza.

Duermen también las almas, cuando duermen,
 Sin soñar en amores,
 Y llevan dentro el gérmen
 De sus tallos, sus hojas y sus flores:
 La pasión, que es el viento, las azota;
 Se sienten conmover y el amor brota.

Hecha la introducción ó sinfonía,
 Paso á contar la historia
 De la hermosa Lucía;
 Donde verá el lector, si tiene calma,
 Una verdad notoria:
 Que ni el campo ni el alma,
 Adquieren desarrollo y lozanía
 Si detrás de aquel viento
 Que les vino á sacar del sueño frío,
 No reciben calor, vida y aliento
 Con la lluvia de Abril y el sol de estío.
 Verá también quien siga esta lectura,
 Con trabajo ó sin pena,
 Que hay huracán que cura
 Y brisa que envenena:
 Verá que puede un aire
 Derribar la virtud en un momento:
 Verá cómo un desaire
 Suele arrastrar la fe de un juramento:
 Verá acaso palabras de donaire:
 Verá..... lo que verá, que allá va el cuento.

Dicen que era Lucía
 Una hermosa muchacha;
 Muy alta, muy esbelta,
 Sencilla, vivaracha,
 Decidora, resuelta,
 Toda luz y alegría,
 Y rubia como el sol de Mediodía.

Sé de su nacimiento
 Este dato de peso y de calibre;
 Que nació al aire libre
 Para vivir tan libre como el viento.

Su madre, una española,
 Se convirtió de pronto en saboyana,
 Porque, sin duda alguna,
 Le compró el organillo á una italiana,
 Que vino á Madrid sola,
 Trayendo sobre ruedas su fortuna:
 O no se lo compró, pero en el acto
 Que cogió el organillo,
 Sobre aquel artefacto
 Soltó su vestimenta de manola,
 Tomó un traje sencillo,
 Y dejando en su barrio su salero,
 Se fué corriendo calles y callejas
 A destrozar orejas
 Con un aire inocente y extranjero.

La historia de su padre es más oscura:
 Para mí es un arcano,
 Pero hay quien asegura
 Que fué un pobre escribiente
 De un pícaro escribano;
 Y aún afirma la gente,
 Para probar que al hombre conocía,
 Que el padre repetía,
 Sin que viniese á cuento:
 «En el nombre de Dios», á cada instante,
 Lo mismo que quien copia un testamento:
 Y pudo, Dios mediante,
 Hacer el estribillo,
 Según la gente opina,
 Que el hombre y la mujer del organillo
 Tuviesen una chica tan divina.

¿Fué su padre? ¿No fué? De todos modos
 El caso es que nació: se sabe cuándo,
 Y que nació llorando
 Como nacemos todos.
 Iba la madre haciendo su camino
 De un pueblo á otro vecino,
 Y, hallando acaso la jornada larga,
 Aligeró su carga
 Al lado del otero

De una frondosa viña,
Y el viento fué el primero
Que acarició la frente de la niña.
Un labrador piadoso,
Con buena voluntad é intencion sana,
Dió á la madre reposo
En su casa cercana;
Pero sé, por origen no dudoso,
Que ántes de la semana
Pidió la madre al labrador un cesto,
Lo ató sobre los ejes, con harapos
Hizo en él un colchon, cogió unos trapos
De campestre blancura,
Envolvió á la criatura,
La colocó en su puesto,
Y, arrastrando las ruedas de aquel arte,
Echó á andar, como siempre, á la ventura,
Y se fué con la música á otra parte.
De ciudad en ciudad, de villa en villa,
Corrieron medio mundo conocido;
La madre maniobrando, y la chiquilla
Sintiendo á cada instante en el oído
Un ária de Petrela,
La cancion del *Pirata*,
Un trozo de zarzuela
Y el vals de la *Traviata*.
Así pasaron años, y Lucía,
En lugar de morir á la crudeza
De la horrible intemperie en que vivía,
Aquirió desarrollo y fortaleza;
Y la lluvia, el calor, el viento, el frío,
Le dieron su belleza;
Y fué lánguida y mansa como el río
A quien le presta el sér lluvia tranquila;
Tuvo luz y calor en su pupila
Como el sol del estío;
En su airosa cintura
Dejó su ondulacion el viento leve,
Y en su limpia blancura
Tendió el invierno el manto de su nieve.
Todos la apañaban mucho, pero el viento
Fué siempre el elemento
Más paternal que acarició su vida:
Él recogió su aliento
Cuando la halló dormida;
Él, dulce y cariñoso,
Rizó con el vaiven de su oleaje
Aquel pelo sedoso;
Él arregló los pliegues de su traje,
Y cuando sus amantes atrevidos
La quisieron decir algo afrentoso,
Él se llevó en sus ondas el ultraje,
Para que no ofendiera sus oídos.
¡Y cuánto trabajó, por vida mia,
Con paternal ternura!
Porque cuando bailaba su Lucía
Un vals de agitacion y de locura,
Y sus piernas de acero
Saltaban á un compas desenfrenado,
Y repicaba en alto su pandero,
Dejando al aire el cuerpo codiciado,
Un grito muy nutrido
Lanzaban los amantes corazones,
Y en lugar de un aplauso, era un rugido
Aquel coro de voces de pasiones.
Lucía no escuchaba las promesas
De criminales bocas,
Ni las quimeras de las almas locas
Que en sus redes de amor quedaban presas.
Será una cosa extraña,
Pero como es verdad la dejo escrita,
Y eso que anduvo errante por España,

Que es patria del amor. ¡Patria bendita!
Hija y madre vinieron á la Côte
Con mucho mejor porte
Que salió de Madrid la madre sola
Renunciando á su traje de manola.
En la calle del Viento, alto, escondido,
Encontraron un nido,
Y lo vistieron, sin meterse en gastos,
Con muchos tiestos y con pocos trastos.
En el hueco del pié de la escalera
Guardaba el organillo la portera,
Porque estaba tan alto el aposento
De la calle del Viento,
Que el primer rayo de la luz del día
Era para las flores de Lucía.
La madre, ya achacosa,
Hablabá á su hija de buscar esposo,
Y ella cortaba el diálogo enojoso
Cantando cualquier cosa;
Pues, dormido el amor dentro del alma,
Y la ambicion dormida en su cabeza,
Vivia en dulce calma
Sin amor ni riqueza,
Hasta que una mañana tibia y pura,
La niña candorosa de mi cuento,
Que era humana criatura,
Sintió á su corazón dar un latido
Al cortar una lila en su ventana,
Y aquel sacudimiento,
Que al corazón dejó tan dolorido
Una tibia mañana,
Fué el desperezo del amor dormido.
¿A quién amó? A cualquiera:
Que el amor en las almas está en germen;
Llega la primavera,
Y despierta su soplo á los que duermen.
Un vecino flautista
Realizó la conquista.
¿Tal vez porque tocando la miraba?
¿Quizás porque el muchacho era un artista?
¿Acaso por la fe con que soplabá?
El curioso lector por sí se entere
Respecto á estas cuestiones amorosas;
Yo no gasto mi tiempo en tales cosas:
Se quiere *porque sí*, cuando se quiere.
Pero el flautista aquel, en amor lego,
No supo que quien ama,
Si logra del amor prender la llama,
Debe echar leña al fuego.
Sopló y sopló, y soplando
La llama del amor se fué apagando.
Después de aquel vecino
Que despertó en Lucía la primera
Pasion, aunque sentida, volandera,
Se cruzó en su camino
Un jóven oficial.... de abaniquero,
Que se llamaba artista,
Y, sobre hacer más viento que el flautista,
La juraba un amor más verdadero;
Porque lloraba tanto,
Que sus promesas las bañaba en llanto;
Pero el hombre lloraba tan en frío,
Que era Marzo y Abril, viento y rocío,
Y no encontrando el alma de Lucía
En su pasion el fuego del estío,
Fué también este amor, amor de un día.
Ya no estaba en su centro;
Ya empezaba su vida á hacerse larga,
Cuando un dichoso encuentro
La decidió á ofrecer la dulce carga
De aquel amor que le pesaba dentro.
Yéndose á descansar con su organillo,

Vió bajar por el aire una figura,
Que, colgando de un mundo en miniatura,
Deslumbraba los ojos con su brillo.
Era aquella vision un aereonauta,
Lleno de talco y de bruñido acero,
Que al tocar tierra desbancaba al flauta
Y al lloron oficial de abaniquero.

Lucía le miró de abajo arriba,
Él tambien la miró de arriba abajo;
La madre se distrajo
Y siguió su camino pensativa.
Él dijo alguna cosa
Al ángel puro que encontró en el suelo,
Porque ella contestó muy ruborosa
A aquel amante que cayó del cielo.
Despues Lucía aceleró su paso,
Llegó á su madre y la besó en la frente;
Y aquel beso inocente
Refirió á la manola todo el caso.
El nuevo César recogió su globo,
Radiante de alegría;
Mirando al aereonauta como un bobo,
Batió el público palmas,
Y el sol, que en occidente se escondia,
Tres rayos de su luz dejó en tres almas.

La hermosa hija del viento
Halló un galan constante,
Tal como le soñó su pensamiento:
Era el blando rocío,
Era la brisa amante,
Era el sol del estío;
Y aquella alma ya triste, aquel desierto,
Por fin rindió el tributo,
Y retoñó el amor que estaba muerto,
Y dió flores y fruto.

Aquí extender mi relacion pudiera
Pintando una pasion tan verdadera;
Mas como allí no habia la esperanza
De un dote ni una herencia en lontananza,
Ni se brindó un padrino
Con regalar al novio un buen destino,
Ni pensó nadie en gajes,
Ni se soñó en unir los dos escudos,
Porque eran nuestros nobles personajes
Una Eva y un Adan casi desnudos.
Para pintar lo mucho que se amaron
Bastará con decir que se casaron.

Ya por aquellos tiempos era moda
Que hiciese todo nuevo matrimonio
Una excursion de boda,
Y á nuestros héroes les tentó el demonio
Con el raro deseo
De hacer en globo el viaje de himeneo.
Ninguno de los dos era cobarde,
Y dejando la Côte,
Un sábado de gloria por la tarde
Salieron para el Sur con viento Norte.

En aquella plazuela
Más próxima á su casa
Tomaron la flotante carretela,
Y les fué á despedir el barrio en masa.
Iba el novio colmado de fortuna,
Y la novia sencilla
Se hallaba acurrucada en la barquilla

Como en el cesto aquel que fué su cuna.
Despues de despedirse y conmoveerse,
Desataron la nave voladora,
Y se les vió subir, subir, perderse
En la region azul.... y ésta es la hora
En que nadie ha sabido á ciencia cierta,
Si vive la pareja ó si está muerta.

Hay quien afirma que en el mar cayeron
Los felices esposos,
Muriendo entre tormentos horrorosos;
Hay quien dice que fueron
A parar á una tribu tan salvaje,
Que crudos y sin sal se los comieron,
Y hay quien dando este término al viaje,
Con datos asegura
Que al verles descender del alto cielo
Amaron los salvajes su hermosura
Hincados de rodillas en el suelo,
Y que son semi-dioses, semi-reyes,
Que reciben incienso y dictan leyes.

Mas yo acepto por sana
La opinion de la madre de Lucía,
Que, loca de dolor en su ventana,
Estas frases decia
Contemplando el espacio noche y dia:
«Lo sé muy bien: el viento,
Que es padre cariñoso y buen amigo,
Para expresar su dicha y su contento
Se los llevó consigo,
Y les ha dado casa en el palacio
Que tiene en las llanuras del espacio.

«Allí nada es estrecho,
Y viven con tal lujo que me asombra;
Tienen la verde tierra por alfombra,
Y el azul de los cielos es su techo.
«No es verdad, como dicen los vecinas,
Que naufragó de amor el aereonauta....
Y tienen qué volver, por más que el flauta
Me cante sin cesar *las golondrinas*.

«¡Hija, no has de volver! Si yo te veo
Cómo bajas y subes,
Cuando vas á paseo
Tendida en las espaldas de las nubes.
«No se ha muerto: es mentira....
Aun tienen fuego sus pupilas bellas,
Y de noche me mira
Con la brillante luz de las estrellas.

«Hija, que no te olvides con tus galas
De las galas de amor que en mi alma tienes,
O formaré con plumas unas alas,
Y te saldré á buscar si tú no vienes.»

Pasó uno y otro dia
Y no volvió Lucía;
Y desde aquella altura
Que al corazon aterra,
En alas de su amor y su locura
Tendió la madre el vuelo,
Y dando el cuerpo frágil en la tierra,
Halló el alma á sus hijos en el cielo.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

LA PRIMAVERA.



Nada hay en el hombre tan grato á Dios como el arrepentimiento; pero en ciertas cosas, tal vez en las más, nada hay tampoco humana y terrenamente tan inútil. Lo que al hombre le importa es no hacer nada de que despues haya de arrepentirse. Y yo, lo confieso, hice algo en este género al prometer que escribiría, para este ALMANAQUE, un artículo sobre la Primavera.

Y no porque yo me crea incapaz de percibir, sentir y estimar en todos sus quilates el valor y la belleza de la estacion florida. Nada ménos que eso. Yo presumo de muy sensible á los encantos naturales. Me apuesto con el más pintado á sentir honda y poéticamente la gala de las fértiles praderas, la lozanía de los verjeles, el apartamiento silencioso de los sotos umbríos, el aire embalsamado por el aroma de las violetas, la sierra pedregosa cubierta de tomillo y romero, el blando murmullo de los arroyos, los amorosos gorjeos del ruiseñor, el lánguido arrullo de la tórtola y los trinos alegres con que las aves saludan á la blanca aurora cuando abre con dedos de rosa las puertas del Oriente.

Por desgracia, una cosa es sentir y otra expresar bien lo sentido. De este segundo dón es del que carezco.

El asunto es de sobrado empeño para mí. ¿He de salir del paso repitiendo en mala prosa lo que ya dijeron en todas las lenguas vivas y muertas, con número y melodía, los poetas buenos y medianos, desde Hesiodo hasta Gracian y desde Virgilio á D. Gregorio de Salas? Yo no quiero hacer un centon tan deplorable. Yo quiero coger vivas las aves, las flores, cuanto tiene sér en la estacion vernal, y trasladarlo á este papel, y de este papel á la imprenta: operacion más difícil de lo que se imagina.

La Primavera es como fiesta espléndida que dan los espíritus elementales, como sagrada orgía, en que el aire, la tierra, la luz, el agua y cuantas inteligencias ó misteriosos genios en el seno de los elementos viven ocultos, lucen su hermosura, se revisten de sus más ricos adornos, y se enamoran, y se acarician, y cantan y bailan. ¡Vaya usted á describir esto sin conocer los nombres de dichos genios, ignorando sus lances de amor y fortuna, y no acertando á distinguirlos bien unos de otros!

Lo que más se parece á la Primavera, en mezquino y pobre trasunto, por artificio humano realizado, es un bonito baile. Pues declaro que yo no sé describirle. Los nombres de las señoras más lindas y elegantes se me borran de la memoria no bien tomo la pluma, y sólo sé decir que me gustan, lo cual es muy *subjetivo*, sin atinar á describir los trajes que llevan, los diamantes que fulguran en sus cabezas airosas, las perlas que cifien lascivas sus desnudas gargantas, y todo aquello, en suma, que las determina y diferencia. Así es que, no pudiendo yo empezar por este analítico y circunstanciado estudio, no llego jamás á la síntesis, esto es, á dar una idea cabal, exacta y adecuada del baile.

Si esto me sucede con un espectáculo que no dura más de algunas horas y que se limita al breve recinto de uno ó dos salones, ¿qué se puede esperar de mí como describidor del baile divino, al aire libre, que dura meses, que se extiende por todo un hemisferio del mundo, y donde cantan y bailan los inmortales al són de la concertada armonía de las esferas? Está visto, yo tengo que hacerlo muy mal.

Hasta el mismo entusiasmo, hasta el mismo semi-religioso fervor con que miro el asunto, es en mi daño y me le hace más difícil. Si yo le mirase con frialdad, ya me las compondría, tomando de aquí y de allí, no del natural, sino de libros, que me servirían de guía y modelo; ya lo compaginaria y arreglaría todo lo ménos mal posible. Por desgracia mi entusiasmo es grande y no me deja acudir con serenidad á mi escasísima ciencia.

Lo primero que no sé es qué plan seguir; dentro de qué términos encerrarme. Porque, á la verdad, si el más rastreo de los seres humanos da suelta á su imaginacion y la echa á volar por esos campos verdes y por ese cielo sereno, durante los meses de Abril y Mayo, sólo Dios sabe dónde su imaginacion irá á parar, y qué rico botín traerá cuando vuelva á casa, si vuelve y no se queda embobada, de estrellas y flores, de mariposas y calandrias, de perfumes y armonías, de luz y sombras, de amores y de cánticos, todo tan en desórden y tan enmarañado, que no habrá manera de cifrarlo en un libro en fólío y mucho ménos en 20 ó 30 cuartillas.

Al considerar esto me entra temblor como de calentura, y pido al númen método y plan para mi obrilla; pero al númen le incomoda el método, y lo que es yo por mí no le trazo sino muy vulgar, sin atinar á aveturarme por nuevos caminos, y sin resignarme á seguir los muy trillados y seguidos por todos.

Para saber el dia en que empieza y el dia en que acaba la Primavera remito al lector á otro lugar de este ALMANAQUE. Para saber la causa inmediata y natural de su vuelta periódica, le remito á cualquier compendio de Astronomía.

¿Qué me queda, pues, que decir acerca de la Primavera?

¿Sacaré á relucir las manoseadas y trivialísimas moralidades de que dicha estacion responde á la juventud en nuestra vida, y de que conviene no gastar las flores á fin de que haya luégo sazonados frutos en el otoño? ¿O daré leccion de política ó de filosofía de la historia, con ocasion de la Primavera, afirmando que las naciones tienen tambien la suya, ó sea su juventud, durante la cual aman y cantan y dan flores; pero que, no bien llegan á su otoño, ó dígase á su edad madura, deben dejarse de tales devaneos y trabajar mucho, que esto es dar el fruto que importa, á fin de pagar las deudas y proporcionarse las comodidades y el bienestar que el invierno y la vejez reclaman?

Imposible. Esto sería lo peor que se me pudiera ocurrir. Esto sería un sermón inaguantable. Hablemos, pues, de la Primavera, aunque sea sin órden. ¡Ojalá tuviese yo á mano al Pegaso ó al Hipógrifo, para imitar á Perseo ó á Astolfo, montar en él, y correr á rienda suelta á donde y por donde el monstruo quisiera llevarme.

En otras tierras más al norte que la nuestra, la Primavera, fuerza es confesarlo, si no es, parece más hermosa: el cambio de escena tiene mayor rapidez y doble hechizo; la mudanza hiere más la fantasía; se nos presenta como súbita y milagrosa resurreccion de los seres. A orillas del Rhin ó del Elba, la Primavera nos da concepto superior de la potencia creadora, de lo que debió de ser el nacer, el aparecer de la vida sobre nuestro globo. En nuestros climas más cálidos apenas hay mutacion, ó es tan lenta

que no se percibe. En las huertas de Murcia y Valencia, en la hoya de Málaga, en las márgenes del Guadalquivir y hasta en la misma vega de Granada, la Primavera se deslie, se esfuma con el invierno: es una primavera difusa ó harto desvanecida.

Donde viene de repente, donde la rigidez del invierno la hace más deseable, es donde se muestra con más pompa y estruendo, donde dá más alta razon de sí, donde resplandece más benigna en el trono de su gloria, donde más se la admira y donde merece ser más admirada. El hielo que cubre los rios se quebranta, se rompe, y baja en gruesos témpanos hácia la mar con descompuesta furia. Casas, palacios, chozas, árboles y cielo, vuelven á mirarse con ánsia y con amor en el líquido espejo de las aguas, velado ántes y empañado por el frio. La cándida diadema que ciñe las cimas de los montes se derrite, aumentandolas corrientes cristalinas. Los árboles, desnudos del verde follaje, brotan de improviso frescos pimpollos y renuevos lozanos, vistiéndose de tiernas y relucientes hojas. Los pájaros acuden á bandadas, guiados por infalible instinto. Turban las grullas el silencio de la noche con sus agudos gritos, cuando vienen avanzando en falange simétrica y bien ordenada. Las golondrinas y mil aves cantoras, al volver de su larga emigracion, saludan con blando pío, ó con chirrido alegre, ó con trinos variados, sus antiguas conocidas viviendas. La cigüeña zancuda inmigra de Oriente ó de Africa, y busca el nido en el viejo torreón ó en el alto mirador de la alquería. Tal vez allí la rubia y jóven campesina alemana le puso al cuello, ántes de que se fuese, una cinta con algun romántico letrero. Cuando vuelve, se pasma la muchacha de ver que le contesta algun muftí del Cairo ó algun santón de la Meca con otro letrero escrito en arábigo. Entre tanto, se ha liquidado la escarcha apretada que cubria los prados, y la hierba y las flores, como si hubiesen estado oprimidas bajo aquel peso, surgen por ensalmo. La anémona nemorosa es una de las más tempranas que abren por allí su cáliz para anunciar la Primavera. Pero otras mil flores, más olorosas y no ménos bellas, aparecen despues, llamando y excitando al céfiro á que respire los aromas que exhalan.

El céfiro viene, semejante al atrevido príncipe del cuento de hadas, y atraviesa por la esquiva floresta, y penetra en el silencioso palacio, y llega hasta el lecho de la encantada y dormida princesa, y le da un beso de amor. Entonces se desbarata el maléfico hechizo, el silencio y el reposo de muerte se truecan de súbito en movimiento, música, agitacion y vida. Como si fuesen á celebrarse divinas bodas, todo se entapiza y hermosea. Se abren los tesoros, se despliegan las galas, se ponen las mesas y aparadores del régio banquete, y luce sobre el ancho tálamo la cubierta de púrpura, esmeralda y oro. Los convidados peregrinos ya hemos dicho que acuden de léjos cruzando los aires. Otros, que no peregrinan, despiertan de prolongado sueño, se revisten de sus vestimentas más ricas, y acuden tambien. Todos, como buenos vasallos, procuran imitar á los príncipes. Y como los príncipes están enamorados y van á casarse, todos se enamoran y se casan. Se diria que apénas hay sér vivo que no se embriague con el zumo de mágicas hierbas ó con el perfume de extrañas flores, las cuales mueven al amor, al deleite y al regocijo, induciendo á la vida para que se acreciente y se difunda y abra nuevos caminos de sér. Ciertas ficciones poéticas parece que tienen entonces realidad, y se cree en el *du-dain*, que buscaba Raquel harta de ser estéril; en el loto, que hacia olvidarse de todo á los compañeros de Ulises, y en el *nepentés*, que alegraba el alma, y que dió á Telémaco Elena.

Claro está que al decir yo todo esto de los climas del Norte no niego igual ó mayor belleza á la primavera del Sur: lo que insinúo es que quizás la rapidez del cambio hace que por allá se sienta mejor.

Pero aquí se renueva tambien la vida, y llega la esta-

cion de los amores, y los gérmenes dormidos se agitan, y nacen las larvas, y, despues de sus completas metamorfosis, les brotan alas de gasa de colores diversos, y elictas metálicas y resonantes, y trompas ligeras con que recogen la miel de las flores. Aquí tambien las plantas desnudas, los álamos, los chopos, las acacias y otros mil árboles de sombra vuelven á vestirse de hojas verdes, y florecen el almendro y la higuera y los demas frutales, y nos dan el fruto con la poesia de la esperanza.

Todo esto es cierto; pero lo es tambien que los hombres del Norte sienten ahora con más profundidad, describen y retratan mejor la primavera que los del Mediodía.

¿Será, como hemos dicho, porque la primavera viene por allí con más ímpetu, ó porque los hombres están por allí más cerca de la naturaleza y más en comunión con ella; porque llevan ménos siglos de civilizacion; porque están ménos gastados; porque no es entre ellos tan marcado el divorcio y tan crudo el antagonismo entre el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos?

Profunda cuestion es ésta. Yo no quisiera entrar en ella, pero se me pone por delante á pesar mio.

Yo veo desde luégo que en las antiguas edades sentian los hombres del Mediodía y celebraban, por lo ménos con igual entusiasmo que hoy los del Norte, la vuelta de la primavera. Atis resucitado, Osiris resucitado y Adonis resucitado lo atestiguan. Los misterios de Samotracia y de Eléusis eran en el fondo inspirados por la primavera. Cuando renacia la vegetacion, cuando brotaban las hierbas y las flores, cuando las selvas se cubrian de pompa y de verdura, cuando subia la savia por los troncos, era cuando la madre desconsolada enjugaba sus lágrimas y desechaba el traje de luto, porque la hija, hundida en las entrañas lóbregas de la tierra, surgia fecunda, hermosa y resplandeciente de inmortales fulgores; porque Cora, fugitiva del tenebroso amante que la habia tenido aprisionada en sus brazos, aparecia de nuevo á bañarse en las ondas de luz del sol enamorado, quien, por contemplarla y besarla, se detenia más tiempo sobre nuestro horizonte, é iba difundiendo por más horas y con mayor tino y eficacia, en este hemisferio boreal, la lluvia dorada de sus rayos ardientes.

Si esto se sentia con tal profundidad, y ya no, es sin duda porque nos hemos hecho muy espirituales. Desdeñamos la naturaleza por amor del espíritu. ¿Qué vale la selva florida, qué vale el árbol más lozano y eminente, al lado del árbol místico, de quien dice el himno sagrado:

*Cruce fidelis, inter omnes
Arbor una nobilis:
Silva talem nulla profert
Fronde, flore, germine?*

No es en el florecimiento de la primavera, no es en el árbol más fecundo, no es en el huerto más feraz donde recordamos el perdido Paraíso, donde más nos maravillamos, bendiciéndolas, de la potencia del Altísimo y de su bondad infinita, es en aquel árbol que sirve como de sòlio al mismo Dios:

*Arbor decora et fulgida,
Ornata Regis purpura,
Electa digno stipite
Tam sacra membra tangere.*

Pero yo no me inclino á creer que sea el misticismo ó el espiritualismo cristiano quien nos haga tan poco sensibles á la naturaleza y nos lleve tanto en pos del espíritu.

El amor de Cristo lo comprende todo, sin excluir la naturaleza material. Con él y por él subió al cielo la carne purificada y gloriosa. Él miró con afecto á todas las criaturas. Él no desdeñó los ramos floridos de oliva y las gallardas y vencedoras palmas con que le recibieron el dia de su triunfo. Sus fieles, más sencillos y candorosos, aman

los objetos materiales por amor suyo, y rodean de rosas y de hierbas de olor, en los días primeros de Mayo, ese árbol sagrado, que fué su patíbulo; y cuando, ya más adelantada la primavera, en el momento más rico del desenvolvimiento vernal, celebra su Iglesia el sacrosanto misterio en cuya virtud quiso Él comunicarse á nosotros, infundiéndose en el licor que alegra los corazones y en el pan que nos alimenta, el pueblo cristiano alfombra con gayomba olorosa y verde y fresca juncia la vía por donde pasa, y las mujeres vierten una lluvia de flores sobre el artístico y áureo templete, arca de la nueva alianza, donde va Él custodiado.

Menester es confesarlo: es infundada, es injusta la acusación de los impíos. No vino la doctrina de Cristo á condenar ó á endiablarse la naturaleza. Los tres enemigos capitales de esa doctrina no tienen menor influjo, jurisdicción y mando en el reino del espíritu que en el de la materia. También siguiéndolos pueden las gentes ser espirituales. No hay sólo concupiscencia en la carne: la hay en el espíritu. Y si hay espiritualismo divino, no deja de haberle diabólico, y más comun y frecuente por desgracia.

Ahora bien: yo entiendo que este espiritualismo diabólico, y no el divino, es el que nos aparta de la naturaleza y de su amor inocente.

Aunque se me acuse de pánfilo, de sobrado benigno, de querer disculparlo todo, voy á declarar aquí una cosa, en confianza.

A mi ver, hasta el propio diablo no nos seduce y extravía así de repente y sin más ni más. Se guardaría muy bien de hacerlo: no le traería cuenta ninguna. El diablo se funda al principio en algo razonable; nos lleva por buenos términos y caminos, hasta que llegamos á cierto punto, donde ya, con mucha suavidad, empieza aquel maldito de Dios á engolosinarnos llevándonos por los atajos, y así nos extravía y nos pierde.

En el caso del espiritualismo, á que nos referimos, es evidente que no son malos los principios y fundamentos. La naturaleza hizo mucho por el hombre; pero el espíritu ha venido á completar la obra natural, tornándola más propia, más bella, más útil y más ajustada á nuestras necesidades y aspiraciones. Al hombre, más débil y más inerte que el cordero, el espíritu, convertido en herrero y en pirotecnico, le ha dado armas y fuerzas mil veces mayores que las del león; al hombre, más desnudo que el perro chino, el espíritu, convertido en tejedor, en sastre, en zapatero y en sombrerero, le ha vestido más primorosos trajes que al pavón, al colibrí y al papagayo; al hombre, poco más listo que el topo ó el mochuelo en punto á ver, el espíritu, convertido en fabricante de catalejos, le ha dotado de vista más penetrante que la del águila; al hombre, que jamás hubiera hecho natural é instintivamente algo que valiese media colmena, el espíritu, convertido en arquitecto, le ha enseñado á construir alcázares soberbios, torres esbeltas, pirámides ingentes, columnas aiosas, cómodas viviendas, catedrales, teatros, y en suma, ciudades maravillosas; al hombre, que en el estado de naturaleza selvática es propenso á comerse á sus semejantes, y que se regalaba, y aún suele regalarse en algunas regiones, con ásperas bellotas, con cigarrones machacados ó con pescado crudo y putrefacto, el espíritu, convertido en cocinero, le prepara artísticamente manjares agradables, hasta á la vista, y hace que uno de los actos que más le recuerdan lo que tiene de comun con el animal sea un acto solemne, de corbata blanca y condecoraciones, donde tal vez se celebran los triunfos más trascendentales de la religión, de la ciencia, de la filosofía y de la política; al hombre, en fin, que después del pecado, se entiende, y en el estado de naturaleza y ya sin gracia, debió de ser casi tan feo como el mono, y más sucio que el cerdo, y más pestífero que el zorrillo, el espíritu, convertido en ortopédico, en pescador de esponjas, en fabricante de baños, en civilización para decir-

lo en una palabra, le ha hecho limpio, oloroso, aseado y bastante bonito para servir de modelo á la Minerva y al Júpiter de Fidias, al Apolo del Vaticano y á las Vénus de Milo y de Médicis.

Sería cuento de nunca acabar el ir refiriendo aquí cuanto ha hecho el espíritu para completar, hermohear y ensalzar la obra de la naturaleza.

Así es que, á ojo de buen cubero, bien se puede asegurar, sin recelo de ser exagerado, que hasta en las cosas que más naturales parecen, la naturaleza, si bien se examina, ha hecho de seis partes una, y el espíritu del hombre ha hecho las otras cinco. ¿Podría, por ejemplo, alimentar nuestro globo, en estado de mera naturaleza, doscientos millones de hombres? Yo me temo que no. Es así que hay, á lo que dicen, pues yo no los he contado, 1.200 millones: luego mil millones son hijos del arte, pura creación del espíritu, producto de nuestro fecundo ingenio.

Pongamos, pues, que una sexta parte de cuanto hay, y quizás sea mucho poner, lo ha dado, lo ha regalado la naturaleza. Las otras cinco sextas partes han costado mucho trabajo al espíritu. Y este trabajo del espíritu, este complemento á la naturaleza, es lo que tiene valor y precio, y se mide y se representa y se mueve bajo la figura redonda de la moneda metálica, ó bien toma la traza de unos papeluchos mugrientos que se llaman billetes; los cuales, así como los discos ó tejuelos de metal, vienen á ser encarnación del espíritu, lo más sutil y animado y circulante de su valor, la esencia imperecedera de su trabajo secular acumulado.

Hasta aquí las cosas van bien; pero ya aquí el diablo, como vulgarmente se dice, empieza á meter la pata. El espiritualismo nos induce y excita á querer, á adorar casi esta encarnación, ó mejor expresado, esta empapelación y metalización del espíritu. Por este espiritualismo y no por el cristianismo, desdeñamos lo natural: no sentimos toda la hermosura de la primavera. Si no tienes, ni en tu arca, ni en tu bolsillo, algunos de esos tejoletes ó algunos de esos papeluchos espirituales, todas las flores te parecerán abrojos, y la primavera, invierno; los claveles te apestarán como la flor de la sardina; el almoraduj, el serpol, el toronjil y la albahaca, te inficionarán como la ruda; las hojas aterciopeladas de la begonia te punzarán las manos como si fuesen cardos borriqueros; al tocar la mimosa púdica crearás tocar aliagas y ortigas; serán para tí como tártago la hierbabuena y la manzanilla; la caña dulce te amargará el paladar como retama; á la roja flor del granado preferirás el jaramago amarillo; confundirás el canto del ruiseñor con el de la rana; se te antojarán cuervos las tórtolas y buhos las palomas; y las pintadas y aéreas mariposas, y los esbeltos caballitos del diablo, y los fulgentes cocuyos y luciérnagas y la aromática mosca macuba te causarán más asco que los gorgojos, cucarachas y escarabajos peloteros.

Una vez dominado el hombre por el susodicho espiritualismo, aborrece la vida rústica y el idilio y la égloga. Aminta y Silvia, Dafnis y Cloe, y Baucis y Filemon le parecen entes insufribles.

Lo que se opone, pues, á lo natural es lo artificial. Lo que tira á destruir el encanto poético del mundo es el espíritu de la industria, no el de la ciencia, ni el de la religión, ni el de la filosofía.

Mil veces lo tengo dicho y nunca dejo de pensarlo: los más ladinos y sutiles sabios experimentales no descubrirán jamás el secreto de la vida; siempre escapará á sus análisis químicos la fuerza misteriosa que une, traba y combina los átomos y crea los individuos; el amor, la conciencia, el pensamiento, la causa de moverse, de crecer orgánicamente, de sentir y de representarse en uno á los demás seres, no quedará jamás en el fondo de las retortas ni saldrá por la piquera de los alambiques. ¿Qué red delicadísima inventará el sabio para pescar ondinas, cazar silfos ó sacar á los infatigables gnomos de las entrañas de la tierra? La

única razón que tendrá para negar su existencia será que no logra cogerlos: que se sustraen á la inspección de sus groseros sentidos. Por lo demás, las ninfas, las diosas, todos los seres sobrenaturales, que poblaron el aire, la tierra y el agua en las primeras edades del mundo, pueden vivir y es probable que vivan ahora como entonces.

La ciencia no despuebla la naturaleza, ni penetra en sus más íntimos arcanos. El misterio sigue y seguirá siempre. Isis no levantará jamás el velo que la cubre.

El misticismo, que busca por camino más breve, á su Dios, en el abismo de nuestra propia alma, no aspirará á tenerle allí incomunicado. Su Dios estará en el abismo del alma, y en aquel centro se unirá el místico con Dios por estrechísimo lazo; pero Dios estará también por todo el universo, y todo Él estará en cada cosa y todas las cosas estarán en Él. El misticismo psicológico no excluirá, sino implicará la teosofía naturalista.

El axioma capital de esta ciencia sublime será que la inteligencia infinita no es el término último, sino el principio de las cosas, sin dejar por eso de ser su fin y el centro hácia donde gravitan, y el punto en donde sus discordias hallan paz, y su agitación reposo, y solución sus contradicciones, y unidad perfecta sus calidades y condiciones diferentes.

En este alto sentido, toda ascension de las cosas hácia mayor bien y más perfecta vida, toda evolución progresiva de cierto linaje de seres, dentro de un espacio marcado y de un período de tiempo mayor ó menor, es una primavera. Las cosas, miradas en su totalidad, se mueven, sin duda, en círculo y vuelven al punto de donde partieron. En el todo no cabe progreso. Con él, si fuese total, podríamos suponer algo añadido á la gloria de Dios. Aunque allá, en lo profundo de su sér, esté y viva la idea con todos sus futuros desarrollos y perfecciones, mientras ésta vaya de lo ménos á lo más con proceso sin término, parecerá como que crece la gloria divina, como que Dios es más creador ahora que ántes, como que sus obras van dando cada vez más claro y cumplido testimonio de su saber y de su omnipotencia.

Es, por consiguiente, innegable que no hay progreso total. La inmutabilidad de la perfección infinita de Dios implica la inmutabilidad total de la perfección del universo, que es obra suya. Cabe, sin embargo, mudanza en los pormenores, y de ahí el progreso parcial ó temporal de esto ó de aquello.

Ya que me he engolfado en meditación metafísica, añadiré, con el debido respeto (no á Dios, para quien sería absurdo y ridículo salir con esta salvedad, sino al parecer de otros meditadores), que la riqueza divina no crece ni mengua; no es cantidad: es lo infinito. Dios está siempre creando, y siempre lo tiene todo creado. Si crease un átomo más, sería más creador; si le aniquilase, sería ménos; si mejorase en algo toda la obra, se corregiría, en cierto modo, á sí mismo.

Así, pues, vuelvo á sostener que el progreso de nuestro planeta es parcial y transitorio, está compensado por la decadencia ó fin de otros mundos, y está limitado en el tiempo, aunque se dilate centenares de miles de años, y en el espacio, aunque abarque todo el sistema solar á que pertenecemos, y hasta un grupo completo de soles, de que nuestro sol sea mínima parte.

Considerando ahora esta evolución de la vida, dentro de tan ancho espacio, bien podemos declararla año máximo, del cual vivimos, por dicha, en la Primavera.

La primavera de este año máximo empezó, según sabios muy acreditados, hace veinte millones de años menores y usuales. Entonces apareció el primer sér organizado. Desde entonces trazan los sabios con la mayor escrupulosidad nuestro árbol genealógico. Empieza el árbol en un sér que llaman *monera*, término medio entre lo inorgánico y lo orgánico; gérmen, embrion, elemento primordial de la vida; dotado de una fuerza, de un prurito, de una propensión

indistinta á ser vegetal ó á ser animal. Va extendiéndose luego el árbol, y van las formas desenvolviéndose y diferenciándose, hasta que, al fin de la edad *paleolítica*, ya nuestros antepasados han conseguido elevarse á la categoría de lagartos ó medios peces. Durante la edad *mesolítica* ó secundaria, progresamos más. Al ir á llegar su término, en el período *cretáceo*, somos *marsupiales*, esto es, tenemos, como los cangurús y los jerbos, una bolsa, donde nuestros hijitos se esconden. En el período *eocono* de la edad terciaria, logramos obtener la dignidad de monos; somos *catarrinios*, ó dígase monos con las ventanillas de las narices hácia abajo y con cola. En el período *mioceno*, ya la cola se nos cae, y nos asemejamos al gorilla, al orangutan y al chimpancé. En el período *plioceno* somos casi hombres, aunque *pithecoides* y *alalos*, ó sea sin palabra y sin entendimiento, como cualquiera mico. Por último, en la edad cuaternaria, en el período llamado diluviano, se nos desata la lengua, empezamos á charlar y somos verdaderos hombres. Desde este momento, los sabios ménos exagerados y más tímidos y económicos en sus cronologías, ponen hasta el día de hoy unos 25.000 años. La raza *alala*, los *antropiscos*, los casi hombres, como si dijéramos, salieron del centro de Africa ó de un continente austral llamado Lemuria, que ya se hundió en el mar, como la Atlántida, y que estaba entre el Africa y el Asia. Estos *antropiscos* eran negros como la tizne, y vivían en manadas ó rebaños para defenderse de las fieras. Así fueron extendiéndose por el mundo. Durante la dispersión y emigración, inventaron los idiomas, y de aquí que no puedan reducirse todos á un tipo primitivo. A la raza morena, que viene después, y á la que pertenecen los egipcios, se le da una antigüedad de 15.000 años, naciendo por mejora de la raza negra. Sale luego á relucir la raza amarilla, cuyos representantes más ilustres son los chinos y japoneses. Su origen se pone 10.000 años hace. Y se muestra, al cabo, la raza blanca, arios, semitas, caucásicos, etc., á la cual se concede una antigüedad de 8.000 años lo ménos. A esta raza tenemos la honra de pertenecer, pero nadie nos asegura que no aparezca aún otra superior que nos deje postergados y tamañitos, lo cual será muy desagradable. Sea como sea, á pesar de los veinte millones de años que hace que apareció la *monera*, no se ha de negar que estamos aún en el período primaveral de este año máximo de que hemos hablado. ¿Qué progresos, qué maravillas, que nuevas creaciones no deben esperarse aún? Apenas si la humanidad ha nacido. Yo he leído en un libro muy docto esta sentencia, que no olvidaré nunca: «La humanidad, en su vida colectiva, no ha nacido aún.»

Todo este largo pasado que llevamos ya, el vivir en la primavera del año máximo y el columbrar un extenso porvenir, esplendoroso y fecundo, no debe, sin embargo, alegrarnos en demasía, ni ménos ensoberbecernos. Comparados nuestros veinte millones de años ya cumplidos, más otros veinte millones que por lo ménos durará aún la primavera de este planeta, con otras primaveras y años máximos de otros planetas y de otros más grandes sistemas solares, tal vez parezca más breve dicha primavera que la ordinaria y menuda del año vulgar, que sólo dura tres meses.

Cavilando yo días pasados sobre este asunto, y hallándome en el campo en soledad amena, en hondo valle circundado de rocas escarpadas, donde había silencio, frescura y mil plantas, hierbas y flores, tuve despierto un sueño que parecía visión espiritual ó intuición pura de algo real, aunque para mí materialmente imperceptible,

Dentro de la superficie de un kilómetro cuadrado entendí que había ciertas emanaciones sutiles de cierto flúido mil veces más tenue que el aire; flúido que penetraba el aire todo, infundiéndose en los vacíos é intersticios que dejan sus moléculas. Este flúido, que el hombre no verá, ni pesará, ni sentirá jamás con sus sentidos, no se eleva más allá de un kilómetro. Tenemos, pues, un kilómetro cúbico

lleno de este fluido tenue, desleído en el aire como perfumes ó efluvios. Figuréme, pues; mi kilómetro cúbico como un mundo aparte, y vi que estaba poblado de un linaje de silfos tan diminutos, que, si por descuido se tragase cualquiera de ellos la más ruin molécula de aire, dicha molécula se le atragantaria y quizás le ahogaria como á cualquiera de nosotros un hueso de melocoton. Mi linaje de silfos respira, pues, el fluido tenue de que he hablado. Con las moléculas del aire hacen los silfos mil primores, y hasta juegan cuando son muchachos, disparándolas por medio de enormes cerbatanas.

Fuera del kilómetro cúbico está para mis silfos lo infinito desconocido é insondable. Viven una hora; pero su inteligencia es tan rápida y tan sutil, que en esta hora tienen tiempo de sobra para instruirse, enamorarse, propagarse, seguir una carrera, elevarse á las más altas posiciones, legar un nombre ilustre á su legítima prole, y hasta cansarse de la vida y apelar al suicido. Un minuto para cualquiera de ellos es mucho más que un año para cualquiera de nosotros. Sus poetas componen versos desesperrados y desengañados á los quince minutos de nacer, y sus sabios inventan los más profundos y alambicados sistemas de filosofía á los treinta minutos.

La voz de mis silfos es tan delgada, que sólo el fluido susodicho puede trasmitirla en ondas sonoras. Sus palabras van tan prontas, que en un segundo refiere un silfo una historia que el más conciso de nosotros tardaría tres ó cuatro horas en contar. Todo lo que entre nosotros es extenso, es intenso entre los silfos. En las veinticuatro horas de cualquier día se extiende la historia de los silfos, y es tan fecunda en revoluciones, cambios, guerras y progresos, como la nuestra en los mil ochocientos setenta y pico de años que median desde la Era cristiana hasta el momento en que escribo.

Mis silfos tienen figura humana. Yo entiendo que toda alma, todo pensamiento que informa un cuerpo, grande ó chico, le da esta figura, por ser la más hermosa.

La hermosura de mis silfos es tal, que si lográsemos fabricar un microscopio bastante poderoso para llegar á verlos, envidiaríamos á los varones y nos enamorariamos desesperadamente de las hembras.

Están muy adelantados en civilización. Han tenido muchos profetas y fundadores de religiones; pero ya va pasando entre ellos la edad de la fe, y rayando la aurora de la edad de la razón.

Sus conocimientos históricos, sin mezcla de fábula, aquello que la crítica más severa da por cierto, se remontan á más de noventa días, lo cual equivale á más de tres mil sucesivas generaciones. Y como un minuto para ellos viene á equivaler á un año para nosotros, puede afirmarse que ellos hacen subir la antigüedad de su civilización á más de 129.600 años. Más allá, yendo contra la corriente de los tiempos, los silfos no ven claro; pero si entre ellos hay un Darwin ó un Haeckel, sin duda colocará la aparición de la primera *monera* del mundo silfidico á una distancia proporcionalmente mucho mayor.

El concepto que forman del Universo es muy distinto del que formamos nosotros. Y no porque su razón no concuerde con la nuestra, sino porque son otros los datos de sus sentidos. No llegan con la vista al sol, ni á la luna, ni á las estrellas, por donde los torrentes de luz ardorosa que lanza sobre ellos el primero, y la luz tibia y plateada en que los baña la luna, proceden para ellos de un manantial oculto. Así es que forman mil hipótesis para explicarlo. Claro está que hay largos períodos históricos de una luz, y largos períodos históricos de otra.

En su mundo hay seres animados, de proporciones tan gigantescas, que nosotros ni siquiera las concebimos. Una avispa para ellos es más que lo que sería para nosotros el Nevado de Sorata, si arrancándose él mismo de cuajo, animándose y echando alas, se pusiese á volar y se nos mostrase por el aire. Por fortuna, la excesiva pequeñez de los silfos y su agilidad portentosa los salvan de tales monstruos.

Claro está que lo infinito es siempre lo infinito, así en la mente de un silfo como en la mente de un hombre. En este punto, si nos contraemos á la especulación racional, nuestros conceptos son iguales; pero en contar, en extenderse á mayor número, en notar mayor cantidad, los silfos nos ganan; penetran con sus sentidos, y ven y perciben abismos de extensión, de tiempo, de volumen y de duraciones en lo infinitamente pequeño, por donde lo mediano, lo mezquino para nosotros, su universo de un kilómetro cúbico, es más ingente para ellos que toda la inmensidad de los cielos para nosotros. Y no dejan por eso de poner más allá de su universo lo infinito inexploorado.

Andan todos ellos muy soberbios con su cultura y con sus progresos, que juzgan sin límites. Así como cuentan ya un pasado larguísimo, esperan un porvenir más largo aún. Y es lo cierto que no se equivocan. Ellos nacieron con esta última primavera y acabarán al fin del próximo otoño. Ahora, que es verano, están en todo el auge de su grandeza. Lo mismo nos sucede á nosotros.

¿Quién sabe si habrá seres, en comparación de los cuales seamos nosotros lo que para nosotros son mis silfos? Y si alguno de estos seres llega á averiguar que existimos, como yo he llegado á averiguar que existen silfos tales, ¿no se reirá, ó nos compadecerá, al ver que esperamos aún tan largo porvenir? Los millones de años que llevamos de vida y los que esperamos vivir aún, serán para él una primavera. Acaso, cuando vuelva él de veranear ó de bañarse en algunos baños de su mundo, encuentre ya el nuestro desolado y hecho ruinas, y extinguida nuestra efímera raza. Pero no tendrá razón. Lo importante es la inteligencia, la cual no se mide por varas, ni por kilómetros, ni por diámetros terrestres. Su actividad, cuando es fecunda, puede condensar en un minuto más hechos, más ideas, más creaciones, más gloria y más infierno, que otra inteligencia reacia, perezosa y torpe, durante siglos de siglos.

Última moralidad. Todo es relativo, como decía D. Hermógenes. No hay ménos ni más. En el tiempo que he tardado yo en escribir este artículo para cumplir mi imprudente promesa, un hombre de ingenio fecundo hubiera sido capaz de escribir la historia de toda la raza humana; y, en ménos tiempo, mis silfos son capaces de realizar lo más importante de su propia historia. No lo daré por muy seguro, porque no he llegado á enterarme bien y no gusto de fantasear, pero es posible que mientras yo he estado afanadísimo componiendo todas estas candideces é inocentadas, á fin de salir del paso, mis silfos hayan fundado nuevos imperios, creado constituciones, inventado filosofías y máquinas, y erigido monumentos, en su sentir, imperecederos.

Tal consideración me avergüenza y humilla, en vez de llenarme de vanidad; y, aunque no sea de silfos, sino de hombres como yo, el público que ha de leerme, todavía le presento con grandísima desconfianza este escrito, que no he tenido reposo, ni humor, ni tiempo para hacer más breve.

J. VALERA.



LA PRIMAVERA.

CANCION.

LETRA DE D. ANTONIO F. GRILO Y MUSICA DE D. EMILIO ARRIETA.

Andante. M. de M. ♩ = 112.

PIANO.

pp Sumamente delicado.

8^a

cres

ff

8^a

cres:

Adagio. M. ♩ = 100.

(Eco.)

Espressivo.

ppp

rall.

pp

un poco agitado.

cresc.

Co - mo son -

Tranquilo.

p

rall.

g :
pp

ri - sa de los que - ru - bes o - tras las nu - bes I - ris gen - til bordando en

M. Iz.

sf

sf

pp

Ped.

f

flo - res su cabe - lle - ra la Pri - ma - ve - ra vuel - ve á lu - cir bor -

pp

pp

- dando en flores su cabe - lle - ra la Pri - ma - ve - ra vuel - ve á lu - cir

p

f

pp

pp

f

Piú mosso.

Ya las don-ce - llas e - na - mo - ra - das van en la -
za - das el templo á honrar y an - te la Vir - gen
de los Do - lo - res der - raman flo - res flo - res sobre el al -
- tar y an - te la vir - gen de los Do - lo - res

pp sf sf p

pp sf

p sf

sf pp

(Eco.) pp

Detailed description: This is a musical score for a voice and piano piece. The tempo is marked 'Piú mosso'. The score is written in a key signature of two flats (B-flat and E-flat) and a 4/4 time signature. It consists of six systems of music. Each system includes a vocal line and a piano accompaniment. The lyrics are in Spanish and describe a scene of devotion. The piano part features various dynamics such as *pp* (pianissimo), *sf* (sforzando), and *p* (piano). There are also markings for 'V' (Vibrato) and 'Voli' (Vivace). The final system includes a marking for '(Eco.)' and another *pp* marking.

sf *rall.*

derraman flo - res sobre el al - tar so - bre el al - tar

rall. *pp* Sumamente delicado

p *pp* *p*

der - ra - man flo - res. No hay labio a -

8a

eres - *sf* *ff* *p* *pp*

- man - te que no son - ri - a dulce armo - m a bro - ta do - quer y los ver -

M. 12.

Ped. *

sf

- ge - les es - tan ri - sue - ños co - mo los sue - ños ah de u - na mu -

sf

- ger No hay labio amante que no sonri_a dulce armo_ni a bro_ta do_

The first system of the musical score features a vocal line in the upper staff and a piano accompaniment in the lower two staves. The vocal line begins with a melodic phrase in a minor key, marked with a piano (*p*) dynamic and a crescendo leading to a fortissimo (*f*) dynamic. The piano accompaniment consists of a steady eighth-note pattern in the right hand and a bass line with chords in the left hand. Dynamics include *pp*, *sf*, and *f*. Trills (*tr*) are indicated above certain notes in the piano part.

- quier y los ver-ge - les es tan ri_sue_ños co - mo los sue - ños

The second system continues the vocal line and piano accompaniment. The vocal line has a more melodic and expressive quality, marked with a piano (*p*) dynamic. The piano accompaniment features a similar eighth-note pattern in the right hand and a bass line with chords. Dynamics include *p*, *sf*, and *pp*. Trills (*tr*) are present in the piano part.

de u_na mu_ger como los sue_ños de u_na mu - ger ah si ah

The third system shows the vocal line and piano accompaniment. The vocal line includes the words "ah si ah" and is marked with a piano (*p*) dynamic. The piano accompaniment features a complex texture with many sixteenth notes in the right hand and a bass line with chords. Dynamics include *sf*, *pp*, and *sf*. A first ending bracket (*1^a*) is shown above the piano part.

si

The fourth system shows the vocal line and piano accompaniment. The vocal line begins with the word "si" and is marked with a piano (*p*) dynamic. The piano accompaniment features a complex texture with many sixteenth notes in the right hand and a bass line with chords. Dynamics include *f*, *p*, *sf*, and *pp*. A *pp* dynamic is also indicated in the piano part.

CAUPOLICAN, ESTATUA EN BRONCE DEL ESCULTOR CHILENO D. NICANOR PLAZA.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 22.)

La última Exposición artística industrial celebrada en Santiago de Chile ha sido notable por los bellos cuadros y arrogantes estatuas que han presentado los artistas del país, demostrando que allí se rinde ferviente culto á las Bellas Artes.

Una de aquellas obras del joven y aventajado artista D. Nicanor Plaza, actualmente profesor de escultura en el Instituto Nacional de Santiago, ha llamado extraordinariamente la atención de las personas entendidas, por la belleza de la forma y la valentía de su ejecución.

Representa á Caupolican, el bravo jefe de los indios araucanos, que describió con tan soberbios versos D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, en su inmortal poema *La Araucana*:

«Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso y justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Habil, diestro, fortísimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.»

¿Qué español, amante de las glorias de su patria, no ha leído la magnífica crónica-epopeya (si así puede decirse) del inspirado Ercilla, libro que «porque fuera más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escri-

biendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos?»

En este libro precioso, monumento histórico y literario de nuestra patria, aparece Caupolican como el más valiente y esforzado entre todos los jefes de «Arauco no domada», desde el momento en que el esforzado guerrero, en la prueba decisiva propuesta por el prudente Colocolo, «el macizo líbano»....

«Como si fuera vara delicada
Se le pone en el hombro poderoso»,

hasta que, preso por traición miserable, y condenado á la última pena, cayó con su cuerpo atravesado por cien saetas,

«Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por ménos heridas no cupiera.»

Bárbara escena, de la cual dice el generoso Ercilla:

«Que si yo á la sazón allí estuviera,
La cruda ejecución se suspendiera.»

Esta obra artística del Sr. Plaza ha sido premiada en el concurso indicado, y ha pasado á ser propiedad del opulento propietario chileno Sr. D. Luis Cousiño.

Del mismo autor conocemos otras bellas esculturas: *El Amor cautivo*, por ejemplo, figuró también en el mismo concurso, y la prensa ilustrada del país la consideró desde luego como una de las mejores obras de arte en la América del Sud.

LA PLEGARIA, ESTUDIO DE D. ALFREDO PEREA.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 38.)

En el mes consagrado por la Iglesia católica á conmemorar el cruento sacrificio del Gólgota, parécenos oportuno presentar á nuestros suscritores la poética composición titulada *La Plegaria*, estudio del natural por el Sr. D. Alfredo Perea.

El hombre es naturalmente cristiano (dijo há muchos siglos un insigne padre de la Iglesia) y necesita creer: creer con fe viva, para hallar un consuelo en sus penas, un alivio en sus dolores, una esperanza de dicha en medio de sus desventuras; y solamente delante de la cruz de Jesucristo, delante de la idea de Dios, de ese Dios que, «si no existiese, sería preciso inventarlo», según una frase célebre, el alma se hunde en el piélago de la inmensidad divina, descubre horizontes nuevos de espléndida belleza, y entreve una eternidad de amor y de gloria.

Atrevesos á enseñar á esas madres que piden á Dios en los momentos supremos de la vida por el hijo de sus entrañas los delirios de los modernos ateos teóricos; decídesles, con los nuevos Gall, que «la religiosidad es un movimiento del *órgano* de la teosofía, impulsado por el *órgano* de lo maravilloso»; con los nuevos Spurzain, que para negar á Dios niegan al hombre, y le

califican de miserable producto de una combinación acertada de la materia orgánica; con los nuevos Broussais, que la religión cristiana «es un código formulado por hombres egoístas, acaso injustos, que explotan el *sentimiento* de la veneración.»

Y ellas dirán quizás que aun Voltaire, cuya carcajada impía no respetó los misterios más consoladores del cristianismo ni las glorias más puras de la Francia, al pensar, hácia la hora de su muerte, en la divinidad de Jesucristo, murmuraba con voz de horrible angustia:—¡Y acaso es la verdad!; que Rousseau confiesa en su famoso *Emilio*, que si la muerte de Sócrates habia sido como la de un justo, la muerte de Jesus no pudo ser sino como la muerte de un Dios; que Montaigne, herido ya de su enfermedad postrera, se acercaba recatadamente á los templos católicos y oraba de rodillas ante el altar de Nuestra Señora.

Si el alma es naturalmente cristiana, nuestra patria querida ha hecho alarde generoso, por espacio de muchos siglos, de serlo sinceramente; porque sabe que el cristianismo es la civilización, el verdadero progreso, la verdadera libertad.

CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE OVIEDO.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 43.)

La insigne capital de Asturias, córte de los antiguos monarcas restauradores, desde Fruela I hasta el glorioso D. Alfonso III el *Magno*, conserva preciosos monumentos artísticos é históricos que pregonan su anterior grandeza.

Descuella sobre todos su majestuosa catedral, fundada en 840 por el rey D. Alfonso II el *Casto*, quien hizo al cabildo amplísima donación de tierras y heredades de la misma ciudad con sus muros y acueductos, y hasta de sus propios reales palacios, erigiendo además el obispado y elevando la diócesis á la dignidad de metropolitana, con plena aprobación de la Santa Sede, en el primer concilio ovetense.

A principios del siglo XIV, reinando en Castilla D. Fernando IV y siendo prelado de Oviedo el ilustre D. Fernando Alvarez (cuya noble memoria permanece todavía ligada á varias piadosas y benéficas fundaciones), fué demolido el templo antiguo y empezósese la construcción del que hoy existe, entre la

capilla del Rey Casto, panteon de los reyes de Asturias, y la celeberrima de San Miguel, ó sea *Cámara Santa*, donde aun se custodian las innumerables reliquias que posee la iglesia, entre otras la Cruz de la Victoria, santo lábaro de Pelayo (según tradición constante), que fué cubierto de oro y piedras preciosas por el gran Alfonso III, y la Cruz de los Angeles, de la época de Alfonso II el *Casto*, á la cual va unida una poética tradición.

El claustro es una joya de la soberbia basilica ovetense. Tiene alta bóveda con aristas cruzadas y de bellas labores, rasgadas ventanas ojivales con rosetones y relieves, y antiguos sepulcros y piedras funerarias cuya colocación se remonta al mismo siglo IX, época de fundación de la primitiva iglesia.

En uno de estos viejos túmulos se guardan las venerandas cenizas del sabio y virtuoso obispo D. Pelayo de Oviedo, autor del famoso *Cronicon* que lleva su nombre.



LA PLEGARIA.—COMPOSICION Y DIBUJO DEL SR. PEREA.



ABRIL.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|--------|----------|--|---|-------------------|-------------------|--|
| Salte. | Se pone. | | Salte. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | | | | |
| 5.47 | 6.22 | 1 Lún. San Venancio, ob. y mr., y sta. Teodora, vg. y mr. | 1188.—Inauguración del pórtico de la <i>Gloria</i> , en Santiago. | | | |
| 5.45 | 6.23 | 2 Márt. San Francisco de Paula, fr., y sta. María Egipcíaca. | 1767.—Pragmática-sancion de Carlos III contra los jesuitas. | | | |
| | | ☾ <i>Luna nueva</i> , á las 8 h. y 49 m. de la noche. | | | | |
| 5.44 | 6.24 | 3 Miérc. San Benito, cf., y stos. Ulpiano y Pancracio, mrs. | 1658.—Explosion del polvorin en la fortaleza de la Coruña. | | | |
| 5.42 | 6.25 | 4 Juév. San Isidoro, arzobispo de Sevilla. | 1846.—Famoso pronunciamiento militar en Santiago de Galicia. | 6.00 | | |
| 5.41 | 6.26 | 5 Viér. San Vicente Ferrer, patron del reino de Valencia, cf., sta. Irene, vg. y mr., y sta. Emilia.—(Abstinencia.) | 1818.—Combate de Maipú, ganado por los patriotas del general San Martín. | 6.00 | | |
| 5.39 | 6.26 | 6 Sáb. San Celestino, p., san Guillermo, ob., y san Diógenes. | 1410.—Invéntase en Málaga el grabado en hueco. | 7.12 | 9.00 | |
| 5.88 | 6.27 | 7 Dom. <i>de Pasion</i> .—San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mr. | 1877.—Fallecimiento de la insigne (<i>Fernan Caballero</i>). | 7.54 | 12.20 | |
| 5.36 | 6.28 | 8 Lún. San Dionisio, ob., sta. Casilda, vg. y mr., y san Edesio. | 1798.—Nacimiento del sabio economista D. Ramon de la Sagra. | 8.45 | 12.17 | |
| 5.35 | 6.29 | 9 Márt. Sta. Maria Cleofé, vda., y sta. Catalina. | 1844.—Fallecimiento de D. José M. Infante, el <i>Caton chileno</i> . | 9.44 | » » | |
| 5.34 | 6.30 | 10 Miérc. Stos. Daniel y Ezequiel, profs., y san Macario, ob. | 1660.—Nace el escultor valenciano Leonardo Julio Capuz. | 10.50 | 1.08 ^m | |
| | | ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 2 h. y 30 m. de la noche. | | | | |
| 5.32 | 6.31 | 11 Juév. San Leon I, p., y stos. Felipe, ob., é Isaac, cf. | 1684.—Carlos II nombra pintor de Cámara á Juan de Carreño. | 12.00 | 1.52 | |
| 5.31 | 6.31 | 12 Viér. San Julio, p. y cf., y stos. Sabas, Victor y Zenon, mártires.—(Abstinencia.—Anima.) | 1657.—Fundacion de la Capilla de San Isidro, en la iglesia parroquial de San Andres de Madrid. | 1.12 | 2.30 | |
| 5.29 | 6.32 | 13 Sáb. San Hermenegildo, rey de Sevilla y mr.—(Anima.) | 1251.—Carta de privilegios dados por D. Alfonso X. | 2.25 | 3.03 | |
| 5.28 | 6.33 | 14 Dom. <i>de Ramos</i> .—Stos. Tiburcio, Valeriano y Máximo, mártires.—(Anima.) | 1531.—Sale de Panamá el Conquistador Francisco Pizarro, con direccion á Chile y Perú. | 3.37 | 3.34 | |
| 5.27 | 6.34 | 15 Lún. Stas. Basilisa y Anastasia, mrs., y sta. Flavia, vg. | 1493.—Entra triunfante en Barcelona el insigne Cristóbal Colon. | 4.51 | 4.03 | |
| 5.25 | 6.35 | 16 Márt. Sto. Toribio de Liébana, cf., y sta. Engracia, vg. | 1797.—Nace en Marsella Luis Adolfo Thiers. | 6.05 | 4.33 | |
| | | ☉ <i>Luna llena</i> , á las 5 h. y 32 m. de la tarde. | | | | |
| 5.24 | 6.36 | 17 Miérc. San Aniceto, p. y mr., y la bta. Maria Ana de Jesus.—(Abstinencia.) | 1756.—Termina la construccion de la iglesia de las Salesas Reales de Madrid. | 7.21 ^a | 5.05 | |
| 5.23 | 6.37 | 18 Juév. <i>Santo</i> .—San Eleuterio, ob., y stos. Perfecto y Apolonio, mrs.—(Abstinencia.) | 1599.—Celebranse en Valencia con gran pompa las velaciones de Felipe III y Doña Margarita de Austria. | 8.37 | 5.42 | |
| 5.21 | 6.38 | 19 Viér. <i>Santo</i> .—San Leon IX, p.—(Abstinencia.) | 1661.—Fallecimiento del ilustre pintor Martinez del Mazo. | 9.49 | 6.25 | |
| 5.20 | 6.39 | 20 Sáb. <i>Santo</i> .—Sta. Inés de Montepulciano, vg., y san Cesáreo, cf.—(Abstinencia.—Sol en Tauro.) | 1799.—Real orden creando en España tres colegios para el estudio de la Medicina. | 10.55 | 7.15 | |
| 5.19 | 6.39 | 21 Dom. † PASCUA DE RESURRECCION, y san Anselmo, ob. y dr. | 1792.—Institucion de la Orden de Damas Nobles. | 11.51 | 8.12 | |
| 5.18 | 6.40 | 22 Lún. El Patrocinio de San José, y san Sotero, p. y mr. | 1693.—Fallecimiento del famoso pintor Claudio Coello. | 12.37 | 9.13 | |
| 5.16 | 6.41 | 23 Márt. San Jorge, mr., y stos. Adalberto y Gerardo, cfs. | 1616.—Muerte del inmortal Cervántes. | » » | 10.17 | |
| 5.15 | 6.42 | 24 Miérc. San Gregorio, ob., y san Fidel de Singmaringa, cf. | 1512.—Fecha de una erudita carta del arzobispo Fonseca. | 1.15 ^m | 11.20 | |
| | | ☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 8 h. y 8 m. de la mañana. | | | | |
| 5.14 | 6.43 | 25 Juév. San Marcos, evang., y san Herminio, ob. | 1844.—Primer tratado político entre España y Chile. | 1.46 | 12.20 | |
| 5.13 | 6.44 | 26 Viér. Stos. Cleto y Marcelino, pp. y mrs. y san Basilio, ob. | 1764.—Muere el R. P. Mtro. Fr. Benito Jerónimo Feijóo. | 2.13 | 1.18 ^t | |
| 5.11 | 6.45 | 27 Sáb. San Anastasio, p., y san Pedro de Armengol, mr. | 1487.—Rendicion de Vélez-Málaga á los Reyes Católicos. | 2.37 | 2.16 | |
| 5.10 | 6.46 | 28 Dom. San Prudencio, ob., y san Vidal, mr. | 1818.—Nacimiento del actual emperador de Rusia Alejandro II. | 3.00 | 3.12 | |
| 5.09 | 6.47 | 29 Lún. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto, ab. y cf. | 1813.—El ejército de Pareja es sorprendido en Hierbas Buenas. | 3.22 | 4.08 | |
| 5.08 | 6.43 | 30 Márt. Sta. Catalina de Sena, vg., y san Peregrin, cf. | 1814.—Exhumacion de los cuerpos de Daoiz y Velarde. | 3.45 | 5.07 | |

ABRIL.



LA FIESTA DE VÉNUS (1).

Ya del oscuro Cytheron las cumbres
Bajaba el sol á trasponer, vertiendo
Rios de luz sobre los verdes mares,
Cuyos abrazos lánguidos, y besos
Dulces y prolongados, adormecen
Los grupos de las islas del Egeo...
Hélios guiaba sus caballos de oro
Hacia el collado de la augusta Délfos,
Y en las rocas de Egina y las abruptas
Cimas sagradas del antiguo Himeto,
Sus reflejos de púrpura bañaban
Los bosques de olivares cenicientos,
Por donde va, entre franjas de verdura,
Del Cefiso el caudal siempre risueño.

Sunium extiende la azulada sombra
De su alto promontorio sobre el lecho
De las calladas ondas, y en la cumbre
Blanco se eleva de Minerva el templo,
Donde Platon meditabundo entabla
Coloquios con las musas del silencio.
De allí descubren los pasmados ojos
Todo el golfo del Ática, y los senos
De sus risueñas costas, y el enjambre
De sus pequeñas islas que, en el terso
Cristal, parecen cual bandada de aves
Fugitivas del África, que el sueño
Detuvo allí una noche, y que á otros climas,
Tornando el alba, emprenderán su vuelo.

Bajo del ancho pórtico, en las gradas
Que hasta el atrio conducen, sobre el fresco
Césped que brota entre las blancas piedras,
De las columnas jónicas sustento,
Platon descansa entre el amado grupo
De sus fieles discípulos que, atentos
Ora á la voz de su elocuente labio,
Ora al rumor del mar, que en sordo estruendo
Bate del cabo las diformes rocas,
Ora á las quejas lánguidas del céfiro,
Yacen inmóviles, semejando aquellas
Escenas de los dioses que el eterno
Cinzel de Fidias, en los anchos frisos,
Supo trazar del Parthenon soberbio.

Callados miran, de la clara tarde
A la mudable luz, tierras y cielos

Prolongarse sin límites. La noche
Sube ya por las faldas del Taygeto ;
Pero, aún el rayo trémulo del día
Brilla sobre el sepulcro de Teseo.
Callados miran de la mar hirviente
Los vívidos cambiantes y el incierto
Vaiven de sus llanuras solitarias,
Que leve impulsa pasajero el viento ;
Cuando, en sus frescas ráfagas, la brisa
Trajo á su oído el rumoroso eco
De la confusa multitud, que invade
Las murallas de mármol del Pireo.

Largos triremes de encorvadas proras
Con la estatua de un dios; con los abiertos
Velámenes de púrpura, que ciñen
Cuerdas de seda pérsica, al ligero
Soplo del aire henchidos; con la popa
De oro y marfil ornada y con los remos
Blancos, cayendo en uniforme golpe
Sobre las quietas aguas, desde el puerto
Bogaban hácia el mar, y al clamoroso
Grito de despedida, los viajeros
De las gallardas naves, agitando
Ramas de mirto y en la sien ciñendo
Frescas guirnaldas de fragantes rosas,
De ¡adios! mandaban el alegre acento.

— «Mirad, la primavera,
Dijo Platon, con sus templadas lumbres
Ya de la azul esfera
Bajó de Grecia á las desiertas cumbres.
Ya de las urnas de los sacros rios
Brotó el caudal sonoro,
Y en los valles umbríos,
Cabe las fuentes, las risueñas ninfas
Danzan en raudo coro,
Sus piés mojando en las fugaces linfas.
Abril sobre la tierra
Llegó seguido de inocentes juegos,
Y en todo pecho virginal encierra
Del casto amor los pudorosos fuegos.
Ya la guirnalda trémula corona
Los álamos y acacias,
Y el himno alegre de la vida entona
El grupo de las Gracias.
Mirad, esas veleras
Naves que van sobre la mar sombría,
Dejando atrás de Aténas las riberas,
Mañana, cuando el día
Trace en Oriente la argentada raya,
Nuncio del sol, entre la niebla fría

(1) En la antigüedad estaba dedicado á Vénus el mes de Abril (*mensis Veneris*), y durante él se celebraban las fiestas de la diosa.

Verán de Chipre la extendida playa,
Donde, con voz doliente,
La madre de Afrodites, á la ausente
Hija llamando, lánguida desmaya.»

Calló, y las naves avanzando raudas
Dejan atrás el mágico archipiélago
De las Cycladas islas, y en las aguas
Navegan ya del cabo, hácia el estrecho
Encaminando el rumbo. A Chipre llevan,
Para postrarse ante el altar de Vénus,
Los peregrinos del amor, que el voto
De ver la diosa del Abril hicieron.
Sobre la popa en grupo las doncellas,
Al compas de acordados instrumentos,
Tejen las danzas de la Frigia, en tanto
Que, en ritmo jonio, el coro de mancebos,
Al blando soplo de la tarde, entrega
El himno sacro en cadenciosos versos.

HIMNO Á VÉNUS.

I.

Cuando nació en el agua que rompe en las arenas,
A Chipre, entre sus brazos, las pálidas sirenas
Trajéronla, diciendo monótono cantar.
Cuando enjugó en la orilla su cabellera blonda,
Las gotas que cayeron sobre la móvil onda,
Las perlas son que, avaro, guardó en su fondo el mar.

II.

Cuando entreabrió los ojos, cual rayo de alegría,
Bañó tierras y cielos la luz de un nuevo día;
Vibraron más los astros, brilló más rojo el sol.
Ardieron las hogueras sobre las pardas cumbres,
Y hasta Diana excelsa, vestida de albas lumbres,
Tiñó las tenues nubes con cálido arrebol.

III.

Cuando entreabrió los labios, las inodoras brisas
El inconstante vuelo pararon indecisas
Para aspirar el ámbar nacido en su carmin.
Y al recorrer de nuevo los valles y las lomas,
Llenaron los espacios con célicos aromas
De rosa y de violetas, de nardo y de jazmin.

IV.

Marchó, y el cadencioso, gallardo movimiento
Las palmas imitaron cimbrándose en el viento,
Las nubes en los cielos flotando el blanco tul:
Los cisnes en las aguas, la cierva en las praderas,
Y hasta en el ancho espacio las fúlgidas esferas
Rodaron armoniosas por la extensión azul.

V.

Habló, y la fuente quiso copiar su dulce arrullo;
El céfiro en las ramas, con plácido murmullo,
Fingió el suspiro tierno, que arrebató veloz.
Y las calladas aves, en los frondosos huertos,
Formaron todas juntas los mágicos conciertos
Que, aún hoy, remedan vagos los timbres de su voz.

VI.

Del beso de la tierra, los cielos y los mares,
Nació la que hoy adoran de Chipre en los altares;
Su enamorado esposo el dios del fuego es.
La Guerra entre sus brazos semi-vencida duerme,
Y del triunfante Baco, su débil mano inerme,
Los sanguinarios tigres encadenó á sus piés.

VII.

Por premio en el certámen ganó de la hermosura
El rico fruto de oro, y á su gentil cintura
Atáronle las Gracias el blanco ceñidor.
Su símbolo es el mirto, que el aquilon no troncha;
Su carro de batalla, la nacarada concha;
Sus invencibles armas, las flechas del Amor.

VIII.

Cantemos á la diosa en cuyo templo augusto,
Sobre las limpias aras, el sacerdote adusto
No inmola sér alguno con matador puñal.
Llevémosle de Arabia las olorosas gomas,
Del Pindo y del Coëta las cándidas palomas,
Y del sagrado Egipto la rosa virginal.

Desde las rocas de la cumbre escuchan,
Platon y sus discípulos, atentos
Los cantos de las naves, y repiten
A media voz sus armoniosos metros.
La luz tranquila de la tarde clara;
La soledad callada; el casto beso
De la apacible brisa; el són lejano
De las acordes liras; los reflejos
De los dormidos mares; los efluvios
De las silvestres flores, y el concierto
De las aves que anidan en los bosques
De olivos y laureles, todo á un tiempo
La mente inclina á meditar, y todos
Su vista al rostro de Platon volvieron.

—«Sí, les dijo el filósofo, la diosa,
Cuya dorada hebra
Rayo es del sol, y cuyo pié á la rosa
Dió su color purpúreo, la graciosa
Fiesta en los templos del amor celebra.
Pero el sagrado mito
Que en su risueño culto
Dejó la Grecia primitiva escrito,
Hoy, del pudor insulto,
Perdió en los pueblos su sentido oculto,
Y es de la carne el oprobioso rito.
Vénus no fué la meretriz impura,
Sino el místico emblema
De la incesante y renaciente vida,
Que eternamente dura
Del casto amor bajo la ley suprema.
Vénus es la escondida
Fuerza que late en todo;
Alma por arte misterioso unida
Del cuerpo vil al deleznable lodo.
Es el consorcio, el plácido himeneo,
La infatigable creacion, la esencia
Que por secreto modo
Vívida alienta el pertinaz deseo.

Vénus es la existencia,
Que audaz la muerte pasajera trunca,
Pero que entre sus brazos
Naturaleza, con amantes lazos,
Perpétua engendra sin cansarse nunca.

»Por eso cuando asoma
Bella en Abril la verde Primavera,
Y busca la paloma
A la paloma fiel por compañera;
Cuando se abren en flor las secas ramas;
Cuando en el prado y en la parda loma,
Del sol naciente á las templadas llamas,
Dan las plantas al viento el suave aroma;
Cuando cada semilla
Germina oculta en la bañada tierra,
Y el nido la avecilla
Allá en el fondo de la selva encierra;
Cuando brota el retoño;
Cuando corre festiva
Los claros bosques la ufanada cierva,
Y, huésped del Abril hasta el otoño,
La codorniz esquiva
Viene á esconderse entre la fresca hierba,

Y la cabra lasciva
Busca las tiernas hojas del madroño,
Y el tibio ambiente nuestra fuerza enerva,
A la ciprina diosa,
Símbolo fiel de los amantes fuegos,
La juventud consagra hojas de rosa,
El himno dulce y los alegres juegos.»

Calló, inclinando el rostro, y los discípulos
Meditaban las frases del maestro,
Cuando, tras del Acrópolis, la luna
Su disco alzaba enrojecido, inmenso,
Y el amarillo nimbo del crepúsculo
Sobre los montes se apagaba lento.
Mas que otras noches en la azul techumbre
Blanco brillaba el diamantino Véspero,
Propicio al navegante, y su albo rayo,
Copiándose sobre las aguas trémulo,
Pareció que á las naves atenienses
Marcaba el rumbo por el mar desierto,
Donde velas, y música, y cantares
Entre sombra y distancia se perdieron.

V. W. QUEROL.

«LA GRAN CAMPANA» Y EL «REY DE LOS CAÑONES» DE MOSCOU.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 48).

Moscou, la ciudad imperial de Rusia, cuna de héroes y teatro de brillantes glorias, es una de las poblaciones del imperio del Czar que posee más notables edificios y curiosidades dignas de ser visitadas por los viajeros ilustrados.

El *Kremlin* es un vasto palacio-castillo de los emperadores, donde residen éstos con frecuencia largas temporadas, y en particular cuando se declara oficialmente la guerra á una potencia enemiga.

Sus proporciones son colosales, la construcción grandiosa, los jardines que le rodean espléndidos y cultivados con el más delicado esmero.

Allí existía, en la famosa torre Iwan-Weliky, la más elevada y también la más bella del Kremlin, la celeberrima campana que reproduce nuestro grabado de la pág. 48: denominase *Czar-Kolokal*, ó sea *Reina de las Campanas*, y es sin disputa la más grande que existe en el mundo.

Su peso es de 246.540 kilogramos, su altura de 20 piés y 7 pulgadas inglesas, y su diámetro de 22 piés y 18 pulgadas.

Fué fundada en 1733, bajo el reinado de la emperatriz Ana por un obrero ruso llamado Iwan-Motorine, y colocada, como queda dicho, en la torre más alta del Kremlin; mas el complicado y enorme aparato de madera que la sostenía fué reducido á cenizas, á causa de un incendio casual, en 1737, y la gigantesca *Czar-Kolokal* cayó con horrisono estruendo, rompiéndose entónces la brecha que está señalada en nuestro dibujo.

Este ha sido hecho en vista de una fotografía que nos ha remitido el Sr. D. Carlos L. de Bauer, cónsul de España en aquella capital.

No solo en el Kremlin se custodia la *Reina de las Campanas*, sino que también se guarda allí el *Rey de los Cañones*, magnífica obra artística que no tiene rival en su clase en el mundo.

El *Rey de los Cañones*, ó sea *Czar-Pouchka*, es un monstruoso cañon de hierro, adornado con delicadas labores y bajo-relieves de mucho mérito, representando alegorías guerreras y mitológicas y aún gloriosos hechos de armas de los antiguos slavs.

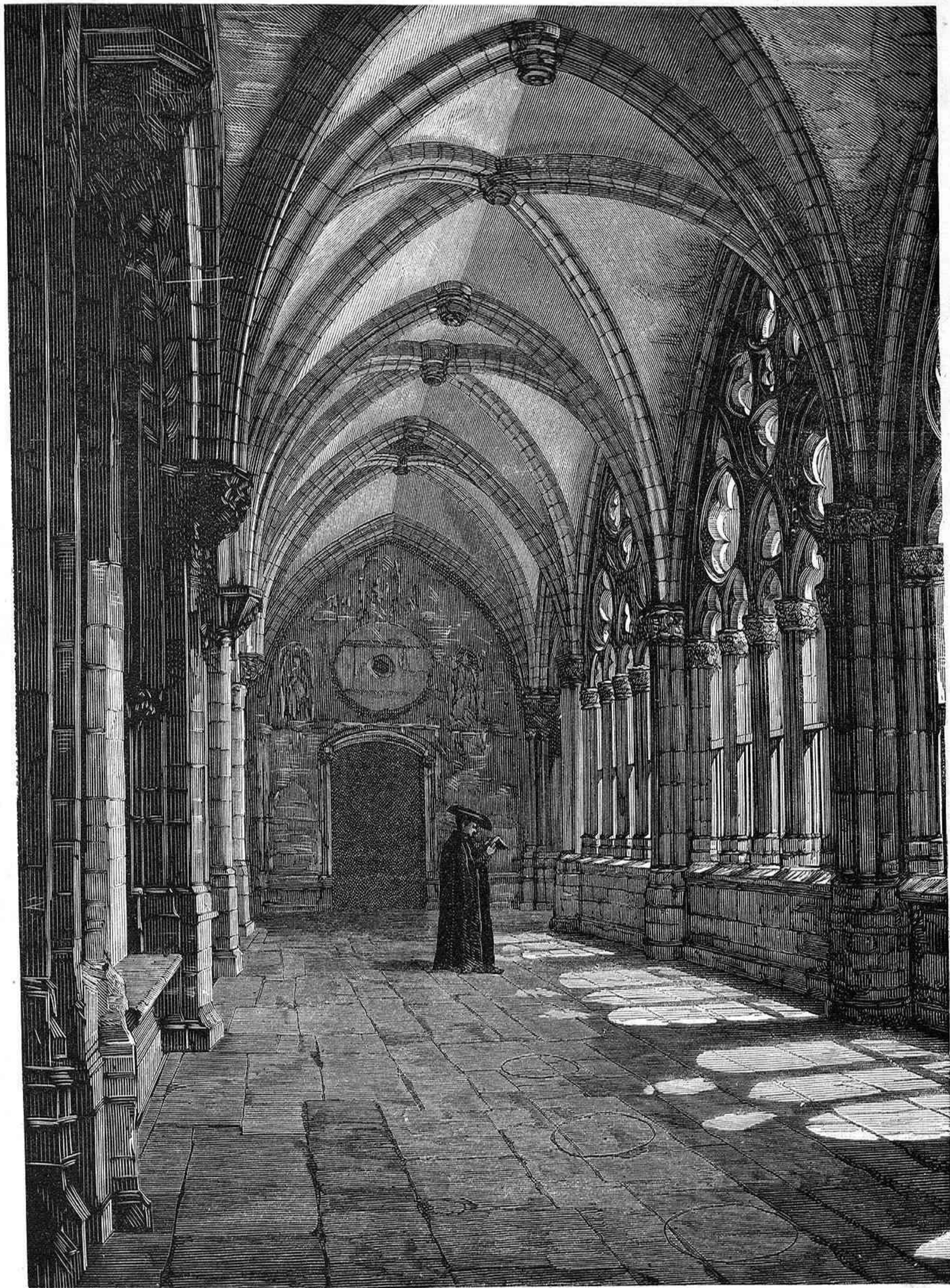
Fué fundido en el año 1585, fundiéndole con habilidad singular y sin contratiempo alguno desgraciado el insigne artífice ruso M. Tchokoff, de quien hay en el Kremlin y en San Petersburgo otras bellísimas obras.

La longitud del cañon es casi de 5 metros, mayor aún que la de los más colosales Krupp y Armstrong modernos; pesa, según cálculo aproximado, 65.000 kilogramos, y el peso de cada uno de sus proyectiles excede de 2.500 kilos.

La cureña, de madera y hierro, es enorme, y presenta igualmente al exterior un complicado dibujo de arabescos y alegorías, y algunos bajos-relieves delicadamente esculpidos.

La *Czar-Kolokal* y el *Czar-Pouchka* son los dos ornamentos característicos del Kremlin de Moscou, prescindiendo de otras sorprendentes obras de arte con que el emperador Nicolás I enriqueció el suntuoso palacio que, dentro del polígono de aquél, hizo construir en 1838-1848.

También este grabado (que acaso publicaremos, si la falta de espacio no lo impide, en otra página) es copia de una fotografía que nos ha remitido nuestro ilustrado corresponsal literario y artístico en Rusia, el Sr. D. Carlos Luis de Bauer.



OVIEDO.—CLAUSTRO DE LA CATEDRAL. (Dibujo del Sr. Cuevas.)



MAYO.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|-------|----------|---|---|-------------------|-------------------|--|
| Sale. | Se pone. | | Sale. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | | H. M. | H. M. | |
| 5.07 | 6.48 | 1 Miérc. Stos. Felipe y Santiago, aps., y san Segismundo, rey. | 1478.—El escultor Gomar termina la sillería del coro de La Seo. | 4.10 ^m | 6.06 ^t | |
| 5.06 | 6.49 | 2 Juév. San Atanasio, ob., y san Félix.—(Fiesta nacional.) | 1866.—Combate del Callao; fué herido Mendez Nuñez. | 4.39 | 7.08 | |
| | | ☾ Luna nueva, á las 12 h. y 25 m. del día. | | | | |
| 5.05 | 6.49 | 3 Viér. La Invencion de la Santa Cruz, y san Alejandro, mr. | 1722.—Inaugúranse las obras para la iglesia de la Cruz, en Cádiz. | 5.13 | 8.11 ⁿ | |
| 5.04 | 6.50 | 4 Sáb. Sta. Mónica, vda., y sta. Antonina, vg. y mr. | 1589.—Bloqueo de la Coruña por la escuadra de F. Drake. | 5.54 | 9.14 | |
| 5.02 | 6.51 | 5 Dom. La Conversion de San Agustin, y san Pio V, p. | 1835.—Inauguración del primer ferro-carril belga. | 6.42 | 10.12 | |
| 5.01 | 6.52 | 6 Lún. San Juan Ante-Portam-Latinam, y sta. Benita, vg. | 1811.—Elecciones para el primer Congreso nacional, en Chile. | 7.39 | 11.05 | |
| 5.00 | 6.53 | 7 Márt. San Estanislao, ob., y san Benedicto, p. | 1663.—Pedro Mena es nombrado escultor de la catedral de Toledo. | 8.43 | 11.51 | |
| 4.59 | 6.54 | 8 Miérc. La Aparicion de San Miguel Arcángel. | 1520.—Carlos V recibe noticias del alzamiento de Toledo. | 9.51 | 12.30 | |
| 4.58 | 6.55 | 9 Juév. San Gregorio Nacianceno, ob., y la Traslacion de San Nicolas de Bari.—(Abrense las velaciones.) | 1520.—Disolucion de la junta de obispos gallegos, convocada por el arz. de Santiago, contra las demasias de los nobles. | 11.01 | » » | |
| | | ☽ Cuarto creciente, á las 10 h. y 8 m. de la noche. | | | | |
| 4.57 | 6.55 | 10 Viér. San Antonino, arz. de Florencia. | 1454.—Inaugúranse las obras para la Cartuja de Miraflores. | 12.11 | 1.04 | |
| 4.57 | 6.56 | 11 Sáb. San Mamerto, ob., y stos. Anastasio y Forencio, mrs. | 1589.—Bombardeo de la Coruña por la escuadra de F. Drake. | 1.21 ^t | 1.34 | |
| 4.56 | 6.57 | 12 Dom. Santo Domingo de la Calzada, cf., y san Aquiles, mr. | 1520.—Las Cortes conceden á Carlos V el subsidio pedido. | 2.31 | 2.02 | |
| 4.55 | 6.58 | 13 Lún. San Pedro Regalado, cf., y san Segundo, ob. y mr. | 1647.—Horroroso terremoto en Chile, Perú y paises cercanos. | 3.43 | 2.31 | |
| 4.54 | 6.59 | 14 Márt. Stos. Bonifacio y Victor, mrs., stas. Justa, Justina y Enequina, mrs., y stos. Pacomio y Erenverto, obs. | 1589.—Hecho heroico de María Fernandez de la Cámara y Pita, en las murallas de la Coruña. | 4.56 | 3.01 | |
| 4.53 | 6.59 | 15 Miérc. † SAN ISIDRO LABRADOR, pat. de Madrid, stos. Mancio y Simplicio, obs. y mrs., y sta. Dipna, vg. | 1813.—Famosa batalla de San Carlos, en Chile, una de las más sangrientas de la guerra de la Independencia. | 6.11 | 3.35 | |
| 4.52 | 7.00 | 16 Juév. San Juan Nepomuceno, dr. y mr. y san Ubaldo, ob. | 1520.—Bula de Leon X condenando los errores de Lutero. | 7.25 | 4.15 | |
| | | ☉ Luna llena, á las 2 h. y 7 m. de la tarde. | | | | |
| 4.51 | 7.01 | 17 Viér. San Pascual Bailon, cf., stos. Adriano, y Tornetes, mrs., san Bruno, ob., y sta. Restituta, vg. y mr. | 1755.—Ejecucion del jefe indio Tupac Amaru, en el Cuzco: fin de la revolucion promovida por este caudillo. | 8.35 ⁿ | 5.01 | |
| 4.51 | 7.02 | 18 Sáb. San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio, cf. | 1832.—Descubrimiento de Chanarcillo, por Juan Godoy. | 9.36 | 5.56 | |
| 4.50 | 7.03 | 19 Dom. San Pedro Celestino, p., y sta. Prudencia, vg. | 1520.—Ultima sesion de las primeras Cortes de Carlos V. | 10.28 | 6.57 | |
| 4.49 | 7.04 | 20 Lún. San Bernardino de Sena, cf. | 1506.—Fallecimiento de Cristóbal Colon, en Valladolid. | 11.10 | 8.01 | |
| 4.49 | 7.04 | 21 Márt. Sta. Maria de Socors, vg.—(Sol en Géminis.) | 1527.—Bautismo de Felipe II en San Pablo de Valladolid. | 11.45 | 9.06 | |
| 4.48 | 7.05 | 22 Miérc. Sta. Rita de Casia, vda., y sta. Quiteria, vg. | 1431.—Muere en una hoguera la heroína Juana de Arco. | 12.11 | 10.08 | |
| 4.47 | 7.06 | 23 Juév. La Aparicion de Santiago, ap. | 1809.—Famoso ataque de las Calanas, contra los franceses. | 12.39 | 11.09 | |
| 4.47 | 7.07 | 24 Viér. San Juan Francisco Regis, cf., y sta. Afra, mr. | 1871.—Incendio de Paris por los comunistas. | » » | 12.06 | |
| | | ☾ Cuarto menguante, á la 1 h. y 17 m. de la madrugada. | | | | |
| 4.46 | 7.07 | 25 Sáb. San Gregorio VII, y san Urbano, papas. | 1810.—Independencia de la república Argentina. | 1.02 ^m | 1.03 ^t | |
| 4.46 | 7.08 | 26 Dom. San Felipe Neri, cf., y san Eleuterio, p. | 1746.—Muere el pintor cordobés José Cobo y Guzman. | 1.25 | 1.59 | |
| 4.46 | 7.09 | 27 Lún. San Juan, p. y mr., y sta. Magdalena. | 1774.—Fallecimiento del pintor Montaner, en Palma. | 1.47 | 2.57 | |
| 4.45 | 7.10 | 28 Márt. San Justo, cf., y san German, ob.—(Letanias.) | 1604.—Autoriza Felipe III la Universidad de Oviedo. | 2.12 | 3.56 | |
| 4.44 | 7.10 | 29 Miérc. San Maximino, ob., y sta. Teodosia, mr.—(Letanias.) | 1755.—Inauguración de la nueva Catedral de Lima. | 2.40 | 4.57 | |
| 4.44 | 7.11 | 30 Juév. † LA ASCENSION DEL SEÑOR, San Fernando, rey de España, cf., y san Palatino, mr. | 1796.—Muere el escultor barcelonés Pablo Serra, uno de los primeros académicos de San Fernando. | 3.12 | 6.00 | |
| 4.43 | 7.12 | 31 Viér. Santa Petronila, vg., y san Pascasio, ob. y mr. | 1808.—Formacion del célebre Batallon literario de Santiago. | 3.50 | 7.03 | |

MAYO.



LAS FLORES DE MAYO.

I.

En mil ochocientos ocho,
 Como supondrán ustedes,
 Y como yo decir debo
 Aunque el rubor me avergüence,
 Madrid era, en punto á luces,
 Un pueblo de mala muerte.
 Desconocido el petróleo,
 El gas sin saber qué hacerse,
 Y siendo casi mal visto
 Estar despierto á las nueve,
 Sólo alumbraban las calles;
 Y eso en las fiestas solemnes,
 Algunas cuantas docenas
 De farolillos de aceite
 Con que el buen Carlos Tercero
 Quiso alegrar las paredes,
 Y los devotos candiles
 Que en cien sitios diferentes,
 A cuadritos y retablos
 Daban sombra casi siempre.
 De aquella edad la memoria,
 Que hoy un sueño nos parece,
 Aun hay quien viva conserva,
 Porque á la niñez le vuelve,
 Y sé por más de un testigo
 De aquel tiempo y á par de éste,
 Que el misterio y la poesía
 Tuvieron allí un albergue,
 Que hace ya bastantes años
 Les niegan nuestros hoteles.
 Y es en el Madrid de entónces,
 Sin luces y con franceses,
 En el Madrid de las majas
 Y los chisperos rebeldes,
 Donde á entrar nos atrevemos
 Por más que es de noche y llueve,
 Y que vamos á una calle
 Muy desierta y poco alegre,
 Que se llamó, y aún se llama,
 La calle de la Cruz Verde.

II.

Espiraba el primer día
 De Mayo, mes de las flores,
 Y en el reloj de San Plácido
 Sonaba la media noche.
 Triste y empañado el cielo
 Por oscuros nubarrones,
 Dejaba paso á la lluvia,

Del viento juguete dócil,
 Que azotaba los cristales
 Con acompasados golpes.
 Sin duda á saber la causa
 De aquel extraño redoble,
 O de respirar ansiosa
 La fresca brisa que corre,
 O por algo que ella sabe,
 O porque á alguno le importe,
 A un balconcito muy bajo
 Está asomada una jóven.
 La luz que de adentro viene
 Ilumina en ocasiones
 Una cabellera rubia
 Que un lazo negro recoge,
 Y en un rostro nacarado
 Dos ojos como dos soles.
 Del cuerpo no se ve nada,
 Que del balcon hasta el borde,
 Ya en el suelo sostenidos,
 Ya atados á los barrotes,
 Cien búcaros diferentes
 Forman un espeso bosque.
 Rosas de nieve y de grana,
 Que ya sus capullos rompen,
 Amarillos alelies,
 Matas de claveles dobles,
 Confundidos y mezclados
 Con arrayanes y bojés,
 Ya entre los hierros se asoman,
 Ya junto al muro se esconden.
 Parece el balcon el marco
 Que á muchas vírgenes ponen,
 Y al ponérselo á la niña
 No anduvo el artista torpe.

Todo en torno era silencio,
 Pero de repente oyóse
 Al extremo de la calle
 El rápido andar de un hombre,
 Y de un farol moribundo
 A los tibios resplandores,
 Pudo verse á un guapo mozo,
 De aire y continente nobles,
 Terciada al hombro la capa,
 Y en la cintura el estoque,
 Llegar del balcon de enfrente,
 Y al sentir un «buenas noches»,
 Quedarse clavado en tierra,
 Ni más ni ménos que un poste.
 — ¿Eres tú, luz de mis ojos,
 Tú, mi querida Dolores?

Murmuró al punto el mancebo
 Más con suspiros que voces.
 — Sí, yo soy, Enrique mio ;
 Mas por si álguien mira ú oye,
 Ponte donde no te vean
 Y háblame sin que me nombres.
 — ¿ Me esperabas ?

— Hace rato ;
 Sé que siempre te recoges
 A estas horas, y queria
 Que, al par que de tus amores,
 Me hablaras de lo que ocurre,
 Pues, aún cuando no me importe,
 Por tí y por mi madre vivo
 Sufriendo penas atroces.
 Ella no me dice nada,
 Pero algunas expresiones
 Que he cogido á las vecinas
 Me hace temer algun choque
 Que nuestra dicha destruya
 Antes que gozarla logre.
 — Tranquilízate, mi dueño,
 Y por nada te incomodes,
 Que ántes que se acabe el mundo
 Ya nos pondremos á flote.
 Hoy es primero de Mayo,
 Y aunque el demonio lo estorbe,
 Para el quince, Dios mediante,
 Nos echan las bendiciones.
 Cierto que algo se prepara,
 Yo no sé cómo ni dónde,
 Y que nadie está contento,
 Pues no hay huésped que no enoje ;
 Pero las cosas políticas
 Son para gentes de córte,
 Y ya habrá alguno que arregle
 Lo que los otros embrollen.
 Yo, pobre oficial de guardias,
 Bailaré al són que me toquen,
 Y seré feliz en tanto
 Que cual te adoro me adores.

— ¿ Lo dudas ?
 — Fuera ofenderte.
 — Pues vete tranquilo.
 — Voyme.
 — ¿ Volverás luégo ?
 — Esta tarde.
 — Alegre te aguardo entónces.
 — Retírate ya, bien mio,
 — ¿ Y tú ?
 — Si es que no te opones,
 Voy á robarte una rosa.
 — No es preciso que la robes :
 Las primeras que han abierto
 Bien es que tu pecho adornen,
 Para tí voy á arrancarlas.
 — Bien, pero no las arrojes,
 Que por bellas y por tuyas
 No consiento que se enloden.
 En dos brincos las alcanzo.....
 — Cuidado, que madre tose.
 Tómalas, y adios, Enrique.
 — Adios.
 — Y basta.
 — A tus órdenes.

—
 Y á la vez que se sentia
 De un beso el mágico acorde,
 En el inmediato huerto
 Cantaban dos ruiseñores.

III.

Noche fué aciaga y terrible
 La noche del dos de Mayo ;
 Noche en que hasta el sueño esquivo
 Hizo duro el yugo blando.
 Sobre todo en Maravillas
 Nadie durmió con descanso,
 Que el ódio desveló á muchos
 Y á no pocos el espanto.
 Eran las nueve y estaban
 Los faroles apagados,
 Sin que en puertas ni balcones
 De una luz se viera el faro.
 Apénas un sér viviente
 Transitaba por el barrio,
 Y los pocos que lo hacian
 Iban solos, y á buen paso.
 Por eso se santiguaban
 Los que con asombro y pasmo
 Por la calle del Tesoro
 Vieron, asidas del brazo,
 Dos mujeres encubiertas,
 Que cayendo y tropezando,
 De un postigo iban en busca.
 Junto al cual hicieron alto.
 — ¿ Es aquí ? Con triste acento
 Dijo la de ménos años :
 — Sí, hija mia ; ésta es la casa
 Que yo soñé fuera de ambos.—
 La llave en la cerradura
 Metió con incierta mano,
 Y prontamente en la sombra
 Las sombras se evaporaron.

—
 Y era aquella la morada
 De don Enrique Gallardo,
 Que del corazon altivo
 Al poderoso mandato,
 Despues de pasar el dia
 Combatiendo como bravo,
 Frente de su misma puerta
 Cayó de su madre en brazos.
 Y son su madre y su amada
 Las que en su alcoba velando
 Ven por la herida escaparse,
 Sin dolor y sin desmayo,
 El alma donde sus almas
 Amantes depositaron.
 Al ver entrar á Dolores,
 Y al ver en sus ojos llanto,
 Incorporóse el herido,
 Y atrayéndola á su lado,
 — Gracias, dijo, prenda mia ;
 Siento el dolor que te causo,
 Pero no quiero morirme
 Sin que tú cierres mis párpados.
 — No querrá el cielo que mueras.....
 — Es mi destino y lo acato,
 Que la gloria que en tí pierdo
 Para mi patria la gano.
 ¡ Maldiga Dios al infame
 Que con hipócrita engaño
 Vino de lejanas tierras
 Nuestra ventura á robarnos,
 Y sorpréndale la muerte
 Léjos del trono y del campo,
 En suelo donde no nazcan

Ni flores el mes de Mayo!
 — Por favor, Enrique mio,
 Modera tus arrebatos,
 No aflijas más á dos pobres
 Mujeres que te adoramos.
 — Es verdad ; ya estoy sereno,
 Y bien necesito estarlo,
 Que de mi triste partida
 Siento que se acerca el plazo.
 ¿ Ves estas flores? No há mucho
 Que besadas por tus labios,
 Sobre mi pecho las puse,
 Símbolo de amor sagrado.
 Del perfume de tu aliento
 Borré con mi sangre el rastro:
 Guárdalas, y cuando secas
 Tornen á ese polvo vano,
 Arroja al aire ese polvo
 Como semilla de daños,
 Que del coloso á las plantas
 Produzca frutos amargos.
 ¿ Así lo harás?

— Te lo juro,
 Que á tí solo me consagro,
 Y vivas ó mueras, nadie
 Podrá romper estos lazos.
 — Sí, Dolores, sólo mia,
 Que este pensamiento grato
 Es de mis heridas todas
 El más saludable bálsamo.
 Mi madre será la tuya,
 Sé de su vejez amparo,
 Y mi bendición recibe
 De tus bondades en cambio.
 No puedo más..... de mis ojos
 Se va tu imágen borrando.....
 ¡ Madre! ¿ de quién es la sombra
 Que apenas á ver alcanzo?
 — Don Gaspar el sacerdote
 Vino á verte y te lo traigo...
 — Bien hiciste, madre amada,
 Dejádme con él un rato.

Oyóse algunos minutos
 Un triste acento apagado,
 Luégo un grito, uno tan sólo,
 Despues plegarias y llantos,
 Miétras el alma de Enrique
 Iba cruzando el espacio
 Viendo la ventura arriba,
 Dejando el dolor abajo.

IV.

Han pasado muchos meses
 Desde la anterior historia,
 Que ya ninguno recuerda,
 Pues todo el tiempo lo borra.
 Y es una tarde de otoño
 Serena y encantadora,
 Y están tocando á oraciones
 En un convento de monjas,

De los varios que hermocean
 Los arrabales de Córdoba.
 De la torre en lo más alto
 Se vislumbra humana forma:
 Es una jóven novicia
 Que arrodillada solloza,
 Al par que dirige al cielo
 Frases de angustia muy hondas.
 — ¡ Dios mio! exclama, tu fuiste
 Quien me llevó á la victoria,
 Y al fin me encuentro contigo
 Y con mi conciencia á solas.
 Cumplidos mis juramentos
 Nada ya que hacer me toca,
 Y á tí vengo sin que nuble
 Mi pensamiento una sombra.
 Me concediste dos madres,
 Y las dos en paz reposan;
 Prometí ser fiel á un hombre,
 Y aún mi corazón le adora.
 Un encargo, uno tan sólo,
 Dió al olvido mi memoria,
 Que por el ódio engendrado
 Me llenaba de zozobras.
 Hoy que del mundo me alejo
 Como quien vence y perdona,
 Dejar libre quiero el alma
 De este peso que me agobia.
 ¡ Flores primeras de Mayo,
 De mi amor tempranas rosas,
 Fuisteis robadas al aire,
 Y el aire es quien os recobra!
 Mas si en sus alas un día
 Os lleva la suerte loca
 De nuestro fiero verdugo
 Hasta rozar la corona,
 De una mujer desdichada
 No le conteis las congojas,
 Que suele ser el martirio
 Compañero de la gloria,
 Y yo trocar no quisiera
 Por la suya mi aureola.
 Partid á los cuatro vientos,
 Porque mañana á estas horas,
 La que hoy esposa de Enrique
 Será del Señor esposa.

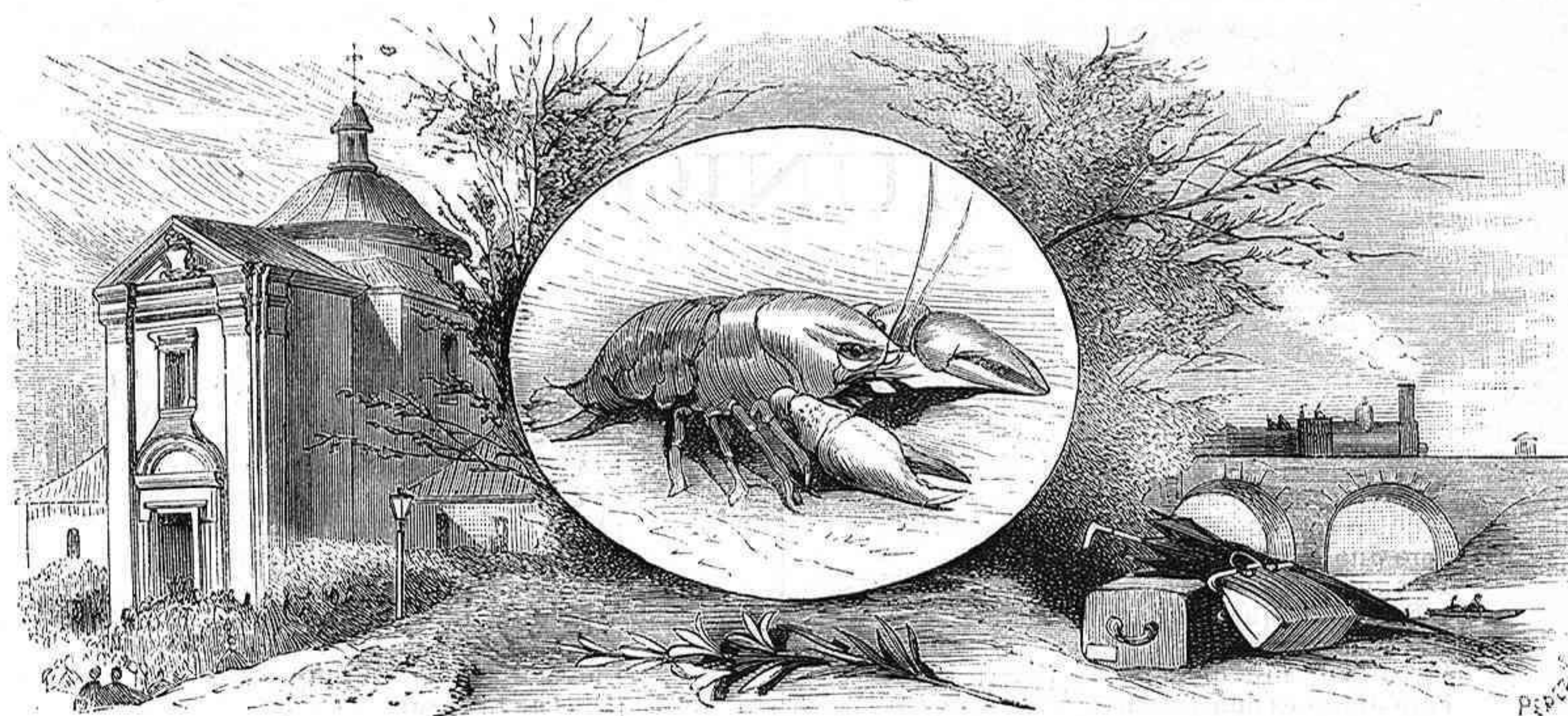
—
 Cuando nuevo Prometeo
 Encadenado á la roca
 Espiraba en Santa Elena
 El prisionero de Europa,
 Sobre la tierra movida
 Que en oprimirle se goza,
 Dos ó tres flores humildes
 Entreabrieron sus corolas.
 ¡ Cinco de Mayo era el día!
 Flores de Mayo preciosas,
 Hermanas quizá de aquellas
 Que absorbieron gota á gota,
 Con la sangre de un soldado
 Las lágrimas de una monja!

MANUEL DEL PALACIO.

15 de Mayo de 1877.



MOSCOU.—CAMPANA GRANDE DEL KREMLIN.—(De fotografia.)



JUNIO.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|--------|----------|---|---|-------------------|-------------------|--|
| Salie. | Se pone. | | Salie. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | | H. M. | H. M. | |
| 4.43 | 7.12 | 1 Sáb. San Segundo, ob. y mr., y San Simon, monje. ☾ Luna nueva, á la 1 h. y 23 m. de la madrugada. | 1518.—Ejecucion de Alvarez de Sotomayor, conde de. | 4.36 ^m | 8.04 ^u | |
| 4.43 | 7.13 | 2 Dom. Stos. Marcelino y Pedro, mrs., y san Juan de Ortega. | 1512.—Donativo de Fernando el Católico á la catedral de Sevilla | 5.32 | 9.00 | |
| 4.42 | 7.14 | 3 Lún. San Isaac, mr., sta. Clotilde, reina, y sta. Paula, vg. | 1753.—Fundacion de Santiago de Chile por el rio Mardocho. | 6.35 | 9.49 | |
| 4.42 | 7.14 | 4 Márt. San Francisco Caracciolo, fr., sta. Saturnina, vg. y mr. san Clatés, ob. y mr., y san Optato, ob. y cf. | 1859.—Memorable batalla de Magenta ganada á los austriacos por franceses y sardos, al mando de Napoleon III. | 7.43 | 10.30 | |
| 4.42 | 7.15 | 5 Miérc. San Bonifacio, ob. y mr., y stos. Nicanor y Sancho. | 1653.—Muerte del pintor navarro Juan de Espinosa. | 8.53 | 11.05 | |
| 4.42 | 7.15 | 6 Juév. San Norberto, ob. y cf., y san Felipe de Cesárea, cf. | 1837.—Muerte del revolucionario chileno Diego Portales. | 10.03 | 11.37 | |
| 4.41 | 7.16 | 7 Viér. San Pedro Wistremundo y comps., mrs., y san Pablo. | 1809.—Batalla y victoria de Puente San Payo, en Galicia. | 11.12 | 12.05 | |
| 4.41 | 7.16 | 8 Sáb. San Salustiano, cf. san Medardo, ob. ☽ Cuarto creciente, á las 3 h. y 30 m. de la mañana. | 1805.—Nacimiento de D. Salustiano de Olózaga en Oyón. | 12.21 | 12.33 | |
| 4.41 | 7.17 | 9 Dom. † PASCUA DE PENTECOSTÉS, y san Primo mr. | 1627.—Famoso acto académico en la Universidad de Salamanca. | 1.30 ^l | » » | |
| 4.41 | 7.17 | 10 Lún. Sta. Margarita, reina, y stos. Crispulo y Restituto. | 1541.—Pedro Valdivia es nombrado gobernador de Chile y Perú. | 2.41 | 1.02 ^m | |
| 4.41 | 7.18 | 11 Márt. San Bernabé, ap., y stos. Fortunato y Parisio, mrs. | 1497.—Concilio provincial celebrado en Vigo. | 3.53 | 1.33 | |
| 4.41 | 7.18 | 12 Miérc. San Juan de Sahagun, ab. y cf.—(Tempora.) | 1609.—Fallece el célebre arquitecto D. Pedro García Mazueco. | 5.06 | 2.09 | |
| 4.41 | 7.19 | 13 Juév. San Antonio de Pádua.—(Anima.) | 1752.—Junta de apertura de la Academia de San Fernando. | 6.16 | 2.52 | |
| 4.41 | 7.19 | 14 Viér. San Basilio el Magno, ob. y dr., san Eliseo, prof., san Marcian, ob. y cf., san Rufino.—(Tempora.) ☉ Luna llena, á las 11 h. y 26 m. de la noche. | 1748.—El rey D. Fernando VI manda edificar el palacio de Coruña, en el solar del antiguo alcazar. | 7.21 | 3.42 | |
| 4.41 | 7.20 | 15 Sáb. Stos. Vito y Modesto, mrs.—Tempora.—(Anima.) | 1823.—Entrada de D. Fernando VII y su familia en Cádiz. | 8.17 ⁿ | 3.40 | |
| 4.41 | 7.20 | 16 Dom. † La SANTÍSIMA TRINIDAD, y san Aureliano, ob. | 1639.—Una escuadra francesa bombardea la ciudad de la Coruña. | 9.04 | 5.44 | |
| 4.41 | 7.20 | 17 Lún. Stos. Ismael, Manuel y comps., mrs., stos. Avito é Imesio, obs., y el beato Pablo de Arezzo, cf. | 1813.—Enarbólase por primera vez la bandera republicana de Chile en la plaza de Santiago. | 9.42 | 6.49 | |
| 4.41 | 7.21 | 18 Márt. Stos. Marco y Marceliano, mrs., y sta. Paula, vg. | 1543.—Primer ensayo de buque de vapor, por Blasco de Garay. | 10.13 | 7.54 | |
| 4.41 | 7.21 | 19 Miérc. Stos. Gervasio y Protasio, mrs., sta. Juliana de Falconeri, vg., y stos. Gaudencio y Lamberto, mrs. | 1713.—Pension de Felipe V á su pintor de cámara Pedro Calabria, de 72.000 maravedises anuales. | 10.40 | 8.56 | |
| 4.41 | 7.21 | 20 Juév. † SS. CORPUS CHRISTI, san Silverio, p. y mr., san Novato, presb., y san Macario, ob. y cf., | 1809.—Evacua á Galicia el ejército frances : reúnen cerca de Lugo los 70.000 hombres que invadieron el país. | 11.04 | 9.55 | |
| 4.42 | 7.21 | 21 Viér. Stos. Luis Gonzaga y Eusebio.—(Sol en Cáncer.—Estrío.) | 1535.—Toma de Túnez por el Emperador Carlos V. | 11.27 | 10.53 | |
| 4.42 | 7.22 | 22 Sáb. San Paulino, ob., y san Acacio y comps., mrs. ☾ Cuarto menguante, á las 6 h. y 50 m. de la tarde. | 1808.—Entran en Santander las tropas francesas. | 11.50 | 11.49 | |
| 4.42 | 7.22 | 23 Dom. San Juan, presb., y stas. Agripina y Ediltrudis, mrs. | 1582.—Colócase la cruz en la aguja del cimborio del Escorial. | 12.13 | » » | |
| 4.42 | 7.22 | 24 Lún. La Natividad de San Juan Bautista, san Fausto, mr. san Teodulfo, ob. y cf., y sta. Niceta, mr. | 1128.—Bula de Calixto II erigiendo en Arzobispado la Sede compostelana. | 12.39 | 1.44 ^l | |
| 4.43 | 7.22 | 25 Márt. Sta. Orosia, vg., stos. Guillermo y Adelberto, cfs. | 1136.—Victoria de Suarez de Deza contra los musulmanes. | » » | 2.43 | |
| 4.43 | 7.22 | 26 Miérc. Stos. Juan y Paulo, mrs., y sta. Perseveranda, vg. | 1834.—Designacion del escudo de armas de Chile. | 1.09 ^m | 3.45 | |
| 4.43 | 7.22 | 27 Juév. San Ladislao, rey, y stos. Zoilo y comps., mrs. | 1843.—Desembarca en el Grao el general D. Ramon M. Narvaez. | 1.45 | 4.49 | |
| 4.44 | 7.22 | 28 Viér. El Sagrado Corazon de Jesus.—(Abstinencia de carne.) | 1779.—Fallecimiento del insigne pintor aleman Rafael Mengs. | 2.28 | 5.51 | |
| 4.44 | 7.22 | 29 Sáb. † SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles y mrs. | 1333.—Sitio de Gibraltar por el rey D. Alfonso XI de Castilla. | 3.20 | 6.50 | |
| 4.44 | 7.22 | 30 Dom. La Conmemoracion de San Pablo, ap., y san Marcial. ☉ Luna llena, á las 12 h. y 6 m. del día. | 1366.—El rey D. Pedro I de Castilla manda dar muerte al arzobispo de Santiago D. Suero Gomez de Toledo, por conspiracion á favor de D. Enrique de Trastamara. | 4.21 | 7.43 | |



JUNIO.

I.

INTRODUCCION.

Mayo es un niño mimoso
 A quien se viste de nuevo ;
 Pero Junio es un mancebo
 Ya opulento y vigoroso.
 En almanaque cristiano
 Mal van uno de otro en pos ;
 Mayo es un mes que cree en Dios ;
 Pero Junio es aún pagano.
 Mayo amante, ingénuo, tierno
 Las almas al cielo eleva,
 Junio impío se las lleva
 Embriagadas al infierno.
 Mayo á María alza altares,
 Quema incienso y teje flores ;
 Junio en pos de oro y amores
 Abandona sus hogares :
 Y echándose atrás fe y penas,
 Capa al brazo y hierro al cinto,
 Del templo turba el recinto
 Con el són de sus verbenas ;
 Y con influjo funesto
 Lo más santo echando á broma,
 Para sus orgías toma
 En la religion pretexto.
 Mayo, inocente y sencillo,
 La tierra alfombra con hojas,
 Trébol y amapolas rojas
 Que perfuma con tomillo.
 Mayo es el amor primero,
 La primer savia, el primer
 Césped ; y con gran placer
 Juega en él con un cordero :
 Hace á los pájaros nidos,
 Soléa al buitre en las peñas,
 Y á la torre á las cigüeñas
 Vuelve á traer con sus maridos.
 A los árboles da copa,
 Y con las brisas marinas
 Vuelve á traer las golondrinas
 A sus albergues de Europa.
 Junio es el primer amor
 Impuro y falso ; el primer
 Vicio, y convida al placer,
 Hipócrita é impostor.
 Mayo da á Junio la tierra
 Fresca, rica, ingenua y moza ;
 Junio la abraza y la goza
 Con todo el placer que encierra.
 Mayo la tierra engalana,
 Cree en Dios y le glorifica :
 Junio impío prevarica
 Y sus iglesias profana.
 Mayo amor, fe y paz respira ;
 Junio, pasión, lid y afán :
 Mayo es Fausto que delira ;
 Junio un infame don Juan.

Mayo, que por Junio aboga
 Y á todo para él da jugo,
 Con ello da á su verdugo
 El cordel con que le ahoga ;
 Y en cuanto por sí campea
 ¡ Ahí va Junio á San Antonio !
 Primer noche en que el demonio
 Consigo á Junio aparea.
 ¡ Ahí va Junio á la verbena :
 Y á las mozas más bizarras
 Lleva al són de las guitarras !
 ¡ Dios se la depare buena !

II.

SAN ANTONIO.

(*Síntesis.*)

A orillas del río
 San Antonio está,
 Y á su soto umbrío
 Todo el mundo va.
 San Antonio es guía
 De quién de él se fia,
 Y él halla algun día
 Lo perdido ya.
 Vamos, pues, nosotros
 Donde van los otros ;
 Que si nos perdemos,
 Él nos hallará.

Cándida es una morena
 Con dos luceros por ojos :
 La llevan á la verbena
 Por su bien su madre buena,
 Y por su mal sus antojos.
 Nunca á las verbenas fué
 Mientras su padre vivió :
 Su padre nunca el porqué
 La dijo : y claro se ve,
 Pues ella vá, que él murió.
 Su madre, que es bondadosa
 Y que á negar no se atreve
 Nada á la niña mimosa,
 La lleva porque la acosa
 Ella para que la lleve.
 Cándida es una azucena
 De inconcebible candor ;
 Curiosa, mas simple y buena ;
 Pálida, un poca morena,
 De tez casi sin color.
 Y según los pareceres
 De hombres doctos, estos seres
 A quienes Dios en piel tal
 Envuelve, si son mujeres,
 Frágiles como el cristal,
 Un hálito las empaña,

Una ráfaga las daña;
Y á modo de espejos viven
De la acción y vida extraña
Que del exterior reciben.

Cedió, pues, su madre buena
De Cándida á los antojos
Y la llevó á la verbena:
Y de la niña morena
Se asomó el alma á los ojos.

Y por el doble balcon
De sus dos ojos sin par,
Vió el mundo, y al corazón
Llamó su alma la impresión
De la verbena á gozar.

Y asomados á sus ojos
Su corazón y su alma,
Creyeron que sus antojos
Del mundo los trampantojos
Podían mirar en calma;

Y sacando la morena
De los ojos al balcon
De su candor la azucena,
Se expuso así en la verbena
Con su alma y su corazón.

Cree el vulgo santificar
El pecado y el placer
De esta fiesta popular,
Con entrar el Santo á ver
Y en su capilla á rezar,

Y entraron; y agua bendita
Un joven las ofreció,
Quien al salir de la ermita
Con cortesía infinita
El brazo á la madre dió.

Era un don Juan de Aguilar,
Cuyos bienes supo el padre
De Cándida administrar,
Y obsequio que hacer le cuadra
No hay medio de rehusar.

Amigos los padres fueron,
Sus intereses juntaron,
Y aunque iguales no nacieron,
Como iguales se trataron
Sus niños, mientras lo fueron.

Don Juan fué á tierra extranjera
Mas amigos de muy niños
Cándida y él, fácil no era
A ésta esquivar los cariños
Hijos de la edad primera.

Don Juan á su hermana Juana
Trajo en coche á la verbena;
Y porque tuvo su hermana
De cenar en ella gana,
Don Juan tiene en ella cena.

Cándida y su madre hubieron
En el convite lugar:
Y cuando todo lo vieron
Y en coche por Don Juan fueron
Conducidas á su hogar,

Dijo la niña morena
Con candidez á su madre:
«Siendo una cosa tan buena,
» ¿Por qué no quería padre
» Dejarme ir á la verbena?»

La madre no respondió,
O porque ingenua y sencilla
Al padre no comprendió,
O porque en la calle oyó
Cantar esta seguidilla:

A San Antonio se entra
Por Soto Verde,
Y el Santo en él encuentra

Lo que se pierde.
Tu alma perdida
Pídele á San Antonio
De la Florida.

III.

SAN JUAN.

Don Juan vive en el espacio
Que hay de obelisco á obelisco,
En una casa-palacio
Puesta entre un doble jardín:
Muchas flores, mucha fruta
Y una cascada en un risco
Tiene en ellos, y una gruta
Entoldada de jazmin.

Don Juan trajo unos millones
De una tierra americana,
Donde se pierde y se gana
En cada noche un millon.
Tiene buenas posesiones
Buen porte, buena presencia,
Valor, suerte, inteligencia,
Todo, menos corazón.

Don Juan con tacto exquisito,
Sin demasia y sin falta,
En el salón y el garito
Hizo siempre buen papel:
Flexible hasta lo infinito
En amor, de baja ó alta
Esfera, fascina, asalta,
Vence, y abandona infiel.

Don Juan no da recepciones
De mucha gente: sus fiestas
Son de familia, dispuestas
Para su placer no más;
Lleva á los nobles salones
A su hermana, á quien exhibe
Con lujo: mas no recibe
Ni da festines jamás.

Tiene poca servidumbre,
Dos doncellas y dos pajes:
Seis caballos, dos carruajes,
Servicio para este tren
Sin ociosa muchedumbre;
Con conserje, camarero,
Mayordomo y repostero,
Vive, paga y come bien.

Por razones de intereses
Casa en Setiembre á su hermana:
Su novio es hombre en la Habana
De ingenio y de capital:
Con qué dentro de tres meses,
Dándola el dote en dinero,
Quedará él solo y soltero
Poseedor de su caudal.

Tal es el Don Juan que á Cándida
Halló en la primer verbena
De Junio, y á quien su buena
Primera edad recordó;
Y á quien por aquel cariño
Que la tuvo cuando niño
Para la verbena próxima,
La de San Juan, invitó.

Don Juan de Aguilar el rico
A su hermana Doña Juana
Obsequia en la Castellana
En la noche de San Juan:
Cándida, en un abanico
De nácar y malaquita,

Una invitacion escrita
 Recibió y un dón galan.
 Honra hecha á los padres muertos,
 Prenda de amor de la infancia,
 Dón hecho sin arrogancia,
 Franca ofrenda familiar,
 Casa y corazon abiertos
 De amistad en testimonio,
 Hallazgo hecho en San Antonio
 De un recuerdo del hogar,
 Excusar era imposible
 De aceptar agradecida
 Pruebas de amistad nacida
 Y basada en la niñez :
 Y con placer indecible
 Fué la Cándida morena
 A la segunda verbena
 Con la mayor candidez.

El palacio era el de una hada :
 De algun benéfico númen
 Era el templo : era un resúmen
 De un mitológico eden :
 La luz en él derramada,
 El perfume que le aroma,
 El aire fresco que tomia
 Del jardin por huecos cien ;
 El són de baile y cantares
 De aire alegre y verde letra,
 Que á bocanadas penetra
 De la cena en el salon,
 Los exquisitos manjares,
 Los dulces en compañía
 De la dulce malvasia,
 La dulce conversacion ;
 El cristal que centellea,
 El champafia que chispea,
 El moka ardiente que humea
 Y el tabaco embriagador,
 Que difunde en el ambiente
 Un veneno, al que la gente
 Que no fuma abre inconsciente
 Sus pulmones sin temor ;
 Todo lo que en un convite
 No hay medio que nadie evite,
 Ni nadie hay en quien no excite
 De los sentidos la accion,
 Fué poco á poco de Cándida
 Penetrando en el espíritu,
 Llevando á un mundo fantástico
 Su mente y su corazon.

Despues de cenar bajaron
 Al jardin, luégo al paseo ;
 Y en medio de aquel mareo,
 De aquel ruido é inquietud,
 Cándida y Don Juan vagaron,
 Como Fáusto y Margarita,
 Tan á solas como en cita
 Por entre la multitud.

Y volvieron á la casa
 Y al jardin ; y allí en reposo
 Un coloquio delicioso
 Entablaron sin afan :
 La noche estaba serena,
 La luna de luz escasa.....
 ¡Deliciosa es la verbena
 De la noche de San Juan!
 Y cuando todo lo vieron,
 Cuando todo lo gozaron,
 Cuando del coche bajaron

En su casa al penetrar,
 Preguntó su madre á Cándida :
 «¿Te ha gustado la verbena?»
 Y la Cándida morena
 No supo qué contestar.
 Y miéntras Cándida muda
 Ante su madre subia,
 Un buen hombre, ebrio sin duda,
 Rompió en la calle á cantar
 A voz en grito ; y se oia
 De sus endechas villanas
 La letra por las ventanas
 En la casa penetrar.

CANTAR DEL BUEN HOMBRE.

«Tiene Junio tres verbenas
 »Que empiezan con San Antonio;
 »Y son tres noches muy buenas
 »Para dar gusto al demonio,
 »Comprar un saco de penas
 »Y hacer un mal matrimonio.

» Todo es blanco y todo es negro
 » En la noche de San Juan ;
 » Mas yo cobro y no reintegro,
 » Por nada me paso afan ;
 » Con los alegres me alegro ;
 » Me voy con los que se van.

» Débil caña ó fuerte cedro,
 » Lo que cae no se levanta ;
 » Mas yo por nada me arredro,
 » Yo soy un hombre que canta
 » Que á quien San Juan se la planta
 » No se la quita San Pedro.»

Esto en la calle berreaba
 El ebrio, abriéndose el pecho
 Con los berridos que daba ;
 Miéntras Cándida en su lecho
 En silencio se acostaba.

IV.

SAN PEDRO.

Don Juan pasa en tierra extraña
 Del verano la estacion,
 Y en Spa juega y se baña,
 Y con gente se acompaña
 De caudal y posicion.

Don Juan de Madrid se ausenta
 Con exactitud precisa
 De Junio en el dia treinta ;
 Ni da de su marcha cuenta
 Ni de su tornada avisa.

Don Juan con fortuna juega ;
 Y por su fortuna ciega
 Llámale en Madrid Fortunio ;
 Y hay quien á llamarle llega
 El don Juan del mes de Junio.

Y un traductor de frances
 En un fantástico cuento,
 De probar que don Juan es
 La encarnacion de este mes
 Tuvo el fantástico intento.
 De San Pedro á la verbena

Don Juan invitó otra vez
 Á Cándida la morena;
 Y á ella con su candidez
 La llevó su madre buena.

Don Juan á madre y á hija
 Prodigó esos mil cariños
 De continuidad prolija,
 Que está aceptado que exija
 En mozos trato de niños.

La madre era natural
 Que á su hermana acompañara;
 Ni nadie echar debió á mal
 Que él á Cándida llevara
 A tal fiesta en noche tal.

Estaba limpia y serena
 La noche, la luna llena;
 Y henchido el Prado de gente
 Que gozaba alegremente
 Y alegraba la verbena.

Todo el Prado recorrieron,
 Todos los puestos miraron,
 Todo por do quier lo vieron,
 Por do quier se entretuvieron,
 Nada por gozar dejaron.

Cargados de chucherías
 Volvieron, de fruta y flores;
 Copiando las alegrías
 Infantiles de otros días,
 Por más ingenuos mejores.

Y ya tarde y fatigada
 Y un poco descolorida,
 Con su madre descuidada
 Por Don Juan á su morada
 Fué Cándida conducida.

Durmió inquieta y pocas horas.
 ¿Turbáronla aterradoras

Pesadillas, ó sus sueños
 La ofrecieron halagüeños
 Imágenes seductoras?
 Pues ¿quién sabe?—El día treinta
 De los días de aquel mes
 Pasó cerrando la cuenta,
 Y fueron con marcha lenta
 De Julio pasando tres.
 Y pasó día tras día
 Pensando inquieta en Don Juan
 Cándida, y de él no sabía;
 Y viendo que no venía
 Palidecía de afán.

—
 Y este almanaque cogiendo,
 Regalo de su editor
 Abelardo, recorriendo
 Sus hojas, lloró perdiendo
 La esperanza y el color,
 Aquí este cantar leyendo,
 No recuerdo de qué autor.

CANTAR.

« Madres buenas, si queréis
 » Que vuestras hijas sean buenas,
 » Bueno es que no las dejes
 » Ir de Junio á las verbenas.
 » Junio es un mes de infortunio;
 » Palabras que en él se dan,
 » Vienen con San Juan en Junio
 » Y con San Pedro se van.»

JOSÉ ZORRILLA.

LA CARTA DE RECOMENDACION.

(DIBUJO DE V. BECQUER.)

Valeriano y Gustavo Becquer, cuya muerte nunca llorarán bastante las artes españolas, habian comenzado á recorrer varias provincias de España sin otro propósito que el de estudiar concienzudamente las costumbres y los tipos más característicos de cada una de ellas, y formar un magnífico álbum dibujado por el primero y explicado con artículos y poesías del segundo.

Llegaron ambos hermanos á Sopeña, pueblo de la provincia de Soria, provistos de una carta de recomendacion que el gobernador les habia entregado para que el alcalde les prestase la proteccion de que podian necesitar en el desempeño de la amenísima tarea que se habian impuesto: el grabado que en la pág. 64 publicamos, que lleva por título *La carta de recomendacion*, representa la visita de los dos hermanos á la autoridad municipal del mencionado lugar. Valeriano encontró la escena digna de ser trasladada á su cartera, y así lo hizo con la gracia y carácter típico que eran sus mejores condiciones artísticas.

FRAGMENTO DE ARQUITECTURA ÁRABE, EXISTENTE EN LA ANTIGUA «CASA DEL PLANILLO», DE ALFARO.

No ignoran las personas ilustradas que en el siglo X, el califa de Córdoba Abderraman II, hijo de Mahomad y nieto de Abdallá, aumentó y embelleció notablemente las ciudades y pueblos de todo su reino.

Por eso nos inclinamos á creer que en aquella época se construyó en la antigua ciudad de Alfaro el edificio llamado hoy *Casa del Planillo*, sin duda para que sirviera de palacio á los régulos ó *azephas* del castillo de Guarín, feudatarios del califa de Córdoba y con cuyo castillo se comunicaban, según opinion general, por medio de una extensa galería subterránea.

Sin embargo, duélenos en el alma no haber podido averiguar de un modo cierto la época de la fundacion del citado edificio, á que pertenece el precioso fragmento de arquitectura árabe que copiamos en la pág. 74, y el cual, con algunos artesonados en el interior, es lo único que resta del primitivo carácter arquitectónico de la *Casa*.

Méno oscuras en adelante las noticias, se sabe que D. Alonso VII, el emperador, y Doña Berenguela, su mujer, se hospedaron en dicha casa en 1140, con motivo de la conferencia que á orillas del Ebro, entre Alfaro y Calahorra, tuvieron con D. García de Navarra para ajustar las paces y el casamiento de sus respectivos hijos.

En 1207 convocáronse en Alfaro los cuatro reyes de Castilla, Leon, Aragon y Navarra, y también los muros de la *Casa del Planillo* fueron testigos presenciales de la memorable Asamblea que firmó la paz entre los reyes cristianos de la península y un pacto de alianza para castigar la insolencia de los soberanos de Córdoba.

Posteriormente, y por cédula Real, fué nombrado en 1521 alcaide de la fortaleza de Guarín, D. Lope Gonzalez de Frias Salazar, en cuya fecha aquel histórico edificio pasó á ser de su propiedad, habiéndole habitado él y sus descendientes hasta principios del siglo pasado, en que le abandonaron definitivamente, sin duda por su estado ruinoso.

Al concluir estos apuntes, cúmplesos dejar consignado, como muestra de reconocimiento, que la señora doña Dolores Frias de Montenegro, amante del arte, nos ha proporcionado estas curiosas noticias, sacadas del archivo de su casa, y que debemos al croquis correspondiente á la amabilidad del Sr. D. J. H., vecino de la expresada ciudad de Alfaro.



EL VERANO.

I.

El tren partió de la estación machacando con sus patas de hierro las placas giratorias, como si gustara de expresar con el ruido la alegría que le posee al verse libre. Echaba sin interrupción y á compas bocanadas de humo, como los chicos cuando fuman su primer cigarro, y al mismo tiempo repartía á uno y otro lado salivazos de vapor, asemejándose á un jactancioso perdona-vidas, ó á demonio travieso. Ni siquiera volvía la cabeza para saludar á los empleados de la línea, ni á las señoras y caballeros que poblaban el andén. Descortés y sin otro afán que perderse de vista, dejó atrás los almacenes, los muelles y oficinas de la pequeña velocidad, el cochero, los talleres, la casilla del guarda-agujas, y se deslizó por la Cortadura, un brazo de tierra cuya mano tiene la misión de asir á Cádiz para que no se lo lleven las olas.

Corriendo por allí veíamos el mar de Levante, las turbulentas aguas y aquel nebuloso horizonte, que bien podemos llamar *el campo de Trafalgar*; veíamos por otro lado la bahía, en cuya margen se asientan sonriendo alegres ciudades y villas, y también á Cádiz, que daba vueltas lentamente, cual fatigada bolera, y tan pronto se nos presentaba por la derecha como por la izquierda.

Después el tren pisó las charcas salobres de la Isla, abriéndose paso por entre montes de sal. Franqueó los famosos caños en cuyos bordes España y Francia han dirimido sus últimas contiendas; cruzó las célebres aguas en que flotó el manto del último rey de los godos, y se dirigió tierra adentro avivando el anhelante paso. Llevábale sin duda tan aprisa el exquisito olor de las jerezanas bodegas, que más cerca estaban á cada minuto, y por último, la inquieta maquinaria dió resoplidos estrepitosos, husmeó el aire, cual si quisiera oler el zumo almacenado entre las cercanas paredes, y se detuvo.

Estábamos en la más colosal taberna que han visto los siglos: llena de lo más fino, delicado y corroborante que en materia de néctares existe. Al llegar á aquel punto del globo, ningún viajero puede permanecer indiferente. Ve un glorioso campo de batalla, sembrado de despojos; los despojos, el cadáver, los mutilados miembros de la sobriedad vencida y destrozada por su formidable enemigo. El triunfo de éste es completo. Su insolente orgullo ha poblado de emblemáticos trofeos el campo. Millones de vides coronan de verdes pámpanos la tierra. Toneles hacinados se alzan en pilas ó ruedan, como borrachos que han perdido la cabeza. Todo es bulla, animación, mareo.

No se puede resistir á la tentación del hijo de Noé. Es del color del oro y tiene el sabor de la lisonja. Beberlo es tragarse un rayo de sol. Es el jugo absoluto de la vida, que lleva en sus luminosas partículas fuerza, ingenio, alegría, actividad. Su delicado aroma se parece á un presentimiento feliz; su gusto estimula la conciencia corporal. Engaña al tiempo, borra los años y aligera las cargas que nos hacen doblar el fatigado cuerpo. Lleva en sí un espíritu poderoso que se une al nuestro, y juntos forman una especie de seráfico genio, el cual, si se ensoberbece puede trocarse en demonio.

Yo fui de los seducidos, y ántes de que el tren partiera, me llené el cuerpo de rayos de sol. Poco después admira-

ba las viñas, respetables madres de aquel insigne vencedor de las naciones, cuando sentí que me tocaban el hombro.

Sorprendiéndome esto, porque me creía solo en el coche; volvíme con presteza y

II.

.... en efecto, era una mujer; quiero decir, que al volverme, ví á una mujer. Al partir de Jerez hallábame solo en el coche. ¿Cómo, cuándo, por dónde había entrado aquella señora? Hé aquí un punto difícil de aclarar, mayormente cuando mi cabeza, forzoso es confesarlo, no gozaba del beneficio de una perspicacia completa.

—Caballero...

A esta palabra siguieron otras que no pude entender bien. Tengo idea de haber dicho:

—Señora...

Pero no estoy seguro de lo que tras esta palabra balbucieron mis torpes labios, aunque debió de ser alguna frase de cortesía. Es indudable que yo estaba aturdido, no sé en realidad por qué, como no fuera por el maldito zumo de oro que había alojado en mí. Hallábame cortado y absorto, y seguramente contribuía mucho á esto el aspecto singularísimo, y por mí nunca visto, de aquella persona.

Causábanme estupefacción indecible su figura y su traje, del cual no podía apartar los asombrados ojos; y en verdad, no es fácil imaginar atavíos más originales. No podía decirse que el traje de la dama fuese extravagante, sino que no tenía traje alguno.

Tengo idea de haber dicho á medias palabras, teñida de rubor la cara y apartando los ojos:

—Señora: tenga usted la bondad de vestirse... del traje, mejor dicho, esa desnudez no es la más á propósito para viajar en pleno día dentro del coche de un ferro-carril.

Ella se echó á reír. Era de una hermosura sobrehumana. Yo recordaba vagamente haberla visto en pintura, no sé dónde, en techos rafaelescos, en cartones, dibujos, quizás en las célebres *Horas*, en relieves de Thornwaldsen, en alguna región, no sé cuál, poblada por la imaginación creadora de los dioses del arte.

Nada de cuanto modelaron griegos, ni de cuanto cincelaron florentinos, puede superar á la incomparable estructura de su cuerpo. Su rostro era como el que las tradiciones del arte dan á todas las ninfas acuáticas y terrestres, á las diosas que fueron y á las jubiladas matronas simbólicas que durante siglos han representado entre doradas archivoltas el pensamiento de los hombres. Más perfecta belleza no vi jamás; pero no era fácil contemplarla, porque sus ojos eran como pedazos del mismo sol, que deslumbraban y ofendían quemando la vista, de tal modo que perdería los suyos el observador si se obstinara en mirar sin vidrios ahumados la hermosa imagen. De sus cabellos no diré sino que me parecieron hilos del más fino oro de Arabia, perfumados con delicado aroma campesino, y que en él se entretejían amapolas y espigas en graciosa guirnalda.

Su vestido era, más que tal vestido, una especie de túnica caliginosa, una vaporosa neblina que la envolvía, ocultando ó dejando ver, según las posturas de la dama, ésta ó la otra parte de su bello cuerpo. No tenía yo noticia

de aquella singularísima manera de presentarse en sociedad, y si he de decir verdad, el atavío de mi noble compañera de viaje parecióme en el primer momento escandaloso y desenvuelto en gran manera. Pero bastaron algunos minutos de observacion para formar juicio más favorable. En las divinas formas, en la actitud graciosa y natural de la viajera, así como en sus palabras y ademanes, habia la castidad más perfecta y la más irreprochable decencia.

III.

Y eso que la señora, si no era el mismo fuego, lo parecia. Dígolo, porque despedia de su cuerpo un calor tan extraordinario, que desde su misteriosa entrada en el wagon empecé á sudar cual si estuviera en el mismísimo hogar de la máquina.

—Señora,—le dije respetuosamente, limpiando el copioso sudor de mi rostro,—permítame usted que me aleje todo lo posible de su persona, porque, ó yo no entiendo de verano, ó es usted la misma Canícula en cuerpo y alma.

Ella sonrió con bondad, y rebuscando en cierto morralillo que á la espalda traía, ofrecióme un abanico. Felizmente yo llevaba espejuelos azules, con los que pude resguardar mi vista de los flamígeros ojos de la señora. A pesar de estas precauciones, cuando el tren se precipitó por las llanuras de la orilla izquierda del Guadalquivir, la irradiacion calorífica de mi compañera de coche aumentó de tal modo que destrocé el abanico sin poder refrescarme. Las perspectivas ora interesantes ora comunes del viaje, aburríanme soberanamente. Los pinos valsaban en mareantas círculos ante mi vista, marchaban en largas hileras los olivos de Utrera, como oidenados ejércitos que van al combate, sin que estos graciosos juegos de la óptica, ni el variado espectáculo de las sucesivas estaciones, ni la cercana presencia de Sevilla, que desde el último confin visible nos saludaba con su Giralda, aplacáran mi mal humor.

Sevilla nos vió al fin llegar junto á sus achicharrados muros, que quemaban como calderas puestas al fuego. Reposaba la placentera ciudad bajo mil toldos, adormeciéndose en la fresca umbría de sus patios. Las cien torres presididas por la veleidosa mujer de bronce que da vueltas á ciento veintidos varas del suelo, desafiaban al furioso sol. Cual condenados, cuyo itinerario de expiacion ha sido invertido, *subian á los infiernos*.

No pude contenerme, y dije á la dama:

—Presumo que usted se quedará en esta estacion que tan bien cuadra á su temperamento.

—No señor—repuso con la timidez de una novicia de convento.—Voy á Madrid.

Y diciéndolo se acercó á mí. Creí hallarme de súbito en la proximidad de un incendio; porque no era ya calor, sino llamaradas insoportables lo que el misterioso cuerpo de la endemoniada ninfa despedia.

—Señora, señora, por amor de Dios—exclamé.—Es muy doloroso para un caballero huir... Es un desaire, una grosería, pero...

Me hubiera arrojado por la ventanilla si la rapidez de la locomocion no me lo impidiese. Felizmente, la misma que tan sin piedad me achicharraba, brindóme con refrescos, que sacó no sé de dónde, y esto me hizo más tolerable su plutónica respiracion y aquel tufo de infierno que de su hermoso cuerpo emanaba como de un femenino volcan.

Íbamos por la alegre comarca que separa las dos famosas hermanas andaluzas, á orillas del florido rio, entre naranjales y olivos, saludando cada dos ó tres leguas á un buen amigo, tal como Lora, Peñafior, Palma. Ya cerca de Córdoba, mi sofocacion puso á prueba mi paciencia, pues sintiendo que los sesos burbujaban como si hirvieran, y que mi sangre se iba pareciendo á un metal derretido, tomé la resolucion de librarme de la molesta compañía que desde Jerez habia traído, y al punto, una vez parado el

tren, apresuréme á poner en ejecucion mi pensamiento, dando parte del caso á los empleados de la vía.

Yo no sé por qué se reian de mí aquellos malditos, oyéndome formular mis justas quejas. Podria colegirse que yo me habria expresado en incongruente discurso, diciendo cosas insensatas y desatinadas. Era para reventar de cólera. El mismo jefe de la estacion tratóme como á un loco cuando le dije:

—Sí, señor, sí, señor. Va en mi coche una señora que echa fuego por los ojos, y por todo su cuerpo un calor tan vivo que se podrian asar chuletas y freir pescado sobre una de sus manos. Esto no se debe permitir... Es un abuso, un escándalo. Me quejaré al inspector del Gobierno, al Gobernador, al Gobierno mismo.

Movióles la curiosidad, más que otra cosa, á registrar el departamento. En él continuaba la dama. Yo la vi... era ella misma sin duda; pero no ya con aquellos ligerísimos ropajes que tanto llamaron mi atencion, sino vestida con el habitual modo de nuestras damas. Sus ojos eran picarescos y vivos, mas no deslumbraban; su cuerpo no tenia rastro de haber pasado por el infierno; llevaba en la cabeza el vulgar sombrerillo adornado de espigas, mas todo conforme al arte de las modistas, sin nada que trajese á la memoria el tocador de las diosas.

IV.

Mudo y perplejo la contemplé, y no es dudoso que me deshice en cumplidos y excusas, achacando á desvanecimiento de mi cabeza la extraordinaria equivocacion en que yo habia incurrido; mas apenas marchó el tren camino de las sierras, volvió la dama á presentarse en su primera forma, en la misma desnudez, con los mismos cendales vaporosos que contorneaban sus bellas formas, con el mismo ornato de rústicas espigas, con la propia cabellera de oro, los mismos ojos que no se podian mirar, y la misma irradiacion abrasadora de su cuerpo. El calor que despedia era ya un calor ecuatorial, intolerable, un calor que derretia mi persona, como se derrite la cera junto á la llama. Quise saltar del coche, llamar, vocear, pedir socorro; mas ella me detuvo. Yo caí exánime, sin fuerzas, todo sudoroso, desmayado, sin aliento; creo que mis facultades se alteraron visiblemente; perdí la nocion de todas las cosas, se nubló mi juicio y apenas pude formular un pensamiento, diciendo para mí: «Estoy en las calderas infernales.»

Arrojado cual cuerpo muerto sobre el asiento, aspiraba con ánsia el ardiente y rarificado aire. La endemoniada aparicion llegóse á mí; sostuvo mi cabeza, dióme á beber no sé qué delicado y refrigerante licor que falicitó el trabajo de mis pulmones, difundiendo ligera frescura por todo mi cuerpo, y entonces me sentí mejor, mis excitados nervios se dilataron, dándome placentero reposo; y aclarándoseme los sentidos como al despertar de un sueño, pude oír el discurso que con dulce voz me dirigió la señora, y que si mi memoria no me es infiel fué de este modo:

V.

«Yo soy la plenitud de la vida, la cúspide del año natural; soy la ley de madurez que preside al cumplimiento de todas las cosas. Soy la realizacion de todos los conatos que bullen en el seno infinito de la Naturaleza. Antes de mí todo es germen, esfuerzo, crecimiento, aspiracion: despues de mí todo decae y muere. Soy el logro supremo y la victoria que se llama *fruto*, victoria admirable de las multiples fuerzas que luchan con la muerte. Por mí vive todo lo que vive, por mí tiene razon de ser la creacion, que sin mí sería en vez de gloria y triunfo una especie de bostezo perenne, el fastidio de los elementos al verse sin objeto. En el hombre soy la edad del discernimiento y del trabajo;

en la mujer, la fecundidad y el amor conyugal; en la Naturaleza, el desarrollo de todos los seres que al verse completos se recrean en sí mismos, apreciando por su propia magnificencia la magnificencia del Creador. Mis cabellos son el sol; mis ojos la luz; mi cuerpo el ardoroso ambiente que al pasar reparte la existencia; mi sombra es el rocío que bautiza las nuevas vidas; mi habitación es el cielo con sus admirables ritmos; mi trono el zenit. Soy la Sazon universal.

»En mi curso infinito guíame el dedo de Dios que va marcando la hora de las fructificaciones. Cuando aparezco ya está todo preparado. Bástame sonreír para que el mundo se llene de frutos. El labrador me espera con ansia, porque de mi benignidad ó de mi cólera depende su suerte. Dóile abundantes mieses, regalados frutos; le anuncio los mostos que llenarán sus tinajas: multiplico sus ganados y sus colmenas; aumento para el pescador los inmensos rebaños de los mares, y al industrioso le ofrezco largos días, al enfermo alivio, al sano alborozo, al rico expansion, al miserable consuelo.

»Celebranme los hombres de todas castas, y los que cultivan la tierra cantan mis días bendiciéndome. Junto á los repletos graneros se regocijan en mis clásicos días destinados al comercio, á la amistad, á los campesinos y joviales banquetes, á las regocijadas bodas. San Antonio, San Juan, San Pedro, el Carmen, Santiago, Santa Ana, San Lorenzo, la Virgen de Agosto, San Roque, la Virgen de Septiembre son en el orden religioso mis triunfales fechas.

»Mis días son fecundos, y la vida se duplica en ellos, porque avivo las pasiones de los hombres, y exaltando su entusiasmo hasta un alto grado, les llevo á las acciones más osadas. Acúsame de incitar á las revoluciones y de seducir á las muchedumbres, agitando en mis manos de fuego la bandera roja de la emancipación. Me vituperan por mis triunfos populares, y yo, sin pronunciar sentencia sobre esto, tan sólo digo que derribé la Bastilla, que destruí al vencedor de Europa no lejos de estos sitios por donde vamos, que también aquí salvé al mundo cristiano de las huestes de Mahoma. Yo abolí la Inquisición de España; yo detuve á los turcos en las puertas de Viena; yo he realizado mil y mil altísimos hechos cuyo número no puede contarse, pues son más que las vueltas que en todo el discurso de nuestro viaje dan las ruedas del coche en que velozmente caminamos.»

VI.

Y era la verdad que caminaba con rapidez, traspasando ya la fragosa sierra que es muro de Castilla. Había caído mansamente la noche, y con la mudanza del cielo la señora había aplacado sus insoportables ardores, como una fragua en que mueren durmiéndose las brasas. Sus ojos seguían brillando, mas no con el resplandor del sol, sino con una dulce claridad blanquecina semejante á la de la luna. Su cuerpo despedía grata tibieza, que poco á poco se iba trocando en deliciosa frescura, y el más regalado aroma de flores y praderas era su aliento. De este modo la repulsiva diosa, cuyo contacto sofocaba, se convertía en el sér más bello y amable que imaginarse puede, y todo en ella convidaba á reposar con sosiego y descuido á su lado, viendo rodar las horas y los astros, sintiendo pasar el aire rico en fragancias.

Sus miradas me causaban el más dulce arrobamiento, viendo en sus pupilas algo semejante al plateado reflejo de un lago tranquilo, y su sonrisa me sumergía en dulce éxtasis, haciéndome considerar en sus labios no sé qué cosa semejante á celestiales puertas que se abrían.

Así pasamos toda la noche, recorriendo de un cabo á otro la tierra ilustre que sirvió de campo para la imaginaria contienda de lo ideal con el positivismo. Pero la noche recogía sus oscuridades para huir á punto que salían á saludarnos los primeros árboles de Aranjuez, no lejos de

donde celebran pacto de amistad eterna Tajo y Jarama.

Rueda que rueda y silba que silba, entre polvo y ruido llegamos al fin á Madrid, donde mi compañera de viaje, profundamente aficionada á mí persona, no quiso dejarme y me siguió en el coche y se aposentó en mi mismo cuarto y se sentó á mi mesa, vuelta ya á su primitivo estado, ó sea á la desnudez abrasadora en que se apareció; pero conservando siempre aquel natural fantástico que la hacía invisible para todos excepto para mí.

Por el día hízome sudar y me sofocó con sólo acercarse ó tocarme con las yemas de sus candentes dedos; mas llegada la noche, recobró su constitución tibia y placentera, alcanzando de mí las amistades que no podía concederle en mitad del día.

Lo más extraño es que habiéndola obsequiado con una comida en los jardines del Buen Retiro, la bendita señora descubrió de súbito unas mañas que me pusieron en gran cuidado y desasosiego, y fué que en mitad del yantar, pretextando que su naturaleza volcánica lo exigía, empezó á menudear copas y á vaciar botellas con tanta presteza, que aquella no era mujer, sino más bien una bacante.

VII.

No bien habíamos concluido de comer cuando la dama, enteramente trastornada por todo aquel menjurje que había metido entre pecho y espalda, empezó á hacer los más desafortunados desatinos que pueden verse. Agitó primero las palmas de las manos, al modo de abanico, haciendo correr un aire cálido y seco que tostaba. Después rompió á reír con carcajadas de insensato, y cayó espantosa lluvia que puso como nuevos á los parroquianos de aquel hermoso sitio, obligándoles á dispersarse. Corrió después la niña con tanta rapidez que parecía un vendaval, rompiendo las bombas de vidrio, alzando las faldas de las señoras, arrebatando sus sombreros á los galanes, desgarrando el telón del teatro, doblando los árboles, haciendo gemir las ramas y cubriendo de hojas los mecheros del gas. No he visto dispersión más precipitada, pánico más horrible ni confusión más grande. ¡Y cómo reía la pícara al ver tales estragos! Yo procuraba calmarla, mas esto no era posible. Temí que la llevarán á la prevención por las diabluras que había hecho tan descaradamente; pero la muy tunanta tuvo la suerte (como todos los pillos) de que no la viera la policía.

Después que desató sobre Madrid la importuna lluvia que tanto molestó á los paseantes, sopló á diestro y siniestro, y hé aquí que comienza á sentirse un frío seco y displicente que hacía tiritar á todo el mundo. Estirando los cuellos de sus ligeros gabancillos y abrigándose con pañuelos de mano á falta de otra cosa, los madrileños corrían á sus casas, y gruñendo murmuraban: «¡Qué demonio de clima! ¡Maldito sea Madrid y quien aquí puso la corte de España!»

La misma autora de tantos desastres andaba con capa aquella noche burlándose de los cortesanos y de su cólera. Yo no pude contenerme y le eché en cara su conducta diciéndole que no me parecía propio de personas bien educadas molestar al prójimo y turbar diversiones lícitas.

Ella se echó á reír de nuevo, y me dijo que en Madrid no pasaba día sin que hiciese alguna travesura de aquel jaez; que la alegría de la capital y su constante humor de bromas era contagiosa, por lo cual ella no podía resistir á la tentación de dar chascos; que se complacía en deshacer las fiestas, en trastornar el tiempo, en soltar los frios del Norte después de sofocantes horas, y que se divertía mucho viendo el descontento de la gente madrileña. Añadió que no pudiendo eximirse de asistir á francachelas y comilonas, la obligaban á empinar el codo, y que, una vez alterado el sentido, hacía las mayores locuras casi sin darse cuenta de ellas.

Yo le dije que la veía camino de Leganes si se repetían

sus pesadas bromas; pero ella, riendo más con mis sim-
plezas, me contestó que el día siguiente el calor sería más
insoportable.

Así fué en efecto, por lo cual tomé las de Villadiego há-
cia el Norte, metiéndome en el tren al pié de la Montaña
del Príncipe Pio: y hé aquí que no habia andado dos me-
tros la máquina cuando mi compañera y amiga tomaba
asiento junto á mí.

VIII.

—Madrid es feliz, le dije, si V. le abandona.

—No, porque allí dejo mis delegados, que son como yo
misma.

Excuso decir que la señora, trasformada por la noche,
era la más grata compañera de viaje que puede concebir-
se. De tiempo en tiempo sus ojos despedían lívidos relám-
pagos, lo que me puso algo intranquilo; pero no pasó de
ahí, y á la claridad que difundían por todo el espacio sus
miradas, vi el Escorial, monte de arquitectura al pié de otro
monte; vi los extensos pinares, cuyo bailoteo y pasos de mi-
nuto me recordaron los olivos de Andalucía; trasparamos
la alta sierra en cuyo término Santa Teresa ha dejado su
impeccedera memoria sobre un caserío amurallado que pa-
rece un monton de ruinas.

Arévalo, Medina, los graneros y las eras de Castilla nos
vieron pasar, y sobre el suelo amarilleaba la paja, recién
separada del grano. Pasábamos por los dormidos pueblos,
que ni al estrépito del tren despertaban, y cuando avanzó
la noche y aumentó el silencio de los campos, nuestro in-
menso vehículo articulado parecía un gran perro fantásti-
co que corría ladrando de provincia en provincia.

Valladolid la difunta se quedó á mano izquierda, os-
cura, grande, glacial, acariciada por su amante Pisuerga,
que anhela devolverle la vida y apenas lo consigue. Atra-
vesamos luego los frescos viñedos y deliciosas huertas de
Dueñas la troglodita, que vive en cuevas. Vino al poco
rato Venta de Baños, que es un meson puesto en una en-
crucijada de vías férreas en desierto campo. Torciendo li-
geramente á la izquierda tocamos en Palencia, ya inunda-
da de sol, sin soltar jamás el manto de polvo que la cubre,
y luego entramos en la tierra de Campos, surcada por el
arado de un cabo á otro, toda seca, llana, ardiente, tierra
que es la desesperacion de la vista, verdadero mapa tra-
zado sobre un papel. Ninguna montaña grande ni chica ha
encontrado apetecibles aquellos sitios para fijar su residen-
cia; ningun rio caudaloso la ha escogido para pasearse;
ningun bosque arraiga en su suelo.

Más allá arroyos y lagunas, en cuyo espejo se miran hi-
leras de chopos, anuncian la frescura de próximos montes,
cuyas primeras estribaciones acomete el tren sin que le es-
torben rocas ni pantanos. Venciendo las grandes masas de
la cordillera, que convidan á la ascension, el tren se empeña
en subir á Reinosa la encapotada, vecina de las nubes, y
lo consigue.

Más allá, un monte hurafío se empeña en detenernos
el paso. ¡Pueril terquedad! En castigo de su impertinencia
es atravesado de parte á parte, y el tren pasa como la agu-
ja por la tela. Despues todo es fragosidad, aspereza, bos-
ques en declive que se agarran á la tierra y á las rocas con
sus torcidas raíces; arroyos que se precipitan gritando
como chicos que salen de la escuela. Pero ántes vimos al
Pisuerga, un miserable hilo de agua, que describiendo más
curvas que un borracho se dirige á Poniente, y el Ebro,
un niño que pronto será hombre y marcha hácia Levante.

Nosotros marchamos con las aguas que van hácia el Nor-
te. A poco de salir de aquel largo túnel, que parece una
pesadilla, se nos presenta á la derecha un chicuelo ju-
gueton que marcha á nuestro lado brincando, haciendo ca-
briolas, riendo y diciendo bromitas á todas las piedras y
truncos que en su camino encuentra. Es el Besaya, un mo-
desto rio provinciano que nos acompañará gran trecho.

Mientras descendemos con no poco trabajo la gigantesca
escalera de Cantabria, el pillete, en vez de trazar curvas
como nosotros de monte en monte, baja á saltos, y le ve-
mos allá abajo riendo y jugando. Pero no quiere abandona-
rnos, y en Bárcena de Pié de Concha se nos pone al lado
izquierdo, y por todos aquellos valles y cañadas nos va
dando conversacion con mucha cortesía y sosegado estilo.

En una garganta, tapizada de lozano verdor, hallamos
las Caldas, una gran tina entre dos montañas, y poco más
allá, agujereando montes y franqueando precipicios, sa-
limos á un ancho y hermoso valle. Allí el Sr. Besaya se
despide cortésmente de nosotros, diciendo que un su ami-
go (El Saja) le espera en Torrelavega para ir juntos á to-
mar baños de mar. Le damos las gracias por su atencion y
seguimos.

Las praderas verdes y limpias á nada del mundo son
comparadas en belleza; los bosques de castaños se extienden
por las laderas, á cuya falda ricas huertas y frondosos
maizales recrean la vista y el ánimo con su lozanía. Atra-
vesamos por entre rejas un gran rio que dicen Pas, y poco
despues olemos el mar. Sin duda está cerca. Anúnciase en
irregulares charcas, como dedos retorcidos; vemos des-
pues sus manos que agarran la tierra, y por último, un
enorme brazo que se introduce entre dos cordilleras.

X.

¿Y mi compañera de viaje?

Al llegar aquí, mejor dicho, desde que dejamos atras
aquellas fastidiosas llanuras castellanas, desaparecieron
los accidentes caniculares que tan aborrecible me la ha-
bian hecho. Amenguóse el resplandor molesto de sus ojos,
que brillaban, sí, pero empañados por delicados celajes;
dejó de echar fuego, como fragua, su hermoso cuerpo, y
pude acercarme libremente á ella, sintiendo ántes que ca-
lor, un dulce y amoroso temple que á un tiempo confor-
taba cuerpo y espíritu.

Despertóse de improviso en mí viva inclinacion hácia
ella. Hablamos, se animó mi conversacion con requiebros
y se salpimentó con suspiros, me entusiasmé, coqueteó, me
entusiasmé más, me declaré, le hice proposiciones de ma-
trimonio. ¡Ay! humanos, ¿sois mortales porque sois débiles,
ó sois débiles porque sois hombres?

Condújome la taimada á un delicioso lugar, nombrado
Sardinero, vecino al Océano, verde y cubierto de flores
como un jardin, reuniendo en sí la dulce tibieza de la tier-
ra y la frescura del mar, un verjel con playa de doradas
arenas, donde las holgazanas olas se tendían desperezán-
dose al sol, un montecillo encantado, primaveral, com-
pendio de todas las bellezas de la Naturaleza.

Mi compañera, á quien desde aquel instante llamé mi
esposa (porque consintió en serlo con pérfida complacen-
cia), me sumergió en el mar, me invitó despues á gozo-
sos paseos y meriendas. ¡Oh! qué felices días pasamos! ¡Qué
apacibles noches! ¡Cómo rodaban las horas sin que sus
pasos sonáran sobre aquel césped florido ni sobre las cari-
ñosas olas! Yo era el hombre más feliz de la creacion,
hasta que un día, ¡infausto día!... Nunca habia visto á mi
compañera tan hermosa ni tan alegre ni tan amable....
Nos bañabamos juntos, disfrutando del incomparable ha-
lago de las olas, asidos de las manos, mirándonos el uno
al otro, cuando de repente desapareció no sé cómo ni por
dónde, dejándome solo, espantado, lelo, lleno de deses-
peracion. Busquéla por todos lados, dentro y fuera del
agua. No estaba en ninguna parte. Me eché á llorar y
sentí frio, un frio que penetraba hasta mis huesos.

¡Triste, tristísimo día, horrible fecha! La recuerdo bien.
Era el 22 de Setiembre.

B. PEREZ GALDÓS.

Julio de 1877.



TARDE DE ESTÍO.

CANZONETTA, POR D. T. FERNÁNDEZ GRAJAL.

Andante sostenuto.

PIANO.

pp

p

The image displays a page of musical notation for a piano piece, consisting of six systems of staves. Each system contains a treble clef staff and a bass clef staff, with a brace on the left side. The key signature is three flats (B-flat, E-flat, A-flat), and the time signature is 3/4. The notation includes various musical elements such as slurs, ties, and dynamic markings. The first system features a *sf* (sforzando) marking. The second system also features a *sf* marking. The third system includes a *rall.* (rallentando) marking. The fourth system is marked *8a* and *Allegretto.*. The fifth system is marked *pp* (pianissimo) and *scherzando.*. The sixth system is marked *8a*. The notation is written in a clear, professional style, typical of a musical score.

This page of musical notation consists of six systems of staves, each marked with a dashed line and the number '8a' at the beginning. The notation is written in a key signature of two flats (B-flat and E-flat) and a common time signature (C). The systems are as follows:

- System 1:** Features a treble and bass staff. Dynamics include *p*, *mf*, and *pp*. It includes slurs and a triplet of eighth notes.
- System 2:** Features a treble and bass staff. Dynamics include *p* and *pp*. It includes slurs and a triplet of eighth notes.
- System 3:** Features a treble and bass staff. It includes slurs and a triplet of eighth notes.
- System 4:** Features a treble and bass staff. Dynamics include *p*. It includes slurs and a triplet of eighth notes.
- System 5:** Features a treble and bass staff. Dynamics include *p*. It includes slurs and a triplet of eighth notes.
- System 6:** Features a treble and bass staff. Dynamics include *pp* and *p*. It includes the instruction *rall.* (rallentando) and slurs.

8a

8a

8a

p

p

8a

pp

rall.

Andante sostenuto.

pp

8a

8a

Handwritten musical score for piano, consisting of six systems of music. The score is written in a key signature of three flats (B-flat, E-flat, A-flat) and a common time signature (C). The notation includes treble and bass staves for each system, with various musical symbols such as notes, rests, slurs, and dynamic markings.

Key features of the score include:

- System 1:** Treble staff begins with an *8a* marking. The piece starts with a series of chords and melodic lines in both hands.
- System 2:** Treble staff begins with an *8a* marking. The dynamics are marked *pp* (pianissimo).
- System 3:** Treble staff begins with an *8a* marking. The dynamics are marked *pp*.
- System 4:** Treble staff begins with an *8a* marking. The dynamics are marked *pp*. The system concludes with a double bar line.
- System 5:** Treble staff begins with an *8a* marking. The dynamics are marked *pp*. The system concludes with a double bar line.
- System 6:** Treble staff begins with an *8a* marking. The dynamics are marked *pp* and *ppp* (pianississimo). The system concludes with a double bar line.

The score is characterized by its use of slurs and ties, suggesting a continuous and flowing performance. The *8a* markings likely refer to specific fingering or articulation techniques. The overall mood is delicate and expressive, as indicated by the *pp* and *ppp* dynamics.

PRINCIPALES FAMILIAS REALES DE EUROPA.



ALEMANIA.

GUILLERMO I, emperador de Alemania y rey de Prusia. Nació el 22 de Marzo de 1797; regente del reino, en 9 de Octubre de 1858; rey, el 2 de Enero de 1861; emperador, el 18 de Enero de 1871; casado, el 11 de Junio de 1829 con

María Luisa Augusta-Catalina, nacida el 30 de Setiembre de 1811, hija del difunto Carlos-Federico, gran duque de Sajonia Weimar.

PRÍNCIPE HEREDERO.—*Federico-Guillermo-Nicolas-Carlos*. Nació el 18 de Octubre de 1831, y casó en Londres el 25 de Enero de 1858 con

Victoria-Adelaida-María-Luisa, princesa Real de la Gran Bretaña é Irlanda, nacida el 21 de Noviembre de 1840.

HIJOS DE ESTE MATRIMONIO.—*Federico-Guillermo-Victor-Alberto*, nació el 27 de Enero de 1859;

Victoria-Isabel-Augusta-Carlota, el 24 de Julio de 1860;

Alberto-Guillermo-Enrique, el 14 de Agosto de 1862;

Federica-Amalia-Victoria, el 12 de Abril de 1866;

Joaquín-Federico-Ernesto-Waldemar, el 10 de Febrero de 1868;

Sofía-Dorotea-Ulrica-Alicia, el 14 de Junio de 1870;

Margarita-Beatriz-Teodora, el 22 de Abril de 1872.

AUSTRIA.

FRANCISCO JOSÉ I, emperador de Austria, rey apostólico de Hungría, de Bohemia, de Dalmacia, etc. Nació el 18 de Agosto de 1830; sucedió á su tío el emperador Fernando I en 2 de Diciembre de 1848; casó el 24 de Abril de 1854 con

Isabel-Amelia-Eugenia, nacida el 24 de Diciembre de 1837, hija de Maximiliano-José, Duque de Baviera.

HIJOS.—Archiduquesa *Gisela-Luisa-María*, nacida el 12 de Julio de 1856 y casada con el príncipe Leopoldo de Baviera el 9 de Febrero de 1846;

Archiduque *Rodolfo-Francisco-Carlos-José*, príncipe imperial, nacido el 21 de Agosto de 1858;

Archiduquesa *María-Valeria-Matilde*, nacida el 22 de Abril de 1868.

BAVIERA.

LUIS II, rey de Baviera. Nació el 25 de Agosto de 1845; sucedió á su padre, el rey Maximiliano II, en 10 de Marzo de 1864.

HERMANO.—*Othon-Guillermo-Leopoldo-Adalberto-Waldemar*, nacido en Munich el 27 de Abril de 1848.

MADRE.—*Federica-Francisca-Augusta-María*, nacida el 15 de Octubre de 1825; casada el 12 de Octubre de 1842 con Maximiliano II de Baviera; viuda el 10 de Marzo de 1864.

BÉLGICA.

LEOPOLDO II, rey de los belgas. Nació el 9 de Abril de 1835; sucedió á su padre el rey Leopoldo I en 10 de Diciembre de 1865; casó en 22 de Agosto de 1853 con

María-Enriqueta-Ana, archiduquesa de Austria, nacida el 23 de Agosto de 1836.

HIJOS.—*Luisa-María-Amelia*, nacida el 18 de Febrero de 1858 y casada el 4 de Febrero de 1875 con el príncipe Felipe de Sajonia-Coburgo-Gotha;

Estefanía-Clotilde-Luisa-Herminia, nacida el 21 de Mayo de 1864;

Clementina-Alberta-María-Leopoldina, nacida el 30 de Julio de 1872.

DINAMARCA.

CHRISTIAN IX, rey de Dinamarca, de los Vándalos y de los Godos, etc. Nació el 8 de Abril de 1818; sucedió al rey Fede-

rico VII en 15 de Noviembre de 1863; casó en 26 de Mayo de 1842 con

Luisa-Guillermina-Federica-Carolina-Augusta, princesa de Hesse-Cassel, nacida el 7 de Setiembre de 1817.

HIJOS.—*Federico-Guillermo-Carlos*, príncipe heredero, nacido el 8 de Junio de 1843;

Luisa-Josefina-Eugenia, nacida el 31 de Octubre de 1851;

Alejandra-Carolina-María-Carlota, nacida el 1.º de Diciembre de 1844 y casada en 10 de Marzo de 1863 con Alberto-Eduardo, príncipe de Galles;

Christian-Guillermo-Fernando-Jorge, nacido el 24 de Diciembre de 1845 (véase *Grecia*);

María-Sofía-Federica-Dajmar, nacida el 26 de Noviembre de 1847 y casada el 9 de Noviembre de 1866 con el gran duque Alejandro de Rusia;

Thyra-Amelia-Carolina-Carlota, nacida el 29 de Setiembre de 1853;

Valdemar-Christian-Federico, nacido el 27 de Octubre de 1858.

GRAN BRETAÑA É IRLANDA.

VICTORIA ALEJANDRINA I, reina del reino Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda y emperatriz de las Indias. Nació el 24 de Mayo de 1819; sucedió á su tío el rey Guillermo IV en 20 de Junio de 1837; casó el 10 de Febrero de 1840 con Francisco-Alberto-Augusto, príncipe de Sajonia-Coburgo-Gotha; viuda en 14 de Diciembre de 1861.

HIJOS.—*Victoria-Adelaida-María-Luisa* (véase *Alemania*);

Alberto-Eduardo, príncipe de Galles, nacido el 9 de Noviembre de 1841 y casado el 10 de Marzo de 1863 con la princesa Alejandra (véase *Dinamarca*);

Alicia-Matilde-María, nacida el 25 de Abril de 1843 y casada en 1.º de Julio de 1862 con Federico-Guillermo-Luis, príncipe de Hesse-Darmstadt;

Alfredo-Ernesto-Alberto, duque de Edimburgo, nacido el 6 de Agosto de 1844 y casado el 23 de Enero de 1874 con la princesa María-Alejandrowna de Rusia;

Helena-Augusta-Victoria, nacida el 25 de Mayo de 1846 y casada el 5 de Julio de 1866 con el príncipe Christian de Slesvig-Holstein;

Luisa-Carolina-Alberta, nacida el 18 de Marzo de 1848 y casada en 1871 con John Douglas Gutherland, marqués de Lorn;

Arturo-Guillermo-Patricio-Alberto, duque de Connauglet, nacido el 1.º de Mayo de 1850;

Leopoldo-Jorge-Duncan-Alberto, nacido el 7 de Abril de 1853;

Beatriz-María-Victoria, nacida el 14 de Abril de 1857.

GRECIA.

JORGE I, rey de los Helenos, de la casa de Slesvig-Holstein-Souderburg-Glucksburg. Nació el 24 de Diciembre de 1845; aceptó la corona de Grecia el 6 de Junio de 1863, que le ofreció la Asamblea Nacional griega, en virtud del protocolo firmado en Londres el 5 de Junio de 1863 por las tres potencias protectoras, Francia, Inglaterra y Rusia; casó en 15/27 de Octubre de 1867 con

Olga-Constantinowna, hija del gran duque Constantino de Rusia, nacida el 3 de Setiembre (21 de Agosto) de 1851.

HIJOS.—*Constantino*, príncipe real y duque de Esparta, nacido el 21 de Julio (2 de Agosto) de 1868;

Jorge, nacido en Corfú el 12/24 de Junio de 1869;

Alejandra, nacida en Corfú el 18/30 de Agosto de 1870;

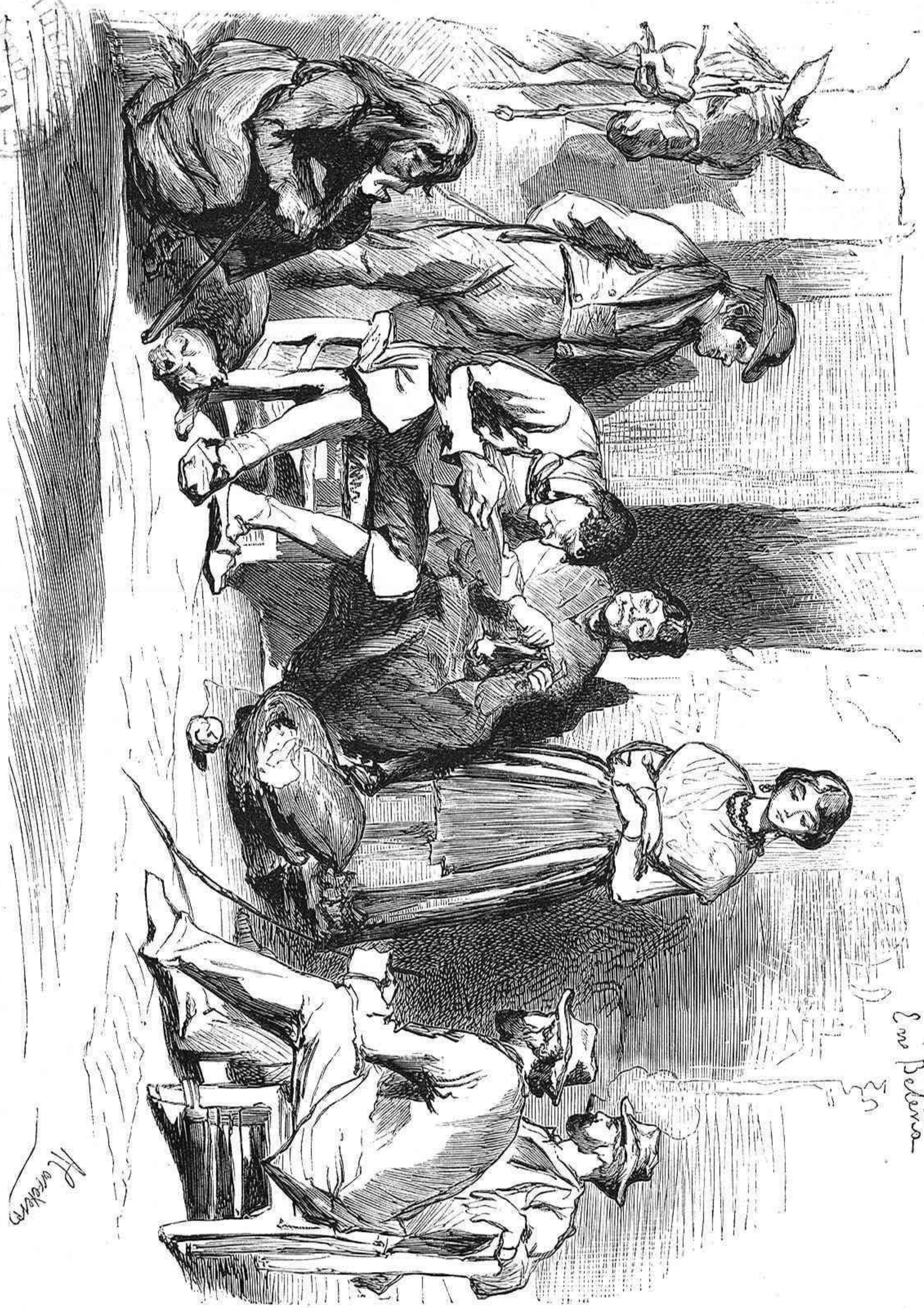
Nicolas, nacido en Atenas el 9/21 de Enero de 1872;

María, nacida en Atenas el 20 de Febrero (3 de Marzo de 1876).

(Concluye en la pág. 79.)

(1) Citamos únicamente, por falta de espacio, los soberanos reinantes y sus herederos directos.

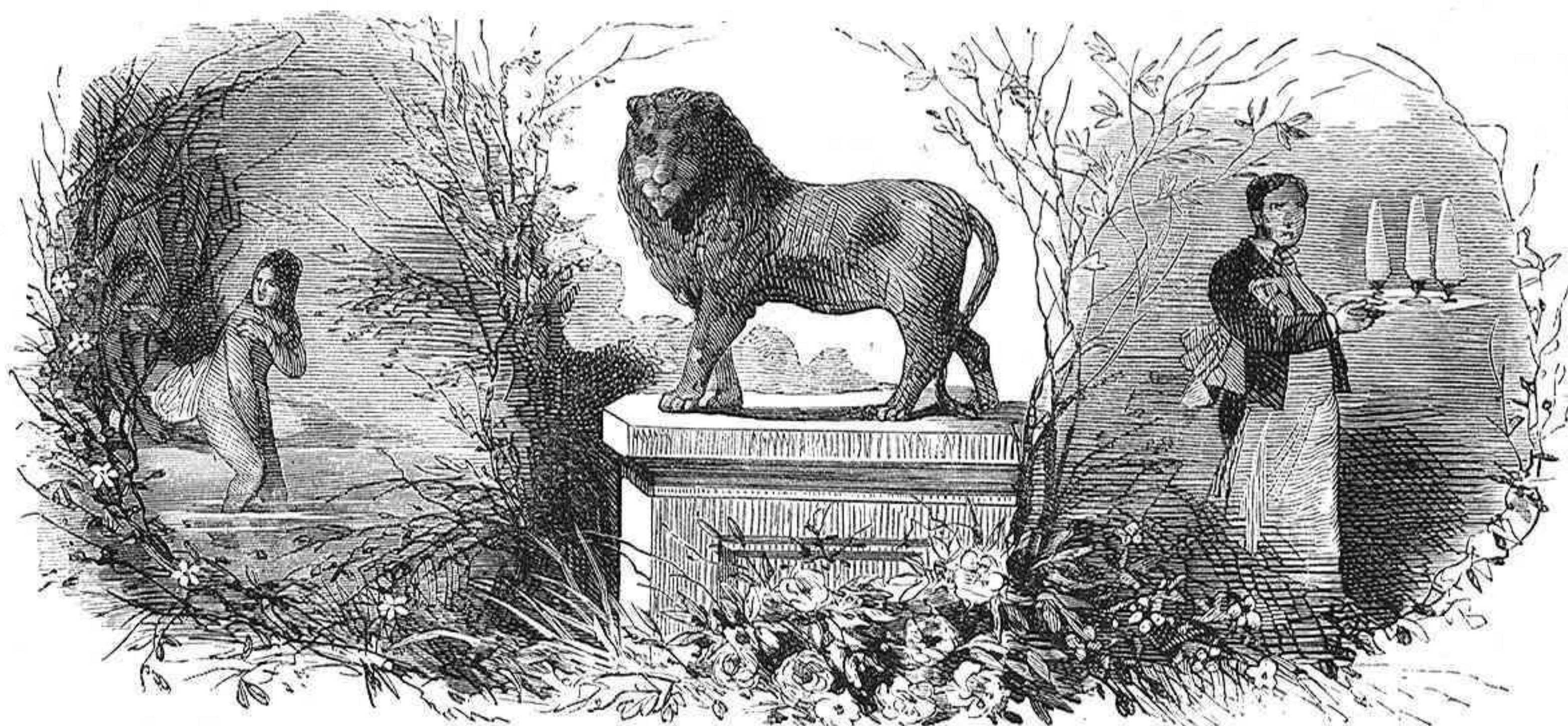
BIBLIOTECA
MUSEO
N. 1181



LA CARTA DE RECOMENDACION. (Dibujo de V. Becquer.)

H. G. 1873

Em. Beltrán



JULIO.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|-------|----------|---|---|-------------------|-------------------|--|
| Sale. | Se pone. | | Sale. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | | H. M. | H. M. | |
| 4.45 | 7.22 | 1 Lún. Stos. Casto y Secundino, mrs., y sta. Leonor, vg. | 1109.—Fallecimiento del rey D. Alfonso VI, en Toledo. | 5.29 ^m | 8.27 ^m | |
| 4.45 | 7.22 | 2 Márt. La Visitacion de Nuestra Señora, y san Urbano, mr. | 1871.—Solemne entrada del rey de Italia en Roma. | 6.41 | 9.06 | |
| 4.46 | 7.22 | 3 Miérc. San Trifon y comps., mrs., y san Heliodoro, ob. y cf. | 1791.—Muere el pintor Manuel Tramulles, en Barcelona. | 7.52 | 9.39 | |
| 4.46 | 7.22 | 4 Juév. San Laureano, arz. de Sevilla, y el bto. Gaspar Bono. | 1811.—Instalacion del primer Congreso nacional en Chile. | 9.03 | 10.08 | |
| 4.47 | 7.22 | 5 Viér. Sta. Zoa, mr., y san Miguel de los Santos, cf. | 1520.—Memorable batalla de Otumba. | 10.13 | 10.37 | |
| 4.47 | 7.21 | 6 Sáb. Stas. Lucia, Codolena y Dominica, vgs. y mrs., san Rómulo, ob., y san Paladio, ob. y cf. | 1854.—Inauguración del ferro-carril de Copiapó, en Chile, el primero de la América del Sud. | 11.23 | 11.05 | |
| 4.48 | 7.21 | 7 Dom. San Fermin, ob. y mr., san Obon, ob., y san Claudio. | 1631.—Horroroso incendio en la plaza Mayor de Madrid. | 12.32 | 11.35 | |
| | | ☽ Cuarto creciente, á las 7 h. y 55 m. de la mañana. | | | | |
| 4.48 | 7.21 | 8 Lún. Sta. Isabel, reina de Portugal, vda., y san Aquilao. | 1730.—Un terremoto destruye la ciudad de Concepcion. | 1.43 ^l | 12.09 | |
| 4.49 | 7.21 | 9 Márt. San Cirilo, ob. y mr., san Bricio, ob., y san Cenon, mr. | 1690.—Terremoto que destruye á Santiago de Chile. | 2.54 | 12.48 | |
| 4.50 | 7.20 | 10 Miérc. Stas. Amalia y Rufina, herms., y Felicita, mrs. | 1863.—Inauguración de las obras para el monumento Murrillo. | 4.04 | » » | |
| 4.50 | 7.20 | 11 Juév. San Pio I, p., san Abundio, mr., y sta. Verónica, vg. | 1078.—Comiézase la reedificacion de la catedral de Compostela. | 5.10 | 1.35 ^m | |
| 4.51 | 7.20 | 12 Viér. San Juan Gualberto, ab. y fr., y sta. Marciana, vg. | 1603.—Institucion de la dignidad del Patriarca de las Indias. | 6.08 | 2.29 | |
| 4.51 | 7.19 | 13 Sáb. San Anacleto, p. y mr., stos. Esdras y Joel, profs., y stos. Maximiliano, ob. y mr., y Miropo, mr. | 1793.—Carlota Corday asesina al convencional Marat: pocos dias despues fué guillotizada en la plaza de la Revolucion. | 6.58 | 3.30 | |
| 4.52 | 7.19 | 14 Dom. San Buenaventura, ob. y dr., y san Focas, ob. y mr. | 1808.—Desgraciada batalla de Riosoco. | 7.39 | 4.34 | |
| | | ☉ Luna llena, á las 10 h. y 30 m. de la mañana. | | | | |
| 4.53 | 7.18 | 15 Lún. San Enrique, emperador, y san Camilo de Lelis, cf. | 1823.—Sitio y bombardeo de la Coruña por los franceses. | 8.13 ⁿ | 5.39 | |
| 4.53 | 7.18 | 16 Márt. Ntra. Sra. del Carmen, y el Triunfo de la Sta. Cruz. | 1813.—Independencia de los Estados unidos de Colombia. | 8.41 | 6.42 | |
| 4.54 | 7.17 | 17 Miérc. San Alejo, cf., sta. Generosa, mr., y sta. Marcelina. | 1501.—Fundacion del Estudio Público en Santiago de Galicia. | 9.06 | 7.43 | |
| 4.55 | 7.17 | 18 Juév. Sta. Sinforsosa, mr., y san Federico, ob. y cf. | 1870.—Proclamacion del dogma de la Infallibilidad pontificia. | 9.30 | 8.42 | |
| 4.56 | 7.16 | 19 Viér. Stas. Justa y Rufina, mrs., y san Vicente de Paul. | 1702.—Amenaza á Vigo una escuadra anglo-holandesa. | 9.52 | 9.39 | |
| 4.56 | 7.16 | 20 Sáb. San Elias, prof., y stas. Librada y Margarita, vgs. | 1564.—Mándase guardar los decretos del Concilio de Trento. | 10.15 | 10.35 | |
| 4.57 | 7.15 | 21 Dom. Sta. Práxedes, vg., san Daniel, prof., y san Victor, mr. | 1836.—Entra en Santiago el ejército del general Espartero. | 10.40 | 11.32 | |
| 4.58 | 7.14 | 22 Lún. Sta. Maria Magdalena, penitente, san Cirilo, ob., san Teófilo, mr., san Menelao, ab.—(Sol en Leo.) | 1805.—Memorable combate naval de Finisterre entre las escuadras hispano-francesa y la inglesa. | 10.07 | 12.31 | |
| | | ☾ Cuarto menguante, á las 11 h. y 51 m. de la mañana. | | | | |
| 4.59 | 7.14 | 23 Márt. Stos. Apolinar y Liborio, obs., y sta. Erundina, vg. | 1588.—Publicase en Lóndres el primer periódico inglés. | 11.40 | 1.31 ^l | |
| 4.59 | 7.13 | 24 Miérc. Sta. Cristina, vg. y mr.—(Vigilia.) | 1823.—Abolicion de la esclavitud en Chile. | 12.19 | 2.33 | |
| 5.00 | 7.12 | 25 Juév. † SANTIAGO APÓSTOL, pat. de España, y san Cristóbal, mr., sta. Valentina, vg. y mr., y san Félix, mr. | 809?—Descúbrese el sepulcro del apóstol Santiago en el Burgo de San Fiz de Solovio (Galicia). | » » | 3.36 | |
| 5.01 | 7.11 | 26 Viér. Sta. Ana, madre de Nuestra Señora, y san Jacinto. | 1544.—Combate naval de Muros, ganado por el insigne Bazan. | 1.06 ^m | 4.36 | |
| 5.02 | 7.11 | 27 Sáb. Stos. Pantaleon y Gregorio, mrs., y sta. Natalia, vg. | 1501.—Institucion de la famosa Fiesta Minerval, en Galicia. | 2.03 | 5.31 | |
| 5.02 | 7.10 | 28 Dom. Stos. Nazario, Victor, Celso y comps., mrs. | 1821.—Independencia del Perú. | 3.09 | 6.20 | |
| 5.03 | 7.09 | 29 Lún. Stas. Marta, vg., y Beatriz, mr.—(Eclipse de Sol, invisible en la Peninsula y visible en las Antillas.) | 1569.—El pintor Diego de Urbina comienza á decorar el magnífico retablo del convento de Santa Cruz, en Segovia. | 4.20 | 7.01 | |
| | | ☽ Luna nueva, á las 7 h. y 52 m. de la mañana. | | | | |
| 5.04 | 7.08 | 30 Márt. Stos. Abdon, Senen y Teodomiro, mrs., y san Urso, ob. | 1718.—Fallecimiento de W. Penn, fundador de Filadelfia. | 5.33 | 7.37 ⁿ | |
| 5.05 | 7.07 | 31 Miérc. San Ignacio de Loyola, fund., y san Fabio, mr. | ♀ 1660.—Caé enfermo en Madrid el insigne pintor Diego Velazquez. | 6.47 | 8.09 | |

JULIO.

IDILIO.



I.

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
Que á la vida despiertas
En nuestra breve primavera hermosa!

II.

¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo
Y bajadme del cielo
La imágen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
Y vuestras leves alas
Refresquen ¡ay! mi corazón marchito.

III.

Era á principios del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plauto, *Anquises* y *Medea*,
Rompiendo su enojosa disciplina,
La turba estudiantina
Regresaba con júbilo á su aldea.

IV.

¡Hace ya tanto tiempo! era yo mozo:
Negro y sedoso bozo
Mi sonrosado labio sombréaba.—
Emprendí cuando todos mi camino
Galopando sin tino.
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

V.

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera
Alegre y hechicera
En los mejores años de la vida.
La inseparable amiga de mi infancia,
Flor de inmortal fragancia
Que llevo en mis recuerdos escondida.

VI.

Niña de corazón sencillo y puro,
En el rincón oscuro
De humilde pueblo se crió conmigo.
Encontróse al nacer huérfana y sola;
Pero mi hogar prestóla
Blando regazo y paternal abrigo.

VII.

No alteró nuestra dicha sombra alguna:
En nuestra honrada cuna
Nos durmió el mismo beso, el mismo canto.
Juntos como dos pájaros crecimos,
Y juntos compartimos
La pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

VIII.

—¡Cuán hondo surco en mi memoria labra!—
La primera palabra
Que balbució su labio fué mi nombre.
Yo la enseñé con fraternal cariño
Las plegarias del niño,
Que suele á veces olvidar el hombre.

IX.

Desde el alba hasta el término del día
La gente nos veía
Vagar sin rumbo en infantil concierto.
¡Siempre andábamos juntos! Siempre unidos
Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

X.

¡Cuántas veces con sustos y congojas
Entre las verdes hojas
Crujir sentimos la insegura rama,
Y ántes de aprovecharnos del aviso,
Hallamos de improviso
Lecho impensado en la mullida grama!

XI.

¡Cuántas veces corriendo descuidados
Por viñas y sembrados
Nos postró la fatiga del camino,
Y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
Volvíamos á casa
En el carro de mies de algún vecino!

XII.

Rápidas al pasar y halagadoras
Las no contadas horas
Nos hallaban tranquilos y risueños.

Hasta cuando la noche negra y fria
Piadosa nos rendia,
Juntos los dos jugábamos en sueños.

XIII.

El tiempo delizóse dulcemente
Como mansa corriente
Que cruza el hondo valle, limpia y clara.
Pero ya tuve edad, y como es uso,
Mi buen padre dispuso
Que mis graves estudios empezára.

XIV.

¡Conservaré el recuerdo miétras viva!
Sin pena á dejar iba
Por vez primera los paternos lares:
Mi amante madre preparaba inquieta
La estudiantil maleta,
Y sin querer llorar, lloraba á mares.

XV.

Mi padre enternecido, aunque severo,
Ensilaba el overo
Que ya esperaba indócil á la puerta.
La hermosa niña, casi adolescente,
Inclinaba la frente,
Callada y sin color como una muerta.

XVI.

En confusion ruidosa, pero grata,
La loca cabalgata
De otros muchachos á buscarme vino.
— Rayaba apénas la rosada aurora —
— ¡Vamos, Juan, que ya es hora! —
Gritó la turba, y prosiguió el camino.

XVII.

Mi madre entónces con abrazo estrecho
Me atrajo hácia su pecho,
Devorándome á besos trastornada.
Y mi padre decia, ahogado en llanto:
— ¡Mujer, no es para tanto.
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada. —

XVIII.

Puse fin á la triste despedida,
Monté, tendí la brida
Y seguí en pos del bullicioso bando.
Aun escuché gritar: — «¡Que escribas, hijo!» —
La niña nada dijo,
Mas se abrazó á mi madre sollozando.

XIX.

¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entónces contento,
Conmovido lloré, perdí la calma.
La ansiada libertad me sonreia;
Pero ¡ay de mí! sentia
Que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

XX.

Pocos meses despues, de amor henchido,
Tornaba al patrio nido,
Fija en su santa paz mi única idea.
¡Oh ventura! á los últimos reflejos
Del sol, y ya no léjos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

XXI.

Doblaba lentamente la campana;
Ancha franja de grana
Teñia el cielo de matices rojos;
Sepultábase el sol en el ocaso....
¡Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del placer cegó mis ojos.

XXII.

No tardé en reponerme, y ya sereno
Solté á mi potro el freno,
Dejándole correr á su albedrío.
Volaba envuelto en nube polvorosa;
Pero una voz gozosa
Me contuvo diciendo: — «¡Ay, hijo mio!» —

XXIII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita,
Que sobre loma desigual descuella,
Dándole gracias por mi vuelta al cielo,
Con impaciente anhelo
Me aguardaba mi madre, y ¡tambien ella!

XXIV.

Quedéme al verla estático y absorto.
Roto habia en tan corto
Plazo el boton de rosa su clausura,
Hiriéndome de pronto como un rayo,
Aquella flor de Mayo
En todo el esplendor de su hermosura.

XXV.

Ella estaba encendida, yo confuso.
Por fin mi madre puso
Término á mi ansiedad apasionada:
Observó nuestro tímido embarazo,
Y con amante abrazo
Nos oprimió á los dos enajenada.

XXVI.

En la santa explosion de su alegría
Sus besos repartia
Entre nosotros, anhelante y loca.
Y con afan mi corazon sediento
Aspiraba el aliento
De la púdica virgen en su boca.

XXVII.

Mezquino y débil el lenguaje humano
Pretenderia en vano
Pintar nuestra emocion intensa y viva.
No es posible decir lo que sentimos;
Pero al lugar volvimos,
Yo cabizbajo y ella pensativa.

XXVIII.

Mas ¡ay! mi encanto se deshizo en breve.
 Duró lo que la nieve
 Que no llega á cuajar en la llanura.
 ¡Un instante no más! Sólo un instante
 Animó su semblante
 Fugitivo destello de ternura.

XXIX.

No acertaba á explicarme su mudanza :
 La ingénuo confianza
 De la edad infantil trocó en desvío,
 Y los alegres juegos que animaron
 Nuestra niñez, pasaron
 Como pasan las ondas por un río.

XXX.

Apuré la amargura hasta las heces :
 A veces grave, á veces
 Adusta, y pronta siempre en sus enojos,
 Me hablaba sin razon con gesto esquivo,
 Y sin ningun motivo
 Se llenaban de lágrimas sus ojos.

XXXI.

Desde el alba hasta el término del día
 Ya nadie nos veía
 Vagar sin rumbo en fraternal concierto.
 Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
 Buscábamos los nidos,
 En los frondosos árboles del huerto.

XXXII.

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
 Pasaba por su lado,
 Tranquilo en la apariencia y satisfecho.
 Era oponer la indiferencia al dolo;
 Mas al quedarme solo
 Se me saltaba el corazon del pecho.

XXXIII.

Entónces ¡ay de mí! pensando en *ella*
 Dirigía mi huella
 Hácia las ruinas del feudal castillo,
 Que sobre estéril y ondulada mota
 Alza su frente rota
 Sin almenas, sin puente ni rastrillo.

XXXIV.

Elévase fantástica y disforme
 Aquella mole enorme
 Que muestra de los siglos el estrago :
 Crece en las hendiduras de la piedra
 La trepadora hiedra
 Y al pié del muro el triste jaramago.

XXXV.

Sólo las bulliciosas golondrinas
 Turban de aquellas ruinas
 La paz solemne con sesgado vuelo,

Y alguna alondra al ascender inquieta,
 Símbolo del poeta,
 Que cuando canta se remonta al cielo.

XXXVI.

En muda calma y soledad medrosa
 Parece que reposa
 Aquel gigante por la edad rendido.
 Hasta un arroyo que á sus plantas corre,
 Y la vetusta torre
 Proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII.

Para vencer mi insoportable tedio,
 Y hallar algun remedio
 A mis ansias prolijas y secretas,
 Con brazo vigoroso y pié seguro
 Subia por el muro
 Buscando apoyo en sus profundas grietas.

XXXVIII.

Agil, robusto, dueño de mí mismo,
 A través del abismo
 Alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
 Para ver en confusa perspectiva
 La inmensidad arriba,
 Y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX.

Las aves que en la torre se acogian,
 Al acercarme huian,
 Y sólo con mis penas en la altura,
 De codos en el ancho parapeto,
 Miraba con respeto
 El cielo azul y la feraz llanura.

XL.

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo,
 Apartado del mundo
 En aquel torreón del homenaje,
 Con íntima y tenaz melancolía
 Se engolfaba y hundía
 En la infinita calma del paisaje!

XLI.

Ni aislada roca, ni escarpado monte
 Del diáfano horizonte
 El indeciso término cortaban:
 Por todas partes se extendía el llano
 Hasta el confin lejano
 En que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII.

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!
 ¡Oh campos de Castilla
 Donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
 ¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!.....
 ¡Con qué placer tan vivo
 Se espaciaba mi vista en vuestro seno!

XLIII.

Cual dilatado mar, la mies dorada
A trechos esmaltada
De ya escasas y místicas amapolas,
Cediendo al soplo halagador del viento
Acompasado y lento,
A los rayos del sol mueve sus olas.

XLIV.

Cuadrilla de atezados segadores,
Sufriendo lo rigores
Del sol canicular, el trigo abate,
Que cae agavillado en los inciertos
Surcos, como los muertos
En el revuelto campo de combate.

XLV.

Corta y cambia de pronto la campiña
Alguna hojosa viña
Que en las umbrias y laderas crece,
Y entre las ondas de la mies madura,
Cual isla de verdura,
Con sus varios matices resplandece.

XLVI.

Serpean y se enlazan por los prados,
Barbechos y sembrados,
Los arroyos, las lindes y caminos,
Y donde apenas la mirada alcanza,
Cierran la lontananza
Espesos bosques de perennes pinos.

XLVII.

Por angostos atajos y veredas,
Los carros de anchas ruedas
Pesadamente y sin cesar transitan,
Y sentados encima de los haces,
Rapazas y rapaces
Con incansable ardor cantan ó gritan.

XLVIII.

Lleno de majestad y de reposo
El Duero caudaloso
A traves de los campos se dilata:
Refleja en su corriente el sol de estío,
Y el sosegado río
Cinta parece de bruñida plata.

XLIX.

Ya oculta de improviso una alameda
Su marcha mansa y leda;
Ya le obstruye la presa de un molino,
Y como potro á quien el freno exalta,
Párase, el dique salta
Y sigue apresurado su camino.

L.

En las tendidas vegas y en las lomas,
Cual nidos de palomas,
Se agrupan en desorden las aldeas,

Y en la atmósfera azul pura y tranquila,
Ligeramente oscila
El humo de las negras chimeneas.

LI.

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
Contempla el dueño la creciente hacina,
Y mientras un zagal apura el jarro,
Otro descarga el carro
Que bajo el peso de la mies rechina.

LII.

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
Que poderosas yuntas
Mueven en rueda, con afán trabaja,
Y cual premio debido á su fatiga
Desgránase la espiga,
Y salta rota la reseca paja.

LIII.

Una pesada tarde en que el bochorno
Como el vapor de un horno
Caldeaba la tierra, embebecido
Y suspenso ante el vasto panorama,
Que al pié se desparrama
De la alta torre, me quedé dormido.

LIV.

Ignoro el tiempo que postrado estuve.
Caliginosa nube
Encapotó el espacio, ántes sereno.
Dominábame el sueño blandamente,
Hasta que de repente
Me despertó sobresaltado un trueno.

LV.

Era de noche ya. Con hondo espanto
Vi que el lóbrego manto
De las densas tinieblas me envolvía.
Recordé el sitio, calculé la altura,
É insólita pavura
Deshizo como sombra mi energía.

LVI.

Quise medir la elevacion del muro,
Y se perdió en lo oscuro
Del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar: todo fué en vano.
Estaba mudo el llano,
Muda la inmensa bóveda enlutada.

LVII.

Mi invencible terror iba en aumento:
Convulso, sin aliento,
La señal de la cruz besé con trito.
En aquella ocasion volvíme loco,
Y empecé poco á poco
A bajar por la mole de granito.

LVIII.

¡Un siglo para mí fué cada instante!
 Bregaba jadeante,
 Hincando con furor en la muralla
 Manos y piés, tan ciego y trastornado
 Como el pobre soldado
 Que por primera vez entra en batalla.

LIX.

Volaban junto á mí, tristes y graves
 Las temerosas aves
 Que despertaba al descender yo mismo.
 ¡Ya escuchaba el murmullo del arroyo!.....
 Mas ¡ay! perdí el apoyo,
 Y oscilando quedé sobre el abismo.

LX.

Me así al ramaje respirando apénas.
 La sangre de mis venas
 Corrió con ritmo acelerado y duro.
 Desvanecido, horripilado, incierto,
 Y de sudor cubierto,
 Buscaba en vano con mis piés el muro.

LXI.

¡Aun el recuerdo abrumador me arredra!
 Crujió la débil hiedra
 Entre mi mano trémula y crispada.
 Súbitamente atravesé el sombrío
 Espacio, sentí frío,
 Luégo un dolor agudo, luégo..... ¡nada!

LXII.

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
 Recogióme un vecino
 Al pié del muro, exánime y maltrecho.
 Cuando volví de mi mortal letargo,
 Vertían llanto amargo
 Las prendas de mi amor, junto mi lecho.

LXIII.

—«¡Vive!»— Mi padre alborozado dijo.
 —«¡Vive!»— con regocijo
 Mi madre repitió, mirando al cielo,
 Ella en silencio se enjugó los ojos.—
 Postráronse de hinojos,
 Y la santa oracion levantó el vuelo.

LXIV.

Penosa fué mi curacion y lenta.
 Tan recia y violenta
 Sacudida sufrí, que estuve inerte,
 Postrado y sin hablar noches y días,
 Esperando las frias
 Y espantosas caricias de la muerte.

LXV.

¡Cuántas veces en horas de martirio,
 Cuando tenaz delirio
 Mi razon y mis miembros embargaba,

Cuando la abrasadora calentura
 Mi soledad oscura
 De visiones terrificas poblaba,

LXVI.

Con la sedosa cabellera suelta,
 Forma gentil y esbelta
 Parecióme entrever en mi extravío,
 Que se acercaba pálida, intranquila,
 Clavando su pupila
 Con honda angustia en el semblante mio.

LXVII.

¿Era ficcion ó realidad? ¡Quién sabe!
 ¿Soñaba cuando el suave
 Calor sentia de furtivo beso
 Que se posaba en mí, como se posa
 La leve mariposa,
 Sin que la débil flor se doble al peso?

LXVIII.

¿Soñaba cuando triste ó satisfecha,
 En lágrimas deshecha
 O risueña y feliz, segun mi estado,
 Mirábala sumisa á mis menores
 Caprichos y dolores,
 Como un ángel de Dios, siempre á mi lado?

LXIX.

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,
 ¿Qué saca el pobre leño,
 Despojo inútil de la mar bravía,
 Sino hacer más pesadas sus congojas,
 Con recordar las hojas
 Que le vistieron de verdor un dia?

LXX.

Al cabo pude abandonar el lecho;
 Mas ¡ay! no sin despecho.
 Porque á medida que la sangre ardiente
 Daba á mis miembros el vigor perdido,
 Mi dulce bien querido
 Recobraba su aspecto indiferente.

LXXI.

Cierto dia, en las horas de la siesta,
 Cuando la luz molesta,
 Y un viento sin rumor todo lo arrasa,
 Al pié tendido en la agostada alfombra,
 De un árbol cuya sombra,
 El sol marchita, pero no traspasa,

LXXII.

Dejaba un perezoso enervamiento
 Vagar mi pensamiento,
 Atormentado de traidora duda.
 Ella, cerca de mí, dándome enojos,
 No apartaba los ojos
 Del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII.

— ¿Qué causa su cariño me enajena? —
 Con indecible pena
 Me preguntaba yo. — ¿Por qué me trata
 Con tal rigor y tan esquivo ceño? —
 De mí no era ya dueño,
 Y exclamé sin pensar: — «¡Ingrata, ingrata!»

LXXIV.

Sin duda percibió mi ahogado grito.
 Miróme de hito en hito
 Breves instantes, levantóse incierta
 Cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,
 Y me tendió su mano,
 Que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

LXXV.

— ¡Sufres! Me dijo con afán. — ¿Qué tienes?
 ¿Con tan fieros desdenes
 Paga tu afecto la mujer que adoras?
 Tu incurable afición me causa miedo.
 ¡Ay de mí! que no puedo
 Sino llorar contigo cuando lloras. —

LXXVI.

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
 ¿No era unir el sarcasmo
 A la traición? ¿Las burlas al desvío?
 La indignación profunda que me ahogaba,
 Rompió al fin como lava
 Que se convierte en inflamado río.

LXXVII.

— «¡Goza, gózate! — dije — fementida,
 En enconar la herida
 Que con tu injusta indiferencia has hecho.
 ¡Ojalá fuera fácil olvidarte!
 Que por dejar de amarte
 Me arrancaría el corazón del pecho. —

LXXVIII.

Yo la ví entonces fascinada y ciega
 Llegar á mí, cual llega
 La enamorada tórtola al reclamo.
 Era débil su voz como un gemido,
 Y murmuró á mi oído:
 — «¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX.

Quebrante la pasión que me sofoca
 La cárcel de mi boca.
 ¡He llorado en silencio tantos días!
 ¿No me roban tu amor otras mujeres?
 ¿Es verdad que me quieres?
 ¡Si me engañaras, Juan, me matarías!

LXXX.

No sabes que esta bárbara sospecha,
 Como acerada flecha
 Me ha traspasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,
 Cuánto he sufrido!... — Hablábame gozosa,
 Y en su mejilla hermosa
 La risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI.

Yo la escuchaba estático... ¡Aun la veo!
 ¡Aun en el alma creo
 Que resuena su voz, su voz bibrante
 Como el último acorde de una lira!
 ¡Aun me llama, aún suspira,
 Apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII.

Desbordó mi cariño cual desborda
 La mar rugiente y sorda,
 Y con febril ardor de que me acuso,
 Quise estrecharla entre mis brazos, cuando
 De súbito llegando,
 Entre los dos mi madre se interpuso.

LXXXIII.

Bajé la frente de vergüenza lleno.
 En el materno seno
 Corrió á ocultar su rostro la doncella.
 Clavó mi madre en mí sus ojos graves,
 Y dijo: — «Cuando acabes,
 Si la mereces, Juan, vuelve por ella.» —

LXXXIV.

Marché á estudiar con redoblado brío.
 Ni el ocio ni el hastío
 Mitigaron un punto mi ardimiento.
 No tuve un solo instante de desmayo.
 ¡El rayo, el puro rayo
 De su amor me encendía el pensamiento!

LXXXV.

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido
 Regresé al patrio nido,
 Como el que nada busca ni desea.
 A los fugaces últimos reflejos
 Del sol, y ya no léjos,
 Alcancé á ver la torre de mi aldea.

LXXXVI.

Doblaba lentamente la campana.
 Ancha franja de grana
 Teñía el cielo de matices rojos.
 Sepultábase el sol en el ocaso...
 ¡Ay! yo detuve el paso
 Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

LXXXVII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
 De la Virgen bendita,
 A cuyos muros me llegué temblando,
 Aguardábame sola y enlutada
 Mi madre idolatrada,
 Que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII.

La estreché desolado y convulsivo.
 — ¡Murió! ¿para qué vivo? —
 Grité con ansia inacabable y fiera.
 Mi madre dijo señalando al cielo:
 — Dios calmará tu duelo.
 Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera! —

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Mayo, 1877.

EXPLICACION DEL ECLIPSE DE SOL

QUE DEBE SUCEDER EL 29 DE JULIO DE 1878.



Principio del eclipse, para la Tierra en general, á 6^h 53,^m4, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 151° 3' al E. de San Fernando y latitud +41° 21'.

Principio del eclipse central, para la Tierra en general, á 7^h 59,^m6, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 123° 56' al E. de San Fernando y latitud +54° 14'.

Eclipse central á mediodía á 8^h 58,^m0, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 132° 57' al O. de San Fernando y latitud +60° 26'.

Fin del eclipse central, para la Tierra en general, á 10^h 44,^m8, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 63° 32' al O. de San Fernando y latitud +17° 36'.

Fin del eclipse, para la Tierra en general, á 11^h 51,^m0, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 84° 58' al O. de San Fernando y latitud +3° 38'.

Las circunstancias principales del eclipse, para los lugares que á continuación se expresan, son las siguientes:

PARA LA HABANA (*visible como total*).

| | | | | | |
|--------------------------------------|---|----|------|---|------------------------------|
| Principio. | 4 | 36 | 35,4 | } | Tpo. med. ast. de la Habana. |
| Principio del eclipse total. | 5 | 35 | 3,8 | | |
| Medio. | 5 | 36 | 2,6 | | |
| Fin del eclipse total. | 5 | 37 | 1,4 | | |
| Fin. | 6 | 30 | 14,0 | | |

La primera impresion de la Luna en el disco solar se verificará en un punto que dista 46° del vértice inferior del Sol hácia la derecha (vision directa).

PARA SANTIAGO DE CUBA (*en parte visible como total*).

| | | | | | |
|--------------------------------------|---|----|------|---|-------------------------------------|
| Principio. | 5 | 9 | 27,7 | } | Tpo. med. ast. de Santiago de Cuba. |
| Principio del eclipse total. | 6 | 5 | 3,6 | | |
| Medio. | 6 | 5 | 54,7 | | |
| Fin del eclipse total. | 6 | 6 | 45,8 | | |
| Fin. | 6 | 57 | 35,5 | | |

La primera impresion de la Luna en el disco solar se verificará en un punto que dista 43° del vértice inferior del Sol hácia la derecha (vision directa).

En Santiago de Cuba el Sol se pone eclipsado á 6^h 38^m.

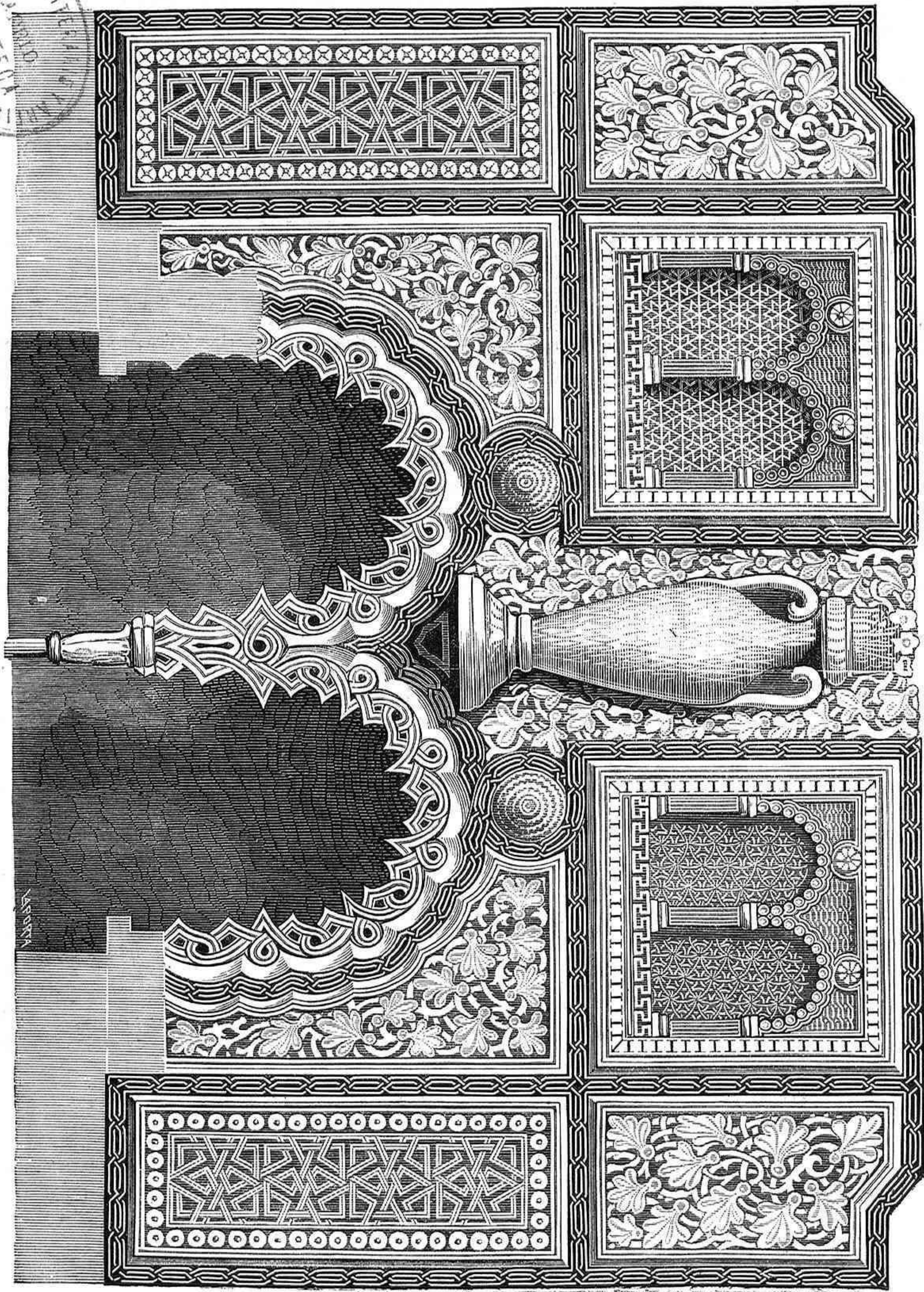
PARA SAN JUAN DE PUERTO-RICO (*en parte visible como parcial*).

| | | | | | |
|--------------------|---|----|------|---|--|
| Principio. | 5 | 49 | 36,2 | } | Tpo. med. ast. de San Juan de Puerto-Rico. |
| Medio. | 6 | 42 | 40,4 | | |
| Fin. | 7 | 31 | 36,5 | | |

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol, 0,968: tomando como unidad el diámetro del Sol.

La primera impresion de la Luna en el disco solar se verificará en un punto que dista 40° del vértice inferior del Sol hácia la derecha (vision directa).

En San Juan de Puerto-Rico el Sol se pone eclipsado á 6^h 36^m.



ALFARO (Loroño).—Fragmento de construcción árabe, existente en la Casa del Plañillo.

LAGUNA



AGOSTO.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | LUNA. | |
|--------|----------|---|--|-------------------|-------------------|
| Salte. | Se pone. | | | Salte. | Se pone. |
| H. M. | H. M. | | | H. M. | H. M. |
| 5.06 | 7.06 | 1 Juév. San Pedro Advíncula, san Félix, mr., y san Vero, ob. | 1808.—Continuacion del sitio y bombardeo de Zaragoza. | 8.00 ^m | 8.38 ^a |
| 5.06 | 7.05 | 2 Viér. Ntra. Sra. de los Angeles, y san Pedro, ob. | 1797.—Muere en Madrid el pintor Carlos José Flipart. | 9.11 | 9.07 |
| 5.07 | 7.04 | 3 Sáb. La Invencion de san Estéban, proto-mártir, santos Eufonio, ob., Aspren, ob. y cf., y Nicodemus. | 1596.—Felipe II pensiona con cinco escudos mensuales, durante su vida, á la heroica Maria Pita. | 10.23 | 9.37 |
| 5.08 | 7.03 | 4 Dom. Sto. Domingo de Guzman, fund. y mr., y san Eleuterio. | 1808.—Los franceses intiman la rendicion á Zaragoza. | 11.34 | 10.10 |
| 5.09 | 7.02 | 5 Lún. Ntra. Sra. de las Nieves, san Emigdio, ob. y sta. Afra. | 1762.—Sentencia del Parlamento de Paris contra los jesuitas. | 12.46 | 10.48 |
| | | ☽ Cuarto creciente, á las 12 h. y 54 m. del dia. | | | |
| 5.10 | 7.01 | 6 Márt. La Trasfiguracion del Señor, y stos. Justo y Pastor. | 1825.—Independencia de Bolivia. | 1.56 ^t | 11.32 |
| 5.10 | 7.00 | 7 Miérc. San Cayetano, fr., y san Alberto de Sicilia, cf. | 1753.—Entierro del escultor Valenciano Francisco Vergara. | 3.03 | 12.24 |
| 5.11 | 6.59 | 8 Juév. Stos. Ciriaco y comps., mrs., san Emiliano, ob. y cf., y stos. Hormisdas, Largo y Esmaragado, mrs. | 1740.—Fundacion por los españoles de la ciudad de San Felipe, una de las más bellas de Chile. | 4.03 | » » |
| 5.12 | 6.58 | 9 Viér. San Roman, mr., y san Domiciano, cf. | 1767.—El virey Asnat expulsa del Perú á los jesuitas. | 4.54 | 1.22 ^m |
| 5.13 | 6.57 | 10 Sáb. San Lorenzo, mr., y sta. Asteria, vg. y mr. | 997?—El califa Almanzor se apodera de Compostela. | 5.37 | 2.24 |
| 5.14 | 6.56 | 11 Dom. San Tiburcio, mr., y stas. Filomena y Susana, vgs. | 1806.—Ríndese á los españoles el general Beresford en B. Aires. | 6.13 | 3.28 |
| 5.15 | 6.55 | 12 Lún. Sta. Clara, vg. y fra., y stos. Eusebio y Herculano, cfs.— (Eclipse parcial de LUNA, visible en España.) | 1525.—El heroico Hernan-Cortés dispone el asalto de la ciudad de Méjico, de la cual se apodera el dia siguiente. | 6.43 | 4.32 |
| | | ☉ Luna llena, á las 11 h. y 51 m. de la noche. | | | |
| 5.15 | 6.54 | 13 Márt. Stos. Hipólito y Casiano, mrs., y sta. Aurora, vg. | 1567.—Instalacion de la Chancilleria española, en Concepcion. | 7.09 | 5.33 |
| 5.16 | 6.52 | 14 Miérc. San Eusebio, cf.—(Vigilia y abstinencia.) | 1563.—Instalacion de la Real Audiencia de la Coruña. | 7.33 | 6.32 |
| 5.17 | 6.51 | 15 Juév. † LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA, y san Pe-layo. | 1812.—Ríndese el ejército del general frances Lafont al Duque de Wellington, en Madrid. | 7.56 ^m | 7.30 |
| 5.18 | 6.50 | 16 Viér. Stos. Roque y Jacinto, cfs., y san Tito, diácono. | 1773.—Extincion de la Compañia de Jesus por Clemente XIV. | 8.19 | 8.26 |
| 5.19 | 6.49 | 17 Sáb. Stos. Pablo y Juliana, herms., mrs., y san Anastasio. | 1850.—Muere en Francia el ilustre general argentino S. Martin. | 8.42 | 9.23 |
| 5.19 | 6.48 | 18 Dom. San Joaquín, padre de Ntra. Sra., y sta. Elena. | 1791.—Fallecimiento del grabador en hueco Alonso Cruzado. | 9.09 | 10.20 |
| 5.20 | 6.46 | 19 Lún. San Luis, ob. y cf. | 1619.—Inauguracion de la nueva Casa Consistorial en Madrid. | 9.39 | 11.19 |
| 5.21 | 6.45 | 20 Márt. San Bernardo, ab., san Samuel, prof., y san Severo. | 1799.—Regresa de Egipto á Francia el general Bonaparte. | 10.14 | 12.20 |
| 5.22 | 6.44 | 21 Miérc. Stas. Juana Francisca Premiot, vda. y Basa, mr. | 1520.—Destruccion de Medina del Campo por tropas de Fonseca. | 10.57 | 1.21 ^t |
| | | ☾ Cuarto menguante, á las 3 h. y 43 m. de la mañana. | | | |
| 5.23 | 6.42 | 22 Juév. Stos. Timoteo, Sinforiano, Fabriciano ó Hipólito, mrs. | 1864.—Convencion de Ginebra para socorrer á los heridos. | 11.48 | 2.21 |
| 5.23 | 6.41 | 23 Viér. San Felipe Benicio, cf., y san Restituto, mr. | 1695.—Muere el pintor Romero y Escalante, en Sevilla. | 12.48 | 3.18 |
| 5.24 | 6.40 | 24 Sáb. San Bartolomé, apóstol y mr., y san Jorge, mr. | 1775.—Fallecimiento del escultor Felipe de Castro en Madrid. | » » | 4.09 |
| 5.25 | 6.38 | 25 Dom. San Luis, rey de Francia, cf., stos. Julian, Magin, y Ginés de Arlés, mrs., y san Geruncio, ob. | 1825.—Independencia del Uruguay.—1800: Presentase una fuerte escuadra inglesa á la vista del Ferrol. | 1.56 ^m | 4.53 |
| 5.26 | 6.37 | 26 Lún. Ntra. Sra. de la Consolacion, y san Ceferino, p. | 1767.—Los jesuitas son expulsados de Chile. | 3.08 | 5.32 |
| 5.27 | 6.36 | 27 Márt. San José de Calasanz, fr., y stos. Rufo y Rufino, mrs. | 1624.—Muere el pintor Francisco Zariñana, en Valencia. | 4.22 | 6.06 |
| 5.27 | 6.34 | 28 Miérc. San Agustin, ob. y dr., y san Moisés, cf. | 1760.—Solemne sesion en la Academia de San Fernando. | 5.36 | 6.37 |
| | | ☽ Luna nueva, á las 5 h. y 35 m. de la mañana. | | | |
| 5.28 | 6.33 | 29 Juév. La Degollacion de San Juan Bautista, y sta. Sabina. | 1813.—Inauguracion de la Biblioteca de Santiago de Chile. | 8.04 | 7.37 |
| 5.29 | 6.31 | 30 Viér. Sta. Rosa de Lima, vg., y san Emeterio, mr. | 1595.—Consagracion del templo de El Escorial. | 6.50 | 7.07 |
| 5.30 | 6.30 | 31 Sáb. San Ramon Nonnato, cf., y san Robustiano, mr. | 1839.—Convenio de Vergara, entre Espartero y Maroto. | 9.18 | 8.10 |



AGOSTO.

(HACER SU AGOSTO.)

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ ECHEGARAY EN PAGO DE UN GRAN BENEFICIO QUE NO OLVIDA EL AUTOR.

I.

Pardiez que cualquier nacido
Hubiera jurar podido
Que era Tomás de Pampliega
En la comarca manchega
El labrador más querido.

Cristiano de antiguo cuño,
De faz ruda y pecho noble,
Vivió, pegado al terruño,
Con su honradez y su puño
Capaz de tronchar un roble.

En llano, en monte y en sierra
Trabajó con mano avara
Moviendo á los surcos guerra:
Él los hacía en la tierra
Y el tiempo sobre su cara.

De esta incansable porfía
El labrador se reía
Y se le daba un ardite,
Buscando al tiempo el desquite
Cuanto más viejo se hacía.

Resúmen de tal refriega:
Tanto trabajó Pampliega
En surcos propios y extraños,
Que fué rey en pocos años
De la comarca manchega.

Rey, que en forma extra-oficial,
Á viva voz decretaba
Sobre el coto, el pegujal,
La viña, el ato, el marjal,
La sementera y la cava.

Rey que imponía su ley,
El azadon en la mano,
Haciendo ver á su grey
Que era en el trabajo rey
Y en la virtud soberano.

Rey, en fin, que dirimia
Las cuestiones más abstrusas
Con el ejemplo por guía,
Y que jamás admitía
Disgustos, ergos ni excusas.

¡Ay! ¡Cuanto príncipe amado
Por su esplendor palaciego
Hubiera quizás trocado
El cetro por el arado
De aquel monarca manchego!

Cierta vez Rufo Contreras,
Eminencia concejil,
Le habló entre burlas y véras

Al verle andar por las eras
Con entusiasmo febril.

«Duro es usted como un guiño;
Siempre ausente del cortijo
Con su lucha maldecida;
¡Siempre retando á la vida!
Quien pierde es usted de fijo.

»Vea usted cómo ha labrado
El tiempo sobre su frente,
Y arroje la esteva á un lado;
El tiempo tiene un arado
Que trabaja eternamente.»

Y en apoyo del consejo
Corrió á buscar un espejo,
Volvió con él al instante
Y se lo puso delante
De las narices al viejo.

Vióse al soslayo Tomás,
Y echando un taco redondo,
Y haciéndose un paso atrás,
Dijo: «El tiempo cava más,
Pero yo cavo más hondo.»

Y afirmando entrambos piés
Alzó y clavó de traves
La reja con golpe brusco,
Llenando de polvo al chusco
De la cabeza á los piés.

¡Ay! ¡Pero Rufo tenía
Razon! Tomás, cierto día,
Al rayar el alba incierta,
Salió á barbechar la huerta
Que más cuidaba y quería.

Y al alzar con soberano
Impulso el rudo azadon,
Sintió el indomable anciano
Que flaqueaban su mano,
Su vista y su corazon.

Era la aurora postrera
Del mes más ardiente, y era
Llegado el feliz momento
De seguir con nuevo aliento
La interrumpida carrera.

Pronto daría tributo
La tierra con nuevo fruto;
Ya hallaban de vida un hueco
La flor en su cáliz seco,
El rio en su cauce enjuto.

Ya revivía el plantel
En la pajiza pradera;
Ya en el desnudo verjel

El higo lleno de miel
 Se columpiaba en la higuera.
 Ya el verde pámpano hacía
 Paso al racimo apretado,
 La almendra gomosa abría
 Su prision, y el sol teñía
 De oro y azul el granado.
 Todo en el tibio calor
 A impulso del viento suave
 Tomaba nuevo vigor;
 La tierra, el árbol, la flor,
 El hombre, el bruto y el ave.
 Y el viejo Tomás, al ver
 Que todo empezaba á dar
 Señales de renacer,
 Que iba el arroyo á crecer,
 Que iba el fruto á madurar,
 Que el huerto reverdecía
 Y la otoñal estacion
 Pronto á reinar tornaría,
 Y que él jamas volvería
 A manejar su azadon,
 Sintió un mundo de tristezas,
 Miró con tierno cariño
 Los campos de sus proezas,
 Y en medio de sus riquezas
 Rompió á llorar como un niño.
 Ah, soñadores dichosos
 Que cubris de ricas galas
 Vuestros sueños ambiciosos,
 Inmortales venturosos
 Que vais de la gloria en alas!
 No os cause desprecio, no,
 Un hombre tosco y de bien
 Que con el tiempo luchó,
 Y haciendo surcos soñó
 Con ser inmortal tambien.
 Que tengo por Dios sabido
 Que en esta fatal derrota,
 Si el cuerpo cayó rendido,
 Su espíritu enaltecido
 Sobre el tiempo vive y flota.
 Volvamos al triste dia:
 Luchando con la agonía
 Tomás llegó á su cortijo
 Donde en paz y en Dios vivía
 Con su mujer y su hijo.
 El hijo quedó un segundo
 En un estupor profundo
 Al ver inerte á su padre;
 Y tanto gritó la madre,
 Que despertó al moribundo.
 «Esto es hecho, —dijo el bravo
 Tomás con acento bronco.—
 Es ley de Dios.... Aquí acabo.
 No hay rama que al fin y al cabo
 No se desprenda del tronco.
 »Tú, hijo mio, á trabajar;
 Creo que has dado en soñar
 No sé que extrañas quimeras,
 Que odias de muerte las eras,
 Las viñas y el olivar.
 »Mal hecho.... Date á razones....
 Olvida sueños extraños....
 Aplícate á tus terrones:
 Quien sólo siembra ilusiones
 Coge sólo desengaños.
 »Yo he dado al campo una reja.
 Tendréis un rio de mosto,
 Mucho vino.... mucha jeja....;
 En fin, si mi vida os deja,
 Mi amor os hizo el agosto.

»Adios, Blasa. ... Juan, adios....
 Trabaja tú por los dos....
 Sigue mi huella esforzado;
 La huella de un padre honrado
 Conduce al seno de Dios.»
 Y dando un leve ronquido,
 Quedóse como dormido
 El buen Tomás de Pampliega,
 El labrador más querido
 De la comarca manchega.

II.

Pasó un año.... Juan y Blasa
 Viéndose están sin mirarse
 Y hablándose sin hablarse
 Junto al umbral de su casa.
 Ve Juan el callado afan
 Que Blasa en el alma siente;
 Blasa, la oculta corriente
 Que arrastra el alma de Juan.
 Y ambos, fingiendo sosiego,
 Distraen sus mudas fatigas
 Viendo hacinadas espigas
 Que rizan aires de fuego.
 De pronto Juan se exaspera,
 Pone el gesto duro y fosco,
 Y audaz, decidido y tosco
 Prorumpo de esta manera:
 «Madre, de hoy mismo no pasa;
 Me voy.... la razon es obvia;
 Esta existencia me agobia
 Y esta atmósfera me abrasa.
 »¿Qué quiere usted! No he nacido
 Para estas viles tareas;
 Los campos y las aldeas
 Me aburren, y no he podido
 »Pensar en serio una vez
 Bajo estos desnudos techos
 En trillas, podas, barbechos
 Y cosas de este jaez.
 »Y es natural, porque al fin,
 Quien ha estudiado sin tino
 En el Padre Calepino
 Y sabe hablar el latin,
 »No ha de vivir entre topas,
 Sin hablar lenguaje humano,
 Con el destrial en la mano,
 Mondando encinas y chopos.
 »Mi padre, que estaba en caja
 Metido en tan ruda brega,
 Lograba hacer cada siega
 Su agosto de grano y paja.
 »Y yo, con más ambiciones,
 Harto de grano y de mosto
 Me voy para hacer mi agosto
 Y realizar ilusiones.
 »Con que cese todo ardid
 Para atajar mi partida;
 Madrid me llama á otra vida
 Y hoy parto para Madrid.»
 Como pesa más que el mundo
 El mundo del sentimiento,
 Blasa quedóse un momento
 Doblada al dolor profundo.
 Y cuando pudo alentar,
 Discurrir y comprender,
 Tanto y tanto quiso hacer
 Que no hizo más que llorar.
 La tibia luz vespertina
 El horizonte bañaba,

Y una mujer se empinaba
 En lo alto de una colina.
 Mirando con ansia loca
 El encendido horizonte,
 Vió correr del llano al monte
 Y penetrar en la boca
 De un túnel hondo y sombrío
 Una atronadora fiera
 Cuya ardiente cabellera
 Llenaba de humo el vacío.
 Al verlo tendió anhelante
 La mujer sus brazos yertos,
 «¡Hijo!» en los campos desiertos
 Repitió con voz amante.
 «¡Hijo del alma querido!»
 Y en tanto el monstruo se hundía,
 Se alzaba y se retorcia
 Lanzando al aire un silbido.
 Cuando la pálida luna
 Envuelta en tenues vapores
 Besaba con sus fulgores
 El olivar, la laguna,
 La casa, el huerto, la vega,
 Y aquellos campos sagrados
 Con el sudor empapados
 Del buen Tomás de Pampliega,
 En alas del desvarío
 Juan en el monstruo volaba,
 Y Blasa se desplomaba
 Diciendo siempre: «¡Hijo mio!»

III.

¿Qué hizo Juan en Madrid? De vez en cuando
 Llegaba un eco á la region manchega
 Las glorias y placeres pregonando
 Del hijo ilustre de Tomás Pampliega.
 ¿Hizo su agosto Juan? Nadie lo ha dicho,
 Ni consta en las historias,
 Ni yo tuve el capricho
 De apuntarlo en mi libro de memorias.
 Solo sé que una tarde sosegada
 Del mes ardiente del voraz estío,
 Ya el sol en el ocaso,
 Detuvo Juan el vacilante paso,
 Fijando una mirada
 Llena de inmenso amor en el vacío.
 Tenía ante sus ojos
 Los anchos campos que maldijo un día,
 Y una tumba sombría
 Guardando los despojos
 De aquella madre, que al saber su suerte,
 Sólo supo llorar hasta la muerte.
 Las sombras de la noche silenciosas
 Poblaron de fantasmas el espacio;
 Juan se sintió morir. Vertiginosa
 Su pasada existencia
 Cruzó y volvió á cruzar en raudo vuelo,
 Sin dar á su conciencia
 Sombra de luz ni rastro de consuelo.

¡Un hijo que abandona
 La madre anciana que le dió la vida!.....
 Ni el cielo lo perdona
 Ni la afrentada sociedad lo olvida.
 Por eso Juan, vagando por las eras,
 Perdido en plata y en latin cansado,
 Contempla con miradas lastimeras
 Al prócer concejil Rufo Contreras
 Dueño del fruto aquel tan despreciado.
 Por eso un día, al despuntar la aurora,
 Venciendo al fin la vanidad maldita,
 A Rufo acude y proteccion le implora,
 Y Rufo, que es un hombre que medita,
 Dándole un azadon pesado y fuerte
 Le dice de esta suerte:
 «¿No tienes y me pides? Santo y bueno:
 Copia á tu padre como yo le copio,
 Y ara, si quieres, sobre el surco ajeno
 Ya que no araste sobre el surco propio.»
 Y por eso al morir la luz medrosa
 Del sol poniente, en tan funesto día,
 Juan, con voz angustiada,
 Delante de una tumba, así decía:
 «Padre, despues de diez años
 Me acerco á tu tumba estrecha
 Con una triste cosecha
 De afrentas y desengaños.
 »Creí tu cielo vacío,
 Pobre tu mundo y angosto,
 Y al querer hacer mi agosto
 No hice ni el tuyo ni el mio.
 »¡Ve cuán horrible contraste!
 Padre mio, aquí me tienes
 Sin mi madre y sin los bienes
 Que tú, al morir, me dejaste.
 »Si en el mundo de la fe
 Tu vida piadosa labra
 Y es fecunda tu palabra
 Como en la tierra lo fué,
 »Ruega al Supremo Hacedor
 Árbitro y juez de mi suerte,
 Que cambie en sombras de muerte
 Las sombras de mi dolor.»
 ¿Llegó á Tomás de Pampliega
 La voz doliente y sentida
 Del sér á quien dió la vida?
 ¿Quién lo afirma? ¿Quién lo niega?
 Lo que sí puede afirmar
 El que estos renglones traza,
 Y desafía y enplaza
 Al que lo quiera negar,
 Es, que en las horas sombrías
 En que más el alma siente,
 Juan, resignado y ferviente,
 Sembraba todos los días
 Tristes lágrimas de duelo
 De sus padres en la fosa,
 Con la esperanza dichosa
 De hacer su agosto en el cielo.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

PRINCIPALES FAMILIAS REALES DE EUROPA.

(CONCLUSION.)

ITALIA.

VÍCTOR MANUEL II, rey de Italia. Nació el 14 de Marzo de 1820; sucedió á su padre en 23 de Marzo de 1849; tomó el título de *Rey de Italia* en 17 de Marzo de 1861; casó en 12 de Abril de 1842 con María-Adelaida, archiduquesa de Austria, que falleció en 20 de Enero de 1855; casó morganáticamente con Rosa Verzellana, condesa de Mirafiore.

HIJOS.—*Clotilde-Maria-Teresa*, nacida el 2 de Marzo de 1843 y casada con el príncipe Napoleón-José-Carlos-Bonaparte;

Humberto-Reniero, príncipe real, nacido el 14 de Marzo de 1844; casado con la princesa Margarita de Saboya;

Amadeo-Fernando, duque de Aosta y ex-rey de España, nacido el 30 de Mayo de 1845 y casado con *María Victoria*, princesa del Pozzo della Cisterna, en 30 de Mayo de 1867; viudo en 8 de Noviembre de 1876;

María-Pía. (Véase Portugal.)

PAPA.

Pío IX, ántes *Juan-Maria-Bautista*, de la casa condal de Mastai-Ferretti. Nació en Sinigaglia el 13 de Mayo de 1792; fué elegido Papa á la muerte de Gregorio XVI, el 16 de Junio de 1846, y coronado el 21 del mismo mes y año.

PAÍSES-BAJOS.

GUILLERMO III, rey de los Países-Bajos, príncipe de Orange-Nassau, y gran duque de Luxemburgo. Nació el 19 de Febrero de 1817; sucedió á su padre Guillermo II en 17 de Marzo de 1849; casó el 18 de Junio de 1839, con *Sofía-Federica*, princesa de Wurtemberg.

HIJOS.—*Guillermo-Nicolas*, príncipe de Orange, nacido en 4 de Setiembre de 1840;

Guillermo-Alejandro, nacido en 25 de Agosto de 1851.

PORTUGAL.

LUIS-FELIPE-MARÍA, rey de Portugal y de los Algarves. Nació el 31 de Octubre de 1838; sucedió á su hermano Pedro V el 11 de Noviembre de 1861; casó el 6 de Octubre de 1862 con *María-Pía*, hija de Víctor-Manuel II, rey de Italia; nacida el 16 de Octubre de 1847.

HIJOS.—*Cárlas-Fernando* (28 de Setiembre de 1863) y *Alfonso-Enrique-Napoleon* (31 de Julio de 1865).

RUSIA.

ALEJANDRO II NICOLAÏEVITCH, emperador de todas las Rusias. Nació el 29/17 de Abril de 1818; sucedió á su padre Nicolás I en 2 de Marzo (18 de Febrero) de 1855; casó el 28/16 de Abril de 1841 con

María-Alejandrowna, ántes *Maximiliana-Guillermina-Augusta-Maria*, hija del gran duque de Hesse, Luis II.

HIJOS.—*Alejandro*, cesarevitch, gran duque heredero; nació en Marzo de 1845, y casado con la princesa María-Dagmar de Dinamarca, el 9 de Noviembre de 1866;

Vladamiro, nacido el 22/10 de Abril de 1847 y casado con *María-Paulowna*, hija del gran duque de Mecklemburgo, el 27 de Agosto de 1874;

Alejo, nacido el 14 de Enero de 1850;

María, nacida el 17/5 de Octubre de 1853 y casada con el príncipe Alfredo de Inglaterra;

Sergio, nacido el 11 de Mayo de 1857;

Pablo, nacido el 3 de Octubre de 1860.

SAJONIA.

ALBERTO FEDERICO AUGUSTO, rey de Sajonia. Nació el 23 de Abril de 1828; sucedió á su padre el 29 de Octubre de 1873; casó en 18 de Junio de 1853 con

Carolina-Federica-Francisca, hija de Gustavo, príncipe de Wasa, nacida el 5 de Agosto de 1833.

SUECIA Y NORUEGA.

HOSCAR II FEDERICO, rey de Suecia y Noruega. Nació el 21 de Enero de 1829; sucedió á su hermano, el rey Cárlas XV, en 18 de Setiembre de 1872; casó el 6 de Junio de 1857 con

Sofía-Guillermina-Mariana-Enriqueta, hija de Guillermo de Nassau.

TURQUÍA.

ABDUL-HAMID-KHAN, sultan de Turquía, 34º soberano de la familia de Osman. Nació el 22 de Setiembre de 1842 y sucedió á su hermano Murad V el 31 de Agosto de 1876.

WURTEMBERG.

CÁRLOS I FEDERICO-ALEJANDRO, rey de Wurtemberg. Nació el 6 de Marzo de 1823; sucedió á su padre el rey Guillermo I en 25 de Junio de 1864; casó en 13 de Julio de 1846 con

Olga-Nicolaïevna, hija del emperador de Rusia Nicolás I, nacida el 11 de Setiembre (30 de Agosto) de 1822.

RESÚMEN DE LOS PRINCIPALES SOBERANOS REINANTES EN EUROPA (1).

(POR ÓRDEN DE EDAD.)

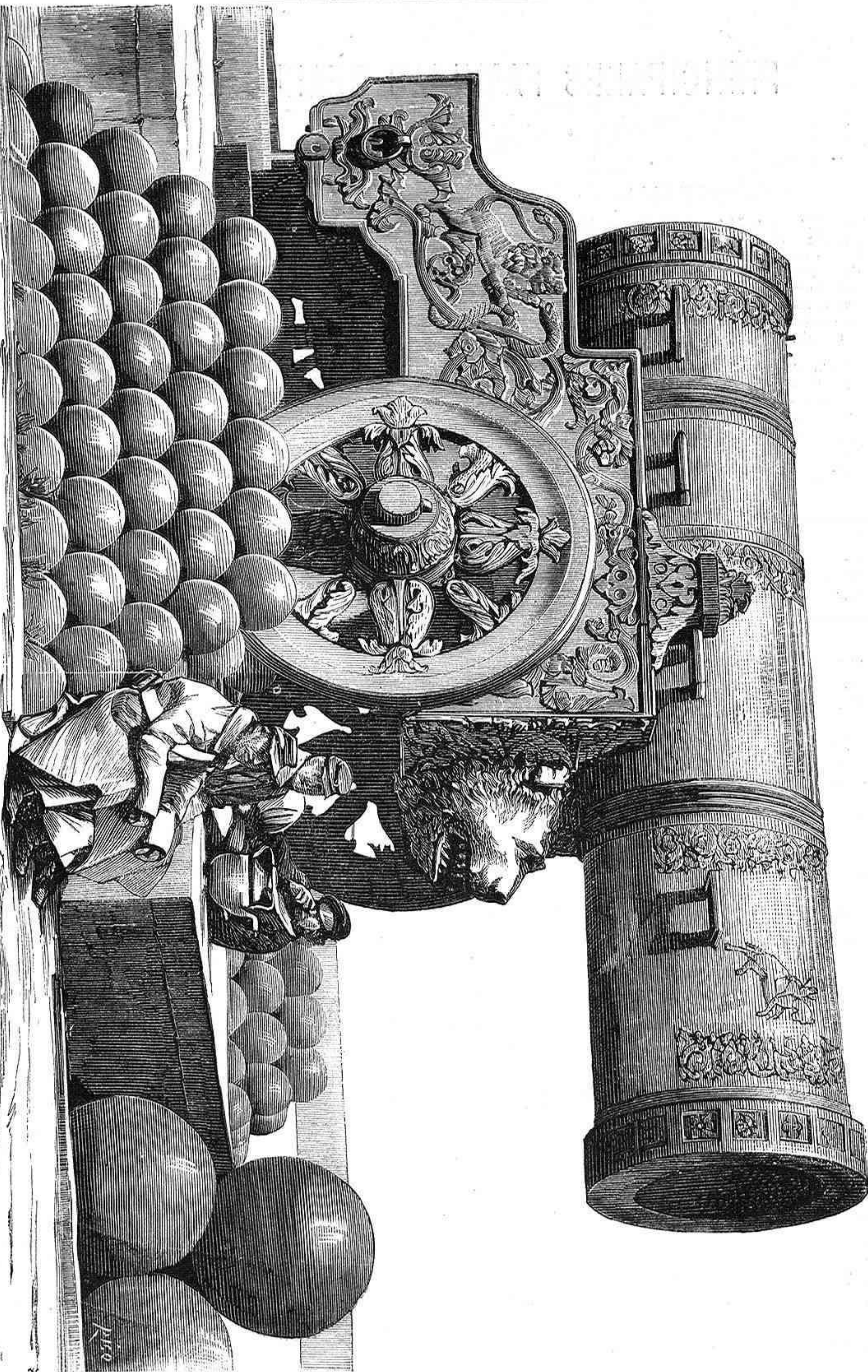
| NOMBRES. | NACIMIENTO. | | | EDAD. | | NOMBRES. | NACIMIENTO. | | | EDAD. | |
|---|-------------|---------|------|-------|----------|---|-------------|-----------|------|-------|----------|
| | DIA. | MES. | AÑO. | AÑOS. | M.º D.º. | | DIA. | MES. | AÑO. | AÑOS. | M.º D.º. |
| Pío IX, papa..... | 13 | Mayo | 1792 | 85 | 1 18 | Oscar II, rey de Suecia y Noruega.. | 21 | Enero | 1829 | 48 | 5 10 |
| Guillermo I, emperador de Alemania. | 22 | Marzo | 1797 | 80 | 3 9 | Francisco José I, emperador de Austria..... | 18 | Agosto | 1830 | 46 | 10 13 |
| Luis III, gran duque de Hesse..... | 9 | Junio | 1806 | 71 | » 21 | Leopoldo II, rey de los belgas..... | 9 | Abril | 1835 | 42 | 2 21 |
| Guillermo III, rey de los Países Bajos..... | 19 | Febrero | 1817 | 60 | 4 11 | Luis I, rey de Portugal..... | 31 | Octubre | 1838 | 38 | 8 » |
| Christian IX, rey de Dinamarca.... | 8 | Abril | 1818 | 59 | 2 22 | Abdul Admid Khan, emperador de Turquía..... | 22 | Setiembre | 1842 | 35 | 9 9 |
| Alejandro II, emperador de Rusia.. | 29 | Abril | 1818 | 59 | 2 1 | Luis I, rey de Baviera..... | 25 | Agosto | 1845 | 31 | 10 6 |
| Victoria I, reina de la Gran Bretaña. | 24 | Mayo | 1819 | 58 | 1 7 | Jorge I, rey de los Helenos..... | 24 | Diciembre | 1845 | 31 | 6 7 |
| Víctor Manuel II, rey de Italia..... | 14 | Marzo | 1820 | 57 | 3 17 | S. M. el Rey D. Alfonso XII, rey de España..... | 28 | Noviembre | 1857 | 19 | 7 2 |
| Cárlas I, rey de Wurtemberg..... | 6 | Marzo | 1823 | 54 | 3 24 | | | | | | |
| Alberto I, rey de Sajonia..... | 23 | Abril | 1828 | 49 | 2 7 | | | | | | |

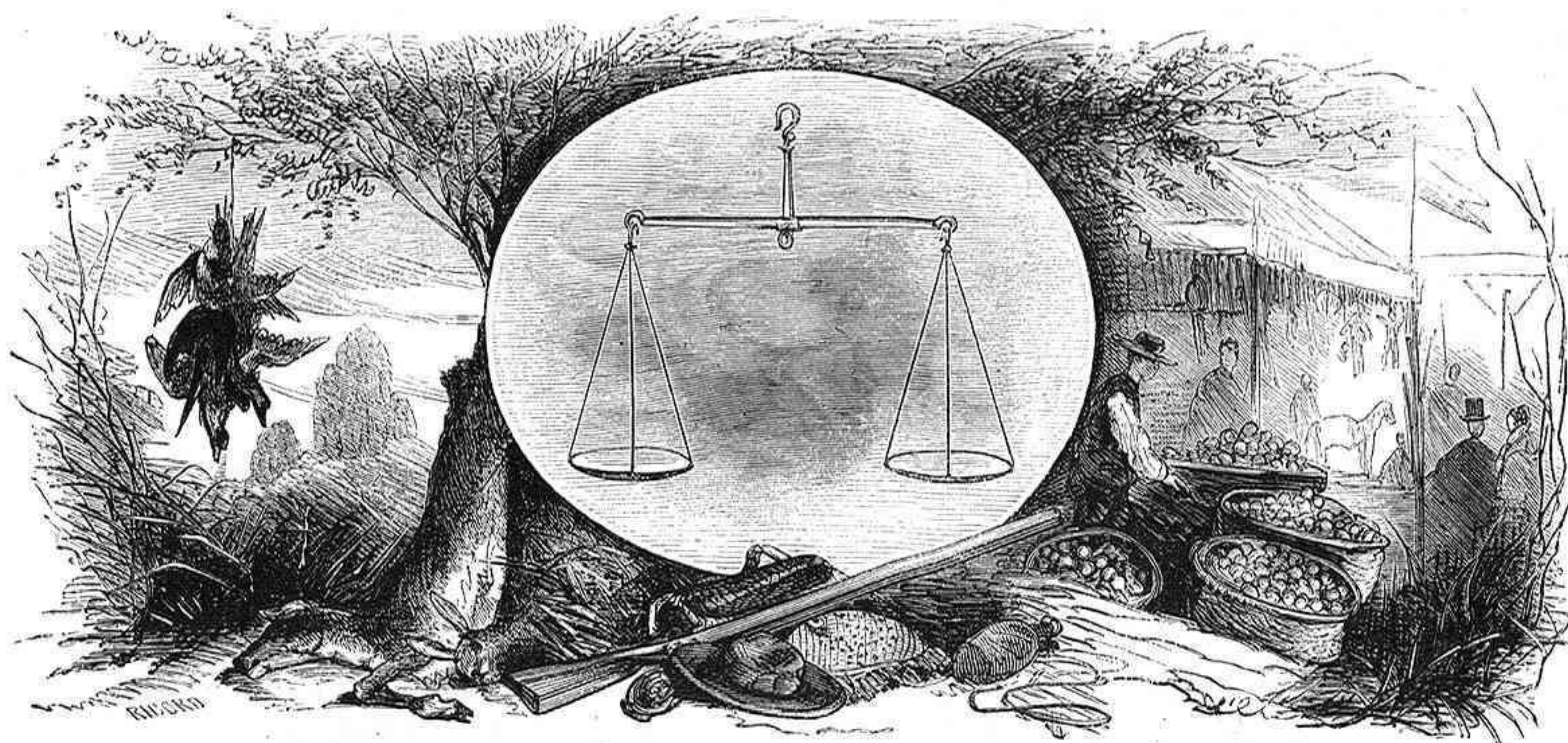
(1) En 1.º de Julio de 1877.



ARTISTICO
 MADRID
 BIBLIOTECA
 1871

MOSCÚ.—El Rey de los Cañones (Czar Pouchka) existente en el Kremlin.—(Véase la pág. 42.)





SETIEMBRE.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|--------|----------|--|---|--------------------|-------------------|--|
| Salte. | Se pone. | | Salte. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | H. M. | H. M. | | |
| 5.31 | 6.29 | 1 Dom. San Gil, ab., y stos. Vicente, Leto, y comps., mrs. | 1606.—Felipe III concede mayor sueldo á Maria Pita. | 10.32 ^m | 8.47 ⁿ | |
| 5.31 | 6.27 | 2 Lún. San Antolin, mr., san Estéban, rey de Hungría, san Filadelfo, cf., y stos. Zenon y Comondio, mrs. | 1726.—Publicase por primera vez el tomo primero del <i>Teatro Crítico</i> , popular obra del P. Feijóo. | 11.46 | 9.30 | |
| 5.32 | 6.26 | 3 Márt. San Ladislao, rey de Polonia, y san Sandalio, mr. | 1759.—Ley en Portugal extrañando del reino á los Jesuitas. | 12.55 | 10:20 | |
| | | ☾ Cuarto creciente, á las 8 h. y 1 m. de la noche. | | | | |
| 5.33 | 6.24 | 4 Miérc. Stas. Cándida, Rosalia y Rosa de Viterbo, vgs. | 1638.—Fallecimiento de la heroína Maria Pita, en la Coruña. | 1.58 ^t | 11.16 | |
| 5.34 | 6.23 | 5 Juév. Stos. Lorenzo y Justiniano, obs., san Victorino, ob. y mr., san Bertin, ab. y cf., y sta. Obdulia, vg. | 1773.—Ultima sesion del Concilio provincial celebrado en Lima, bajo la presidencia del arzobispo de aquella diócesis. | 2.52 | 12.18 | |
| 5.35 | 6.21 | 6 Viér. San Eugenio y comps., mrs., y san Celestino, ob. | 1565.—Concilio provincial en Salamanca. | 3.27 | » » | |
| 5.35 | 6.20 | 7 Sáb. Sta. Regina, vg. y mr., y stos. Pánfilo y Clodoaldo, cfs. | 1822.—Independencia del Brasil. | 4.15 | 1.21 ^m | |
| 5.36 | 6.19 | 8 Dom. † LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrian. | 1562.—Felipe II pensiona al pintor Becerra. | 4.46 | 2.24 | |
| 5.37 | 6.17 | 9 Lún. Sta. Maria de la Cabeza, y san Cipriano ob. | 1762.—Desastrosa inundacion en Mondoñedo. | 5.13 | 3.25 | |
| 5.38 | 6.15 | 10 Márt. San Nicolás de Tolentino, cf., y sta. Pulqueira, reina. | 1586.—Colocacion del obelisco en la plaza de San Pedro, en Roma. | 5.38 | 4.25 | |
| 5.39 | 6.14 | 11 Miérc. Stos. Proto y Jacinto, mrs., y san Vicente, ab. y cf. | 1691.—Es nombrado pintor de Cámara Vicente de Benavidelos. | 6.01 | 5.22 | |
| | | ☉ Luna llena, á las 3 h. y 25 m. de la tarde. | | | | |
| 5.40 | 6.13 | 12 Juév. Stos. Leoncio, Lesmes y comps., mrs., san Eulogio, ob., y stos. Guidon, cf., Amato, ab., y Seleccio, mr. | 1259.—Miguel Paleólogo se apodera de Constantinopla: último periodo del imperio de Occidente. | 6.23 | 6.19 | |
| 5.41 | 6.11 | 13 Viér. Stos. Felipe y comps., mrs., y san Amado, ab. | 1561.—Alonso Berruguete visita el sepulcro de Cisneros. | 6.47 | 7.16 | |
| 5.42 | 6.10 | 14 Sáb. La Exaltacion de la Santa Cruz, y san Materno, ob. | 1852.—Fallecimiento del ilustre Duque de Wellington. | 7.12 ^a | 8.13 | |
| 5.43 | 6.08 | 15 Dom. Los Dolores Gloriosos de Ntra. Sra., Stos. Nicomedes, Jeremias, Emiliano y Porfirio, mrs. | 1817.—Abolicion de los títulos de nobleza en Chile por decreto del general O'Higgins. | 7.41 | 9.11 | |
| 5.43 | 6.07 | 16 Lún. San Cornelio, papa, y san Gorgonio, mr. | 1320.—Ejecucion de Suarez de Deza en las prisiones de la Rocha. | 8.14 | 10.11 | |
| 5.44 | 6.05 | 17 Márt. Las Llagas de San Francisco de Asis, y s. Pedro Arbués. | 1830.—Primer número del <i>Araucano</i> , primer periódico chileno. | 8.53 | 11.11 | |
| 5.45 | 6.04 | 18 Miérc. Sto. Tomás de Villanueva, ob. y cf., san José de Co-pertino, cf., y stos. Eustorgio ob. y cf.—(Tempora.) | 1751.—Violento incendio destruye las Casas Capitulares de Santiago. | 9.40 | 12.10 | |
| 5.46 | 6.02 | 19 Juév. San Genaro, ob., y san Desiderio, mr. | 1663.—Bula de Alejandro VII á favor de Toledo. | 10.35 | 1.07 ^t | |
| | | ☾ Cuarto menguante, á la 6 h. y 5 m. de la tarde. | | | | |
| 5.46 | 6.01 | 20 Viér. San Eustaquio y comps., mrs., san Agapito, p. y cf., y stas. Felipa, Cándida vg. y mr.—(Tempora.) | 1437.—Muere Diego de Anaya, fundador del <i>Colegio Viejo</i> de Salamanca. | 11.37 | 1.59 | |
| 5.47 | 5.59 | 21 Sáb. San Mateo, ap. y evang., y sta. Maura.—(Tempora.) | 1177.—Conquista de Cuenca por el Rey D. Alfonso VIII. | 12.45 | 2.45 | |
| 5.48 | 5.58 | 22 Dom. San Mauricio, mr., y san Florencio, ob. | 1774.—Muerte del pontifice Clemente XIV. | » » | 3.25 | |
| 5.49 | 5.56 | 23 Lún. San Lino, p. y mr.—(Sol en Libra.—Oroño.) | 1789.—Ultima sesion de las Córtes en el Salon de Reinos. | 1.57 ^m | 4.00 | |
| 5.50 | 5.55 | 24 Márt. Ntra. Sra. de las Mercedes, y san Gerardo, ob. | 1567.—Fundacion del Colegio de la Inclusa, en Madrid. | 3.10 | 4.32 | |
| 5.50 | 5.53 | 25 Miérc. San Lope, ob. y cf., y san Cleofás, mr. | 1513.—Vasco Nuñez de Balboa descubre el Océano Pacifico. | 4.23 | 5.03 | |
| 5.50 | 5.52 | 26 Juév. San Cipriano, ob. y mr., y sta. Justina, vg. | 1604.—Real privilegio para la primera edicion del <i>Quijote</i> . | 5.37 | 5.33 | |
| | | ☉ Luna nueva, á las 1 h. y 46 m. de la tarde. | | | | |
| 5.51 | 5.50 | 27 Viér. Stos. Cosme y Damian, mrs., y san Pelegrin, ob. | 1870.—Capitulacion de Strasburgo despues de heroica defensa. | 6.53 | 6.06 | |
| 5.52 | 5.49 | 28 Sáb. Stos. Wenceslao y Adolfo, mrs., y sta. Eustoquia, vg. | 1730.—Fallecimiento del escultor Salvador Illa, fraile cartujo. | 8.09 | 6.42 ⁿ | |
| 5.53 | 5.47 | 29 Dom. La Dedicacion de San Miguel Arcángel. | 1833.—Muere en Madrid el rey D. Fernando VII. | 9.26 | 7.24 | |
| 5.54 | 5.46 | 30 Lún. San Jerónimo, dr. y fr., y sta. Sofia, viuda. | 1814.—Fallecimiento del sabio astrónomo D. José Rodriguez. | 10.40 | 8.13 | |



SETIEMBRE.

(LAS EMIGRACIONES.)

«¿Qué hablan las golondrinas
Junto al viejo techado,
Al oír el crujido de las hojas
Que secas y amarillas caen del árbol?
Vuelan, mirando á un punto,
Y toman, revolando,
Y dicen que se van y les da pena
Dejar su nido allí tan solitario.»

(Del libro del autor, LAS CUATRO ESTACIONES.)

I.

Los labradores apilan
Los frutos en sus hogares,
Y los campos quedan solos
Y tristes las heredades.

Los pájaros enmudecen;
Caen las hojas de los árboles,
Y tiemblan los yertos nidos
En el desnudo ramaje.

Libres las reses del yugo,
Del manso arroyo en la margen,
Rumian con ansia los tallos
De las hierbas otoñales.

Allá el desbandado cuervo
Graznando su vuelo abate,
Y el grano perdido busca
Para entretener el hambre.

En lo profundo del bosque
Gime el viento, llora el ave,
Y crujen las secas hojas
En remolino al chocarse.

Y llega del mar vecino
Más fresco y húmedo el aire,
Y es el rumor de las olas
Más imponente y más grave.

Y vense en el horizonte
Tristes y oscuros celajes,
Anuncio del frío y germen
De las lluvias torrenciales.

II.

Iba Setiembre acabando;
Era en el fondo de un valle,
Entre la falda de un monte
Y los jardines de un parque.

Levántase allí una casa
Que, en madera, hierro y mármoles,
Al mundo rústico muestra
La soberbia de los grandes.

La moda, el dinero, el fausto,
Su templo por meses abren
Donde la naturaleza
Se alza en eternos altares.

Llaman *de campo* esas casas
Donde, entre seda y encajes,
Cambia el ocio de postura,
Cansado de las ciudades.

De campo, donde no pueden
Alma y cuerpo restaurarse,
Si huye el cuerpo el ejercicio
Y el alma volar no sabe.

Donde, de sí mismo esclavo,
El espíritu cobarde
No busca un mundo en la estrella
Que ejerce influjo en los mares;
Ni oye el canto del silencio
En las noches estivales,
Ni ve el amor que se mueve
En el vuelo de las aves.

III.

Eso es la casa ó, si quereis, palacio
Que en el fondo del valle alzó la moda,
Que, hallando allí para el capricho espacio,
Asombro fué de la comarca toda.

Vive allí una mujer, como se sabe
Que viven donde quiera esas mujeres
Que acaso encuentran su dolor más grave
En no hallar novedad en sus placeres.

Duerme en lecho de pluma, y yo sospecho
Que, aún en el campo, nuestra gran señora
Nunca se digna abandonar el lecho
Para ver las sonrisas de la aurora.

¿Cómo hacer tan horrible sacrificio
Por ver gracias y encantos naturales,
Ella, que ha refinado el artificio
Por vencer en belleza á sus rivales?

No miró de su parque en los jardines
Ni jazmines ni fuentes con enojos,
Porque al fin vió en sus trenzas los jazmines
Y en el cristal del agua el de sus ojos.

Del ruiseñor no escucha el dulce arrullo,
Pues de noche, al piano, voz profana
Le recuerda los triunfos de su orgullo
En su palco de la Ópera italiana.

De grandezas que el campo allí le ofrece,
Nunca en la santa admiracion se abisma;
Que allí la sigue el mundo, y la adormece
El idólatra culto de sí misma.

IV.

Y esa mujer es madre; tiene un niño
Que se crió robusto, y sano y bueno,
Aunque, al nacer, el maternal cariño

La sangre le negó del propio seno.
 Que, al fin, para crecer la criatura
 Y los años vivir que á Dios le cuadre,
 ¿A qué tocar la flor de la hermosura
 Y el tesoro de gracias de su madre?...
 Y aquel niño soltó los andadores
 En manos de doncellas bondadosas.
 Que corrieron tras él entre las flores
 Y cazaron con él las mariposas.
 Y en brazos de solícitas doncellas
 Fué aprendiendo á comer poquito á poco,
 Y áun arrullado por canciones de ellas,
 Se acostumbró á dormir, por miedo al coco.
 Y el pobre niño todas las mañanas
 Se encontraba en la quinta nuevas gentes,
 Que allí pasaban días ó semanas
 A título de amigos ó parientes.
 Mas sólo despertó sus emociones
 Huésped que allí vive más despacio,
 Sin lograr las amables atenciones
 De la ilustre señora del palacio.
 Huésped encantadora y expansiva
 Que la infantil curiosidad divierte,
 Y del sol y la luz vive cautiva,
 Y sin luz y calor halla la muerte.

V.

La golondrina dulce
 Y alegre y juguetona,
 En la soberbia casa
 Tiene su casa propia.
 La tiene al Mediodía,
 Cual madre previsora
 Que sabe que sus hijos
 Enferman en la sombra.
 Sobre el balcon más alto
 Se fabricó su choza
 Con limo del arroyo
 Y tierra de las trochas.
 Con plumas de su pecho
 Formó la blanda alfombra
 Que del polluelo ha sido
 La cuna deliciosa.
 ¡Qué gritos, qué alborozo
 Al acabar su obra!
 ¡Con qué dulce aleteo
 Celebra su victoria!
 ¡Qué entradas y salidas
 De la avecilla loca,
 Que en su contento mismo
 Su propio afán se cobra!....
 No es ella el cortesano
 Que ocioso, con lisonjas,
 El hospedaje paga
 Que allí da la señora.
 Es reina por derecho
 Que el mismo Dios le otorga;
 Su trono está en su nido,
 Su amor es su corona.

VI.

Cuando á sus hijos cria,
 ¡Cómo ante el nido goza
 Al ver aquel racimo
 De cabezas que asoman!
 ¡Con qué febriles ansias
 El alimento acopia,
 Y llévalo en el pico

Y lo reparte pródigo!
 Sin el cazado insecto
 Nunca á su nido torna,
 Cuna de cuyo fondo
 Risas de niños brotan.
 Más tarde, cuando el vuelo
 Ensaya, entre zozobras,
 A la emplumada cría
 Que al aire al fin se arroja;
 Con voz suave la alienta,
 Y con sus alas toca
 Las alas vacilantes
 Que el aire apenas cortan.
 De la volante caza
 La adiestra en las maniobras;
 Que ha de ser madre y debe
 También ser industriosa.
 Y el niño de aquel parque
 Ve ya, jugando á solas,
 Que al fin alados niños
 Por suyo el parque toman.
 Y cuando el rostro alegre
 Con las alas le rozan,
 Quisiera golondrina
 Tornarse ó mariposa.

VII.

Y alza el niño placentero
 Su hermosa frente, soñando
 Que cruza el aire ligero
 Tras el dulce compañero
 Que le acarició volando.
 Mas cuando el pájaro empieza
 A ensanchar más la distancia,
 Dobla el niño la cabeza
 Yo no sé con qué tristeza
 Que siente á veces la infancia.
 Y vuelve otra vez el ave
 Con la alegre algarabía
 Y el revoloteo suave,
 Con que divierte la grave
 Infantil melancolía.
 ¿Cómo el anhelo explicar
 Del niño que da en soñar
 Que, tras el ave al correr,
 Fuera dichoso á tener
 Sus alas para volar?.....
 ¿Encuentra su alma sombrías
 De su materno palacio
 Las lujosas galerías,
 Sin las dulces armonías
 De las aves y el espacio?...
 ¿Es el ignorado anhelo
 De un ángel, falto de vuelo,
 Que su corazón levanta
 Con la nostálgica y santa
 Pasion del amor del cielo?.....

VIII.

Iba Setiembre acabando,
 La hoja del árbol cayendo,
 Y el pobre niño, jugando,
 El color iba perdiendo
 Y poco á poco enfermando.
 Y su madre se movía,
 Pronta á levantar sus reales;
 Que en la gran ciudad quería
 Buscar placer y alegría

En las noches otoñales.
 Nueva emigracion de aquella
 Singular ave de paso,
 Que sigue á su falsa estrella
 Y, al pasar, no deja huella
 Ni en Oriente ni en Ocaso.
 Y la noble golondrina
 Triste en su nido se posa,
 Y en su inquietud se adivina
 Que el momento se avecina
 De su emigracion forzosa.
 Su gloria en su nido está,
 Y aunque allí su amor bendice,
 Dios le dice: «Véte ya»,
 Y la avecilla se va
 Porque es Dios quien se lo dice.
 Y si alguna queda herida
 Y muere, tambien Dios quiere
 Que allí, donde el ave anida,
 Glorifique amor su vida
 En el pájaro que muere.

IX.

En la soberbia casa
 En donde el sol ha visto
 A la hermosa y alegre golondrina
 De sus amores fabricar el nido;
 En su cuna dorada
 Se muere un pobre niño,
 Y en su cuna de barro, entre las plumas
 Del pecho maternal, un pajarillo.
 Alegres camaradas
 En el verano han sido,
 Y en los primeros dias del otoño
 Van á morir bajo el techado mismo.
 Y la señora y madre
 Sufre dolor tan vivo,
 Que por primera vez deja el encanto
 Del culto de sí misma en el olvido.
 Le ve morir y aprende
 Lo que es amar á un hijo,
 Y ve todos los goces inefables
 Que, por sus vanas glorias, ha perdido.
 Está transfigurada,
 Hay algo de divino

En aquella hermosura que ilumina
 El resplandor sagrado del martirio.
 Y el ángel le sonrie,
 Y su postrer suspiro
 Es la esencia rimada del poema
 De infantiles tristezas que ha sufrido.
 Y se oye en los cristales
 De la alcoba del niño
 Como el roce del ala de algun pájaro
 Que ha soñado el amor de lo infinito.

X.

Yo sé, yo sé que hay madres,
 Sublimes corazones
 Que la razon no escuchan que profana
 La santa religion de sus dolores.
 Madres que, de la muerte
 Con las ansias atroces,
 Al horror del vacío de una cuna
 Entregan toda el alma en una noche.
 Pero, al fin, esta madre
 No ha visto en sus albores
 La cuna de ese niño, que ha encontrado
 En su sueño final su primer goce.
 Por eso la persuaden
 Las piadosas razones
 A emigrar al placer, que es el olvido,
 No bien la patria del dolor conoce.
 Mientras, la golondrina
 Está en su nido inmóvil,
 Abrigando al polluelo moribundo
 Que bajo el ala maternal se esconde.
 En vano la reclama
 Con fraternales voces
 La inmensa caravana que en el valle,
 Al Africa mirando, el vuelo rompe.
 Vuelve los tristes ojos
 Hacia aquellas regiones,
 Se le eriza la pluma, dobla el ala,
 Y á su dolor mortal se entrega dócil.
 Y cuando al nuevo dia
 Sonrien valle y monte,
 Glorifica en su muerte aquella madre
 La vida del amor de los amores.

EDUARDO BUSTILLO.

EL OTOÑO.

FRAGMENTO.



Parece á primera vista que el sentimiento más vivo en nosotros debiera ser el sentimiento de la Naturaleza. Parece que todo cuanto nos circunda debía despertar en el pecho emociones y en la mente ideas, las cuales se lanzáran sobre las cosas externas á extraer su quinta esencia, de la misma suerte que se lanzan sobre las flores las abejas á extraer su miel. La poesía, como la elocuencia, es la idea vivamente sentida y expresada con hermosura. No basta para ser poeta tener ideas, pues también las tiene el sabio, el naturalista, el matemático; se necesita tenerlas en el corazón, es decir, sentir las con esa profundidad del sentimiento artístico en que refluén los sentimientos generales humanos, y encarnarlas en formas bellísimas y próximas al ideal de toda perfección. Hay muchos seres humanos, muchísimos, que no sienten la Naturaleza, que no se extasían en la contemplación de los cielos, que no se recrean con la voz de los mares, que no gozan con los cuadros trazados por la luz y las sombras en los crepúsculos, que no admiran la palmera elevándose sobre los granados y los naranjales en horizontes encendidos por el color, ni el lago medio envuelto entre neblinas, repitiendo al pié de los Alpes las diamantinas crestas de nieve y los negros pinos y abetos y abedules de sus tranquilas orillas. Siempre recordaré una tarde en que contemplábamos la puesta del sol allá por los alrededores de Ginebra. Caían las sombras sobre la oscura ciudad con majestuosa tristeza. El Lemán, semejante á una miniatura del mar, reverberaba en sus aguas los últimos resplandores del día, llenos de reflejos que parecen religiosos, porque despiertan con su tristeza la idea religiosa por excelencia, la idea de la muerte. Las sombras ennegrecían todo aquello, que es sombrío de suyo, como los bosques, y no acertaban á envolver los edificios, cuyas líneas tomaban en el suelo cierta transparencia semejante á la que toman las doradas y argentadas nubes sobre el ocaso. A nuestra derecha la uniforme cordillera del Jura, tras la cual se había ocultado el sol, ofrecía por su color celeste tonos y toques de los venecianos cristales, y á nuestra izquierda, cuando ya la noche avanzaba por lo profundo, allá en las alturas, resplandecían las cimas del Monte Blanco y sus nieves con arboles, que ora se extremaban hasta llegar á la encendida púrpura, ora se desvanecían hasta perderse en tintas rosas, como si fuera la montaña gigantesco astro de varios y cambiantes aspectos. Todos estábamos extasiados á la puerta de una cabaña alpestre, donde oíamos la esquila del ganado, recordándonos los idilios, y la campana de la oración, recordándonos las tragedias de esta vida. Todos estábamos extasiados he dicho, y he dicho mal; todos menos uno, que ni veía ni oía nada de cuanto veíamos y oíamos los demás.

Pero ¡cómo hablar de individuos cuando tenemos épocas enteras en que el sentimiento de la Naturaleza ó se pierde ó se pervierte! Imposible olvidar aquellos cuadros gigantescos y aquellos frescos esculturales en que solamente se ven las líneas de la forma humana como si la humanidad viviera en los espacios desiertos. Imposible olvidar aquellos poemas en que se sustituye á la Natura-

leza viviente la Naturaleza poblada de una mitología, cuyas fábulas, habiendo desaparecido de la fe universal, no tienen ni realidad ni vida. El ingenio humano cegaba así una fuente perenne de ideas y de emociones bellísimas. El ingenio humano se iba en pos de lo artificioso, y á la manera de un mal pintor, copiaba el maniquí de su estudio, el maniquí de trapos, en vez de abrazar la eterna realidad y anegarse en sus océanos de vida. ¡Cuán horrible sería, de poderse realizar, aquel bosque soñado por uno de los poetas mayores del siglo XVI, en que los troncos de los árboles se componen de humanos cuerpos! A esa obra del arte, que debiera superar la naturaleza, preferirá el sentido común los altos árboles mecidos por el viento; la resina y la goma que por los troncos fluye; el recorte de las hojas festoneadas de luz y repetidas y dibujadas por las sombras en el mullido suelo; la monótona vibración y los brillantísimos cambiantes de los zumbadores y de los pintados insectos; el serpentear y correr de las aguas entre las frescas hierbas; los aromas y las esencias de verdadero bosque. Pero no extrañemos los seculares errores de esta pobre humanidad, que anda á tientas por el universo como si anduviera á oscuras.

Y, sin embargo, nada hay tan hermoso como la primera luz desvaneciendo las sombras, quebrando sus rayos en la atmósfera, produciendo alboradas y auroras del color de los ópalos, que despiertan á todos los seres y arrancan su coro de gorjeos á las avecillas atraídas hácia alturas hinchidas de purísimas esperanzas y sonrosadas ilusiones, como el alma y las mejillas de una virgen inspirada por el pudor, no rubor, de los primeros amores. Y no quiero encarecer la salida del sol con todos sus arboles reflejados en las gotas de rocío que tiemblan por las hojas de la fresca hierba; ni la noche cargada de estrellas; ni los reflejos de las auroras boreales, semejantes á incendios de los aires; ni las várias formas de las nubes errantes; ni la extensión del mar azul con sus ondas que palpitan, con sus espumas que hierven, con sus estelas que brillan como si fueran gérmenes de mundos, con sus algas y sus caracoles que embellecen las orillas, con sus brisas que cantan con la sublime voz de lo infinito.

No me habéis de aquellas edades en que apenas sentía el alma humana los encantos de la Naturaleza. No me habéis de aquel misticismo que ha divorciado al hombre de la creación y que ha hecho del terreno donde debía brotar la raíz de la personalidad el áncora de la tiranía y el título de la servidumbre. No me habéis de aquellas esculturas cuyos cuerpos rígidos parecen cadáveres; de aquellas crónicas en las cuales se registran con tanta indiferencia los fenómenos más interesantes del mundo físico, y de aquellos terrores que oían la trompeta del juicio final resonando en las alturas, y á través del centelleo de los astros descubrían la total ruina y desquiciamiento de la máquina celeste, y bajo las formas de la hermosura femenina, el hedor de los cadáveres unido á la fealdad de los esqueletos, y por todo residuo de este universo, donde brillan y suenan en sus eclipses celestes tantos astros, un montón de cenizas disipado por el soplo de los ángeles ex-

terminadores, á quienes la cólera de Dios enviaba con cometas por espadas, sus cabelleras de fuego, sus hábitos de muerte sobre la tierra ennegrecida por la culpa, y ni siquiera rescatada por la Pasión de Jesucristo y el pródigo amor de nuestro eterno Padre. ¡Cuánto prefiero aquellas edades en que vivíamos contentos con nuestras estrechas relaciones entre el espíritu y la Naturaleza; sin esa desproporción de la forma con la idea que hoy nos acongoja; sin la tristeza interior que á todas partes llevamos; viéndolo en cada recodo del camino, sobre las colinas sombreadas de mirtos y en los hondos valles cubiertos de adelfas, al borde de los arroyos y á la orilla de los mares, en el rizado de las ondas y en la sombra de los árboles, entre las nieblas que coronaban las cimas de los montes y las gotas de rocío que temblaban en los pétalos de las flores, la forma humana dibujándose perfectamente, con la hermosura propia de los dioses, la ninfa en el arroyo, la náyade en el río, la sirena en el mar, la bacante en los campos, los faunos entre las hojas de los bosques, el dios Pan con su caramillo por los oteros, componiendo un coro inmortal, como si todas las cosas tuvieran almas, y todas las almas exhaláran armoniosos y no aprendidos cantares en aquellas fiestas animadas por un regocijo universal!

Entonces todas las estaciones parecían bellas. ¿Cómo no había de serlo, por ejemplo, el Otoño? Ya oigo murmurar á algun descontentadizo que nos empeñamos en poetizar lo feo y que preferimos la estación de las nieblas y de las lluvias á la estación de las flores. No, ciertamente. Parecenos bellísima la Primavera, en que la savia hincha las yemas, las hojillas brotan, la flor campea, las aves enamoradas cantan, los nidos penden de las ramas llenos con esperanzas de vida, el cielo se hermosea por los crecimientos del día, y la tierra entera se atavia de sus más bellos adornos, como la juventud y el amor, esos paraísos de la vida. Yo digo de las estaciones de la tierra lo mismo que digo de las edades del hombre. Todas tienen su belleza. Cuando estamos en la madurez de la vida, cuando nos dirigimos á la ancianidad solemos dolernos de nuestros años presentes, próximos achaques y deplorar la juventud perdida. Pero si nos dijeran que volviéramos á comenzar nuestro camino, de seguro nos resistiríamos con resistencia invencible. No deseáramos la vuelta á los tiempos en que baluceábamos la lengua y no comprendíamos la vida, y nos formábamos ilusiones desmentidas luego por el tiempo, y pasábamos las enfermedades propias de la juventud del cuerpo y las pasiones propias de la juventud del alma; y nos perdíamos en sueños, ambiciones, combates, amores, juegos, esperanzas que habían de evaporarse y desvanecerse sin dejar tras sí ningún rastro, malogrando una parte considerable de nuestro tiempo, y fingiendo fantasmas tan hermosos, pero tan vanos como las pintadas y fugaces mariposas.

Si la estación de las flores tiene su hermosura, también la estación de los frutos. ¿Qué sería de nosotros si no pasáramos del florecimiento y de sus aromas y de sus pintados colores? Nos pareceríamos á aquellos viajeros del apólogo indio que pasaron por un campo de arroz y de trigo y lo menospreciaron creyéndolo baladí, para detenerse y pararse ante un campo de rosas y azucenas á fin de aguardar allí los frutos ofrecidos por tan bellas flores. El fruto es en la naturaleza como la consecuencia en lógica, como la idea concreta en metafísica. La estación pródiga ó providencial por excelencia es la estación en que se siembra el grano y se cosecha el vino; en que las frutas más sabrosas y más necesarias penden de los árboles, despojados de flores y próximos á perder sus hojas. Por la armonía que hay entre la vida del hombre y la vida de la Naturaleza, parece á esa edad de la madurez de nuestra existencia, en que las pasiones se dejan guiar por la voz de la razón, y los actos por la voz de la conciencia, y las ideas toman cierta armonía y las facultades todas cierto

equilibrio, teniendo aún nuestro sér, de la juventud, la robustez con la hermosura, y de la ancianidad, esa majestad que dan los años y que tan profundo respeto inspira por las indelebles sanciones del tiempo y por sus larguísimas y solemnes experiencias.

Es verdad. Los días se acortan. Crecen las noches con grande crecimiento. El cielo se empaña porque el desequilibrio entre el aire enfriado por las largas tinieblas y las tierras encendidas por los calores del estío trae las lluvias. Comienza á coronarse la alta montaña de nieves, semejantes á las primeras canas, y los valles á cubrirse de hojas secas, semejantes á ilusiones muertas. La mariposa pliega sus alas y deja de ostentar sus mil colores y matices por la dilatada campiña. Los pájaros que amamos más se van, como la sagrada golondrina, cuyo regreso tanto nos ha alegrado en otro tiempo. Sécanse las flores, y cierta solemne melancolía se apodera del alma y se extiende como un paño fúnebre por toda la creación.

Pero, á cambio de eso, ¿qué tiene que ver un paisaje de Abril con un paisaje de Octubre, para quien sabe contemplar los espectáculos de la Naturaleza? Todo verde en la Primavera, todo embellecido por ese matiz uniforme de las primeras hierbas y de las primeras hojas, variadas sólo con algunas flores que el calor de la vida y sus esperanzas abren por las antes secas ramas de los arbustos frutales. Y el Otoño da á los bosques una indecible variedad de colores y de matices. Mullida alfombra de hojas secas se extiende bajo vuestros piés, y en las enramadas toman los árboles una indescriptible variedad de matices, teñidos de una indefinible poesía por lo mismo que tienen verdadera tristeza. Ya se ven hojas de color de oro que tiemblan al vienteillo y se transparentan cual si fueran luminosas. Ya hojas que del color amarillo pasan al color naranjado con graduaciones de una inexplicable belleza, como las de esas cintas de vapores tendidas sobre el ocaso y por los bordes del horizonte. Ya un color purpurino enciende y enrojece con toques de fuego árboles que se elevan junto á otros árboles de un verde desmayado y pálido.

Nunca olvidaré una tarde de otoño en ese Escorial tan sombrío como majestuoso, en que las piedras todas os hablan de la muerte. El color pálido de las hojas que comenzaban á caerse contrastaba con las verdes jaras del suelo, y las nubes aglomeradas en diversos espacios del horizonte con los resplandecientes claros de azul celeste, y la lluvia prendida á las hojas con los rayos de un sol canicular que salían de pronto y animaban el paisaje hácia el Mediodía, entonado por una tempestad oscura y tonante, y al Norte embellecido por las primeras nieves que acababan de caer sobre la violácea cordillera, cuyos transparentes riscos se armonizaban de una manera admirable con las parduscas piedras de la inmensa y faraónica tumba.

Pero también tiene la estación otoñal sus alegrías. Yo recuerdo aún los otoños de mi valle meridional con piadoso regocijo. Henchíase la casa con toda suerte de frutas. Sobre anchas piedras las familias campesinas abrían las almendras extrayéndolas de su primera corteza toda perfumada por la resina y la goma bien olientes. Cortábamos las colmenas, defendidos contra el aguijón de las abejas con impenetrables guantes y máscaras y capacetes de alambre, y recogiendo en cambio aquella rica miel, quinta esencia de las flores de primavera cosechada en los primeros días del otoño. La aceituna negreaba por los olivos. La higuera, entre sus hojas todavía verdes, ostentaba los sabrosos y oscuros higos. A las puertas de nuestras casas alzábanse grandes montones de maíz, cuyas espigas encerradas en áureas hojas que adornaba sedosa madeja, una vez desprendidas y echadas al suelo producían singular ruido, que no puede explicarse con la palabra, pero que todavía conmueve mis entrañas y evoca en mi mente los dulces recuerdos de la infancia con su lejano susurro. La mantanza se unía á todas estas fiestas campestres, pues celebrábamos como si fuera una boda la inmolación de los

cerdos, con perdon de mis lectoras, como decian nuestras buenas gentes. Cuando aún no amanecía sacaban allá por triste mañana de Noviembre al perezoso animal de su lecho de inmundicias. Tiene la infancia tal crueldad, por lo mismo que ha experimentado poco el sentimiento y casi nada el dolor, que nos deleitaba despertarnos al són desgarrador de sus lamentosos gruñidos, cuyo estridor ahora, francamente, no podriamos soportar. Tendíanlo en una mesa, donde forcejeaba con la furia propia del apego que todos los seres tienen á la vida, y lo acababan abriéndole con ancho cuchillo honda incisura en la garganta, por cuya herida lanzaba borbotones de sangre y ronquidos de muerte. Quemábanle luégo la piel, para extirpar las cerdas, con hachoncillos de esparto, cuya luz, cuyo humo, cuyo calor nos encantaba con indecibles encantos. No sabeis, no, lo que es el campo, lo que es el pueblo, los placeres de la vida del hogar y de la vida del trabajo, si no habeis visto en la anchá caldera hervir la morcilla negra como el azabache; en el lebrillo verde amontonarse la masa de los chorizos rojos como los pimientos riojanos; en la blanca tripa crecer la sonrosada longaniza; por un lado los jamones recién cortados, por otro los huesos mondadísimos, aquí el mondongo, allá el rabo y la cabeza y las orejas, abriendo el apetito con la oferta de convertirse á la lumbré y por pródidas manos aderezados en sabrosísimos manjares, los más gratos á nuestro paladar, porque, á decir verdad, y aunque no venga á cuento, no me extrañan los combates de nuestra política por el presupuesto, despues que he averiguado, al recorrer las cocinas europeas y sentarme en las mejores mesas, por la preferencia dada á los alimentos con que mantuvimos nuestra infancia sobre todos los demas alimentos, cómo el órgano por excelencia patriota de nuestro cuerpo, más patriota aún que el corazón, es el estómago.

Pero la fiesta por excelencia del Otoño es la vendimia. Amarillean los pámpanos, y de los gruesos sarmientos penden los opimos racimos. ¡Cómo se transparentan, cómo se engordan, cómo se endulzan pidiendo la necesaria transformacion en esa caliente sangre de la tierra que se llama vino! Las abejas corren á picar los granos y zumban como si les dieran una serenata ó las alabáran por su riquísima miel. Mirad los vendimiadores inclinándose é irguiéndose para cortar el racimo, trabajo que amenizan con alegres tragos y alegrísimas canciones. Junto á las cepas, en espuestas grandes, en canastos circulares, lucen las uvas blancas, negras, purpurinas, verdes, ora tirando al color del ámbar, ora al matiz de la rosa. Una tarde estaba yo en Málaga, en viña amenísima, sobre una colina al borde del mar, volviendo de continuo la vista desde las orillas doradas por la arena á las montañas por el sol poniente esmaltadas y sobre cuyas crestas se veían, como si fuera la luna llena saliente, el pico más alto de Sierra Nevada circundado por las reverberaciones de un cielo espléndido y clarísimo. En aquella feraz campiña, entre cepas de pámpanos rojos y verdes, bajaban como en coro las jóvenes campesinas, llevando sobre sus esféricas cabezas cestos semejantes á las ánforas antiguas, llenos de áureos y olorosos moscateles, que les daban el aspecto de las bellísimas cantoras griegas, cuando en las llanuras de la Atica mantenian sobre sus frentes, por el cincel de Fidias y Praxiteles esculpidas, los templos de los dioses armoniosos en su sencilla arquitectura como los exámetros de los poetas. Otro día me paseaba por los campos de Mántua al terminar Octubre, recitando en mi memoria los versos más bellos de Virgilio. Una carreta se paró en el camino, tirada de bueyes que llevaban sobre el testuz sendas guirnaldas de frescas y olorosas hierbas. Dos jóvenes campesinos metidos dentro de aquella carreta, que era como un lagar ambulante, pisaban las uvas con las cadenas y los compases de un baile. Desde la zaga caía por una especie de caño abundante chorro de vino, tan grueso como el chorro de una fuente, que esparcía vivificador aroma. En

torno de la carreta, niños medio desnudos, pero coronados de pámpanos, muchachas de una belleza escultórica, con las sienes ornadas de flores, bailaban de tal suerte y cantaban con tanta solemnidad y tanta poesía, que me creí en una de aquellas danzas religiosas de otros tiempos, como si el Dios-Naturaleza viviera y habitára todavía el santuario de los campos, recibiendo ofrendas y holocaustos de los felices campesinos. ¡Oh! La vendimia, el matiz de las hojas, la transparencia de los racimos, los sarmientos inclinados al enorme peso, los montones de uvas aquí y allá, las espuestas llenas, los carros y carretas en todas direcciones, los coros alegres de los vendimiadores, el lagar donde pisan al són de las canciones y con los compases del baile el mosto olorosísimo, la alegría de la vida exuberante, todo esto compone un poema campestre, un idilio que no puede olvidarse y cuyo recuerdo recrea el ánimo y esparce la imaginacion en cielos espléndidos de pura é inextinguible poesía.

Las fiestas de la Primavera se diferencian mucho de las fiestas del Otoño. La religion, que tiene tanta poesía, ha puesto en los meses de Abril y Mayo las Pascuas floridas, la Ascension á los cielos, los días consagrados á ofrecer á la Virgen la cosecha de flores nacidas y brotadas al soplo de su divino amor. ¡Cuántas veces, de niño, he unido mi voz á las letanías cuando el clero de mi parroquia iba por las mañanas á bendecir con la Cruz de Mayo los campos herchidos de exuberante savia! ¡Cuántas veces he creído, el día de la Ascension al cantarse la misa de hora, acompañada por el órgano, que los olivos volvian el revés de sus hojas al verlo, tornándose de verdinegros en albos y plateados para contemplar la subida de Cristo en sonrosada nube á los cielos! En Otoño las pardas nieblas vienen y lloran; las golondrinas se van y dejan sus vacíos nidos en los aleros de los tejados, en los techos de las cabañas. ¡Cuánta diferencia entre su alegre venida, que anuncia la luz, el calor, la vida, las flores, la alegría universal, y su triste despedida, que anuncia el cierzo, el hielo, el desluzo, la muerte! Mil veces, á las últimas, á las más atrasadas golondrinas, á las que revolotean ateridas en torno de nuestros cristales ya cerrados, como si no quisieran dejarnos, y pian una de sus elegiacas lamentaciones, les he rogado que me lleváran con ellas, en sus alas, á traves de los mares, allá á las tierras del sol, exentas de nuestras escarchas, donde el invierno sea como una primavera perpétua. Pero vuelan, se van y se llevan un año de vida en sus tenues alas. Y nos dejan próximos á esas largas noches de invierno en que el viento ruge y la lluvia azota nuestras ventanas. ¡Oh! Se van, se van y nos dejan. Por eso, como en el mes de Mayo las flores de María, en el mes de Noviembre la fiesta de los muertos. Si, á vosotros los que os habeis ido de nuestro lado, los que paseais por otros mundos, dejándonos por toda herencia vuestros huesos y vuestras cenizas, os conmemoramos todos los años, cuando los ruiseñores se callan, cuando las golondrinas se van, cuando los árboles se deshojan, cuando las hojas se pudren por la fiesta de Noviembre, que se llama también la fiesta de los muertos. Entónces vamos á los cementerios y recogemos nuestra alma en los recuerdos y consagramos una oracion á los muertos. Todo es sombrío, todo triste. Pero así como bajo la escarcha se oculta y germina la semilla, que lleva las espigas, bajo el sepulcro se oculta y germina la resurreccion, que lleva en sí la inmortalidad. Todo renace en el universo y todo renace en el alma. La vida es una transformacion y un renacimiento continuo. La tumba es una larva de la cual sale un alma que extiende sus alas en lo infinito y llega hasta las cimas de la gloria. Ya que la vemos, creanos la resurreccion universal y elevémonos á Dios, en cuyo seno se despertarán y se trasformarán nuestras almas.

EMILIO CASTELAR.



EL OTOÑO.

BALADA.

LETRA DE D. MANUEL DEL PALACIO Y MÚSICA DE D. VALENTIN ZUBIAURRE.

Allegretto maestoso.

CANTO.

PIANO.

dol.

dolce.

Pa - só la pri - ma - ve - ra, los pá - jaros se van,

p

sf *eres.* *dim.*

Y en vez de flo - res, de ho - jas se cu - bre el cie - lo ya:

eres. *dim.* *P*

mf
To-do se a-gos - ta y mue - re, To-do sus - pi - ra al par, Y el

mf

f rit. a piacere. a tempo.
cie - lo co - mo el al - ma Nu - bes tie - ne no mas.

f rit. *f* con la voz. *mf*
eres:

dol. *sf*
Co-mo el re-cuer - do ha - la - ga Del fir - ma - men - to a -

p

cres.
- zul Cuan-do la tier - ra en - te - ra pal - pi - ta de in - quie -

pp dol. *p* *cres.*

- tud; *dol.* Co-mo las flo-res pa-san, *dol.* Co-mo pa-só la
dol.
 luz, *cres. sf ten.* Co-mo las flo-res pa-san *sf* Co-mo pa-só la *dim.*
pp con la voz. *sf*
a tempo. mf
 luz, ay! ¡Ay! pri-ma-ve-ra mi-a! A-si pa-sas-te
p a tempo. mf
cres. con pasion. ff rit.
 tú! ¡Ay! pri-ma-ve-ra mi-a! A-si pa-sas-te tú!
cres. ff rit. con la voz mf ff

GRAVINA Y NELSON

(ANIVERSARIO LXXIII DEL COMBATE DE TRAFALGAR.)



Si la recordacion de los sucesos infaustos eleva el pensamiento, lo purifica, lo reconcentra, lo dirige hácia la meditacion tranquila de las causas que los produjeron (como ha dicho con verdad un distinguido escritor), oportuno será dedicar en este sitio un recuerdo al memorable combate de Trafalgar, ocurrido en 21 de Octubre de 1805, publicándolo en las páginas 92 y 93 fieles retratos de los almirantes Gravina y Nelson, víctimas los dos, vencido y vencedor, del cumplimiento de su deber.

Si con la paz de Amiens habia logrado España dias de sosiego y aun de ventura, despues del tratado de París quedó ligada á los caprichos del primer Bonaparte; por eso nuestras escuadras quedaron sometidas á la direccion de ineptos almirantes franceses, que las comprometian en las aguas de Finisterre y las llevaban á la bahía de Cádiz, última etapa de la marina nacional en aquella ocasion tristísima, por orden expresa del malaventurado Príncipe de la Paz, y contra el parecer de Gravina y de Churruca.

Describen la batalla con todos sus sangrientos episodios las páginas de la Historia; poetas de patrióticos sentimientos y estro varonil la han cantado en sonoros versos; artistas insignes, inspirados en el heroísmo y en la gloria de vencidos y vencedores, la han conmemorado en magníficas obras de arte.

Consérvanse innumerables documentos referentes al combate en el archivo del Ministerio de Marina y en el de Simancas, en manuscritos debidos á Gravina, Escaño, Ferrer y Barreda; en libros españoles de los Sres. Alcalá Galiano, Ferrer de Còuto, Pavia, Marliani y otros historiadores; en los periódicos ingleses y franceses de la época, principalmente en *The Morning Chronicle* de Lóndres y en *Le Moniteur* de París, y en muchas obras de escritores extranjeros.

Resumiéndolas en breves líneas, describe así los sucesos un conocido literato:

«Al amanecer del 21 de Octubre, ¡fecha memorable la de ese día! se avistan formalmente las escuadras, se preparan al ataque y se presentan en orden de batalla.

«El *San Agustín* fué el navío que disparó el primer cañonazo contra la columna enemiga de sotavento, luégo siguió el *Monarca*, más tarde el *Santa Ana*, en seguida el *Fougueux*, hasta que se generalizó el ataque en toda la línea.

«Callingwood, almirante inglés, combate con maestría. Todo su afán se reduce á cortar la línea, interpolando unos buques con otros. Trabaja, se resiste, vuelve á atacar, vuelve á resistir, se entabla entre Alava y Callingwood terrible lucha de artillería, barleados los dos navíos tan cerca, que sus velas bajas se tocaban; el *Santa Ana* causa destrozos al *Royal Sovereign*, y recibe balas sin cuento, cayendo heridos el general español y el capitán Gardoqui, y quedando diezmadas y sin buques sus respectivas tripulaciones.

«Nelson, el primer jefe y almirante de la escuadra, quiere cortar la línea. Se le opone el general español Cisnéros con el navío *Trinidad*, que causa averías profundas al *Victory* y gran número de muertos y heridos.

«El capitán Lucas se defiende á la desesperada cerca de allí; no le auxilian los buques al mando de Dumonoir por más que lo ordena Villeneuve, y atraviesa el enemigo, á costa de pérdidas inmensas, la línea de batalla.

«En la escuadra de observacion, que cubria la retaguardia, cada navío era un volcan. No se combate en línea ó por escuadras, no; buque con buque, hombre con hombre. Dice Serviez, escritor francés, que del seno de la mar se eleva un inconmensurable incendio con sus zonas de arco-iris y sus pirámides de fuego, truenan el cañon sin descanso, millares de proyectiles atruenan los oídos, queman y matan; devoran los equipajes, las velas se hacen trizas y quebrantan los palos. Ya desaparecen los navíos tras espesos remolinos de humo, ya se muestran de

nuevo saliendo de su nube, como aquellas belicosas deidades de la fábula que intervenian en los combates homéricos.

«Tal coraje, tanto valor sólo se explica por el desecho de apresar la insignia de Gravina. Los buques *San Ildefonso*, *Príncipe de Asturias*, *Argonauta*, *San Justo* y *Neptuno* resisten el empuje enemigo y atacan con heroico esfuerzo; caen heridos Gravina y Escaño, mueren bizarros oficiales....

«El navío *Juan Nepomuceno* combatia en lucha desigual con cinco ingleses, uno de ellos de tres puentes, sosteniéndose con bizarría. Su capitán era el brigadier Churruca, cuyo nombre envuelve el de toda la marina. Allí murió entre una lluvia de metralla, pensando en España. Cuando la bala de cañon derribó á Churruca, dijo aquellas nobles palabras: «Esto no es nada: ¡siga el fuego!» Bien merece que se diga de este insigne marino: «era uno de aquellos hombres que llevan por lema *vivir para la humanidad: morir por la patria.*» Cómo habrá quedado el *San Juan* lo dice el hecho de que el mando superior recayó en un alférez de navío.

«El Gobierno concedió á la esposa de Churruca la viudedad de teniente general; la marina sufragó magníficas exequias; la municipalidad del Ferrol consagró una obra pública á su buena y santa memoria, y las naciones extranjeras inmortalizaron el nombre del marino español.

«El *Neptuno* y el *Intrepido* trabajaron con éxito y con gloria; Valdés é Infernet merecieron bien de la patria.»

El secreto de tan dolorosa jornada no lo era para Gravina: el almirante español, concienzudo en el consejo y sereno en el peligro, si en aquella ocasion hubiese sido suyo el mando, habria pasado el invierno al abrigo del puerto de Rota, dejando que los ingleses arrastráran en el bloqueo la inclemencia de los temporales; y en tanto, pertrechados sus navíos y adiestrada ya la gente bisoña en el manejo de cañones y de velas, hubiérase presentado el momento propicio para retar al enemigo.

Desdénóse por el Gobierno español y por el almirante francés esta previsora opinion del almirante español, y Gravina, esclavo de su deber, murió como valiente y como cristiano. «Cercado su navío, el *Príncipe de Asturias* (cuenta un cronista inglés), por cinco de los nuestros, parecia un volcan que vomitaba la destruccion y la muerte.»

Pero una bala alcanzó á su noble jefe, y aunque la insignia del *Príncipe de Asturias* fué la única que tremoló siempre en el mar del combate, sirviendo todavía despues del desastre para reunir once buques españoles y franceses en el fondeadero de Rota, aquella altiva insignia, ensangrentada y hecha jirones, cubria ya el cadáver inanimado del héroe español, digno de haber vivido en mejores tiempos y con más previsores gobernantes.

Allí murieron Churruca, Galiano, Alcedo, Escaño, Cisnéros, Valdés, Uriarte, Alava y tantos otros españoles insignes, y perdió la patria sus mejores navíos.

Horace Nelson, el caudillo ilustre, ídolo de los britanos, vencedor en Aboukir, en Copenhague, en Trafalgar, donde consiguió lauros asombrosos, pereció también en la batalla: llevó, empero, al sepulcro la gloria del vencedor.

El contraalmirante francés M. Magon también perdió la vida; el almirante Willeneuve se salvó, pero luego él mismo se dió voluntariamente la muerte.

Así conmemoró el combate nuestro gran Quintana:

«¡Oh España, oh patria! el luto que te cubre
Muestre en tan grave afán tu amarga pena;
Pero espera también, y con sublime
Frente, de vil abatimiento ajena,
La alta Gádes contempla, y sus murallas
Besadas por las olas,
Que asombradas aún y enrojadas,
Tiéndense allí por las sonantes playas,
Cantando las hazañas españolas.»

92
ANIVERSARIO LXXIII



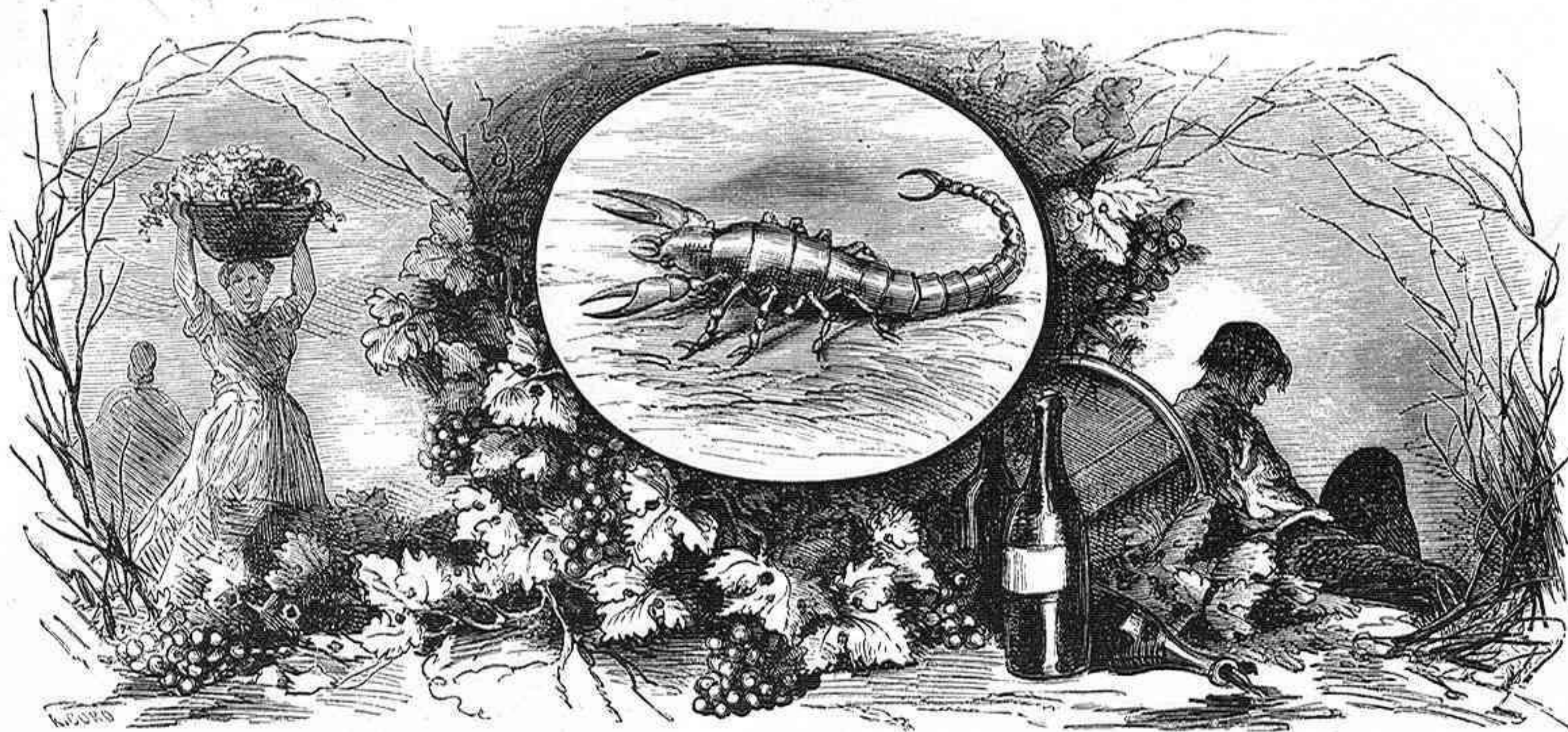
EXCMO. SR. D. FEDERICO DE GRAVINA
ALMIRANTE DE LA ESCUADRA ESPAÑOLA.



DEL COMBATE DE TRAFALGAR.



LORD HORACE NELSON,
ALMIRANTE DE LA ESCUADRA INGLESA.



OCTUBRE.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|-------|----------|---|---|--------------------|-------------------|--|
| Sale. | Se pone. | | Sale. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | | H. M. | H. M. | |
| 5.55 | 5.44 | 1 Márt. El Santo Angel tutelar de España, y san Remigio, ob. | 1578.—Fallecimiento de D. Juan de Austria, el héroe de Lepanto. | 11.47 ^m | 9.09 ^o | |
| 5.55 | 5.43 | 2 Miérc. Los Angeles Custodios, san Saturio, cf. y san Gerino. | 1814.—Sangrienta batalla de Rancagua, en Chile. | 12.46 | 10.10 | |
| 5.56 | 5.41 | 3 Juév. San Cándido, mr., san Gerardo, ab., y san Fausto, mr. | 1815.—Ejecucion del general D. Juan Diaz Porlier, en la Cornuía. | 1.36 ^h | 11.14 | |
| | | ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 6 h. y 36 m. de la mañana. | | | | |
| 5.57 | 5.40 | 4 Viér. San Francisco de Asis, fr., y san Petronio, ob. y mr. | 1348.—Abolicion de los privilegios de la Union. | 2.16 | 12.17 | |
| 5.58 | 5.38 | 5 Sáb. Stos. Froilan y Atilano, obs., y san Plácido y comps. | 1550.—Fundan los españoles la ciudad de Concepcion. | 2.49 | » » | |
| 5.59 | 5.37 | 6 Dom. Nuestra Señora del Rosario, y san Bruno, fr. | 1590.—Profesa en Santa Maria de las Cuevas el pintor F. Gollas. | 3.17 | 1.19 ^m | |
| 6.00 | 5.35 | 7 Lún. San Márcos, papa. | 1870.—M. Gambetta sale de Paris, en un globo aerostático. | 3.42 | 2.18 | |
| 6.01 | 5.34 | 8 Márt. Sta. Brigida, vda., y sta. Pelagia, penitenta. | 1676.—Nacimiento del sabio benedictino Fr. B. J. Feijóo. | 4.06 | 2.17 | |
| 6.02 | 5.33 | 9 Miérc. San Dionisio Arcopagita, ob. y mr., stos. Eleuterio y Andrónico, mrs., y sta. Plubia, abadesa. | 1868.—Sublevacion separatista de Yara, en la isla de Cuba: principio de la cruel guerra que aún continua. | 4.29 | 4.13 | |
| 6.02 | 5.31 | 10 Juév. San Francisco de Borja, cf., y san Luis Beltran. | 1719.—Desembarque de 4.000 ingleses en el puerto de Vigo. | 4.52 | 5.16 | |
| 6.03 | 5.30 | 11 Viér. San Nicasio, ob. y cf., y stos. Fermin y German, obs. | 1797.—Muere el sabio arquitecto D. Ramon Durán. | 5.16 | 6.06 | |
| | | ☾ <i>Luna llena</i> , á las 8 h. y 30 m. de la mañana. | | | | |
| 6.04 | 5.28 | 12 Sáb. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, y san Serafin, cf. | 1702.—Formacion del <i>Batallon de Escolares</i> , en Santiago. | 5.44 | 7.05 | |
| 6.05 | 5.27 | 13 Dom. San Eduardo, rey de Inglaterra, cf., y san Fausto, mr. | 1634.—Inauguracion de la torre de Santa Cruz, en Madrid. | 6.16 ^m | 8.04 | |
| 6.06 | 5.26 | 14 Lún. San Calixto, p. y mr., y Ntra. Sra. del Remedio. | 1613.—Orden para continuar las obras del palacio de Balsain. | 6.53 | 9.04 | |
| 6.07 | 5.24 | 15 Márt. Sta. Teresa de Jesus, vg. y fra., san Bruno, ob. y cf., y stos. Fortunato y Agileo, mrs. | 1841.—Fusilamiento del general D. Diego de Leon, primer conde de Beloscoain, en Madrid. | 7.37 | 10.03 | |
| 6.08 | 5.23 | 16 Miérc. San Galo, ab., sta. Adelaida, vg., y san Florentin, ob. | 1868.—Comiézase el derribo de la Ciudadela de Barcelona. | 8.29 | 11.00 | |
| 6.09 | 5.22 | 17 Juév. Sta. Eduvigis, vda., san Andrés de Gandia, monje, san Eron, ob. y mr., y sta. Mamerta, mr. | 1777.—Voraz incendio se declara en el monasterio de Covadonga, que destruye el antiguo templo. | 9.27 | 11.53 | |
| 6.10 | 5.21 | 18 Viér. San Lucas, evang., y stos. Justo, cf., y Julian, erm. | 1364.—Asesinato de Yusud I, rey moro de Granada. | 10.31 | 12.39 | |
| 6.10 | 5.19 | 19 Sáb. San Pedro Alcántara, dr. y fr., stos. Aquilino, Verano y Eusterio, obs. y cfs., y san Varo y comps., mrs. | 1676.—Fallece en el convento de San Felipe el Real, en Madrid, el P. M. Gándara, erudito cronista. | 11.39 | 1.20 ^h | |
| | | ☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 6 h. y 45 m. de la mañana. | | | | |
| 6.11 | 5.18 | 20 Dom. San Juan Cancio, cf., sta. Irene, vg., y san Feliciano. | 1520.—H. de Magallanes descubre el estrecho de su nombre. | 12.49 | 1.56 | |
| 6.12 | 5.17 | 21 Lún. Sta. Ursula y 11.000 vgs., mrs., y san Hilarion, ab. | 1742.—Nacimiento del insigne escritor Arias Tejeiro. | » » | 2.29 | |
| 6.13 | 5.15 | 22 Márt. Sta. Maria Salomé, vda., y sta. Córdula, vg. y mr. | 1702.—Destruccion de una escuadra española en el puerto de Vigo. | 1.59 ^m | 2.59 | |
| 6.14 | 5.14 | 23 Miérc. San Juan Capistrano, cf.—(Sol en Escorpio.) | 1669.—Ultima enfermedad del insigne poeta D. Agustin Moreto. | 3.11 | 3.29 | |
| 6.15 | 5.13 | 24 Juév. San Rafael Arcángel, y san Martirian, cf. | 1752.—Nace Pascual Calbó, pintor de Maria Teresa de Austria. | 4.24 | 3.59 | |
| 6.16 | 5.12 | 25 Viér. Stos. Crisanto, Daria, Crispin y Crispiniano, mrs., san Bonifacio, p. y cf., y san Frutos, cf. | 1574.—Bula de Gregorio XIII elevando á metropolitana la insigne sede burgense. | 5.39 | 4.34 | |
| | | ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 10 h. y 34 m. de la noche. | | | | |
| 6.17 | 5.11 | 26 Sáb. San Evaristo, p. y mr., y stos. Luciano y Marciano. | 1656.—Fecha de una escritura á favor de Alonso Cano. | 6.57 | 5.13 ^m | |
| 6.18 | 5.10 | 27 Dom. Stos. Vicente, Sabina, Cristeta y Capitolina, mrs. | 1870.—Desastrosa capitulacion del mariscal Bazaine en Metz. | 8.14 | 6.00 | |
| 6.19 | 5.08 | 28 Lún. San Simon y san Júdas Tadeo, apóstoles, y san Fidel. | 1746.—Violento terremoto destruye la ciudad de Lima. | 9.27 | 6.54 | |
| 6.20 | 5.07 | 29 Márt. San Narciso, ob., sta. Eusebia, vg., y san Cenobio, mr. | 1818.—Apodéranse los chilenos de la fragata española <i>Maia</i> . | 10.33 | 7.56 | |
| 6.21 | 5.06 | 30 Miérc. Stos. Marcelo, Victorio y Claudio, mrs., y san Gerardo. | 1777.—Conclusion de la iglesia de los Mártires, en Málaga. | 11.27 | 9.01 | |
| 6.22 | 5.05 | 31 Juév. Stos. Quintin y Nemesio, mrs.—(Abstinencia de carne.) | 1799.—D. Francisco Goya es nombrado pintor de Cámara. | 12.12 | 10.07 | |

OCTUBRE.

LA RUSALKA (1).



Lleva tras sí los pámpanos *Octubre*,
Y, con las recias aguas insolente,
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas ántes los vecinos campos cubre.

(L. E. DE ARGENSOLA.)

I.

EL LAGO MALDITO.

Entre las tierras famosas
Del Orenburgo y del Viatka,
Cuyos hondos valles riegan
El Ufa, el Volga, el Sakmara,
Y son histórico lustre
De la moscovita raza,
Hay una mágica selva
De ásperos montes cercada,
Donde la mano divina
Quiso prodigar sin tasa
La riqueza y los primores,
La hermosura y la abundancia.
Le dan grandeza los riscos,
Sombra las gigantes ramas,
Claros arroyos frescura,
Las flores aroma y galas.

Con ser la naturaleza
Tan rica, vistosa y vária,
Y tan grandes sus hechizos
Y sus maravillas tantas,
Todos huyen presurosos
De la espléndida comarca...
Reina allí siniestro influjo;
El valle y la selva espantan:
Sólo algún pastor humilde,
Que cruza por la montaña,
O algún cazador que mueven
El entusiasmo y la audacia,
Deja en la hierba del valle
Las huellas de humana planta.

La explicación de este enigma
Es allí sencilla y clara.
Hay de la selva en el centro
Una laguna encantada,
Que Ural y Sakmara undoso
Enriquecen con sus aguas:
Bellos árboles la adornan,
Y alegres islas la esmaltan.
Cuando el sol en sus cristales

Vida y esplendor derrama,
Es aquel valle un trasunto
De las regiones de Arcadia:
Todo allí respira amores,
Todo embelesa y halaga.

Mas llega la noche oscura,
Y el cuadro risueño cambia:
En la ribera, en las ondas,
Cruzan visiones extrañas;
Asoman marmóreos rostros
Ya entre flores, ya en las algas;
Mujeres de áticas formas
Sobre nenúfares saltan,
Y á un tiempo asustan y atraen
Sus fulgurantes miradas;
Ya en altos sauces se mecen,
Ya en fantástica algazara
Se acercan, bailan y huyen,
Juegan, bullen, gritan, nadan...
Si audaz ó incauto algún hombre
Por el valle infausto pasa,
Oye gemidos de muerte,
Rumor de infernales danzas,
O el estridor pavoroso
De siniestras carcajadas.

Es el lago misterioso
Imperio de las *rusalkas*,
Que el vulgo con sano instinto
El Lago Maldito llama.
¡Ay del que cede en su margen
A la seducción infausta,
Y no ve, firme y cristiano,
El *lasciate ogni speranza*,
Tremenda ley con que el Dante
Castiga culpas humanas!

II.

NATATCHA.

Mil arroyuelos en floridos cauces
Riegan del monte la ostentosa falda;
Cedros, alerces, plátanos y sauces
Del lago son magnífica guirnalda.

Una cabaña allí. Quizá algún mago,
La formó, huyendo la humanal contienda:
Solitaria, atrevida, junto al lago
Alza su techo la gentil vivienda.

Orlan de las ventanas los contornos
Clemátida olorosa, vid silvestre,
Y despliega en los rústicos adornos
Todo su hechizo el esplendor campestre...

Mas falsamente á su exterior responde:
Cuando parece de la dicha el centro,

(1) Alguna aunque escasa parte del asunto está imitada de un poema dramático del célebre escritor ruso Púchkin. La *rusalka* es en las leyendas moscovitas como la *ondina* ó la *willi* en las leyendas alemanas: una ninfa acuática, especie de sirena, que con sus hechizos cautiva la voluntad humana. Pero la *rusalka* es de índole perversa: atrae de noche á los hombres para hacerles morir ahogados en los ríos ó en los lagos.

Es tumba hermosa que en su gala esconde
El silencio y la muerte que están dentro.

Allí reina la paz; mas paz sombría:
Ni á la mente da luz, ni al pecho calma:
No es la quietud feliz de la alegría;
Es la angustiosa soledad del alma.

Mora un anciano allí, que esquiva el mundo:
En su noble expresion, adusta y grave,
Huellas asoman de dolor profundo.

Quién es, de dónde vino, nadie sabe.
Su hija Natatcha, niña encantadora,
Vive con él modesta é ignorada:
Las admirables prendas que atesora,
Las aprendió de Dios; del mundo, nada.

Sueña y espera: la ilusion querida
Busca en la soledad de los pensiles:
Esperar y soñar: esa es la vida
En la lozana edad de quince abriles.

Su alma vislumbra incógnitos placeres;
Le anuncia la esperanza un nuevo día:
Ve que en la union dichosa de los seres
Hay un mundo de amor y de armonía.

La voz del ruiseñor que en selva inculta
Canta gimiendo con amante halago;
La cascada espumosa que sepulta
Su cabellera espléndida en el lago;
La nube que fantástica se mece;
La blanca luna, el vagaroso insecto,
Cuanto vive y palpita le parece
Obra inmortal de misterioso afecto.

El aura, el sol, la luz de la alborada,
Todo respira amor, y amor le enseña
Hasta la hiedra amante y obstinada
Que busca arrimo en la encumbrada peña...

Natatcha ama tambien: ella al concierto
De la creacion divina se conforma;
Mas dar no puede en mísero desierto
A la ilusion celeste humana forma.

Pero una voz secreta le asegura
Que ha de encontrar del corazon la llave,
Y Dios no ha de negarle una ventura
Que da al insecto y á la flor y al ave.

III.

EL PASTOR Y EL BOYARDO.

El Pastor.

Si amas la vida y el alma,
No bajes, Bóris al lago;
Quien allí va, nunca vuelve,
Que es la mansion del diablo.

El Boyardo.

Allí vive una doncella;
La descubrí ayer cazando:
Belleza tan peregrina
Ni vi ni soñé...

El Pastor.

Es dechado
De hermosura; mas ¿ignoras
Que es su padre brujo ó mago,
Y su madre una rusalka?

El Boyardo.

¿Qué me importa, si la amo?

El Pastor.

¿Cómo, imprudente! ¿No miras

Que forman consorcio extraño,
Ella, casi una hechicera,
Tú, un opulento boyardo?

El Boyardo.

¡Hechicera! Sí, lo es;
Toda el alma me ha robado.
Irás en breve á Sarapul,
Gloria á ser de mi palacio.

El Pastor.

Víctima, Bóris, serás
De tu antojo temerario.

IV.

REALIDAD DEL ENSUEÑO.

Era una tarde de Abril:
Natatcha flores cogía,
Y de pronto en el pensil
Ve al cazador más gentil
Que soñó su fantasía.

Bóris el afan le expresa
Del inmenso amor que siente:
Ella le oye sin sorpresa,
Y sin rubor le confiesa
Que ya le amaba en su mente...

La mujer siempre ha creído
Que es el soñado amador
El primero que rendido
Hace vibrar en su oído
Dulces palabras de amor...

Bóris, al lograr la palma,
Su loco delirio calma.
Nada hay en ello que asombre:
Amó reservando el alma,
Como suele amar el hombre.

Ella perdió su albedrío,
Y de sus ciegos amores
Fué á su pecho el desvarío
Lo que es el sol á las flores,
Lo que á la planta el rocío...

Mi musa en contar no insiste
Cuitas de su amante pecho:
Contára la historia triste
De todo amor satisfecho,
Desde que la tierra existe.

V.

DESENGAÑO.

Dos meses dió muestras Bóris
De ternura y de entusiasmo;
Pero aquellos juramentos
Y aquellos dulces halagos
Duraron ¡ay! lo que duran
Las flores de Abril y Mayo...
¡Desventura horrible! Un día
Le esperó Natatcha en vano...
Aquel día, y otro y otros,
Pasaron lentos y amargos,
Sin que la grata presencia
Ni aún noticia del boyardo
De la niña enamorada
Viniera á enjugar el llanto...
«¡Está enfermo! se decía...
Y no volar yo á su lado
A darle vida y consuelo!...»

Natatcha le amaba tanto,
Que en su mente no cabía
Que fuese Bóris ingrato.

Pronto vió que encierra abismos
El fondo del pecho humano...
Una mañana en las cumbres
Divisa un hombre á caballo.
Corre á su encuentro azorada;
No es el cazador gallardo:
Es un *mugik*. Llega: humilde
Pone una carta en sus manos,
Y á sus piés dos cofrecillos
De plata y marfil labrados.
Ni una palabra pronuncia
Natatcha. El *mugik*, turbado,
Se inclina, monta, y se aleja
Por los montes escarpados.

Así la carta decía:
«Me es fuerza dar nombre y mano
» A Olga, la ilustre *barina*.
» Su alto blason, su alto estado,
» De mi familia el influjo,
» Los ruegos del Soberano,
» Mi resistencia vencieron.
» Soy Natatcha, desgraciado.
» Ya no hemos de vernos nunca;
» Compadéceme: te amo.»

Natatcha nada comprende
Del lenguaje cortesano.
Que hay allí mengua y perfidia
Le dice su instinto claro,
Y que su dicha se ha roto,
Cual se rompe frágil vaso.

El cofrecillo más grande
Contiene hermosos brocados,
Ricas joyas y preseas
Que son del arte milagros;
El otro contiene en oro
Dos mil rublos... Al mirarlos,
Ella tiembla: le parece
Afrentoso el desengaño,
Cada moneda un insulto
Y cada perla un agravio.

Serénase. Algo la anima
De los seres sobrehumanos:
Ni una lágrima en los ojos,
Ni una palabra en los labios.
Resuelta está: los dos cofres
Lleva á un erguido peñasco,
Cuyo pié las ondas bañan.
Allí con semblante airado
Los arroja, y en un punto
Las ondas los sepultaron.

A su cabaña querida
Vuelve los ojos turbados;
Mas no vacila: su amor
Era de su vida el lazo.
Al lago estóica se lanza
Por dar á su afán descanso...
Era de los tristes séres
De sus pasiones esclavos,
Que contra humanos dolores
Buscan en la muerte amparo,
No en la heróica fortaleza
Del sentimiento cristiano...

Se hundió: hirviente remolino
Produjo el horrible salto,
Y el sordo rumor del agua
Pareció gemido infausto.
Luégo círculos movibles
Con las ondas se formaron:
Los círculos se extendieron,

Y fué su impulso más blando;
Y despues de unos instantes,
Imágen vil del engaño,
Quedó luciente y sereno
El cristal azul del lago.

VI.

LAS BODAS.

En una ostentosa quinta,
No léjos de Novgorod,
Celébranse de Olga y Bóris
Las bodas. Tanto esplendor,
Tan franca y pura alegría
Jamás la comarca vió,
Y allí se encuentran unidos
El magnate, el labrador.
En honra de los esposos,
Del banquete en el salon,
Entonan las aldeanas
Cantos de dicha y de amor...
Mas de pronto, ¡qué sorpresa!
Cual del trueno el bronco són
Se escuchára en claro día,
Se escucha siniestra voz
Que entona firme, implacable,
Esta insolente cancion:

«No saldrá la dicha
» De esta union fatal.
» Estos dos esposos
» Mal unidos van:
» Bóris es perfidia,
» Y Olga es vanidad.»

La cancion hirió de Bóris
Como un dardo el corazon.
Del concurso en rabia ó miedo
Se convierte el estupor:
Unos la voz sobrehumana
Juzgan aviso de Dios;
Los más traza del demonio...
Fué en balde la indignacion:
Todos oyeron el canto;
Nadie á la cantora vió.

VII.

LOS CANTOS DEL LAGO.

Del despecho el dardo agudo
Olga sintió... Amar no sabe,
Y alma en que el amor no cabe,
Hacerse amar nunca pudo.

No halló Bóris el hechizo
Del sueño de la ventura,
Y aquella union sin ternura
Cual la nieve se deshizo.

Sólo un instante cediera
Del orgullo á los halagos;
Pero hay instantes aciagos
Que abarcan la vida entera...

¿Qué le importa la ambicion,
Si su grandeza presente
No da un destello á la mente
Ni un latido al corazon?...

No puede á su esposa amar;
Y olvidada la *barina*,
Vuelve á la ilusion divina
Que Natatcha hizo brotar.

Fuó al Sakmara: el lago vió

Siempre apacible y risueño ;
Mas no halló al hermoso dueño
Que el alma le arrebató.

Blanco de su propia saña,
Vió muerto al anciano, y luego
Despojo informe del fuego
La bella y gentil cabaña...

Llega la noche : el horror
De la sombra le importuna ;
Mas pronto vierte la luna
Melancólico fulgor.

Divisa á la luz escasa
Vaga forma de mujer,
Y á Natatcha piensa ver
Como al través de una gasa...

No es Natatcha : cual de un astro
Luz brotaba en su mejilla,
Cuando en ésta sólo brilla
El hielo del alabastro.

Genio del bien ó del mal,
Que á la admiracion provoca,
Canta así, sobre una roca,
Aquella forma ideal :

« Yo soy la rusalka,
Del hombre enemiga :
Rencores abriga
Mi raza inmortal.

Con furia implacable
Despliego mi encono,
Sentada en el trono
Del genio del mal.

Si hechiza á un mancebo
Del lago el camino
Y el són peregrino
Del aura sutil,
Se acerca, y admira,
Extático y ciego,
Mis ojos de fuego,
Mi tez de marfil.

Ansiando venganza,
Soy hada ó sirena,
Que el alma envenena
Con cantos de amor.

¡ Ay dé!, si al viajero
Fascina mi halago!
Las ondas del lago
Castigan su error.

Bóris ve impasible
Visiones nocturnas
De acuáticas urnas
Salir de tropel :

Dominan su mente
Memorias pasadas ;
Del lago las hadas
Desdeña el infiel...

La noche los bosques
De espíritus puebla :
Yo vago en la niebla,
Yo duermo en la flor.

Yo soy cuerpo ó sombra,
Neblina del rio,
Ya luz, ya rocío,
Ya ténue vapor.

Mi cuerpo impalpable
Penetra en la nube,
Corre, gira, sube,
La luna al nacer ;

Y á un rayo del alba,
Del lago en la espuma,
Del aire en la bruma
Se esconde mi sér.

Del Volga me lleva
La rauda corriente :
Del euro potente
Me dejo arrastrar.

Yo corro en sus alas
Los dos hemisferios :
Yo sé los misterios
Del cielo y del mar.

Viviendo anhelante,
Del lago en la linfa,
Maléfica ninfa,
Fantasma ó mujer,
Mi culpa así expió ;
Tal es hoy mi suerte :
Mentir, dar la muerte
Brindando el placer.»

Bóris escucha atónito
Aquel extraño acento.
Delirio de su espíritu,
Fantástico portento
Juzga el terrible cántico
Que con pasion satánica
Su vida amenazó.

¿ Es ilusion, es vértigo
Que arrastra y turba al hombre ?...
No ; que en el canto insólito
Distinto oyó su nombre,
Y á su conciencia tósigo
Dieron memorias lúgubres
De un tiempo que pasó.

Ve á la doncella cándida
Que abandonó inclemente ;
Ve su perdido júbilo ;
Y en su dolor presente
Verdugos son del ánimo
Sus juramentos pérfidos,
Su malogrado amor.

Maldice el mundo frívolo
Que hizo infeliz su vida.
Le dice el clamor áspero
De su conciencia herida
Que del orgullo al ímpetu
Y á grandezas quiméricas
Vendió dicha y honor.

Derrama acerbos lágrimas,
Ya de vigor exhausto,
Y huye anheloso y rápido
De aquel lugar infausto...
Mas resplandor fosfórico
Que el lago alumbraba súbito,
Clava su planta allí.

Ya no es cuadro fantástico
Que insana mente fragua ;
Natatcha en blanca túnica
Sale gentil del agua,
Y entre las rocas húmedas,
Con voz airada y tétrica,
Vuelve á cantar así :

« Inocente, en la tierra juzgué eterno
De la ternura el bien :
Un cazador falaz tornó en infierno
Aquel divino eden.

Ciega le amé : de mi pasion esclava,
Triste víctima fui :

Libre de la cadena que arrastraba,
Ya soy la reina aquí.

Ya sin amor, sin fe, sin esperanza,
Seguida de mi grey,
Sabré cumplir tenaz de la venganza
La inexorable ley.

Muera el falso amador que á la inocencia
Pervierte el corazon,
Y deja en pos de sí, cual triste herencia,
El llanto y el baldon.

Yo haré que vuelva el pérfido á mis brazos,
De mi encono á merced,
Para que espire en los terribles lazos
De mi traidora red.

Juntas van de mi imperio en las delicias
La risa y el dolor:
Juntas irán tambien en mis caricias
La muerte y el amor.

Aquí el amar no es plácido embeleso;
Es vértigo infernal:
De la rusalka el delirante beso
Es veneno mortal.

Dañar al hombre es ya mi único goce,
Mi dorada ilusion:
La rusalka ofendida no conoce
La humana compasion...

Desastres sólo el porvenir encubre;
Rodando el cielo está:
No hay dicha eterna: el tormentoso *Octubre*
Venganza me dará.»

Bóris á tanta cólera
No humilde se prosterna.
Hacia la reina acuática
Que la region gobierna,
Corre el boyardo intrépido:
Quiere saber si es víctima
Del odio ó del amor.
Verá si es sér angélico
O aborto del abismo...
Pero nubes aligeras,
En el momento mismo,
Cubren la luna pálida,
Y llenan todo el ámbito
De sombra y de pavor.

Se hundió la *norna* mágica (1)
En lóbrega espelunca...
Bóris su rostro lívido
Ya ver no pudo nunca.
Cuando, anhelante y mísero,
Volvió al lago terrífico
Buscando la verdad.
Allí pasaba extático
Las tardes del estío:
Corrió en vano las márgenes
Del esplendente rio...
Fué todo de su espíritu
Fascinacion quimérica,
No humana realidad.

VIII.

LA VENGANZA.

Llega *Octubre* triste y frio,
Y el noto, que airado suena,

La lluvia desencadena
Con equinoccial furor.
El labrador se acobarda:
Su lamento al cielo sube
Si estalla la parda nube
Con horrisono fragor.

El Sakmara ya no es rio;
Es asolador torrente,
Que árboles, ganados, gente,
Quiere en su curso arrastrar.
El lago, que se mostraba
Apacible y lisonjero,
Compite, en *Octubre*, fiero,
Con los ímpetus del mar.

El sólo placer de Bóris
Es, sin norte y sin reposo,
En un caballo fogoso
Por campo y selva correr.
Junto al Sakmara sombrío
Se para en noche funesta,
Y ve en la márgen opuesta
A Natatcha aparecer.

Se estremece, y así exclama:
«¿Cómo en perseguirme insiste
»De una mujer que no existe
»La peregrina vision?...»
Duda: tentacion la juzga
De una aparicion siniestra;
Mas ella el afan demuestra
Del gozo y de la pasion:

«Bóris, le grita, para tí no he muerto,
»Te espera ansiosa tu Natatcha aquí:
»Vén donde, libres del terrestre yugo,
»Ya no nos pueda el mundo desunir.»
Bóris no piensa; su razon se ofusca;
Presa de su insensato frenesí,
Lanza el caballo en las furiosas ondas;
¿Qué le importa en el vértigo morir?

Nada el caballo, lucha, la corriente
Lo arrastra al cabo de la roca al pié,
Donde Natatcha, en su pasion burlada,
Fué de sí propia el implacable juez...

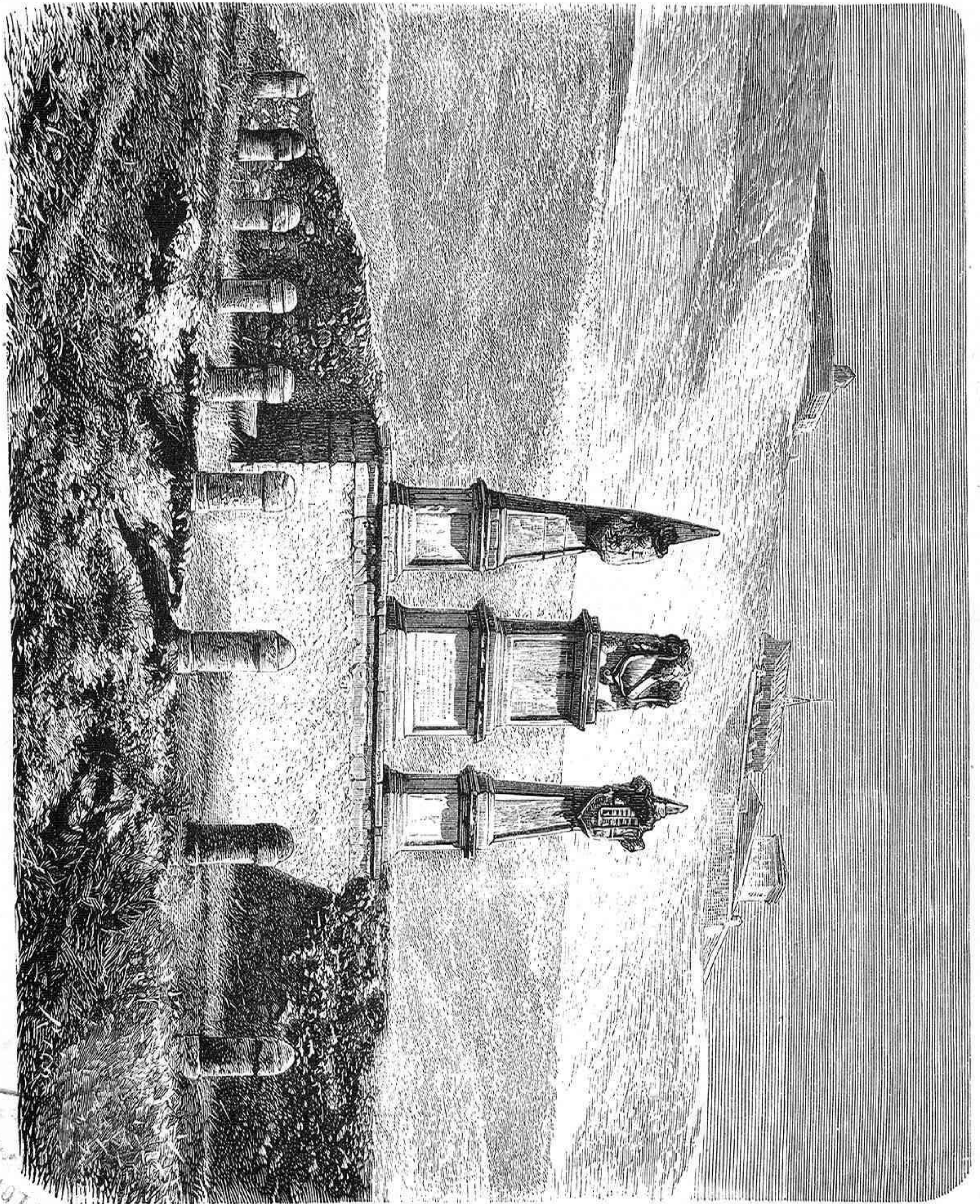
A Bóris dice allí: «No soy Natatcha,
»Soy rusalka frenética y cruel:
»Si castigué mi liviandad un dia,
»Hoy castigo tu engaño y tu desden.

»Aquí arrojé tus dádivas impías;
»Aquí el lago mis dichas sepultó:
»La muerte es el amor de la rusalka:
»Aquí recibe mi postrero dón.»
¡Trance infernal! Sus labios se juntaron:
No es el beso inefable del amor:
Es como el beso helado de un cadáver,
Como un puñal que hiere el corazon.

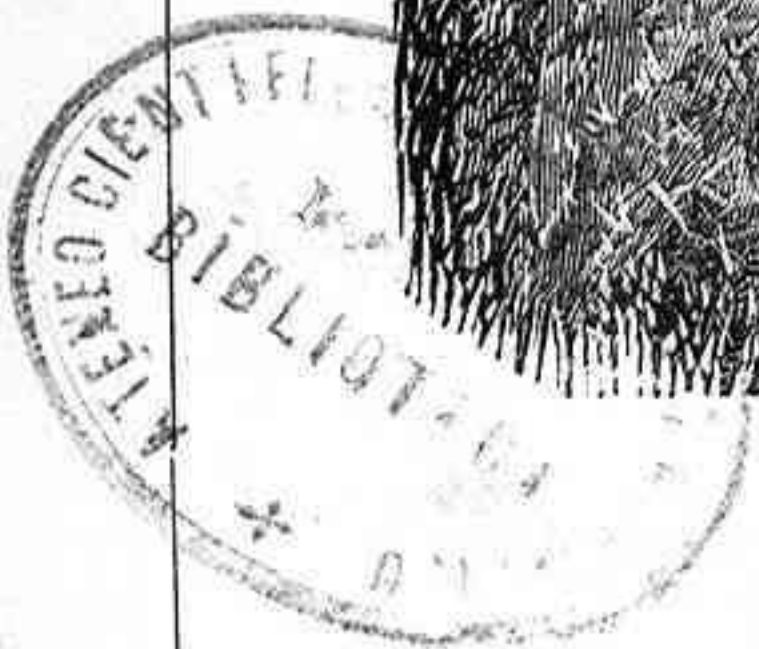
En el momento aquel se abren las ondas:
El rayo estalla y ruge el huracan,
Y á rusalka y caballo y caballero
Absorbe la vorágine infernal...
Con la noche se aleja la tormenta:
Del sol fulgura la radiante faz,
Y otro secreto aterrador esconde
Del lago azul el pérfido cristal.

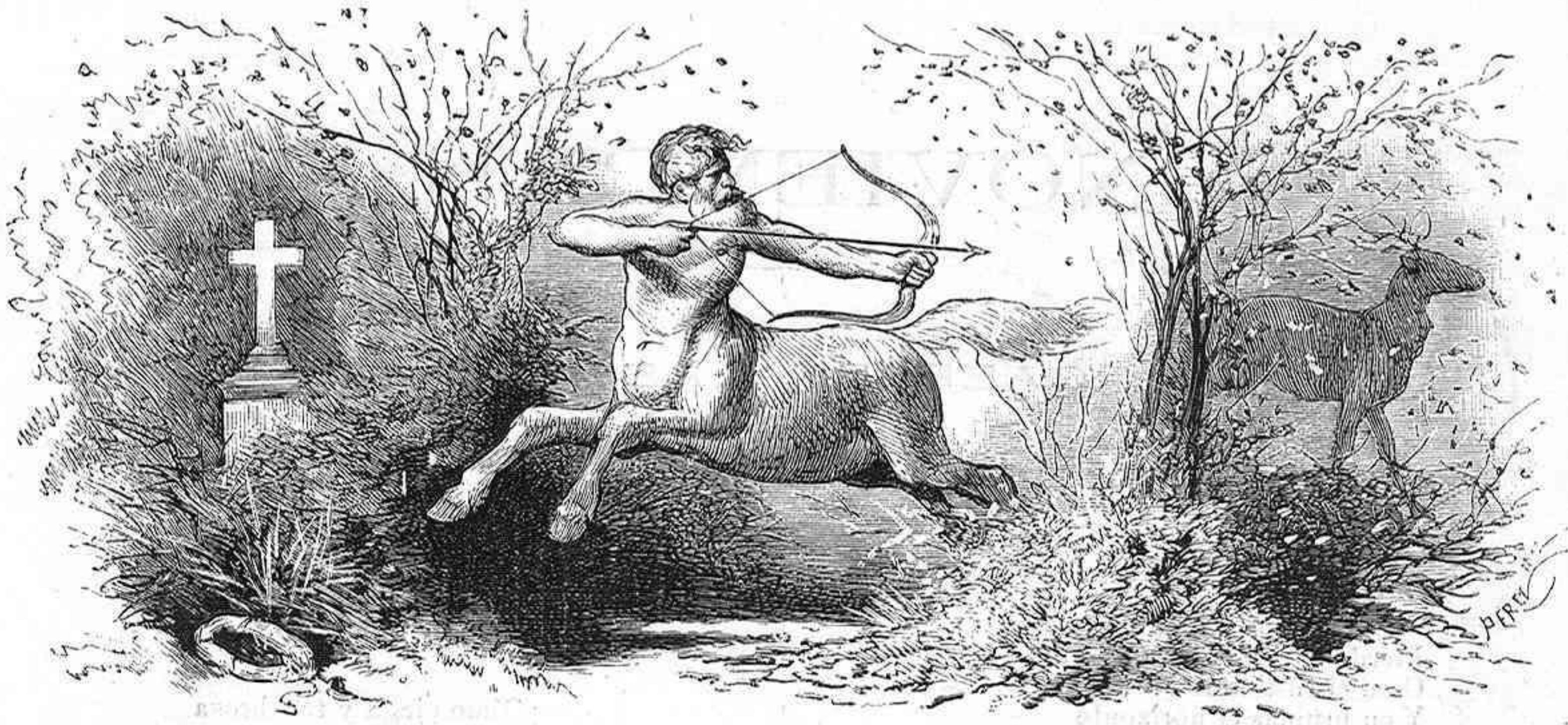
LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,
Marqués de Valmar.

(1) *Nornas*: diosas fatídicas de la mitología del Norte.



BURGOS.—SOLAR DE LA CASA DEL CID.—(De fotografía.)





NOVIEMBRE.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|-------|----------|--|---|--------------------|--------------------|--|
| Sale. | Se pone. | | Sale. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | | H. M. | H. M. | |
| 6.23 | 5.04 | 1 Viér. LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS, sta. María, mr., y stos. Cesáreo, Julian, Benigno y Santiago, mrs. | 1767.—Muere el pintor y escultor Luis Domingo, director de la Academia de Santa Bárbara, en Valencia. | 12.49 ^m | 11.11 ⁿ | |
| | | ☾ Cuarto creciente, á las 9 h. y 26 m. de la noche. | | | | |
| 6.24 | 5.03 | 2 Sáb: La Conmemoracion de los Fieles Difuntos, y san Victorino, ob.—(Jubileo en todas las parroquias.) | 1788.—Inauguracion de la Real Audiencia de Cuzco.—1877 Muerte del escultor Fernando del Castillo. | 1.19 ^v | 12.12 | |
| 6.25 | 5.02 | 3 Dom. San Valentin, mr., san Armengol, ob., y sta. Silvia. | 1767.—Pragmática sancion contra los Jesuitas de Nápoles. | 1.46 | » » | |
| 6.26 | 5.01 | 4 Lún. San Carlos Borromeo, cf., y sta. Modesta, vg. | 1780.—Revolucion de Tupac Amaru, en el Perú. | 2.10 | 1.10 ^m | |
| 6.27 | 5.00 | 5 Márt. San Zacarias, prof., y sta. Isabel, padres del Bautista. | 1822.—Violento terremoto arruina la ciudad de Copiapó, en Chile. | 2.33 | 2.07 | |
| 6.28 | 4.59 | 6 Miérc. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, ab. y cf. | 1425.—Gran incendio en la ciudad de Mondoñedo. | 2.56 | 3.03 | |
| 6.29 | 4.58 | 7 Juév. San Florencio, ob., y stos. Antonio y Amaranto, mrs. | 1820.—Batalla de las Vegas de Talcahuano, en Chile. | 3.20 | 4.00 | |
| 6.30 | 4.57 | 8 Viér. Stos. Severiano, ob., y comps., mrs., san Godofredo, ob., san Diosdado, p. y cf., y san Claro, cf. | 1731.—Fallecimiento del famoso pintor Felix Troya, conocido por el proverbio <i>Aquí fué Troya</i> . | 3.47 | 4.57 | |
| 6.31 | 4.57 | 9 Sáb. Stos. Teodoro, Sotero y Orestes, mrs., y san Benigno. | 1875.—Llegada del Principe de Gales Alberto Eduardo á Bombay. | 4.18 | 5.56 | |
| 6.32 | 4.56 | 10 Dom. El Patrocinio de Ntra. Sra., y San Andrés cf. | 1799.—Napoleon disuelve la Asamblea (18 Brumario, año VII). | 4.53 | 6.56 | |
| | | ☉ Luna llena, á las 2 h. y 9 m. de la madrugada. | | | | |
| 6.33 | 4.55 | 11 Lún. San Martin, ob. y cf. | 1768.—Fundacion del departamento maritimo de Cádiz. | 5.36 | 7.56 | |
| 6.34 | 4.54 | 12 Márt. San Diego de Alcalá, cf., y san Martin, p. y mr. | 1875.—Acalorada sesion en la Asamblea nacional francesa. | 6.26 ⁿ | 8.55 | |
| 6.35 | 4.53 | 13 Miérc. San Estanislao de Koska, cf., y san Eugenio III, cf. | 1858.—Horroroso incendio en Valparaiso. | 7.22 | 9.49 | |
| 6.36 | 4.53 | 14 Juév. San Serapio, mr., San Lorenzo, ob., san Malo, ob., y stos. Venerando, mr., y Veneranda, vg. y mr. | 1477.—Pragmática de los Reyes Católicos á favor del «arte de imprimir libros.» | 8.25 | 10.37 | |
| 6.37 | 4.52 | 15 Viér. San Eugenio I, arz. de Toledo, y san Leopoldo, cf. | 1551.—Terminacion de la magnífica Lonja de Zaragoza. | 9.30 | 11.19 | |
| 6.38 | 4.51 | 16 Sáb. Stos. Rufino y comps., mrs., y san Edmundo, cf. | 1684.—Inauguracion del <i>Faro de los Navegantes</i> , en Coruña. | 10.37 | 11.56 | |
| 6.39 | 4.51 | 17 Dom. Sta. Gertrúdis la Magna, vg., y san Acisclo y Victoria. | 1114.—Concilio de Santiago convocado por Diego Gelmirez. | 11.45 | 12.28 | |
| | | ☾ Cuarto menguante, á las 5 h. y 33 m. de la tarde. | | | | |
| 6.40 | 4.50 | 18 Lún. San Máximo, ob., san Roman, mr. y sta. Eufrasia. | 1058.—Consagracion de la primitiva catedral de Barcelona. | 12.53 | 12.58 | |
| 6.41 | 4.49 | 19 Márt. Sta. Isabel, reina de Hungria, vda., san Ponciano, papa y mr., y stos. Barlaam, Crispin y Aza, mrs. | 1583.—Felipe II nombra escultor de Cámara al maestro Gasparo Lucca, procedente de Italia. | » » | 1.27 ⁿ | |
| 6.42 | 4.49 | 20 Miérc. San Félix de Valois, cf. y fr., y san Agapito, mr. | 1772.—Nacimiento del poeta D. Félix José Reinoso, en Sevilla. | 2.03 ^m | 1.56 | |
| 6.43 | 4.48 | 21 Juév. La Presentacion de Ntra. Sra., y san Estéban, mr. | 1815.—Preliminares del famoso tratado de Paris. | 3.15 | 2.28 | |
| 6.44 | 4.48 | 22 Viér. Sta. Cecilia, vg. y mr.—(Sol en sagitario.) | 1727.—Muere el escultor Fr. Francisco Capuz, en Valencia. | 4.29 | 3.04 | |
| 6.45 | 4.48 | 23 Sáb. San Clemente, p. y mr., y stas. Lucrecia y Felicitas. | 1280.—Asesinato de los monjes de San Francisco, en Orense. | 5.45 | 3.46 | |
| 6.46 | 4.47 | 24 Dom. San Juan de la Cruz, cf., y san Crisógono, mr. | 1559.—Sublevacion de los araucanos que destruyen la Imperial. | 7.01 | 4.37 | |
| | | ☉ Luna nueva, á las 8 h. y 46 m. de la mañana. | | | | |
| 6.47 | 4.47 | 25 Lún. Sta. Catalina, vg. y mr., y san Erasmo, mr. | 1849.—Fallecimiento del P. Arolas, distinguido poeta. | 8.11 | 5.36 ⁿ | |
| 6.48 | 4.46 | 26 Márt. Los Desposorios de Ntra. Sra., san Pedro Alejandrino, ob., y stos. Fausto, Didio y Ammonio, mrs. | 1865.—Captura de la goleta española <i>Covadonga</i> por los peruanos en el fondeadero del Papudo. | 9.12 | 6.41 | |
| 6.49 | 4.46 | 27 Miérc. Stos. Facundo y Primitivo, mrs., y san Maximino. | 1820.—Los patriotas chilenos se apoderan de Concepcion. | 10.03 | 7.49 | |
| 6.50 | 4.46 | 28 Juév. San Gregorio III, p. y cf., y Santiago de la Marca. | 1747.—Fallecimiento del pintor Guillermo Mesquida. | 10.44 | 8.56 | |
| 6.51 | 4.46 | 29 Viér. San Saturnino, ob. y mr., y sta. Iluminada, vg. | 1659.—Merced de hábito de Santiago al pintor Diego Velazquez. | 11.18 | 9.59 | |
| 6.52 | 4.45 | 30 Sáb. San Andrés, ap.—(Ciérranse las velaciones.) | 1833.—Reforma de la division territorial en España. | 11.47 | 11.00 | |

NOVIEMBRE.



(AL CAER DE LAS HOJAS.)

I. NOVIEMBRE.

Otoño toca á su fin ;
Pierde su verdura el monte ;
Cesa el rústico trajin,
Y en brumas el horizonte
Trueca tintas de carmin.

Los bosques son muchedumbre
De esqueletos que se agitan ;
Comienza á blanquear la cumbre ;
Y los labriegos tiritan
Y se acercan á la lumbre.

Yerba que jugosa crece
No es de las selvas alfombra ;
La luz solar palidece,
Y no se busca la sombra,
Y muy temprano anochece.

Sopla el viento y viene helado ;
Se ven muchas nubes rojas,
Y en tierra el pastor echado,
Las amarillentas hojas
Esparce con su cayado.

Es que Noviembre camina,
Y tras él llega el invierno ;
Es que la vida declina,
Y el frío su manto eterno
Tiende de monte á colina.

¡Cuánto y cuánto humano sér,
Cuánto cuerpo dolorido,
Y harto ya de padecer,
Caerá en la nada vencido
De las hojas al caer!

¡Cómo el gemido del viento,
En el desnudo ramaje,
Imita el triste lamento
Del que ve de eterno viaje
Aproximarse el momento!

¡Cómo la niebla al cubrir
Del espacio el ancho tul,

Aquella niebla fingir
Sabe, que empaña el azul
De los ojos al morir !

¡Cómo ciega y tenebrosa
Dice, con voces de horror,
La noche, al alma medrosa,
«Mira, ¿ves? de mi color
Es el fondo de la fosa!»

¡Cómo la nieve, que viste
Con manto helado la tierra,
Una y otro vez insiste,
Gritando desde la sierra
Con voz cariñosa y triste :

«Llegad, llegad hasta aquí,
Doncellas, niños, ancianos,
Soy tan blanca como fui,
Con vuestras débiles manos
Cortad sudarios en mí!»

¡Hoja del árbol caída,
Hoja seca del Otoño,
Da al árbol tu despedida,
Que no verás el retoño
Del árbol que te dió vida!

Y va Noviembre avanzando,
Y los débiles muriendo ;
Y el día sigue menguando ;
Sigue la noche creciendo,
Y en las montañas nevando.

II. LA CABELLERA DE LA MUJER QUE MUERE.

Blanquean el oriente
Las luces matinales :
La ventana está abierta,
Cerrados los cristales.

Detrás de una pantalla
Se consume una luz,
Cuyos destellos últimos
Alumbran una cruz.

La pared blanca y sola,
Negra la cruz cristiana,

Y se destaca en ella
De frente á la ventana.

—
La estancia envuelta en sombras
Que suben hasta el techo,
Y entre cortinas blancas
En un ángulo, un lecho.

—
En la pared, tan sólo
Un reloj suspendido;
Y no marcha: sin duda
Era triste su ruido.

—
Ya pálidas penetran
Las tintas de la aurora.
Una mujer se muere:
Al lado un hombre llora.

—
De la arrugada sábana
Saca los flacos brazos,
Y al cuello de aquel hombre
Ciñe fúnebres lazos.

—
Lazos que ya la muerte
Muy pronto romperá:
Es el último abrazo:
No más le abrazará.

—
Que aquella pobre hoja
Del árbol de la vida
Bien pronto de su rama
Bajará desprendida.

—
Por un supremo esfuerzo
Ella al fin se incorpora:
En *él* clava los ojos:
Él la sostiene y llora.

—
De ella, al arranque brusco,
Despréndese el cabello,
Y sus hebras, del hombre
Envuelven rostro y cuello.

—
Unidos así quedan
Bajo aquel negro manto:
Inmóviles y lívidos,
Manchados por el llanto.

—
Parecen ser de mármol
Dos cabezas gemelas,
Envueltas en los pliegues
De transparentes telas.

—
Ella presa en sus mallas,
Él en sus mallas preso,
Están las dos cabezas
Unidas por un beso.

—
Y el grupo se adivina
Por los claros que deja,

En sus cruzados hilos,
La enredada madeja.

—
Ella al fin suelta un brazo,
La flaca mano avanza,
Y haciendo su cabello,
Que otro paño no alcanza,

—
Con la negra madeja,
Que la envuelve ondulante,
El llanto seca ansiosa
Del hombre en el semblante.

—
Al fin su fuerza acaba:
De él se desprende inerte,
Y sus ojos enturbia
La niebla de la muerte.

—
Rígida está en el lecho,
Pero aún conserva asida
La negra cabellera
En llanto humedecida.

—
La luz al fin se extingue
Detrás de la pantalla,
Y un pajarillo choca
Del cristal en la valla.

—
Contra él vuela afanoso;
Quiere entrar; no lo ha visto,
Y una sombra con alas
Se agita al pie del Cristo.

—
Es que del alba pura
La blanquecina luz
Del pajarillo lleva
La sombra hasta la cruz.

III. EL CEMENTERIO.

Es de noche: la niebla extiende cual sudario
Por la techumbre cóncava su ceniciento tul:
Ya entre sus pliegues ciñe un monte solitario,
Ya la rasga en jirones la cruz del campanario,
Sobre él dejando abierto un breve espacio azul.

—
El disco de la luna se afana tras la niebla
Porque hasta el suelo baje su resplandor fugaz;
Mas vence en esta lucha la fúnebre tiniebla,
Que, de fantasmas vagos, montes y llanos puebla,
Y cubre con vapores aquella blanca faz.

—
Las tapias carcomidas de un pobre cementerio,
Cual brazos gigantescos de algún ignoto sér,
En prueba de ternura, quién sabe si de imperio,
Abarcan el espacio de horror y de misterio
En que hoy es polvo inerte lo que era vida ayer.

—
De estas tapias los brazos desde una iglesia avanzan,
A trechos en la sombra, á trechos en la luz,
Hasta la puerta llegan y en su verja se alcanzan,

Y hacen de sus barrotos dedos que se afianzan,
Y que al cruzarse forman allá en lo alto una cruz.

—
Esto al ménos parece al que en la noche mira,
De la velada luna al tenue resplandor,
Ya del templo el contorno, ya del tapial que gira,
Fosas ciñendo y cruces en caprichosa espira,
Aquel abrazo lúgubre de un misterioso amor.

—
En el rincon más triste del recinto sagrado,
Sobre la negra tierra, como mancha de luz,
Hay una blanca losa, con un sauce á su lado,
Y en la marmórea piedra el cincel ha grabado
Un nombre, y una fecha, y una sencilla cruz.

—
La verde cabellera de la llorosa planta,
Cuando del viento el ímpetu logra al sauce doblar,
Se esparce por el mármol de aquella piedra santa;
Y cuando el viento cesa, y el árbol se levanta,
Vuelve la losa fúnebre, sola y blanca á quedar.

—
Es noche de Noviembre: es noche larga y fría:
En las ramas del sauce se alberga un ruiseñor,
Y al agitarse el árbol del viento á la porfía
Esparce por los aires con tierna melodía
Sus notas plañideras el pájaro cantor.

IV. EL SAUCE.

Blanquean el oriente
Las luces matinales:
Tambien sobre la tierra
Las losas sepulcrales.

—
Del fuego fatuo brilla
Alguna vez la luz:
Ya corre á ras del suelo,
Ya trepa hasta una cruz.

—
Se pierde entre unas matas,
O se hunde en una fosa,
O traza extraño círculo
En torno de una losa.

—
Y siempre allá en un ángulo
De dolor desfallece,
Sobre una blanca piedra,
Sauce que el viento mece.

—
Del árbol en la sombra,
De aquella losa al lado,

Se adivina el contorno
De un hombre arrodillado.

—
Alguna vez se inclina;
La piedra abrazar quiere;
Y con su frente pálida
El duro mármol hiere.

—
Otras su árido labio
Acerca estremecido:
Su cuerpo bajo el sauce
Queda en sombras perdido:

—
Y sólo se divisa
Bajo el ramaje espeso,
Un rostro y una piedra
Unidos por un beso.

—
¿De la cabeza el llanto
Hará en la losa cauce?
¿Quién sabe? Vela el grupo
Con sus ramas el sauce.

—
Grupo en verdad extraño
Para una sepultura;
Dos mármoles envueltos
En mallas de verdura.

—
Llanto hay en uno y otro
Y sólo sabe Dios,
Si llora sólo el hombre,
O si lloran los dos.

—
El viento agita al sauce:
Hasta el hombre se humilla:
Y con sus verdes hebras
Le seca la mejilla.

—
El ruiseñor al aire
Su misteriosa queja
Lanza, y despues se esconde
En la verde madeja.

—
Y allá, desde muy léjos
Un rayo de la aurora
Viene á besar la frente
De aquel hombre que llora.

JOSÉ ECHEGARAY.

28 de Abril de 1877.

PRINCIPALES ÓRDENES CIVILES Y MILITARES DEL MUNDO.



AUSTRIA-HUNGRÍA.

- Orden del *Toison de Oro*, instituida por Felipe III, el Bueno, duque de Borgoña, en 10 de Enero de 1429;
- militar de *María Teresa*, por la emperatriz María Teresa, el 18 de Junio de 1757;
 - de *San Estéban de Hungría*, por la misma emperatriz, el 5 de Mayo de 1754;
 - de *Leopoldo*, por el emperador Francisco José I, en 8 de Enero de 1808;
 - de la *Corona de Hierro*, por Napoleon I (como rey de Romanos), en 5 de Junio de 1805; abolida en 1814 y restablecida el 12 de Febrero de 1816;
 - militar de *Isabel-Teresa*, por la emperatriz Isabel-Cristina, viuda de Carlos VI, en 1750;
 - de la *Cruz Estrellada* (para señoras), por la emperatriz Leonor de Gonzaga, viuda de Fernando II, en 18 de Setiembre de 1668;
- Orden *Teutónica*, fundada en 1190, abolida en 1809, restaurada en 1834 y reorganizada en 1840 y 1865.

BAVIERA.

- Orden de *San Huberto*, creada por Gerardo V, en 1444;
- de *San Jorge*, por el elector Carlos-Alberto, el 28 de Marzo de 1729;
 - militar de *Maximiliano José*, en 1.º de Enero de 1806;
 - de la *Corona de Baviera*, por el rey Maximiliano-José I, en 19 de Mayo de 1808;
 - de *San Miguel*, por José-Clement, elector de Colonia, el 29 de Setiembre de 1693;
 - de *Maximiliano* (artes y ciencias), el 28 de Noviembre de 1853;
 - *Real de Luis*, por el rey Luis I, el 25 de Agosto de 1827;
 - *Real del Mérito militar*, por el rey Luis II, en 19 de Julio de 1866;
 - de *Mérito* (para señoras), por Luis II, el 13 de Mayo de 1870.

BÉLGICA.

- Orden de *Leopoldo*, creada por Leopoldo I el 11 de Julio de 1832;
- para el *Mérito Civil*, por Leopoldo II, el 21 de Julio de 1867.

BRASIL.

- Orden de la *Cruz del Sud*, establecida por el emperador Pedro I, el 1.º de Diciembre de 1822;
- de la *Rosa*, el 17 de Octubre de 1829;
 - de *Cristo*
 - de *San Benito*
 - de *San Teodorico*
- } por el emperador Pedro II, en 9 de Setiembre de 1843.

DINAMARCA.

- Orden del *Elefante*, creada por Christian I, en 1462;
- del *Dannebrog*, por Waldemar II, en 1219.

ESPAÑA.

- Orden militar de *Calatrava*, por D. Sancho III de Castilla, en 1158;
- de *Santiago*, aprobada por el papa Alejandro III, en 5 de Julio de 1175;
 - de *Alcántara*, por D. Suero Gomez y D. Fernando Barrientos, en 1156, y confirmada por Alejandro III, en 1177;

- Orden de *Nuestra Señora de Montesa*, por el rey de Aragon D. Jaime II, en 1316;
- del *Toison de Oro*. (Véase AUSTRIA.)
 - de *Carlos III*, por el rey D. Carlos III, en 19 de Setiembre de 1771;
 - de *María Luisa*, por la esposa de Carlos IV, en 19 de Marzo de 1792;
 - de *San Fernando* (militar), por las Cortes del Reino, en 31 de Agosto de 1811;
 - de *San Hermenegildo*, por el rey D. Fernando VII, el 27 de Noviembre de 1814;
 - de *Isabel la Católica*, por D. Fernando VII, el 24 de Marzo de 1815;
 - de *Isabel II*, por D. Fernando VII, el 19 de Junio de 1833;
 - de *Beneficencia*, por la reina D.ª Isabel II.

FRANCIA.

- Orden de la *Legion de Honor*, creada por el cónsul Bonaparte, en 19 de Mayo de 1802.

GRAN BRETAÑA.

- Orden de la *Jarretiera*, instituida por Eduardo III, el 19 de Enero de 1338;
- del *Baño*, por Enrique IV, en 1399, revisada y reorganizada en 1815 y 1847;
 - de *San Andres* (escocesa), en 787, reorganizada por Jacobo V en 1540, y modificada posteriormente varias veces;
 - de *San Patricio* (irlandesa), por Jorge III, el 5 de Febrero de 1783;
 - de *San Miguel y San Jorge*, por el rey Jorge III, el 27 de Abril de 1818;
 - de la *Estrella de las Indias*, por la reina Victoria I, en 23 de Febrero de 1861.

GRECIA.

- Orden del *Redentor*, establecida por el rey Othon I el 1.º de Junio de 1863, y modificada por la Asamblea Nacional en 1867.

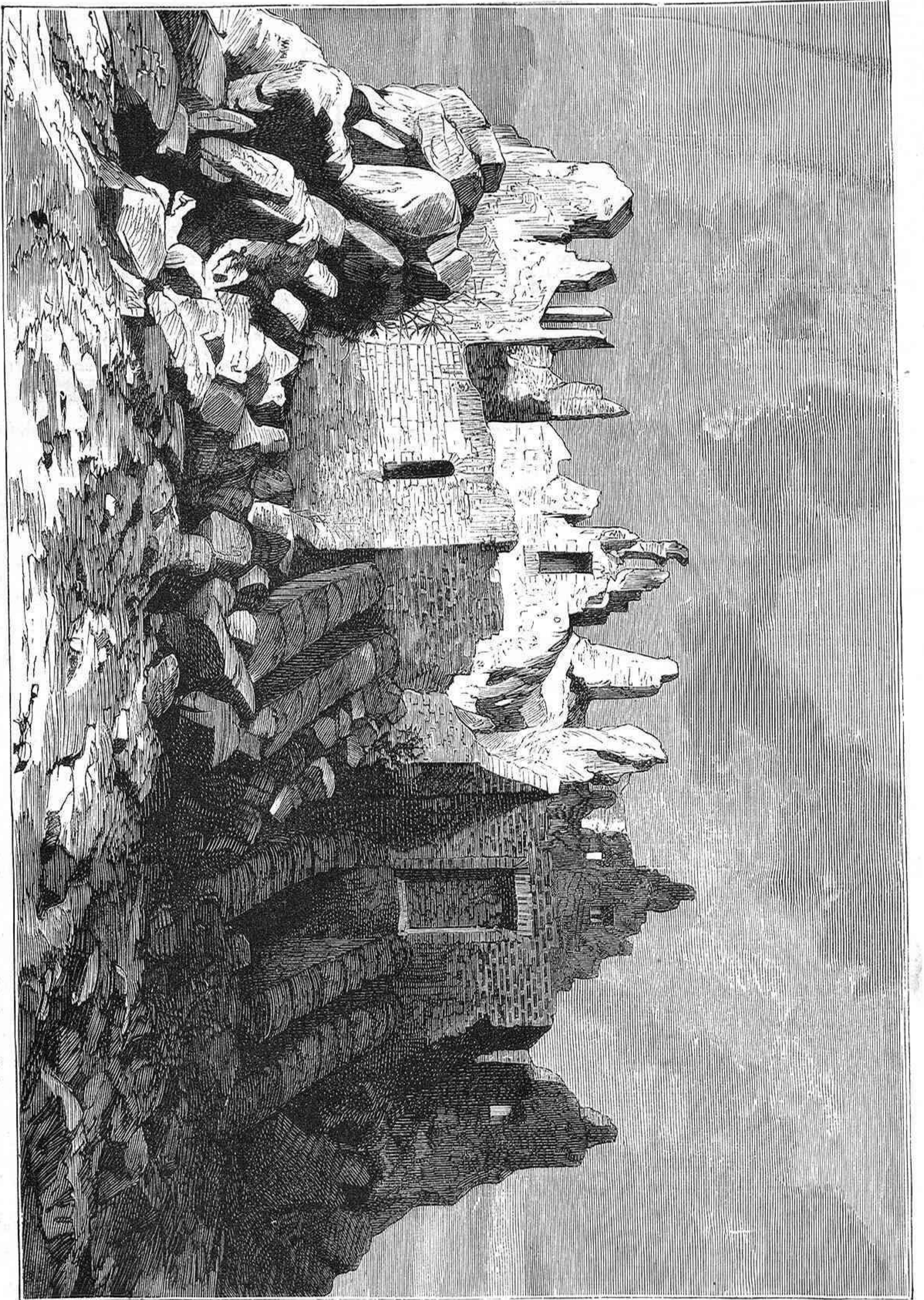
ITALIA.

- Orden de la *Anunziata*, creada por el duque Amadeo VI de Saboya, en 1362, y reglamentada nuevamente en 1869;
- de *San Mauricio y San Lázaro*, por el duque Amadeo VIII en 1434, y reorganizada por los reyes Carlos Alberto, en 1837, y Víctor-Manuel II, en 1855;
 - de *Saboya* (militar), por Víctor-Manuel I, en 1815, y reorganizada por Víctor-Manuel II, el 28 de Setiembre de 1855;
 - de *Saboya* (civil), por Carlos-Alberto de Cerdeña, el 29 de Octubre de 1831;
 - de la *Corona de Italia*, por Víctor-Manuel II, el 20 de Febrero de 1868.

PAISES-BAJOS.

- Orden militar de *Guillermo*, creada por Guillermo I, en 30 de Abril de 1815;
- del *Leon Neerlandés*, el 19 de Setiembre de 1815;
 - de la *Corona de Encina* (luxemburguesa), por Guillermo II, el 29 de Diciembre de 1841;
 - del *Leon de Oro* (de la casa de Nassau), el 16 de Marzo de 1858.

(Véase la conclusion en la pág. 110.)



MONTESA.—(VALENCIA).—RUINAS DEL HISTÓRICO CASTILLO DE LA ÓRDEN MILITAR DE MONTESA.—(De fotografía.)



DICIEMBRE.

| SOL. | | SANTORAL. | EFEMÉRIDES. | | LUNA. | |
|-------|----------|---|--|--------------------|--------------------|--|
| Sale. | Se pone. | | Sale. | Se pone. | | |
| H. M. | H. M. | | | H. M. | H. M. | |
| 6.53 | 4.48 | 1 Dom. <i>I de Adviento</i> .— Sta. Natalia, vg., stos. Eloy, Casiano, Leoncio y Agerico, obs. y cfs. ☽ Cuarto creciente, á las 4 h. y 13 m. de la tarde. | 1764.—La familia Real de España toma posesion del nuevo Palacio de Madrid, cuya construccion duró 26 años y 7 meses. | 12.12 ^m | 11.58 ⁿ | |
| 6.54 | 4.45 | 2 Lún. Stas. Bibiana y Elisa, vgs. y mrs. | 1813.—Memorable batalla de Austerlitz. | 12.35 | 12.55 | |
| 6.55 | 4.45 | 3 Márt. San Francisco Javier, cf., y stos. Claudio é Hilaria. | 1553.—Los araucanos derrotan á los españoles en Tucapel. | 12.59 | » » | |
| 6.56 | 4.45 | 4 Miérc. Sta. Bárbara, vg. y mr., y san Pedro Crisólogo, ob. | 1792.—Muere el ilustre escritor y artista D. Antonio Ponz. | 1.22 ^t | 1.51 ^m | |
| 6.57 | 4.45 | 5 Juév. San Sabas, ab., san Anastasio, mr., y san Dalmacio. | 1436.—Destructor erupcion del Vesubio, en Nápoles. | 1.48 | 2.48 | |
| 6.58 | 4.45 | 6 Viér. San Nicolás de Bari, arz. y cf., y sta. Asela, vg. | 1553.—Orden de Felipe II para fomentar el plantio en Aranjuez. | 2.17 | 3.47 | |
| 6.58 | 4.45 | 7 Sáb. San Ambrosio, ob. y dr.—(<i>Vigilia</i> .) | 1617.—Una escuadra turca ataca sin éxito la ciudad de Vigo. | 2.51 | 4.47 | |
| 6.59 | 4.45 | 8 Dom. <i>II de Adviento</i> .— † LA PURÍSIMA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA, patrona de España. | 1863.—Incendio del templo de la Compañía, en Santiago de Chile: 2.000 personas mueren quemadas. | 3.32 | 5.47 | |
| 7.00 | 4.45 | 9 Lún. Sta. Leocadia, vg. y mr. ☾ Luna llena, á las 7 h. y 25 m. de la noche. | 1640.—Muere el cardenal D. Fernando de Austria, pintor. | 4.20 | 6.47 | |
| 7.01 | 4.45 | 10 Márt. Nuestra Señora de Loreto, y san Melquiades, p. | 1831.—Fernando VII establece la Bolsa de Madrid. | 5.15 | 7.43 | |
| 7.02 | 4.45 | 11 Miérc. San Dámaso, p., san Sabino, ob., y san Entiquio, mr. | 1655.—Inaugúranse las obras para el muelle nuevo de Málaga. | 6.17 ⁿ | 8.34 | |
| 7.02 | 4.46 | 12 Juév. Nuestra Señora de Guadalupe, y san Hermógenes. | 1593.—Felipe II pensiona á su pintor Juan Gomez. | 7.23 | 9.19 | |
| 7.03 | 4.46 | 13 Viér. Sta. Lucía, vg. y mr., el Beato Juan de Marinoni, cf. | 1788.—Muere el esclarecido monarca D. Carlos III de España. | 8.30 | 9.57 | |
| 7.04 | 4.46 | 14 Sáb. San Nicasio, ob., y stos. Druso y Entropia, mrs. | 1574.—Juanelo Turriano exige el pago de su Artificio. | 9.38 | 10.31 | |
| 7.05 | 4.46 | 15 Dom. <i>II de Adviento</i> .—San Eusebio, ob. y mr. | 1517.—Conclusion del cimborio de la catedral de Sevilla. | 10.46 | 11.01 | |
| 7.05 | 4.47 | 16 Lún. Stos. Valentín, mr., y Adalberto, cf. | 1753.—Muere el pintor y grabador Fr. Matias Irala Yuso. | 11.53 | 11.29 | |
| 7.06 | 4.47 | 17 Márt. San Lázaro, ob., y san Francisco de Sena, cf. ☽ Cuarto menguante, á la 2 h. y 39 m. de la madrugada. | 1483.—Ejecucion del mariscal Pardo de Cela, en Mondoñedo. | » » | 11.57 | |
| 7.06 | 4.47 | 18 Miér. Nuestra Señora de la O.—(<i>Témpora</i> .) | 1680.—Profesion religiosa del pintor Fr. Francisco Capuz. | 1.01 ^m | 12.27 | |
| 7.07 | 4.48 | 19 Juév. San Nemesio, mr., y sta. Fausta, vg. | 1874.—Derrota del cabecilla carlista Jusepet en Cataluña. | 2.12 | 1.00 ^t | |
| 7.08 | 4.48 | 20 Viér. Sto. Domingo de Silos, cf.—(<i>Témpora</i> .) | 1483.—Notable privilegio de Sixto IV á la iglesia compostelana. | 3.24 | 1.38 | |
| 7.08 | 4.49 | 21 Sáb. Sto. Tomás, ap., y san Glicerio, ob. y mr.—(<i>Témpora</i> .) —(<i>Sol en capricornio</i> .—INVIerno.) | 1571.—Fallecimiento del insigne artista Juan de Juanes, uno de los pintores mas esclarecidos de su siglo. | 4.38 | 2.23 | |
| 7.09 | 4.49 | 22 Dom. <i>IV de Adviento</i> .—Stos. Demetrio y Honorato mrs. | 1808.—Napoleon I se dirige á Castilla al frente de un ejército. | 5.50 | 3.18 | |
| 7.09 | 4.50 | 23 Lún. Sta. Vitoria, vg. y mr. y san Sérvulo. ☽ Luna nueva, á las 8 h. y 59 m. de la noche. | 1735.—Incendio lamentable en el Real Alcázar de Madrid. | 6.55 | 4.20 | |
| 7.10 | 4.50 | 24 Márt. San Gregorio, pbro. y mr.—(<i>Abstinencia de carne</i> .) | 1553.—Muere el Santo fundador del hospital de Anton Martin. | 7.51 | 5.27 | |
| 7.10 | 4.51 | 25 Miér. † LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, el beato Pedro Mauricio, ab., y sta. Anastasia, vg. | 1496.—Bula de Alejandro VI en favor de la basilica ovetense, concediendo especiales privilegios. | 8.36 | 6.36 ⁿ | |
| 7.10 | 4.51 | 26 Juév. San Estéban, proto-mártir, y san Marino, mr. | 1836.—Derrota de los carlistas en las cercanias de la Cenia. | 9.14 | 7.42 | |
| 7.11 | 4.52 | 27 Viér. San Juan, ap. y evang., y sta. Nicerata, vg. y mr. | 1798.—Muere el Marqués de Monte-Hermoso, afamado pintor. | 9.45 | 8.45 | |
| 7.11 | 4.53 | 28 Sáb. La Degollacion de los Santos Inocentes. | 1866.—Célebre exposicion de diputados y senadores á Isabel II. | 10.13 | 9.46 | |
| 7.11 | 4.53 | 29 Dom. Sto. Tomás Cantuariense, arz. y mr., y stos. Trofimo, obispo, Gunderico, ob. y cf., y Ebrulfo, ab. y cf. | 1876.—Es sometido á los tribunales el ministerio griego Bulgaris, por decision de la Asamblea. | 10.37 | 10.44 | |
| 7.12 | 4.54 | 30 Lún. La Traslacion de Santiago, ap., y san Sabino, mr. | 1543.—Los españoles fundan la ciudad de la Serena, en Chile. | 11.01 | 11.41 | |
| 7.12 | 4.55 | 31 Márt. San Silvestre, p., y sta. Coloma, vg. y mr. ☽ Cuarto creciente, á la 1 h. y 32 m. de la tarde. | 1617.—Nace en Sevilla el incomparable pintor Bartolomé Esteban Murillo, honra y gloria de España y de su época, llamado universalmente <i>Pintor del Cielo</i> . | 11.24 | 12.37 | |

DICIEMBRE.



LA MUERTE DE LANUZA.

(20 DE DICIEMBRE DE 1591.)

I.

Con tus nieblas y tus vientos
Y tu sudario de nieve,
Que montes, llanos y valles
Entoldan, barren y envuelven;
Con tu penetrante frío,
Noches largas, soles breves,
Con tu reinado de sombras
En que la natura duerme,
Para el corazón y el mundo
Eres muy triste, Diciembre.
Contigo acaban los años,
Y eres símbolo de muerte:
Las flores de primavera,
Y del verano las mieses,
Y los pámpanos de otoño
Pasaron cual áuras leves,
Y cubriste cielo y tierra
De pardo manto solemne,
De tormentos y terrores;
Que eres muy triste, Diciembre.

Pero es más triste y amargo
A pechos aragoneses
Ver humillados los fueros
Por opresor insolente;
Mirar las plazas y calles
Tomadas de extraña hueste,
Que amenazadora, inmóvil,
Aun con los ojos ofende.
Son los tercios de Castilla,
Son andaluces jinetes,
Con sus picas y arcabuces,
Con sus lanzas y broqueles.
Y son españoles todos
Y Alonso Vargas su jefe...
Pues, si Aragón es España,
Esos soldados ¿qué quieren?
Ellos... nada. Hay otros valles,
Hay otros campos alegres,
Donde hijos, madres, esposas,
Acerbas lágrimas vierten,
Donde la tierra empapada
Con el sudor de sus frentes,
El hogar, el monte, el árbol,
Los recuerdos que no mueren,
Cuanto el corazón del hombre
Con lazos de amores prende,
Todo les grita: ¡volved!
Y ellos sufren y no vuelven.

Que el rey Filipo segundo
Entrañas de roca tiene,
Y su voluntad alcanza
A uno y otro continente.
Severo, intratable, astuto,
Oye, reflexiona, inquiere,
Los hilos de vasta urdimbre
Hábil palaciego teje,
Y el inesperado rayo
Lanza luego de repente.
Y este monarca en su pecho
Fiera tempestad revuelve
Contra el que fué en otros días
Su ministro y confidente,
Su puñal contra Escobedo,
Su valido Antonio Perez.
Mas Perez huyó la cárcel
Tras tormento de cordeles,
Y ha buscado en Zaragoza
Fueros, libertad y leyes.
Y los encontró: y en vano
Del Rey la cólera hierve,
En vano pide al Justicia
Que el fugitivo le entregue.
Huye el perseguido á Francia,
La ira de Filipo crece,
Lo que fué razón y fuero
Llama oposición rebelde,
Vargas entra en Zaragoza
Tras de lucha floja y breve,
Y aunque humano y generoso,
Y aunque tal rigor le pese,
Cumple del Rey el mandato
Y al noble Justicia prende.
Que en carta de mano propia
Ese Rey así le advierte:
—Al Justicia de Aragón
Aprisionad muy en breve,
Como traidor pregonadle,
Que el verdugo lo degüelle,
Y que su prision yo sepa
Tan pronto como su muerte.

II.

Ya la prision del Justicia
Y el desafuero de Vargas
Publican por Zaragoza
Las cien lenguas de la Fama.
Dicen unos que muy pronto

La verdad brillará clara
 Y tornará el prisionero
 Libre y honrado á su casa.
 Otros que á Madrid lo llevan
 Entre arcabuces y lanzas,
 Donde será procesado
 Segun la ley castellana:
 Y contra opiniones tales
 Quien asegure no falta,
 Con voz trémula de ira
 Y ojos que centellas lanzan,
 Que en patíbulo afrentoso
 Al duro golpe del hacha
 Caerá del tronco robusto
 La cabeza separada,
 Y que morirán con ella
 Fuero y libertades santas.
 Pues ceñudo el rey Filipo
 Rebeldes traidores llama
 A cuantos límite ponen
 A su voluntad tirana,
 Y sólo juzga leales
 Los que ante sus piés se arrastran.
 Tales voces corren, vuelan,
 Por la ciudad se derraman,
 Giran como raudos vientos
 Por templos, calles y plazas,
 Y en la espesa muchedumbre
 Fiera agitacion levantan.
 Hondo rumor, gritos roncós,
 Maldiciones y amenazas
 Y algun indignado acero
 Que desenvainó la saña,
 Relámpagos son y nuncios
 De la próxima borrasca.
 Es el Coso un ancho rio,
 Revuelto mar Santa Engracia,
 El Puente, el Pilar, la Seo
 Volcanes de hirvientes lavas.
 Mas cuando á vista de todos
 Y en medio de hueste armada
 En la plaza del Mercado
 Vil cadalso se levanta,
 No hay corazon que no gima,
 Ni ojos que no broten llamas,
 Ni frente do la vergüenza
 No grave purpúrea marca,
 Ni manos sin que en el cinto
 Convulsas busquen la espada.
 Y la densa muchedumbre
 Ansiando tomar las armas,
 En remolinos confusos
 Ya se divide y aclara,
 Deja mudos y desiertos
 Atrios, pórticos y plazas,
 Y por las calles se pierde
 Y desaparece en las casas,
 Como se va de ancho rio
 Por cien exclusas el agua.

En vano: del rey Filipo
 Es ya la nobleza esclava,
 La nobleza de Aragon,
 De sus glorias olvidada.
 Ella á los regios mensajes
 Que los pechos exploraban,
 Há pocos, muy pocos dias
 Con bajeza contestaba:
 «Que era su dicha y su gloria
 Servir en todo al Monarca,
 Hijos, libertad, caudales
 Ofreciéndole á sus plantas.»

¿Qué hará el pueblo? Su conciencia
 Le grita: «corre á las armas.»
 Pero á quien la muerte afronta
 Por la libertad sagrada,
 Al asir con noble mano
 El arcabuz ó la lanza,
 La esposa, los tiernos hijos,
 La vieja madre, la hermana,
 Llorando lágrimas tristes
 Le dicen todos: *no salgas.*
 No salieron, no; aquel dia,
 Funesto para la patria,
 Dejasteis, aragoneses,
 Vuestra deshonra firmada.
 Ya no hay Jaimes, no hay Alfonsos,
 Duermen en sus tumbas santas:
 Otros soles de alta gloria
 Brillarán con lumbre clara;
 Mas en tanto... afrenta y luto
 Y vil servidumbre amarga.
 La fuerza rige los cuerpos
 Y la Inquisicion las almas;
 El Justicia está en la cárcel
 Y el patíbulo en la plaza.

III.

No la ley, mas la venganza
 De implacable sobrano,
 Alzó patíbulo infame
 En la plaza del Mercado.
 Viles tablones lo forman,
 Y lo cubren negros paños,
 Y oscuro tambien el cielo
 Parece estarlo mirando.
 Lo custodian ¡oh vergüenza!
 Manriques, Toledos, Brabos,
 Al frente de los que ahora
 Sayones son, no soldados.
 Sus banderas y las armas
 Que empuñan con duras manos,
 Italia y Flándes las vieron
 Al sol de gloria brillando,
 Viéronlas altivas siempre
 El frances y el africano;
 Que es su puesto la batalla,
 No las gradas del cadalso.
 Aquí están solas: el pueblo
 De tal escena apartado,
 Negó su presencia y ojos
 Al eterno asesinato.
 Eterno como la historia,
 Que lo conserva en sus fastos
 Para ejemplo de los libres
 Y mengua de los tiranos.

Siete campanadas lentas
 En alta torre vibraron:
 Las siete de la mañana
 Marca el reloj de San Pablo.
 Y á lo léjos aparece
 Fúnebre coche enlutado,
 Al que silenciosos cercan
 Alguaciles y soldados.
 Y entre el crujir de las armas
 Y el pisar de los caballos,
 A trechos el pregonero
 Alza el grito voceando:
 «Contra don Juan de Lanuza
 Esto el Rey ha decretado:
 Que de Justicia Mayor

Con él se termine el cargo :
 Que á prisiones reducido,
 Suba á público cadalso,
 En donde la vida pierda,
 Como traidor, degollado.»
 A nombre tan oprobioso,
 Al sentir baldon tamaño,
 Por la ventana del coche
 Asomó su rostro pálido,
 Y así clamó el de Lanuza :
 —«Traidor, no; desventurado.»
 Ya en el círculo de hierro
 Que ciñe y guarda el cadalso
 Entra la víctima insigne
 Y avanza con firme paso.
 Lástima infunde, que es jóven,
 Airoso, noble, gallardo,
 Y aún viste ropas de luto
 Por el muerto padre anciano.
 Es fama que al verlo entónces
 Los mismos guardias lloraron.
 Para él comienza la vida,
 Y ya con postrer abrazo
 El Padre Ibañez lo exhorta
 A morir como cristiano.
 Ya se arrodilla Lanuza
 Al firmamento mirando,

Ya recoge el rubio pelo,
 Ya se inclina sobre el tajo,
 Ya no hay quien allí respire,
 Ya el hacha baja silbando,
 Ya el alma de un pobre mártir
 Al libre cielo ha volado,
 Y en fúnebres sonos doblan
 Las campanas de San Pablo.
 Vé en paz, víctima inocente :
 Vé en paz, caballero honrado,
 Donde te espera Padilla,
 Donde te espera Juan Brabo,
 Con Odon el mallorquino
 Y Sorolla el valenciano.
 Ya no existen comuneros,
 Ni existen agermanados ;
 Ya Zaragoza contempla
 En cada plaza un cadalso,
 Donde los heroes sucumben
 Que por los fueros lidiaron ;
 Pero su vertida sangre
 Fecundizó en nuestros campos
 De la libertad bendita
 Eterno y pomposo el árbol.

NARCISO CAMPILLO.

PRINCIPALES ÓRDENES CIVILES Y MILITARES DEL MUNDO.

CONCLUSION.

PORTUGAL.

- Orden de *Cristo*, fundada por el rey Denis, en 1317;
- de *San Benito de Ariz*, por Alfonso I, en 1162;
- de *Santiago de la Espada*, por Alfonso I, en 1177;
- de la *Torre y Espada*, por Alfonso V, en 1459;
- de la *Concepcion de Villaviciosa*, por Juan VI, el 6 de Febrero de 1818;
- de *Santa Isabel* (para señoras), por el príncipe regente D. Juan de Braganza, el 4 de Noviembre de 1801.

PRUSIA.

- Orden del *Aguila Negra*, establecida por Federico I, el 18 de Enero de 1701;
- del *Aguila Roja*, por Jorge-Guillermo de Brandebourg, en 1705;
- del *Mérito militar*. † por el príncipe Cárlos-Emilio,
- del *Mérito civil*. † en 1665.
- de la *Corona*, por Guillermo I, el 18 de Octubre de 1861;
- de la *Cruz de Hierro*, por Federico-Guillermo III, el 10 de Marzo de 1813;
- de *Luisa* (para señoras), por Federico-Guillermo III, el 3 de Agosto de 1814.

RUSIA.

- Orden de *San Andrés*, fundada por el Czar Pedro I el Grande, en 11 de Diciembre de 1698;
- de *San Alejandro de Neuski*. . . † por Pedro I, en 1714
- de *Santa Catalina* (para señoras.) † y 1722.
- de *San Jorge*, por la emperatriz Catalina II, el 7 de Diciembre de 1769.
- de *San Wladamiro*, por Catalina II, en 4 de Octubre de 1782.

Existen ademas las antiguas órdenes de Polonia del *Aguila Blanca* y de *San Estanislao*.

SANTA SEDE.

- Orden del *Santo Sepulcro*, contemporánea de la de *San Juan de Jerusalem*;

Orden de *Cristo*. (Véase PORTUGAL.)

- de *San Gregorio el Grande*, creada por Gregorio XVI, el 1.º de Setiembre de 1831;
- de *San Silvestre*, por Gregorio XVI, el 31 de Octubre de 1841, en sustitucion de la antiquísima de la *Espuela de Oro*.
- de *Pio IX*, por el actual Pontífice, el 17 de Junio de 1847.

SAJONIA.

- Orden de la *Corona de Calle* (*Rautenkrona*), establecida por Federico-Augusto I, el 20 de Julio de 1807;
- de *San Enrique* (militar), por el elector Federico-Augusto II, el 7 de Octubre de 1736;
- de *Mérito*, por el rey Federico-Augusto I, en 1815;
- de *Sidonia* (para señoras), por el rey Juan, el 14 de Marzo de 1871.

SUECIA Y NORUEGA.

- Orden del *Serafin* (cordon azul), instituida por Ladislao I, el Grande, en 1260;
- de la *Estrella Negra* (cordon negro), por Federico I, el 28 de Abril de 1748;
- de *Wasa* (cordon verde), por Gustavo III, en 1772;
- de *Cárlos XIII*, por el rey del mismo nombre, en 1811;
- de *San Ofaf*, por Oscar I, en 21 de Agosto de 1847.

TURQUÍA.

- Orden de la *Gloria*, creada por Mahmud II, en 1831;
- de *Medjidié*, por Abdul-Medjid, en 1852;
- de *Osmanié*, por Abdul-Aziz, en 1861.

NOTA IMPORTANTE.—Existen ademas, entre otras Órdenes que no citamos por falta de espacio, las siguientes: del *Sol de Oro*, en Birmania; del *Dragon*, en China; de *Santa Rosa*, en Honduras; de *San Juan*, en Nicaragua; del *Sol y del Leon*, en Persia; del *Elefante Blanco*, en Siam; del *Mérito*, en Paraguay; del *Busto de Bolivar*, en Venezuela; etc.

EL INVIERNO.

CRÓQUIS Y RECUERDOS.



LA NIEVE.

Pasó la primavera con sus rosas.
 Pasó el verano con sus espigas.
 Pasó el otoño con sus racimos.
 Hé aquí el invierno con sus nieves.
 Porque nada caracteriza al invierno como la nieve, aún cuando haya inviernos sin nevadas.
 La nieve en España es sólo un tema para los poetas.
 «Ella era un ampo de nieve.»
 «Como la nieve secular que corona los Alpes era inmaculada su inocencia.»
 «Su alma era también fría como los fríos vellones de una nevada...»
 Hay poetas cuyas poesías son neveras; poetas—como ciertos toreros—de invierno.

En el norte de Europa la nieve es la madre de las cosechas. Ella fecunda los campos, penetrando lentamente con su esponjosa humedad hasta el corazón de las semillas y hasta la más lejana raíz del arbusto. Destruye inmensos hormigueros de insectos dañinos. Impide que las heladas endurezcan la tierra, y abriga, en fin, á la naturaleza con espléndido manto de armiño.

¿Habeis estado en Suiza?

¿Habeis visto sus ventisqueros?

Habréis subido entonces á la cumbre de alguna montaña para contemplar aquellos lagos de nieve que se alargan entre montes, entre musgos de color esmeralda y entre fantásticos pinos.

El cristal de estos lagos no es una planicie; se forma de infinitas pirámides de hielo, es un mar de estalacnitas; un mar cuyas ondas parecen haberse cristalizado en el momento en que una tempestad las agitaba.

Cuando el sol aparece, la nevera humea; la luz se descompone produciendo relámpagos de colores, y los ojos se cierran deslumbrados y doloridos.

Pero los países del invierno y de la nieve son las regiones polares.

Allí la tierra es hielo; el piso, una perpétua alfombra de reciente nieve; el cielo es gris; los árboles, disformes esqueletos cristalizados; los edificios, barracas con techos de estalactitas, y los hombres, vestidos de pieles, osos con rostro humano.

Muchas veces, formando contraste singular con la blancura de la nieve, ensangrientan el espacio las llamas de la aurora boreal.

Es que el aire glacial en los polos está cargado de electricidad, como el corazón de muchas mujeres impasibles, blancas y rubias, está lleno de pasiones.

Allí las flores son pálidas y no tienen aromas.

Allí las frutas son insípidas y no sazonan jamás.

Allí no llegan á su completo desarrollo los animales terrestres, ni el hombre mismo.

Sólo bajo las aguas aprisionadas por témpanos movibles y formidables se agitan colosales focas y ballenas.

Los hombres que hemos nacido en los países del sol nos preguntamos:

Y... ¿es posible vivir allí?...

Sí; es posible vivir.

Y... ¡ser dichoso!...

Alguna vez Madrid aparece nevado.

¡Qué lindo está!... Parece un Madrid de esperma, como esos grupos que adornan los escaparates de las fábricas de bugías; parece una ciudad embalada con algodones, dispuesta para ser trasladada sin deterioro dentro de un cajón, á mejor sitio.

Los que vivís en el centro de la ciudad no gozáis de este espectáculo en toda su belleza. En el interior la nieve no cuaja. Los barrenderos la deshacen á escobazos; sólo gozáis al ver que un transeunte resbala en el hielo y cae haciendo ridículas piruetas sobre las losas de la calle.

Para los que ¡vivimos en casas desde las cuales se puede ver el campo, Madrid es más bonito aún.

Sobre el fondo de un cielo, que parece de cristal raspado, flotan los copos de nieve como bandadas de mariposas; los árboles parecen de azúcar piedra, los edificios, acá y allá diseminados, tienen monteras de papel blanco, como las de los chicos de vocación militar; los balcones semejan canastillos de requeson; las cornisas se coronan de luminosos racimos de cristal y gotean el agua del deshielo.

A lo lejos, numerosos añicionados á la bella naturaleza corren sobre la nieve, alborotada y gozosamente, como alondras.

Y los chicos hacen grandes bolas de nieve, estatuas, castillos, arcos, trabajando afanosamente y entre gritos de alegría... ¡Como si todo ello no fuese nieve y al primer rayo de sol no hubiese de ser agua!

LOS DURMIENTES.

¡Si los pobres pudieran seguir, en invierno, el ejemplo de ciertos animales!

¡Si ellos pudieran, como el murciélago, como el lirón, como el tejón, como la marmota, como el erizo y como tantos otros, acurrucarse en el hueco de algún árbol, entre la maleza ó en el fondo de la tierra y esperar allí en profundo letargo la vuelta del calor, la estación de las flores, del amor y de la vida!...

¡Con qué cuidado, con qué primor á veces labran esos dormilones sus alcobas y las tapizan, como el pájaro su nido, de hojas, de plumas, de líquenes y de pajas!...

Apénas llegan los primeros fríos se enroscan con dulce voluptuosidad, diciendo:

—Dejemos al hombre crearse una atmósfera, y unos placeres y una vida artificial. El invierno es cruel, infectando, ingrato; ¡ea, durmamos!

Y se duermen. Y si por acaso algún campesino, al remover una siembra, se encuentra bajo un terrón al dur-

miente, le encuentra hecho un ovillo, con los ojos cerrados, inmóvil, rígido, insensible, como muerto.

Y no le mata, porque no puede creer que aquella bola es un organismo oxidado, un sér que sueña, como él, en tiempos mejores.

—
Pero el murciélago ni se acurruca ni se enrosca.

Ha discurrido una actitud especial para su largo sueño.

Parécese á esos trasnochadores perpétuos que se duermen á lo mejor en actitudes peligrosas ó ridículas.

Él se agarra con las uñas, y se cuelga de una alta viga en la bóveda ruinoso de un convento ó en el granero de un labrador. Diríase que es un funámbulo que prepara un salto á lo Leotard.

—
¿Dónde está aquel mundo de insectos que martirizaban nuestros oídos con la impertinente musiquilla de sus trompas ó de sus alas, ó que recreaban nuestros ojos con los brillantes colores de sus escamosos coseletes, cuando cubrían la tierra, se columpiaban en las ramas de los árboles y subían por los tallos de las hierbas y las mieses?...

La tierra y el aire estaban poblados de estos átomos de vida.

Hé aquí ya terminada ó interrumpida su deliciosa existencia.

Con la suave temperatura de la primavera, con las ardientes llamas del estío, su vida fué una bacanal de placeres. Engordaban con nuestras cosechas y hasta chupaban nuestra sangre, agujereándonos la piel con su envenenada trompetilla.

Hoy también duermen.

No les esperéis. Son como esos amigos indiferentes y egoístas que no van á visitaros en los días de lluvia y de nieve por no mancharse las botas ni gastarse una peseta en coche, y que sólo aparecen cuando el tiempo es sereno y benigno, y á las horas de comer.

LA CAZA DEL OSO.

Ningún cazador distinguido debe dejar que pase el invierno sin ilustrar su historia con los lances de una montería.

Y la más digna de un cazador perfecto es la del oso.

Yo ardía en deseos de probar mi esfuerzo en una cacería de este género. No pretendía como Nelson luchar con los osos á brazo partido, ni combatir á lanzazos con ellos, como los lapones.—Si encuentro un oso, le tumbaré—me decía—con un disparo de mi magnífico rifle.

—
El que elogia las montañas de Suiza no ha visto el Puerto de Pajares; Suiza tiene sus cumbres de eterna nieve; sus pinos, cuyas ramas parecen alas de un oscuro fantasma; sus arroyos, que son hilos de plata entre musgo; sus torrentes, que son trombas que se precipitan del cielo; sus vallecitos, que parecen esmeraldas caídas en la nieve... Pajares tiene todo esto, y tiene la belleza virgen, grandiosa y salvaje de la naturaleza en el primer día de la creación.

—Quédese V. detrás de este árbol, me dijo el director de la cacería... El oso debe cruzar por ese claro del bosque... Guarde V. silencio, porque el oso tiene tan perspicaces la vista y el oído como el olfato... Aquella debe ser su cueva... Y señalaba un socavado peñón.

Me puse detrás del árbol y esperé.

De pronto oí á mi espalda un ronco gruñido, acompañado de un crujir de dientes... Helóseme la sangre en las venas.

Volví los ojos y miré.

Era en efecto un oso... y formidable; estaba en su completo desarrollo; tendría cuatro pies de altura. Su cuerpo era abultado. Algo parecida la cabeza á la de un enorme perro, y ancha en la parte superior. Las orejas cortas y tiesas. Cortos y musculosos, como los del hombre, los brazos. Largas las manos; largos los pies; gruesos los apretados dedos de disformes uñas negras, que parecían garfios de forjado hierro. Así era... ó así debía ser. El pelo era oscuro, espesísimo y lanudo.

El oso estaba detrás de mí á diez pasos de distancia.

Se puso de pie, y sin moverse de su sitio me tendió los brazos.

Me decía que deseaba abrazarme.

Este es el momento en que, según los inteligentes, debe tirarsele.

Me volví y, casi sin apuntarle, disparé los dos tiros de mi rifle.

El oso se tambaleó como un hombre borracho, y luego siempre de pie, se dirigió hacia mí.

Tiré del cuchillo de monte y me preparé á recibirle.

—
Pero... ¿saben VV. lo que es un oso enfurecido?...

La muerte; la muerte de semblante más fiero, cruel y espantoso se me venía encima.

El oso había crecido y parecía un elefante.

No sé por qué extraño poder, cuando el oso llegó al pie del árbol, estaba yo en la copa.

Me creí en salvo. No recordé que los osos también saben gimnasia.

El oso empezó á trepar por el árbol.

Yo subí hasta montarme en la rama más alta. En una rama que casi no podía sostener á un jilguero.

El oso seguía trepando.

Llevé á mis labios el cuerno de caza y toqué.

Varios de mis compañeros aparecieron entre la maleza.

Fué aquel un momento de suprema angustia.

Van á tirar al oso—me dije—¡y me van á dar á mí!

Pero en aquel momento faltáronle las fuerzas al oso ya casi desangrado, y se desplomó desde el árbol en tierra.

Mi triunfo era efectivo, aunque no brillante.

Sobre la alfombra de mi cuarto de cazador está la piel de la fiera, y cuando la miro, y recuerdo el trance en que me vi, me parece la mía propia.

LA CHIMENEA.

¡Traedme la bata, las pantuflas y el gorro! ¡Mi bata de ramos, mis pantuflas de *renard* y mi gorro de borlon azul que envidiaría el Gran Turco!...

Echad al fuego un cogedor de cok para que la lumbre chisporrotee lanzando estrellas de colores. ¡Cómo huyen las chispas por el negro tubo del hornillo! ¡Parecen almas que suben al cielo!

Hé aquí una chispa que ha nacido de la roja grieta de un carbon, que vuela como un insecto de luz, y que, trazando círculos de oro, viene á morir sobre la alfombra, deshaciéndose, al tocarla, en polvo de brillantes. Ha nacido, ha vivido y ha muerto en un instante una vida agitadísima de pasión y de luz. ¡Así nacen y viven y mueren la belleza y el genio!

Desde mi butaca, tras los vidrios del balcón contemplo los nevados montes, los desnudos árboles, y el campo desierto.

Entre la nieve, por borradas veredas, sigo las huellas de algún caminante.

Algún soldado...

Alguna pobre mujer que lleva en brazos á su niño...

Algún pordiosero...

¿Cuándo llegarán esos infelices á la puerta de un hogar donde haya lumbre?

¿Cuándo al golpe de la aldaba, movida por mano yerta, contestará una voz: «¡Entrad y calentaos!»?

Pero al fin él pobre es recibido en el hogar del labrador. ¡Envidiables, sibaritas!

Sobre los hornillos colosales de hierro torcido descansa, en grandes pedazos, árbol enorme; las llamas suben lamiendo la oscura pared y dibujándose sobre ella como una enredadera de hojas de fuego; las ascuas parecen bullir en el fondo de la hoguera, como oro líquido; las losas del hogar blanquean, abrasadas por el rescoldo; el chisporroteo de los troncos truena como los estallidos de un incendio; toda la habitación resplandece, y sobre el blanco de la pared los hombres y los objetos proyectan grandes y movibles sombras...

Se forma extenso círculo, y se habla, y se canta, y se baila, y se trabaja, y se duerme... mientras el viento golpea en los vidrios de las ventanas y mientras cae la nieve ó la lluvia. El cura habla de sus galgos, de su jaco, de su escopeta y de religion; el boticario recuerda los enfermos que han matado entre él y el médico; el alcalde amenaza á los contribuyentes con retirarse de la vida pública, y el maestro de escuela dirige melancólicas miradas á las cuerdas de longaniza que cuelgan de retorcidos garfios en la campana de la chimenea.

¡Inmensos hogares, dignos del invierno!... ¡Vosotros conserváis aún la ceniza de las veladas de la Edad Media! ¡Sobre vuestras losas se han hecho humo los siglos! ¡Alguna vez he descansado junto á vosotros, y si al dormitar me desvelaban extraños ruidos, creía ver entrar en aquel recinto, con regocijador estrépito, monteros, escuderos y gente de guerra, de vuelta de caza, con algun venado, traído á cuelga en poderosa rama, entre dos y á hombro, precedido de la jauria y seguido de los villanos!

En estos *cursis* fogoncillos de mármol de nuestras casas de carton apenas si el calor de la lumbre nos llega á la punta de la nariz. También aquí se reúne la sociedad civilizada y culta, y se cose, y se borda, y se toca el piano, y se discurre, y se juega el dinero y se murmura y se duerme.

Pero ¡cuán distintas visiones nos forjamos al escuchar inopinados ruidos!... La cuenta de la modista, el recibo del casero, el auto de embargo, las felicitaciones de los dependientes de la limpieza pública, del sereno y de la ronda subterránea.

¡Visiones antipoéticas y que dan frío!

Delante de la chimenea me pregunto siempre: ¿Estará habitado el fuego?

Mirando una gota de agua con el microscopio vemos que está llena de vivientes. Si fuera posible examinar una chispa de fuego con un lente de infinita potencia aumentativa, acaso viéramos que esa chispa es un mundo de hombres-salamandras.

¿Comprenderíais la existencia de los pájaros si no los viérais volar?

¡Quién sabe!...

LA CAPA Y EL PALETÓ.

La capa está en decadencia.

El paletó triunfa.

Todos nos vamos convenciendo de que la capa es una prenda de abrigo que no abriga. Es tan sólo un pretexto para no tener frío.

El hombre de sociedad necesita una prenda que le abrigue mucho y que abulte poco.

La capa no es una prenda de vestir, es una prenda para no vestirse.

No es prenda de invierno ni de verano, y lo es al mismo tiempo de verano y de invierno. Y es que la capa no tiene el deber de abrigar el cuerpo, sino de ocultar la persona. Es el manto del misterio, del pecado y del crimen. La llevan, hasta en la Canícula, los Tenorios para sus lances de amor y desafío; el jugador, temeroso de la justicia; el deudor, huyendo siempre del fantasma de su deuda.

Por eso en este país enamorado y aventurero la capa es una institución.

Aceptada como una prenda nacional y como propia y digna envoltura de todo buen español, la hemos dado mil usos sin relacion con su carácter. Nuestro ingenio, nuestra soltura y nuestra gracia españolas han hecho del manejo de la capa una ciencia. Ella es la improvisada alfombra que tendemos al pasar una hermosura; ó el castigo de un tonto, que manteamos; ó la nube en que inopinadamente y en caso grave desaparecemos. Ella es la primera envoltura del niño expósito; ella cubre el cadáver que la justicia ha de recoger en la calle, en la taberna ó en el garito. Puede servir de toldo en las tardes del verano y de cama en las noches de invierno. Ella, en fin, es el instrumento del arte más sublime, pues con capa se lidian los toros.

Es la capa tan española, que su decadencia es la decadencia de nuestro carácter, usos, costumbres é instituciones.

Nos afrancesamos y adoptamos el paletó. En la guerra de la Independencia vencimos á Napoleon tan completamente, que hasta le quitamos su *redingote*.

Con el paletó tenemos más calor; con la capa más patriotismo.

La capa es romántica y el paletó clásico.

El paletó no tiene los movimientos ondulatorios de la capa, ni sus emboques graciosos, expresivos y hasta elocuentes. Con el paletó no son posibles esos donaires, elegancias, suertes, rebujamientos, remolinos, pliegues, despliegues, remanguos, quiebros, boleos, espantos, acometidas ni demas irregularidades, gallardías y gentilezas á que se prestan, en infinita variedad de combinaciones, siete bien cortadas varas de paño.

El paletó es lacónico á manera de un inglés. No admite más juegos, quiebros, rebozos ni bizarrías que ponerse y quitarse.

Pero su deber es dar calor y lo da. Desforma el cuerpo, sin gracia; pero le temple y le hace amar el invierno y la vida.

Lleva, sin presumir de artes románticas, anchos y diferentes bolsillos para usos convenientes y sociales. Es un armario de paño; una papelería, un estanco, y á veces una despensa.

El paletó es una prenda esencialmente democrática. La distinción, la gracia, el aire personal desaparecen bajo él. Bajo él no hay más que un maniquí ruso, inglés, alemán, español ó chino.

Es, por lo tanto, útil, práctico, humanitario, igualitario. Tiene los caracteres del siglo.

Es también moral. Con él no hay misteriosa cita en la calle; ni encubrimiento de ofensa en sitio público; ni fuga fácil ni posible.

Hé aquí un hombre que entra en casa de un sastre y pide que le tome medida de un paletó.

¿Quién es?....

¿A qué preguntarlo? Es, sin duda, hombre poco afecto á teorías; sin más ilusiones que la de hacer dinero; honrado ante la ley; filántropo con su cuenta y razon, amante del orden legítimo y de la libertad verdadera.

Es, pues, digno representante de la clase media, que gobierna hoy la política y el mundo.

¡La clase del paletó!

Sin embargo, respecto de la moralidad del paletó tengo esta duda:

El casto José escapó de la seducción dejando la capa. Si hubiera llevado paletó, ¿qué hubiera sucedido?

La virtud de un varón justo depende muchas veces de su sastre.

El *gran paletó* es el paletó forrado de pieles.

Esta prenda, necesaria en Rusia, es poco útil en España. En Madrid, sin embargo, apénas hay elegante pretencioso, ex-ministro, consejero de Estado, banquero, título ó agente de bolsa que no la use.

En los tiempos primitivos la moda era parecer virtuoso.

En la Edad Media, parecer valiente.

A principios del siglo, parecer hombre de talento.

Hoy, parecer rico.

Y para tener fama de millonario, es preciso usar en invierno gaban de pieles.

EL PAVO.

¡Noche-buena, Noche-buena! Para el triste, solo y desamparado eres noche mala, noche mala!....

Tienes para el niño, tus lindos juguetes.

Para el jóven, tus cenas de amistad y de amores.

Para el hombre maduro, tus asambleas de familia.

Para el viejo.... Para el viejo tienes mucho placer y mucho dolor. ¡Qué triste es sentarse á presidir la mesa y recordar otras cenas ya pasadas! ¡Qué dulces son los besos de los alegres nietezuelos!

Y para todos, niños, jóvenes, hombres maduros y viejos, tienes la esperanza de la lotería y la realidad del pavo.

El pavo tiene dos aspectos, uno físico y otro moral: es un ave y una tradicion. Como tradicion se le concede un puesto de honor en los festines de Navidad; se le canta en las epopeyas y figura en la Historia.

Como ave, rompe el cascarron y echa á correr; gasta gorro frigio, y barba roja, y su traje es un figurin de alivio de luto; teme los reumas y las pulmonías; duerme encaramado y sobre una pata; come semillas, hierbas, frutas podridas y bellotas.... ¡festin de ermitaño!.... Es amable en las reuniones y cacareador en los *meetings*; aparatoso en sus amores y refidor en sus celos. Le irritan, como si fuese autor dramático, los silbidos: déjase guiar por un chicuelo, y recorre tieso y mudo, como viajero inglés, calles y plazas. No comprende mejor un músico los movimientos de la batuta, que interpreta él los de una varita. Diferénciase de las rosas en que no ama el rocío: y bien al contrario, de los seres racionales que no son casi nunca lo que parecen, él parece estúpido, y lo es. ¡Honor al pavo!

El pavo suele ser un obsequio de la amistad, ó la propina de la gratitud. ¡Y lo regalan vivo! ¡Horrible agasajo! ¡Regalo de muerte, digno de caníbales y de antropófagos!.... De antropófagos, sí, porque el pavo es hombre. Él ha tenido padres, esposa, hijos, amigos, ilusiones y esperanzas.... Si no ha sido hombre, pudo serlo. Le dieron á elegir, se equivocó, y pidió ser pavo. ¡El mundo está lleno de estas equivocaciones!....

¡Héle aquí sobre los blancos manteles, relleno de jamon y tocino, de manzana ó de trufas.

¡Tal ha sido siempre el fin del pavo!

EL BAILE DE MÁSCARAS.

Las altas lucernas arrojan esplendores vivísimos; parecen canastillos de oro que dejan caer sobre la muchedumbre, por entre juncos y mallas de cristal, una lluvia de fuego.

La luz resbala sobre aquel flujo y reflujo de olas vivientes; cabrillea, con chispazos de piedras preciosas, en un mar de colores.

Flotan las gasas, vuelan las plumas, centellean las lentejuelas. Se diría que hemos caído en el fondo de un lago de oro en ebullicion.

Me coloco debajo de la araña y espero. En confusion mareadora pasan delante de mí máscaras de vistosos disfraces.

Una me da en el rostro con su abanico de plumas de pavo real. Es una archiduquesa del siglo XVIII, vestida con un jardin tejido en seda; el rostro mal cubierto con blanco antifaz, los bucles empolvados, y sobre los bucles una enorme balumba de lazos, plumas y flores. Tiene salpicadas las mejillas de picantes lunares que sueñan con besos.

Al darme con el abanico en el rostro me dice:

—¿Esperas? sin duda...

—Espero.

—¿A mí?... quizás.

—Tu traje es el de la pretension ¡No es á tí á quien espero!

Otra máscara llega.

Trae, por engalanarse con primor, un pañuelo de Manila de larguissimos flecos, en cuyo fondo, del color de la noche, vuelan pájaros inverosímiles, se despliegan árboles desconocidos y se alzan palacios de imposible arquitectura. Un pañuelo pérsico de seda, con hilos de oro y franjas de colores, le cuelga en largo pico sobre la espalda y se anuda al desgaire sobre su relevante seno. Lleva, como pegados en la frente, grandes rizos en espiral, y, á manera de castillo, alto rodete. Su careta es de cera, de expresion provocativa.

—¿Me conoces?—me dice.

—Sí,—le digo.—¡Te he visto el otro dia llevando una piernecita de cera á la Virgen de la Paloma!...

Un dominó negro se me acerca y me mira. Es un borron de tinta. Lo desconocido, lo misterioso. Sólo descubre una mano de largos y finos dedos, cubierta de terso guante.

—¡Sigueme!—dice.

La ofrezco el brazo, le acepta; la pregunto, me responde. Conoce mi historia, mis gustos, mis secretos... ¡Me ama!

Salimos del salon. Llegamos á la calle. Acércase un carruaje. ¡Magnífica berlina! El cochero es grande como un rinoceronte; el lacayo muy pequeñito.

Parte el carruaje, y rueda y rueda largo tiempo. Párase al fin, abre la puerta el lacayo, y la máscara se coge de mi brazo otra vez.

El vestibulo está adornado de estatuas antiguas, tibores del Japon y macetas de plantas exóticas. Por la escalera de mármol se extiende una espléndida banda de alfombra. Desde lo alto del artesonado vierte su reposada luz un farol chinesco.

Criados de blasonada librea se inclinan á nuestro paso.

Un perro, que parece un oso en miniatura, se llega á saludarnos moviendo la cola.

Entramos en un precioso camarín. Está forrado de tapicería de los Gobelinos, que representa los amores de Angélica y Medoro. Maravillosas porcelanas del Retiro y de Sajonia; espejos venecianos, papeleras de ébano con incrustaciones de marfil, colgaduras y tapetes de antiguas telas valencianas y flamencas; cornucopias de altísimos copetes; vasos florentinos de oxidada plata; fiestas campestres de Terniers, mascaradas de Wateau, acuarelas de

Fortuny, aguas fuertes de Jaques... ¡La tradicion, el arte, lo exquisito!... ¡Me encuentro en el *boudoir* de la coqueta ilustrada!

En el centro del cuarto hay una mesa, y sobre los blancos manteles servicio para dos personas; corbellas de frutas y golosinas, candelabros y flores.

La chimenea está encendida, y la mesa junto al fuego.

Mi máscara se quita la careta.

Es una Vénus. Más aún; es la mujer soñada.

¿Qué goces fermentaban en la copa de ambrosía con que Júpiter brindaba en los festines olímpicos? ¡Aquella cena fué la copa de Júpiter!...

—¿Cuándo—me diréis—le ocurrió á V. esa aventura?

¡Ay! ¡Esa aventura es la esperanza que me ha llevado siempre á los bailes de máscaras!

¡Pero esa esperanza no se ha realizado jamás!

¡ACORDAOS!

¿Dónde vive el pobre en invierno?

Vive en oscuros sótanos, donde la luz es sólo una niebla brillante, ó en buhardillas de estrechos ventanucos, destejada techumbre y agrietadas paredes. Y peor aún, bajo algun cobertizo, casi al aire libre.

El obrero, para calentarse en invierno, tiene que trabajar. El movimiento, la actividad, dan calor al cuerpo.

Pero no todos los trabajos son tan violentos como es preciso para que activen la sangre; especialmente el trabajo de las mujeres y de los niños; y entonces el trabajo es el mayor tormento. Las manos se agarrotan; los dedos quedan rígidos, sin poder sostener los útiles necesarios para la obra; un temblor de terciana agita el cuerpo, y las sienes duelen como si recibieran alfilerazos.

El aliento, soplado en las manos, presta un instante dulce alivio; pero bien pronto las manos, humedecidas por el soplo, experimentan un enfriamiento mayor.

Los piés duelen como si hubieran sido apaleados.

Los dedos de las manos se quemán con el frío de la herramienta.

Entonces hay que dejar el trabajo y salir á la calle á calentarse... ¡Y eso que en la calle el aire corta, y llueve ó nieva!...

Pero dejar el trabajo es no comer aquel día, es el hambre de una familia. Hay, pues, que trabajar, helarse, si es preciso, hasta morir.

No busqueis un abrigo en esos dismantelados cuchitriles, porque no le encontraréis. Los muebles, las ropas, la cama, los jergones, la cobertura, han sido empeñados ó vendidos para comprar carbon. En un rincon del cuarto queda, sí, un monton de andrajos sobre un pedazo de estera; y sobre esta estera, y entre este monton de andrajos, aparecen las cabecitas contristadas de los hijos.

Ha sido quemado todo cuanto podia dar calor á la pobre familia: cuando ha faltado el carbon y el dinero, se han quemado las virutas recogidas á la puerta de alguna carpintería, ó los palos de una silla desvencijada; pedazos de periódicos recogidos en la calle, y trapos y recortaduras y pajas y serrin y todo cuanto puede arder y calentar.

Por la noche toda la familia se reúne en el rincon de los andrajos, aterida y silenciosa, como una pollada en el nido, y allí, convertidos en una masa de carne, comunican su natural calor hasta que esta ligera sensacion de bienestar se atenúa y desaparece con la temperatura de la madrugada, y entonces vuelve el frío; ese frío que traspasa las carnes y que llega hasta la médula de los huesos; el frío de la madrugada, el más horrible para el pobre, porque viene tras del hambre del día y en el insomnio de la noche.

¡Vosotros, los que teneis ropa y lumbre y buena cama y buen hogar, y amais el invierno como el domador ama á la fiera que él sabe dominar y vencer, acordaos de esos pobres sin ropa, sin fuego, sin vivienda quizás!

¡Acordaos!

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

SOLAR DE LA CASA DEL CID, EN BÚRGOS.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 100.)

En la nobilísima *Caput Castellæ*, no lejos de la puerta árabe de San Martín, existe un sencillo monumento cuyos modestos pilares señalan el sitio que ocupaba la casa donde nació, en 1026, el más ilustre caballero castellano: Rodrigo Díaz de Vivar, *el Cid*.

Sobre tosco basamento de mampostería gruesa elevase una pilastra de piedra, en medio de dos pequeños obeliscos; aquélla remata en un escudo heráldico, sin corona, y éstos sostienen las armas de Búrgos y las del *Cid Campeador*.

En el neto de la pilastra hay una mal redactada inscripcion, que dice así:

«En este sitio estuvo la casa y nació el 1026 Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador. Murió en Valencia en 1099, y fué trasladado su cuerpo al Monasterio de San Pedro de Cardeña, cerca de esta ciudad. Lo que, para perpétua memoria de tan esclarecido solar de un hijo suyo y héroe burgales, erigió sobre las antiguas ruinas este monumento el año 1784. Reinando Carlos III.»

Fuó construido por el arquitecto de la ciudad D. Manuel Campillo, costando la módica suma de 3.970 rs., y conviene advertir (dice el ilustrado autor de la *Guía de Búrgos*) que «las piedras que forman la basamenta son restos de la antigua casa del Cid, y un escudo muy estropeado que hay en el centro de aquélla, es el que estaba colocado sobre la puerta del mismo edificio.»

El Monasterio de Cardeña, sostuvo un litigio con el Ayuntamiento de la capital, sobre si habia de colocarse ó no, el escudo de armas del Cid en el solar de la casa, en que nació el insigne Rodrigo Díaz de Vivar; la Chancillería de Valladolid resolvió, en 1788, á favor del Municipio burgales.

HISTÓRICO CASTILLO DE MONTESA.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 106.)

Monton informe de ruinas es hoy este antiguo edificio, situado en un cerro de la sierra que separa el valle de Mogente del de Enguera, en la provincia de Valencia, y famoso por relacionarse con la gloriosa historia de la Orden militar que le dió nombre.

Créese que fué fundado en 1280, algunos años ántes que el pueblo, y su destruccion se debe á dos violentos terremotos.

«Un sábado (dice el distinguido escritor D. Juan Vilanova, describiendo sucintamente aquellos siniestros), que fué 23 de Marzo de 1748, despues de repetidas y furiosas lluvias, á las seis y cuarto de la mañana tembló el monte, segun relacion de un testigo presencial, siendo las vibraciones de N. á S.; continuaron éstas por algunos segundos, y desquiciando aquel soberbio edificio, se desplomaron las paredes, cayeron los techos y se levantó una espesa nube de polvo, que anunció la desgracia á los pueblos vecinos. El estrago mayor fué en la iglesia, por ser la última de las obras hácia el Sur, y sus ruinas enterraron á cuatro sacerdotes que celebraban, y á siete novicios que servian. Tambien perecieron el prior Frey D. José Ortells, el Dr. Frey Don Ignacio Oller, prior del convento de Alfama, y otros muchos; habiéndose salvado algunos milagrosamente, figurando entre estos D. José Ramirez, el cual apenas advirtió los vaivenes de la fábrica; se puso en el hueco de una ventana, de donde salió ileso despues de la tormenta, corriendo presuroso á socorrer á sus hermanos. Al mismo tiempo que el castillo se arruinó la ermita de los Santos en la Alcudicta, y se conmovieron varios edificios de los pueblos comarcanos. El día 2 de Abril se renovaron los temblores con increíble fuerza, pereciendo en Enguera bajo las ruinas de la iglesia el cura y el sacristan; continuando de tiempo en tiempo los terremotos.»

EL INVIERNO.

EL CUENTO DE LA ABUELITA.



PARA PIANO, POR D. T. FERNANDEZ GRAJAL.

Larghetto.

First system of musical notation. The treble clef staff begins with a melodic line featuring a slur over a series of eighth notes. The bass clef staff provides a harmonic accompaniment with chords and moving lines. A dynamic marking of *p* (piano) is present in the fourth measure.

Second system of musical notation. The treble clef staff continues the melodic line with various note values and slurs. The bass clef staff features a steady accompaniment of chords.

Third system of musical notation. The treble clef staff shows a melodic line with slurs and ties. The bass clef staff continues the accompaniment. A dynamic marking of *rall.* (rallentando) is placed at the end of the system.

Fourth system of musical notation. The treble clef staff features a melodic line with slurs. The bass clef staff has a steady accompaniment. A dynamic marking of *animado.* (animato) is placed in the middle of the system.

Fifth system of musical notation. The treble clef staff continues the melodic line. The bass clef staff features a steady accompaniment. Dynamic markings of *rall.* and *pp* (pianissimo) are present in the system.

Sixth system of musical notation. The treble clef staff features a melodic line with slurs and a dynamic marking of *8a* above the first measure. The bass clef staff continues the accompaniment.

8^a

This system contains the first two staves of music. The upper staff features a melodic line with a slur and an 8^a marking above it. The lower staff provides harmonic accompaniment with chords and moving lines.

rall.

This system contains the third and fourth staves. The upper staff continues the melodic line, and the lower staff has a 'rall.' marking with a hairpin indicating a deceleration in tempo.

This system contains the fifth and sixth staves. The upper staff has a melodic line with a slur, and the lower staff continues the accompaniment.

Allegretto.

pp

This system contains the seventh and eighth staves. The upper staff begins with a 'pp' dynamic marking. The tempo is marked as 'Allegretto'.

This system contains the ninth and tenth staves. The upper staff has a melodic line with a slur, and the lower staff continues the accompaniment.

cres - - cen

This system contains the eleventh and twelfth staves. The upper staff has a melodic line with a slur, and the lower staff continues the accompaniment. A 'cres - - cen' marking is present between the staves.

This page of musical notation consists of six systems of staves, each with a treble and bass clef. The key signature is B-flat major (two flats). The notation includes various musical elements such as notes, rests, slurs, and dynamic markings. The first system features a forte (*f*) dynamic and an *8^a* marking. The second system includes a *rall.* (rallentando) marking and a *1.º tempo.* (first tempo) instruction. The fifth system contains a *ritard.* (ritardando) marking. The notation is dense with melodic lines and accompaniment patterns.

Allegretto.

pp

eres - - - een - - - do.

I.^o tempo. pp

pp

The image displays a page of handwritten musical notation for piano, consisting of six systems of two staves each. The music is in a key with two flats (B-flat and E-flat) and a 3/4 time signature. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, slurs, and dynamic markings like 'p' and 'ppp'. There are also performance instructions like '8a' and '8a' with dashed lines indicating repeat or continuation. The piece concludes with a double bar line and a fermata.



EL AÑO CÓMICO DE 1876 Á 1877.

I.

El período dramático, cuya historia vamos á resumir en este artículo, no se ha distinguido ni por una extraordinaria vitalidad del ingenio nacional, ni por una originalidad más ó ménos feliz, pero visible y dominante en el conjunto de las obras destinadas á la escena, ni por la revelacion de un espíritu nuevo que nos haya hecho vislumbrar tendencia ninguna á abandonar los caminos trillados y á modificar los moldes usuales y comunes. El escaso movimiento del año cómico anterior se ha realizado dentro de las condiciones de la endémica medianía en que ha venido á caer la fiebre de renacimiento que invadió en el primer tercio del siglo á aquella insigne pléyade de escritores, de la que aún, por dicha, nos quedan ilustres veteranos.

Por punto general el númen de la escena no ha producido más que obras de fisonomía vulgar y de cansado mecanismo, dotadas de un atractivo apenas suficiente para satisfacer la curiosidad del momento: la comedia trascendental, la comedia destinada á seguir, á desentrañar, á poner de relieve las modificaciones del vicio, del ridículo, y de la vida moral, á través de las modificaciones sociales, no nos ha dejado ejemplo digno de colocarse en el número de las excepciones. En cambio se ha rendido tributo, y aún éste con mano avara, á esa literatura incolora que busca en los tipos ya creados, no en la observacion atenta y sagaz del momento actual, los elementos convencionales de su creacion, ó sustituye con un dogmatismo afectado y declamador la vida, el colorido y el movimiento de verdad, haciendo de los personajes que llevan el tema dominante de la composicion una familia de locuaces moralistas y de filósofos insoportables. Y sobre todo, los autores cómicos que ponen á su inteligencia productora por condiciones esenciales de su trabajo un génesis rapidísimo, y por consiguiente una forma abreviada de concepcion que excuse el ejercicio de las facultades del análisis y de la inventiva, han seguido recogiendo hasta el átomo más insignificante del ingenio frances. En este punto se ha desplegado una deplorable actividad: el ingenio aclimatador ha abastecido pródigamente los teatros menores, y ha podido destinar un sobrante respetable á aliviar la penuria de los coliseos principales.

El movimiento dramático del año cómico de 1876 á 77 puede, por consiguiente, definirse con esta frase paradójica: movimiento de la inmovilidad. El poema escénico se ha escrito como lo escribía la medianía de hace veinte años; esto es, como si se le hubiera roto desde aquella fecha el muelle real al reloj de los tiempos, como si las necesidades del espíritu fueran hoy las mismas que ayer, como si de Moratin á Breton hubiera un paso y de Breton á la incógnita una interminable legua manchega. Ha habido en lo que se refiere al poema consagrado á poner en accion el eterno conflicto de las pasiones humanas con la conciencia del bien, una que podríamos calificar de excepcion satisfactoria, si no pudiera definirse con más propiedad un llamamiento impremeditado hácia el porvenir hecho por un batallador con mucha razon descontento del nivel literario de sus tiempos, y resuelto á romper una lanza con el presente.

Después hablaremos de esa excepcion ó de ese impulso más instintivo, más valeroso, más á propósito para agitar el ambiente en una atmósfera enrarecida, que para señalar con mano segura la direccion del viento. Antes de entrar en estas apreciaciones, insistamos en el juicio general que hemos anticipado al comenzar este artículo: el poema dramático y la comedia de formas más ó ménos cultas han arrastrado una vida valetudinaria, incapaz de dejar la huella de una emocion profunda en el alma del espectador, ni en la tradicion gloriosa de nuestra literatura. El uno ha procurado ocultar su falta de nervio, de pasion, de savia regenerada y vigorosa bajo las galas de un lirismo opulento y caudaloso; la otra ha reproducido imágenes cansadas, cuadros manoseados de interior, moralejas de virtud anodina, cuando no se ha propuesto por toda base de concepcion prodigar de cualquier modo y á toda costa los estímulos de la risa, buscando por este medio el *dejemos pasar* del auditorio.

Tal ha sido, en conjunto, el producto del ingenio dramático durante el período á que nos referimos. Veamos ahora si al apreciar someramente las obras de los escritores que han encontrado en el público más lisonjera acogida, hay alguna excepcion digna de tomarse en cuenta, y si en el trabajo, bien escaso por cierto, realizado con mejor propósito que el de seguir las huellas de la medianía presuntuosa ó de la franca é inaprensiva vulgaridad, se descubre alguna tendencia, alguna nueva direccion del ingenio dignas de atencion y de estímulo.

II.

Y aquí se nos ocurre natural y preferentemente el nombre de D. José Echegaray, autor de dos obras escénicas que han obtenido éxito ruidoso y gran número de representaciones, siendo objeto de los juicios más contradictorios. Don José Echegaray es un poeta dramático surgido como por ensalmo en los últimos días de un período revolucionario: es más; como entidad política distinguida, el Sr. Echegaray es hijo de una revolucion. ¿No parece natural buscar en la filiacion del hombre político la manera de ser del escritor dramático? Se dice que el númen del Sr. Echegaray, ántes de entregarse á la notoriedad de la escena, ha atravesado una larga época de gestacion, ó quizá dirémos mejor, de expansion íntima y secreta. Así lo prueban, á nuestro juicio, algunos trabajos del autor. Pero de todas maneras, bien se vea en la direccion atrevida del ingenio dramático del Sr. Echegaray un ejemplo de la furia de innovacion que sorprende á ciertas inteligencias dotadas de iniciativa en los momentos de crisis de una sociedad; bien se vea en la poética especial de este escritor el resultado de una antigua y arraigada conviccion literaria, nacida en el silencio del gabinete y extraña á toda sobreexcitacion moral de extraordinaria naturaleza, el hecho es que en las obras escénicas de este escritor se revela patentemente el deseo de abandonar los trillados senderos del teatro actual y de llevar por delante, sin cobardes contemplaciones, los problemas trascendentales del momento en que vivimos.

Y en este punto el Sr. Echegaray no merece sino elo-

gios. Tiempo há que nuestra dramática viene á ser un reflejo de reflejos, un eco apagado y monótono de sonidos ya lejanos, una indefinida interinidad de la medianía estacionaria, resignada á producir para el olvido, y temerosa de frustrar un éxito pasajero si intenta cambiar la direccion rectilínea de su trabajo y levantar el sentido de su concepcion. El Sr. Echegaray, que, de paso y como verdad notoria sea dicho, no es una medianía, sino una inteligencia de alto abolengo, lo entiende de muy distinta manera: comprende que es llegado el caso de avivar los resortes del poema escénico; que es preciso, para sacudir el marasmo del sentido moral y del sentido artístico de nuestros días, infundir con el debate de altos problemas un espíritu más vigoroso á la composicion destinada al teatro. Estamos perfectamente de acuerdo con el Sr. Echegaray, y creemos que el aliento de batallador con que lleva al terreno práctico su idea de regeneracion, debe servir de ejemplo y de estímulo á nuestros autores dramáticos.

Pero la energía del impulso, alta cualidad del genio del Sr. Echegaray, y no por cierto la única que se revela en sus obras, no viene, hasta aquí, acompañada de otras circunstancias sin las cuales, por más que de ellas le excuse el entusiasmo incondicional de sus admiradores, no se elevará nunca á las concepciones del verdadero arte. Más de una vez hemos señalado y discutido la falta de estas condiciones esenciales, llevados de un amor á la belleza y á la verdad perfectamente abstraído de los clamoreos apasionados del momento: nos limitaremos en esta revista retrospectiva á indicar de pasada, y con perdon de sus fervorosos amigos lo que le falta, á nuestro juicio, al autor de *Cómo empieza y cómo acaba* y *O Locura ó santidad*, para ser un ingenio dramático excelente y vividero. Y ante todo observaremos que tiene para el oficio un gran enemigo en una de las excelencias más notorias de su entendimiento; el cálculo le extravía; es un cerebro de matemático con grandes ramificaciones de poeta. El Sr. Echegaray, al concebir la idea de sus dramas, plantea en su imaginacion un problema y va derecho á la solucion, aunque para llegar á ella le sea preciso pasar por una serie de guarismos de valor ficticio. Ejemplo de esta afirmacion: en el drama *O Locura ó santidad* personifica una virtud austera, inflexible, apremiada á abdicar en presencia de un gran interes humano, y lo que es más, de un sentimiento imperioso de la naturaleza. ¿Cómo se resolverá este conflicto? Triunfará la virtud, pero encontrará la calumnia y el martirio en el sagrado de sus más íntimos afectos.

Planteado y resuelto de este modo *in mente* el problema moral, el Sr. Echegaray lo lleva por delante sobre la escena, sin mirar si su modelo de virtud se parece más á una abstraccion que á una personificacion suficientemente dotada de fibras humanas, y sin curarse de que los personajes que labran los míseros destinos de la víctima, los unos por la fuerza bruta del error grosero, los otros por la inercia inopinada del sentimiento, no piensan, ni obran, ni sienten como deben pensar, obrar y sentir, sino como le place y le conviene al autor del drama para los efectos de su combinacion.

Y es que en las obras del Sr. Echegaray no se ve nunca la ilacion lógica y el calor natural de los afectos. Por lo común, el sentimiento se traduce en los personajes dramáticos de este escritor por convulsiones y paroxismos extremos, á veces vigorosísimos, como el que sirve de desenlace á *La Esposa del vengador*. Desprovisto ú olvidado de la facultad de seguir paso á paso el movimiento natural de las pasiones, y de llegar á lo terrible ó á lo patético, no por sacudimientos extremos y excepcionales, sino por procedimientos lógicos de naturaleza, el Sr. Echegaray deja en sus obras un vacío mal cubierto con los brillantes rasgos de su fantasia y los recursos violentos de una mal castigada inventiva. Faltando la expresion animada y natural de los afectos, los personajes del Sr. Echegaray resultan más sentenciosos y enfáticos que animados del verdadero

calor del sentimiento, y en vez de producir situaciones dramáticas, producen por lo comun situaciones teatrales. El amañado desenlace de *En el puño de la espada* es un golpe teatral; de la misma manera se puede calificar la violenta solucion del drama *O Locura ó santidad*, concebida con perfecto olvido de todo procedimiento de humanidad, y teatral sería también si no se descubriera ante todo en ella una inventiva candorosa que contrasta con la antipática seriedad del asunto, el inexplicable final de *Cómo empieza y cómo acaba*.

¿Quiere esto decir que el autor de *En el puño de la espada*, de *O Locura ó santidad* y de *Cómo empieza y cómo acaba*, no sea un escritor de grandes facultades? No; esto quiere decir que las grandes facultades del Sr. Echegaray, empeñadas en el falso sendero por donde las empuja el favor de *presente* de sus amigos, confunde la combinacion trabajosa con el curso natural y verosímil de la accion, el movimiento aparatoso y deslumbrador con el desarrollo perseverante de la pasion, y el golpe de teatro con la situacion dramática.

Pero, ya lo hemos dicho, el Sr. Echegaray ha tenido el arrojo feliz de arrojar la piedra en las aguas dormidas de nuestra literatura escénica, y los escritores de aliento deben imitarle en una que nos parece esencial cualidad de su talento; deben imitarle en el arrojado propósito de no retroceder ante el problema.

Y aquí, por natural sucesion de ideas, se nos viene á las mientes el autor de *Luchas de amor*, leyenda dramática representada por primera vez en el mismo teatro Español. En honor de la verdad, el autor de esta composicion escénica, bellísima como creacion literaria, mediana como poema dramático, habia enseñado el camino por donde despues se ha lanzado con un ímpetu, no sabemos hasta qué punto regible, el Sr. Echegaray. En su drama *No hay buen fin por mal camino*, estrenado hace algunos años en el teatro de Apolo, el Sr. D. Mariano Catalina se propuso, con intento afortunado, rejuvenecer la sávia de nuestra dramática, vaciando en los moldes de Lope y Calderon una tésis moral de oportuna actualidad. Quizá el señor Catalina no se atrevió á llevar hasta sus últimas consecuencias la lógica terrible de aquel poema. Los entendidos creyeron adivinarlas y aplaudieron con vehemencia á su autor, no sólo por la proyeccion atrevida de su concepcion dramática, sino también por lo que en ella vieron de *non nato* ó de mutilado en aras de la susceptibilidad vidriosa que suele servir de norma de criterio al público ménos vulgar de nuestros días. ¿Por qué no ha seguido el Sr. Catalina la senda que parecia haberse trazado al concebir este drama? *Luchas de amor* es un tributo inesperadamente rendido á la musa enervada que, bajo un atavio más ó ménos opulento, impera generalmente en nuestra escena. Es una caida tanto ménos disculpable cuanto que se ha realizado con perfecto conocimiento de causa y por intento deliberado del autor. Una gran equivocacion del Sr. Catalina nos hubiera parecido preferible á su atildada leyenda dramática, porque nos hubiera demostrado que seguia desenvolviendo sus facultades en el sentido más elevado de su ingenio. Sin embargo, el autor de *No hay buen fin por mal camino* es un poeta jóven y no ha llegado á la evolucion definitiva de su talento poético. Vacila entre el drama sentimental de cauta y acompasada andadura y el drama de pasion, de movimiento vigoroso y de energética pulsacion moral. Si no fuera más que suficiente el criterio del Sr. Catalina para fijar entre estas dos direcciones de su ingenio la que ha de consolidar su reputacion de escritor dramático, la impresion que produjo la obra que acabamos de mencionar, comparada con el éxito literario de *El Tasso* y *Luchas de amor*, sería ya de por sí una significativa norma de conducta.

El Sr. D. Mariano Catalina ha sido, pues, en la temporada dramática de que venimos hablando, una decepcion pasajera: pasajera decimos, porque nos damos á entender

que el éxito de su última obra ha de inducirle á abandonar la afeminada corte de la musa sentimental, para volver armado de todas armas á la candente arena de la lucha.

Otro escritor, que tantea con gran instinto, y no sólo con gran instinto, sino con aptitudes artísticas muy dignas de atención, el escabroso terreno de la escena, es el autor de *La Torre de Talavera*, drama en un acto representado con éxito satisfactorio en el teatro Español. El Sr. Sellés posee, á juzgar por una producción primera, y esa de cortas dimensiones, una condición fundamental para las obras de imaginación, cual es el sentimiento, y una cualidad artística de gran importancia, como es la unidad. *La Torre de Talavera* es el ensayo brillante de un ingenio subordinado á las reglas del buen gusto, y que considera, á lo que parece, la verdad embellecida como excelencia suprema del poema escénico. Sin embargo, dicho se está que el señor Sellés, neófito iluminado en el arte de Calderon, autor aplaudido en una primera producción de cortas dimensiones, necesita dar más alto vuelo á su ingenio y emplear sus facultades en obras de más largo aliento que la que ha servido, con justo aplauso del público, de compendio y resumen de sus facultades nada comunes. No negamos la oportunidad del drama basado en la historia; no rechazamos ningún género de composición dramática, á condición de que tienda, en términos absolutos, á realizar un ideal ó á herir la fibra de vibración actual con tal arte y con tan hondo sentimiento de humanidad, que tenga á través de los tiempos duradera repercusión. No sabemos si la primera obra del Sr. Sellés marca una afición decisiva á basar en la historia la creación escénica. Si es así, Shakespeare, Schiller, Corneille y nuestros grandes escritores del siglo XVII, le enseñarán de qué modo un poeta puede ser perpétuamente actual manejando figuras, sucesos y pasiones que han hecho su revolución en un punto del tiempo y del espacio.

A otro escritor de los que han tomado parte en la campaña teatral del año cómico anterior, conviene también recomendar el estudio de los grandes dramáticos que han buscado generalmente en la historia el asunto de sus producciones escénicas. El Sr. D. Márcos Zapata, autor de otra composición en dos actos estrenada en el mismo coliseo, es un poeta dotado de notables facultades, y evidentemente inclinado al género de composición de que venimos hablando. Pero el Sr. Zapata abusa de la exuberancia de su inspiración lírica y atiende más á la brillantez y á la novedad de la imagen, al ritmo unas veces majestuoso, otras fácil y flexible de la versificación, y, por decirlo de una vez, á la forma y á la entonación poética, que al interés de la acción dramática y á la natural expresión del sentimiento. El Sr. Zapata pertenece al número no escaso de los escritores españoles que necesitarían invertir el sobrante de un lirismo, raras veces disculpable en las obras destinadas á la escena, en el cultivo de otras cualidades más esenciales para crear el drama. Pero al juzgar á escritores como el Sr. Zapata no se puede ser pesimista; ¿quién sabe si bajo la brillante, matizada y casi siempre varonil vestidura del número que le inspira, cobija la llama fecunda que se creyó entrever en *La Capilla de Lanuza*? Su última producción, *El Solitario de Yuste*, no es todavía, ni mucho menos, una señalada evolución de su espíritu creador; pero guardémonos de pronunciar fallo decisivo.

De los demás autores dramáticos que han llevado alguna obra á la escena durante el período de 1876 á 1877, hemos de decir brevísimas palabras. Alguno de ellos, como el eminente poeta D. José Zorrilla, autor de la producción escénica titulada *Pilatos*, parece que haya buscado en el teatro Español la ocasión solemne de patentizar una decadencia acompañada todavía de los mágicos esplendores de su genio poético. Otros no han hecho más que defraudar esperanzas fundadas en las facultades que desplegaron en sus primeras obras, ó producir, con visible abdicación de su talento, en alguno de ellos capaz de más gallardas em-

presas, dentro de las condiciones de esa desconsoladora medianía que parece resignada á no esforzar el vuelo terrero de sus inspiraciones, desconociendo la necesidad de regenerar la savia de nuestra literatura escénica. No entra, ciertamente, en el número de estos cultivadores del arte inalterable y consuetudinario el autor de una producción de cortas dimensiones estrenada por la eminente actriz Carolina Civili en el teatro de Novedades. A juzgar por la obra á que nos referimos, D. José Fernández Bremon posee un resorte que puede servirle de seguro contra la estéril afectación poética y la falta de nervio de nuestra dramática usual y corriente, y este resorte es el sentimiento, sin cuya guía constante no es posible llegar en el poema dramático á la verdadera belleza. *Dos hijos* no tiene otra cualidad, ó por mejor decir, tiene la que las suple todas. Su acción es sencillísima, y hasta se ha dicho, ó hemos creído recordar vagamente, que se parece á la de otra producción. Pero eso mismo probaría su mérito. Si la originalidad en las obras de la escena consistiera en inventar asuntos y situaciones nuevas en sucesión infinita, pronto se llegaría á la extravagancia y al delirio. Esa originalidad, así considerada, sería imposible. Nada hay nuevo en el teatro, que tiene por objeto reproducir la eterna lucha de las pasiones y de los sentimientos de la naturaleza. ¿Quién puede llamarse primer engendrador de una idea ó de una situación dramática? El hecho es que el ingenio que al trabajar sobre esta especie de fondo común de ideas creadas las eleva á la esfera de concepciones superiores, ése es á quien el mundo y el arte reconocen como verdadero creador. Verdad es también que se necesita pasar el nivel para no ir á aumentar el número infinito de las inteligencias que vegetan en la rapsodia; porque como ha dicho Voltaire: *Il faut que celui qui vole soit de force á tuer son homme*. No atribuimos un valor excepcional al poemita que nos sugiere estas reflexiones; pero decimos que si el pensamiento de *Dos hijos* coincide realmente con el de alguna otra obra de su especie, la del Sr. Bremon debe mejorarla en tercio y quinto, á juzgar por la inusitada emoción con que la ha escuchado desde el principio al fin el público distinguido, y en su mayor parte literario, que ha asistido á su estreno. Y es que, en efecto, la producción del Sr. Fernández Bremon se distingue por la expresión sencilla y natural del sentimiento, llevada hasta lo patético, y penetrada de un calor de verdad que llega constantemente al alma del espectador, y que en honor de la verdad sea dicho, ha encontrado en el entusiasmo artístico de la Sra. Civili una gran potencia de expansión.

El éxito alcanzado por el Sr. Fernández Bremon ha sido uno de los más unánimes de la temporada. ¿Habría servido de estímulo á este escritor para empeñar próximamente sus fuerzas en una empresa de resultados decisivos para su reputación? Así lo esperan los que buscan con interés en el teatro los síntomas, siempre fugaces, de un cambio benéfico en las temperaturas del arte.

La alta comedia, el poema teatral llamado, á nuestro juicio, á reflejar el fondo y la superficie de nuestra sociedad; esto es, el sentimiento unido á la pintura de los vicios y de los desfallecimientos morales de actualidad, no ha tenido ni siquiera mediana representación en la temporada dramática de 1876 á 77. *El tanto por ciento* ha sido este año, como los anteriores, un ejemplo perdido. Los escritores cómicos que han producido algo que no lleve el sello de la imitación ó del arreglo, han dado á la escena composiciones agradables por el sabor literario, por la delicadeza del pensamiento, ó por la casta bretoniana de la sal cómica, tales como *Los cursis*, del Sr. Herranz; *El Número tres*, del Sr. Echegaray (D. Miguel); *Pepe Carranza*, del Sr. Frontaura; *Enseñar al que no sabe*, del Sr. Herrero; *Iris de paz*, de D. José Echegaray; *La Nodriza*, de D. Enrique Gaspar, y alguna otra. Pero de esta masa de trabajo del ingenio no se desprende ninguna tendencia seria á volver á los manantiales del genio nacional, conduciéndolos por los

cauces más hondos y más complicados que exigen los análisis penetrantes del arte moderno y la desorientada variedad de nuestra vida social: no se trasluce, en suma, la comedia trascendental, reflejo de la sociedad en que vivimos, vigorosamente inspirada en la aversión de nuestras atonías morales en lucha con los fueros del sentimiento y de las nociones eternas del bien, natural, decorosa y sóbria en la pintura ó en la personificación de los vicios, oportuna y vigorosa en el fin moral, escrita en un lenguaje y un estilo que dentro de las condiciones de progresiva ductilidad que el andar de los tiempos y de las civilizaciones hace indispensables, atestigüe de su origen castizo. En este superior concepto nada ha prodecido el rebajado ingenio cómico de nuestros escritores durante la temporada teatral cuyo movimiento resumimos en estas líneas. En las producciones más aplaudidas y ménos insignificantes es difícil hallar otra cosa que un mérito relativo, medido por el bajísimo nivel de nuestra plagiada y trivial literatura cómica.

Si, pues, algo se ha observado en el teatro de 1876 á 77 que revele el propósito de robustecer el nervio de nuestro poema escénico (y aún ese algo ha tenido origen en períodos anteriores), ha sido en la composición destinada á desarrollar una acción trágica ó á desenvolver afectos excepcionales. Por una deserción inexplicable (y, á juzgar por nuestro deseco, pasajera) del autor de *No hay buen fin*

por mal camino, el Sr. Echegaray ha sido el único representante de ese espíritu revolucionario que, en lo que tiene de vibrante despertador del genio soporado de nuestra dramática, nos parece un plausible movimiento de vida. Nuestros jóvenes escritores deben escuchar ese toque de llamada sin irse ciegamente tras él, como no se irían, sin capitales salvedades, en pos del arte falso ó malsano de los Dumas y los Sardou. Es verdad que el teatro español necesita penetrar en las corrientes turbadas de nuestra vida moral para fundar en ellas concepciones capaces de sacudir con vigor las fibras del sentimiento; es verdad que á un teatro estacionario que no sigue la marcha de los tiempos, y á un gusto fluctuante y desorientado, corresponden una trasfusión de savia vigorosa y una enérgica dirección; pero hay que guardarse de caer en un extremo vicioso llevando por torcido rumbo esa fuerza reparadora, fundando en un arte falso heroicos recursos con que herir fuertemente la imaginación del espectador, buscando el nervio vital del drama fuera de los procedimientos lógicos, naturales y consecuentes de las pasiones humanas, ó creyendo, como algunos regeneradores del teatro francés, que es propio de la robusta iniciativa y del profundo designio del ingenio innovador de nuestros días, revolver el escalpelo en las entrañas de ciertos cadáveres repugnantes.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

JEFES DE LOS ESTADOS DE AMÉRICA (1)



ARGENTINA (REPÚBLICA).—*Presidente*: Dr. D. Nicolás Avellaneda, elegido por seis años en 12 de Octubre de 1874.—*Vice-presidente*: Dr. D. Mariano Acosta.

BOLIVIA.—*Presidente*: General D. José M. Daza, que subió al poder, sin elección, en 1876.—Actualmente se efectúa en aquel país una revolución, á cuyo frente está el general Rendon.

BRASIL.—Pedro II de Alcántara, emperador del Brasil. Nació en 2 de Diciembre de 1825; subió al trono por abdicación de su padre D. Pedro I, en 7 de Abril de 1831; fué coronado solemnemente el 18 de Julio de 1841; casó en 3 de Mayo de 1843 con Teresa-Cristina de Borbon, hija de Francisco I, rey que fué de las dos Sicilias.—*Hija*: Isabel-Cristina-Leopoldina, nacida el 29 de Julio de 1846, y casada el 15 de Octubre de 1864 con Luis-Felipe-María-Fernando-Gaston, príncipe de Orleans, conde de Eu.

CHILE.—*Presidente*: D. Aníbal Pinto, elegido por cinco años en 18 de Setiembre de 1876.

COSTA-RICA.—*Presidente*: General D. Tomás Guardia, que subió al poder en 1876.

ECUADOR.—*Presidente*: General Veintimilla. Subió al poder en virtud de la revolución que se verificó el 8 de Setiembre de 1876.

GUATEMALA.—*Presidente*: General D. Rufino Barrios, elegido por cinco años en 6 de Mayo de 1873.

ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA.—*Presidente*: D. Aquiles Parra, elegido por dos años en 1.º de Abril de 1876.—*Vice-presidente*: Está designado el general Camargo.

ESTADOS UNIDOS DEL NORTE.—*Presidente*: Mr. Ruthenford B. Hayes, y *Vice-presidente*: Mr. William A. Wheeler, elegidos por cuatro años en 2 de Marzo de 1877.

HAÏTI.—*Presidente*: General Boisrond Canal, que ascendió al poder, por cuatro años, en Julio de 1876.

HONDURAS.—*Presidente*: D. Marco Aurelio Soto, elegido por cuatro años en 27 de Agosto de 1876.

MÉJICO.—*Presidente*: General D. Porfirio Diaz, nombrado por la Cámara de Diputados en 4 de Mayo de 1877.—*Vice-presidente*: D. Ignacio Luis Vallarta, presidente de la Suprema Corte de Justicia.

NICARAGUA.—*Presidente*: D. Pedro Joaquin Chamorro; fué nombrado en 1.º de Noviembre de 1874, y tomó posesión en 1.º de Marzo de 1875.

PARAGUAY.—*Presidente*: El Vicepresidente D. Higinio Uriarte, nombrado por el Poder Ejecutivo desde la muerte del *Presidente* D. Juan B. Gil, en 12 de Abril de 1877.

PERÚ.—*Presidente*: General D. Mariano Ignacio Prado, elegido por cuatro años en 28 de Julio de 1876.—*Primer Vice-presidente*: General La Puerta; *Segundo Vice-presidente*: D. José Canevaro.

SAN SALVADOR.—*Presidente*: Dr. D. Rafael Zaldivar, elegido por cuatro años en 19 de Julio de 1876.—*Vice-presidente*: don J. Larreynaga.

SANTO DOMINGO.—*Presidente*: General D. Buenaventura Baez, elegido por cuatro años en Abril de 1877.

URUGUAY.—*Gobernador provisorio*: Coronel D. Lorenzo Latorre, elegido en Noviembre de 1875.

VENEZUELA.—*Presidente*: General D. Francisco Linares Alcántara, que subió al poder por dos años en 28 de Febrero de 1877.

(1) Estos datos, registrados por nosotros en los Consulados respectivos de Madrid y París, son oficiales; pero los que publica la *Guía Oficial* de este año son completamente inexactos.

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL DE ESPAÑA EN 1876-77.



No es nuestro intento hacer en el presente trabajo una prolija y descarnada enumeración de las diferentes producciones y las manifestaciones diversas en que se ha reflejado la actividad intelectual de nuestra patria durante el período trascendido desde la publicación de nuestro último ALMANAQUE hasta la fecha en que redactamos estos ligeros apuntes. Impropio fuera esto de la índole de publicaciones como la presente, en las cuales sólo puede buscarse el breve resumen de los hechos culminantes del año que termina. Dar una idea general del movimiento intelectual de España en el período á que nos referimos, fijándonos en los fenómenos más importantes que ofrece, y procurando señalar los caracteres más acentuados que presenta, es lo único que podemos hacer en este trabajo, á riesgo de pecar de ligeros y de padecer numerosas omisiones sin duda, pero seguros, en cambio, de no ser prolijos y de no fatigar la paciencia de nuestros lectores.

Dirigiendo una ojeada general á la historia científica y literaria de España en el año próximo pasado, con la mira de señalar sus caracteres dominantes, ocurre al punto la no pequeña dificultad de contestar con acierto á una cuestión que desde luégo se presenta al espíritu, cual es la de saber si del exámen de los hechos que constituyen aquélla se desprende la consoladora afirmación de que nuestro movimiento intelectual se halla en un período de progreso, ó se deduce la contraria. Porque, á decir verdad, si de la cultura científica y literaria de un país se ha de juzgar por el número é importancia de las producciones que en él aparecen, difícil fuera resolver la cuestión de un modo halagüeño; pero si, apartando la vista de las publicaciones, se atiende á las asociaciones científicas, y sobre todo, al estado general del espíritu público, el resultado de nuestro exámen habria de ser en extremo favorable para la cultura española.

Un año entero, en que apenas se ha publicado una obra científica ó filosófica de verdadera y trascendental importancia, y en el que el movimiento de las bellas letras está representado por reducidísimo número de producciones, pocas de ellas dignas de considerarse como de primer orden, más parece período de retroceso ó de marasmo que de prosperidad literaria; pero si se tienen en cuenta la actividad de las asociaciones científicas en ese mismo año; la creación de un centro intelectual de tanta importancia como la *Institucion Libre de Enseñanza*, y de otros establecimientos y corporaciones de provechosos resultados para la pública cultura; la aparición de numerosas y notables *Revistas* de todo género; el interés creciente que las cuestiones científicas inspiran, y tantos otros indudables signos de verdadero progreso intelectual — fuerza será convenir en que sería injusto lanzar de plano un veredicto condenatorio contra la época á que el presente trabajo se refiere.

Por otra parte, en historia y en crítica no hay juicio absoluto que sea justo, porque siendo limitado el hombre, sólo relativamente pueden apreciarse sus actos. Juzgar nuestro movimiento intelectual en este período, sin compararlo con el de tiempos anteriores, sería cometer un error notorio; juzgarlo sin tener en cuenta las circunstan-

cias y condiciones actuales del país, no sería menor disparate. Ciertamente que al lado de la historia intelectual de Alemania, Inglaterra, Italia y Francia, tan ricas, fecundas y progresivas, la nuestra es todavía una página bien triste; pero si nos acordamos de nuestro estado, y sobre todo, si comparamos lo que somos hoy con lo que éramos no hace muchos años, más motivos tendremos para regocijarnos que para entristecernos, después de recorrer la historia del año último. La verdad de esta afirmación se comprobará sin esfuerzo en el curso del presente artículo.

Es evidente que nuestra cultura científica y literaria progresa: lo es también que ni este progreso es igual en todas sus esferas, ni se produce tampoco á la vez en todos los elementos del arte y de la ciencia. Y esto no es extraño, ni debe desconsolarnos tampoco; la doctrina tradicional del progreso, en virtud de la cual éste se consideraba como indefinida y continua línea recta, pierde de día en día defensores, y hoy todo pensador serio reconoce que, sin dejar de ser el progreso ley fundamental de la historia, ni su acción es constante, ni ménos simultánea en todos los órdenes de la vida, siendo frecuente que se progrese en unas cosas al par que se retrocede en otras, que á períodos de avance sucedan otros de desfallecimiento, que la acción y la reacción alternen en la marcha de las cosas, y otros fenómenos análogos, de los cuales se desprende que es el progreso línea curva y quebrada, movimiento de varias y caprichosas direcciones, ley necesaria en su totalidad, pero contingente en cada momento histórico.

Así es que en la actualidad hay esferas del orden intelectual, que en España no ofrecen progreso verdadero, sino decadencia notoria ó estancamiento al ménos, mientras en otras se observa lo contrario. De esta suerte, dentro del arte literario, se observa que la novela y la lírica progresan, al paso que la dramática se detiene y quizás decae; notándose á la vez en el terreno de la ciencia señalado movimiento progresivo en las ciencias filosóficas, algún comienzo de vida en las experimentales, escasa vitalidad en las históricas y grandes alientos en las morales y políticas.

No cabe duda de que el movimiento científico alcanza hoy entre nosotros mayor importancia que el literario, y que en él, más que en éste, se observa notable progreso; la razón es óbvia: siempre hemos tenido plétora de vida literaria; en cambio, desde el siglo XVI acá, apenas sabemos lo que es la ciencia; y despertado hoy nuestro espíritu á nueva vida, puesto en comunicación con las corrientes del pensamiento europeo, vigorizado por el hábito poderoso de las revoluciones, sentimos insaciable deseo de saber y queremos recorrer, si fuera posible, en breves días el camino que otros pueblos han recorrido en largos años. De aquí la aparición de todo género de publicaciones científicas (fenómeno inusitado entre nosotros), la creación de institutos y establecimientos de la misma índole, y el interés que en todas partes excitan los problemas y debates puramente científicos, ante los cuales aparecen como en cierto modo postergados los literarios. Asistimos hoy á un renacimiento científico, muy semejante (aunque no tan ruidoso) al renacimiento literario de la tercera época constitucional.

Este movimiento, iniciado hace ya algunos años, se ha acentuado notablemente desde 1875, merced á causas de muy diversa índole, como son: el período de calma relativa en que ha entrado la política, y que ha hecho que se empleen en la ciencia actividades que se dedicaban únicamente á las luchas de la vida pública; la decadencia de la escuela krausista, que despues de prestar á la ciencia notables servicios, habia concluido por ejercer un funesto monopolio y apartar á España de la corriente europea; y el advenimiento del positivismo, que, sobre llamar la atención sobre los más arduos problemas filosóficos y promover muy importantes debates, ha comenzado á imprimir vigoroso impulso á las ciencias experimentales, harto descuidadas en nuestra patria. Uniéndose á estas causas otras de distinto género, han determinado no pocos acontecimientos importantes en el órden científico, y aún en el literario, como son: el despertamiento de las provincias á la vida intelectual, hecho de que son síntomas felices la creacion de nuestros ateneos y academias, la celebracion frecuente de certámenes y solemnidades literarias, la publicacion de libros de importancia en localidades que parecian muertas para la vida del pensamiento, la aparicion de revistas como *El Porvenir*, *La Renacimiento*, la *Revista histórica* de Barcelona, la *Revista de Andalucía*, la *Revista de las Provincias* y otras no ménos notables, la fundacion de sociedades de bibliófilos en Santander, Zaragoza y otros puntos, y otros muchos hechos no ménos significativos; la reanimacion portentosa del Ateneo de Madrid; la creacion de la *Institucion Libre de Enseñanza*, de la *Sociedad Geográfica* y de las *Conferencias Agrícolas*; la publicacion de Revistas tan notables como la *Contemporánea*, la *Europea*, la *Academia*, la *Enciclopedia*, etcétera, y otra multitud de sucesos que revelan un verdadero renacimiento intelectual, debido en su mayor parte á la iniciativa individual y al espíritu de asociacion.

El movimiento literario acaso no compite con éste. La lírica adelanta poco; el movimiento iniciado por el señor Campoamor y el Sr. Nuñez de Arce aún no ha dado resultados: el segundo no ha tenido imitadores; los del primero rara vez compiten con su modelo. La reaparicion de Zorrilla (suceso culminante del año en el órden literario), en nada contribuirá al progreso general de la lírica, pues no son éstas las circunstancias favorables para que Zorrilla ejerza verdadera influencia en la literatura. No es esto decir que la trasformacion sufrida por la lírica no dé sus frutos; pero hasta el presente no los ha dado todavía. Los numerosos volúmenes de poesías publicados en el último año no revelan un verdadero progreso. Los que no son serviles imitadores de Campoamor ó Becquer, mantiénesen en los antiguos y trillados senderos y no anuncian la existencia de una generacion nueva que pueda reemplazar dignamente á la que se va. En cuanto á la dramática, su decadencia es notoria, y harto lo muestran el clamoreo unánime de la opinion y el movimiento febril que para remediar sus males se ha iniciado en el año último. Solamente la novela progresa con visible rapidez, merced á los generosos esfuerzos de algunos esclarecidos ingenios que la señalan nuevos rumbos y lograrán apartarla de los caminos de perdicion que hasta el presente habia recorrido.

Un fenómeno singular se observa en este período. El movimiento intelectual que dejamos expuesto, apenas se revela en otras producciones escritas que en los periódicos y revistas (salvo en la bella literatura). Es indudable que en España se piensa y se habla mucho más que se escribe; y de aquí, lo fácil que es formar juicios erróneos acerca de un país que, progresando en ciencias y letras, por casualidad publica un libro de importancia. ¿A qué se debe este singular fenómeno? ¿Acaso á que, como decia Larra, en España no se lee porque no se escribe y no se escribe porque no se lee, ó más bien á una condicion especial de los españoles? A nuestro juicio, se debe á lo segundo. Gusta-

mos en España de trabajar poco; poseemos notable facilidad de palabra; somos dados á la discusion y á la exhibicion oratoria; nuestra comprension es fácil y viva, y nuestra reflexion escasa; preferimos las síntesis brillantes á los fatigosos análisis; y de aquí que gustemos más de hablar que de escribir y de escuchar á los oradores que de leer. A cuántos y cuán graves errores y peligros nos expone esta condicion de nuestro carácter, no hay para qué decirlo; pero el hecho es cierto y es fuerza consignarlo.

II.

De lo que dejamos dicho se desprende que, al trazar el cuadro de nuestra vida intelectual en el año próximo pasado, ántes hemos de fijarnos en los discursos que en los libros, en las asociaciones científicas que en las bibliotecas. En tal sentido, puede asegurarse que nuestro movimiento científico se ha reconcentrado en la época precitada en los Ateneos, Academias y otras corporaciones análogas.

Importa, al tratar de este punto, que consignemos un hecho significativo; tal es el de que el movimiento intelectual de nuestra patria halla su más acabada representacion, no en las corporaciones oficiales, sino en las libres. Las Academias no dan apenas señales de vida. Por rara casualidad se les debe una publicacion importante, un feliz descubrimiento ó un progreso notable. Dominadas por un exagerado espíritu conservador, permanecen cerradas y hostiles á las nuevas corrientes del pensamiento, y si acaso alzan su voz, es para protestar contra ellas. Certámenes casi siempre desiertos ó en los cuales se premian producciones de mérito escaso; alguna que otra publicacion, que suele ser de tan poco valer é importancia como algunos trabajos últimamente dados á luz por la Academia de Ciencias Morales y Políticas; discursos de recepcion de nuevos académicos, que más que á ventilar tesis científicas, parecen destinados á hacer alardes políticos de dudosa oportunidad y gusto escaso; tales son, por regla general, las muestras de la actividad académica. Sólo las Academias de Ciencias exactas, físicas y naturales, de Bellas Artes y de Medicina, suelen llevar á cabo algun acto importante ó publicar algun estimable trabajo, libre casi siempre de preocupacion política; pero aún estas corporaciones distan mucho de mantenerse á la altura de la mision que les está confiada. Y no digamos nada de las Universidades oficiales, cuya iniciativa científica (consideradas como cuerpo colectivo) rarísima vez se deja sentir.

Mayor vitalidad se observa en los Ateneos, Liceos, Academias y otras asociaciones literarias de las provincias, en que comienza á despertarse el amor á la ciencia y á las bellas letras. Si bien en estas corporaciones domina todavía demasiado el elemento puramente literario, no es posible negar que en su modesta esfera contribuyen no poco á la difusion de la cultura. La historia, gloriosa aunque breve, de varias de estas asociaciones (los Ateneos de Valencia y Vitoria entre otras) es clara prueba de lo que decimos. Alguna de ellas, sin embargo (como el Ateneo de Barcelona, por ejemplo), dominada por rancias preocupaciones y anticientífico espíritu de intransigencia, más parece rémora que incentivo para el progreso del pensamiento.

Indudablemente, los dos grandes focos de nuestro movimiento intelectual son el Ateneo de Madrid y la Institucion libre de enseñanza. Dominado el primero por amplio y tolerante espíritu que le hace ser palenque abierto á toda opinion honrada; inspirada la segunda en las más libres corrientes del pensamiento, ambos contribuyen al desarrollo y prosperidad creciente de la cultura española. Tercian en los debates de aquél y regentan sus cátedras, así como las de la Institucion, los más eminentes pensadores y los oradores más brillantes de nuestra patria, y en

su recinto hallan cabida las más encontradas escuelas y las direcciones más recientes del pensamiento europeo. En las cátedras de la Institucion Libre se exponen ampliamente todo género de ciencias, se dilucidan los más áridos problemas y se dan á conocer los últimos adelantos del saber humano. Allí expone Azcárate, con su elegante y simpática palabra, los generosos principios de la escuela krausista contra las desoladoras afirmaciones del pesimismo; señala Gabriel Rodriguez, en ameno estilo, los caracteres estéticos de la música, mediante luminosas explicaciones, comprobadas en la práctica por la diestra mano del celebrado pianista Inzenga; Federico Rubio, gloria de nuestra Medicina, diserta sobre la acción fisiológica de la palabra, dando claras muestras de su profundo saber y razonado ingenio; el joven Simarro, esperanza de la ciencia positiva, desenvuelve en curiosos experimentos la extraña teoría de las llamas contantes; Pelayo Cuesta, con severa palabra y erudición copiosa, explica el sistema federativo del imperio alemán; Linares, tan notable naturalista como distinguido filósofo, expone la morfología de Haeckel; Saavedra, la constitución física del Sol; Perez de Lasala, autoridad de mayor excepción en tales materias, discurre sobre el arte militar; Moret, con su mágica palabra, se ocupa de la filosofía de la historia de España; Echegaray, el gran romántico, el eminente matemático y físico, el orador notable, diserta sobre estética y literatura; Labra, orador abundantísimo y elocuente, ventila las más áridas cuestiones de Derecho internacional con relación á América, y hace luminosas indicaciones sobre la cuestión de Oriente; en suma, cuantos hombres notables en ciencias y letras posee nuestra patria, concurren á hacer de la Institucion uno de nuestros más importantes centros de cultura. Bástale al año que nos ocupa la gloria de haber producido asociación tan importante para contarse como fausto en la historia de nuestra civilización.

Si el Ateneo no ha logrado competir con la Institucion Libre por el número é importancia de sus cátedras (siquiera las pocas que ha ofrecido hayan estado á cargo de personas de tanta valía como Vilanova, Rada y Delgado, Vidart, Villamil y algun otro que no recordamos), aventájala, en cambio, por los ya célebres debates de sus secciones. No ha funcionado en este año la de Ciencias Físicas y Naturales, que tan brillante se manifestó en el anterior; pero las de Ciencias Morales y Políticas, y Literatura y Artes, han dado notables muestras de su actividad. Averiguar si Inglaterra debe á su constitución política el carácter á la vez estable y progresivo de sus instituciones, y saber si éstas pueden aplicarse á España, ha sido el tema que embargó la atención de la primera de dichas lecciones; disertar sobre el estado actual de la poesía lírica y de la poesía religiosa en España, fué objeto de los trabajos de la segunda. Pronunciaron en ellas notables discursos de resumen sus presidentes, Azcárate y Canalejas; leyó una erudita y discreta Memoria sobre la poesía religiosa el ilustrado joven Sr. Sanchez Moguel, y defendiendo en la primera las teorías ultramontana, conservadora y democrática, y en la segunda la idealista y la realista, terciaron en los debates notables oradores de los tres grandes campos en que el Ateneo se divide (el que representa lo pasado, el que simboliza lo presente y el que personifica lo porvenir), como son: los Sres. Moreno Nieto, Carvajal, Rodriguez, Figuerola, Moret, Montoro, Vidart, Pelayo Cuesta, Hinojosa, Sanchez Moguel, Pedregal, Labra, Valera, Rodriguez Correa, Nuñez de Arce, Reus y Bahamonde, el Padre Sanchez, Fuentes, Rodriguez San Pedro, Fliedner Puelma, Gonzalez Serrano, Lozano, Iñigo, Bravo y Tudela, Fernandez Garcia, Grael, Muro, Simarro, Valle, Perrier y Amat, entre los cuales se cuentan no pocos que pueden considerarse como glorias de nuestra tribuna y de nuestra ciencia.

No es nuestro ánimo entrar en el exámen de estos importantes debates; únicamente diremos que, así como en el

año anterior al que nos ocupa, el hecho culminante del Ateneo fué la aparición de las escuelas positivistas y críticas, el de este año, ya iniciado en épocas anteriores, ha sido la manifestación de la nueva democracia conservadora y templada, apartada ya de la tradición jacobina, inspirada en los últimos adelantos de la ciencia política, y dignamente representada por muchos y muy distinguidos oradores.

III.

Como dejamos dicho, tanto en la esfera de las ciencias como en la de literatura no ha sido muy abundante en trabajos de verdadero mérito el año último. Las traducciones son las que principalmente han hecho el gasto, observándose el buen síntoma de que, al lado de la plaga de novelas francesas que todos los años fatigan nuestras prensas, se han dado á la estampa versiones de obras serias é importantes, filosóficas, científicas y jurídicas, algunas hechas con gran esmero y lujo tipográfico. Las traducciones de la *Historia Romana*, de Mommsen; de la *de la Antigüedad*, de Máximo Muller; de los *Estudios sobre la historia de la Humanidad*, de Laurent; del *Origen de las especies*, de Darwin; de los *Conflictos entre la Ciencia y la Religión*, de Draper, y otras no ménos importantes, muestran que se va despertando entre nosotros la afición á los estudios serios y que ya no se reduce nuestro alimento espiritual á folletines y novelas. Mucho es esto, sin duda, pero no basta para consolarnos de la notable desproporción que existe (en cantidad como en calidad) entre las publicaciones originales y las traducidas.

Tres escuelas filosóficas luchan hoy en España: la neoescolástica, la krausista y la crítico-positivista en sus varios matices, y ni una sola ha dado á luz una obra original de verdadera importancia, pues no podemos dar este nombre á los débiles engendros de ciertos escritores ultramontanos (como *La Inquisición*, de Ortí y Lara), á las colecciones de artículos de algunos krausistas (Giner y Azcárate), todos publicados anteriormente, y en su mayor parte ajenos á la filosofía pura; á las lecciones del señor Estarén sobre el positivismo, ni á algunos otros trabajos sueltos de escaso valer. Profundo dolor causa comparar esta pobreza con la fecundidad inagotable de Alemania, de Inglaterra y de Italia, que hoy marchan al frente del pensamiento filosófico.

No ha sido mayor el movimiento en ciencias morales y políticas. Los escritos publicados por el Sr. Alonso Martinez en las Memorias de la Academia que de aquellas se ocupan; algunos trabajos de los Sres. Azcárate, Giner, Pí Margall, Vizconde de los Antrines, Leon Serrano y Bernal, hé aquí todo lo que en esta materia se ha publicado, estimable sin duda, pero harto escaso para ser acabada representación de nuestra cultura política.

Más desafortunadas todavía las ciencias de la naturaleza, apenas han dado señales de vida entre nosotros. Algunas monografías publicadas en los Anales y Memorias de la Academia de Ciencias y de las Sociedades Antropológica, Geográfica y de Historia Natural; los repertorios de noticias científicas ó *Cronicones*, publicados por el señor Huelin; los escritos importantísimos del Sr. Echegaray, y los notables trabajos del Instituto Geográfico, honra de España, constituyen todo el contingente que á las ciencias positivas ha dado nuestra patria, que nunca se mostró en ellas á grande altura.

Algo más consolador es el cuadro que ofrecen los estudios históricos, eruditos, artísticos y críticos, siquiera tampoco se hallen en alto grado de prosperidad. Sin contar muchas y excelentes monografías publicadas en el *Museo de antigüedades* y en los *Monumentos arquitectónicos de España*, pueden considerarse como producciones importantes de estos géneros la monumental *Historia social, política y religiosa de los judíos de España*, del Sr. Amador de

los Rios, trabajo histórico-crítico, notable por la abundancia de sus datos, el interés de sus narraciones y la cordura de sus juicios; la rica *Bibliografía militar de España*, del brigadier Almirante, destinada á llenar un gran vacío en nuestros estudios bibliográficos; los valiosos trabajos del Sr. Borrell sobre las *Artes del dibujo*, tan notables por su fondo como por el lujo y mérito de su artística ilustración; algunas curiosas monografías históricas y literarias y colecciones de documentos, como la del Sr. Muro, sobre la *Vida de la princesa de Éboli*; la anónima sobre los *Últimos amores de Lope de Vega*, y algunas otras no ménos importantes. A todo esto pueden agregarse varias publicaciones de tanta valía como la *Historia de Felipe II*, por Cabrera de Córdoba; las *Memorias de Matías de Novoa*, la *Relacion de viajes de Quirós*, y otras, debidas á las diversas sociedades de bibliófilos establecidas desde hace muy poco tiempo en España.

En el órden de los estudios crítico-literarios no hay tantos motivos para congratularse, pues á excepcion de un extenso trabajo sobre el *Teatro español*, debido al Sr. Alvarez-Espino, y de un erudito estudio sobre la *Poesía heroico-popular castellana*, del Sr. Milá y Fontanals, apénas se ha publicado ninguna produccion crítica de verdadera importancia.

IV.

Si la bibliografía científica del año último ha sido tan pobre, la puramente literaria no ha sido muy rica. Triste es decirlo; pero con la única excepcion de las novelas de los Sres. Perez Galdós y Valera, no ha visto la luz pública una sola produccion poética de importancia. Campoamor y Nuñez de Arce nada han producido; los demas poetas de nota se han limitado á publicar alguna composicion suelta, distinguiéndose entre todas las de Fernandez Grito y Alcalá Galiano: las del primero, por el nuevo y feliz rumbo que señalan en su inspirado ingenio; las del segundo, porque anuncian tambien nuevos progresos en ese jóven escritor de tantos méritos, cuya incurable holganza es un verdadero delito. No quiere decir esto que no se hayan publicado numerosos volúmenes de poesías y que no hayan aparecido algunos poetas nuevos; pero (con raras excepciones) poco hubiera perdido el arte con que los primeros no se publicáran y no aparecieran los segundos.

En el género novelesco sólo pueden mencionarse los *Episodios Nacionales*, del Sr. Perez Galdós, y sus dos preciosas novelas de costumbres: *Doña Perfecta* y *Gloria*, así como *El Comendador Mendoza*, de Valera. Muerto Fernan Caballero y entregado Alarcon al misticismo, solamente los dos novelistas citados continúan el movimiento progresivo que se habia iniciado en este género.

Ni el teatro se ha librado de la decadencia general de la bella literatura en este año. Tal ha sido su degeneracion y rápida ruina, que al cabo ha excitado la atencion pública y movido á autores, artistas y críticos á pensar seriamente en remediar los males que le aquejan, tarea harto difícil, pues no hay procedimiento alguno para crear ingenios, y la falta de éstos es la principal y más grave enfermedad de nuestra escena.

Entre varias producciones que no pasan de la categoría de estimables, ni han obtenido otra cosa que lo que llaman los franceses *succès d'estime*, únicamente han descollado dos obras notables: *Cómo empieza y cómo acaba* y *Ó Locura ó santidad*, del Sr. Echegaray. En ellas, á traves de monstruosas concepciones y errores incalificables, brillan los destellos de un genio desordenado, que ora se eleva á los alturas, ora se precipita en los abismos. Rotas á cada paso las leyes de la estética y del arte en tales producciones, la crítica retrocede espantada ante tamaños extravíos; pero al mismo tiempo no puede ménos de reconocer que hay allí algo de grande y explicarse el entusiasmo, no exento de extrañeza, del público que acude presuroso á contem-

plarlas. Desgraciadamente, el Sr. Echegaray, á quien el retraimiento de los autores antiguos y la escasa fuerza de los nuevos ha deparado hoy el cetro de la escena, ántes es maestro de corrupcion y causa de decadencia para la dramática que modelo digno de imitarse y símbolo de futuros progresos.

Un importante acontecimiento registra la que pudiéramos llamar historia literaria del año. Nos referimos á la reaparicion de Zorrilla, vuelto á la patria tras larga y por todos sentida ausencia, rodeado del prestigio que le dan á la vez su genio portentoso y su carácter verdaderamente legendario. Dos obras nuevas ha ofrecido á sus admiradores el inmortal poeta, obras que recuerdan sus buenos tiempos, y refrescando añejas memorias, parecen volvernos á aquella poética época del romanticismo, que ya nos parece sueño tan lejano como deleitoso. *La Leyenda de los Tenorios* es una de ellas, el *Legendario del Cid* la otra; y en ambas aparece, cual si para él no pasáran los años, aquel inimitable artista de la palabra, rey de los poetas legendarios y descriptivos, cuyos cantos son cuadros llenos de vida y de verdad, y tales que mejor no los pintáran ni Velazquez ni Fortuny, y en cuyos versos admirables la lengua castellana parece haber agotado todas sus riquezas y la poesía todos sus colores. Con júbilo inmenso ha acogido la patria al hijo preclaro que por tanto tiempo y con tan cruel insistencia la tuvo abandonada; y al escuchar de nuevo sus inspirados cánticos, parecióla sentirse rejuvenecida y volvió á germinar en su pecho la esperanza de que nunca se perderá en esta tierra de artistas la raza de los grandes poetas, de los que saben arrancar de su lira acentos que semejan notas perdidas de las celestes armonías y trocar la palabra humana en paleta de mágicos colores que reproducen con verdad pasmosa y encanto incomparable las maravillas de la naturaleza y las grandezas de la historia.

V.

Si del rápido é imperfecto bosquejo que acabamos de trazar no dudujéramos alguna enseñanza, nuestro trabajo, limitado á satisfacer una pueril curiosidad, no tendria valor por cierto. Por eso, diseñado á grandes rasgos el cuadro que ofrece la historia científica y literaria de nuestra patria en el año último, importa que de los hechos sentados saquemos alguna consecuencia práctica.

De ilusos pecaríamos si en las conclusiones de nuestro trabajo hiciéramos gala de cándido optimismo, é injustos si en todo halláramos motivo de censura. Negar que, á pesar del relativo desfallecimiento de las bellas letras, progresa nuestra cultura, sería cerrar los ojos á la luz. Lo que expuesto dejamos, prueba cumplidamente nuestro aserto. Pero fuera necio tambien desconocer el lado sombrío del cuadro y creer que nos hallamos en un período de prosperidad notoria.

Fuerza es decirlo, mal que pese al patriotismo, que ciertamente ántes consiste en decir verdades provechosas, aunque amargas, que en adular el amor propio nacional. Con ser evidente el progreso de nuestra cultura, falta mucho todavía para que nos coloquemos al nivel de los pueblos adelantados de Europa. Pensamos algo, hablamos mucho, pero escribimos poco y leemos ménos. No tenemos una filosofía original; profesamos escaso afecto á las ciencias positivas; descuidamos mucho los estudios históricos; carecemos de ideal artístico y poético; nuestro arte dramático vive apartado de las corrientes del siglo y sumido en notoria decadencia; nuestra produccion novelesca es pobrísima; nuestro progreso científico y literario es tan lento, que por inmovilidad se tomara en cualquier país verdaderamente culto. Esta es la verdad; decir otra cosa ó engreirnos recordando pasadas glorias, que cuanto mayores son, más nos afectan, es aumentar el mal que nos aqueja y evitar que se remedie, poniéndolo al amparo del orgullo nacional.

Hemos progresado en ciencia; pues hay gran distancia desde la España de hace veinte años, que no se ocupaba de filosofía y apenas sabía lo que eran ciencias naturales, hasta la España que expone á Krause, discute á Kant y á Hegel, lee á Darwin y posee verdaderas escuelas filosóficas y científicas, siquiera sean importaciones extranjeras. Pero ¿qué significan los debates de tres ó cuatro centros y la publicación de una ó dos obras notables en un año, al lado del pasmoso movimiento científico de Europa?

Contamos entre nosotros grandes poetas, notables novelistas y dramáticos insignes; pero ni los primeros son muchos, ni ménos los segundos, y los terceros se mueven dentro de rutinarias y convencionales fórmulas, ó se alimentan de malas imitaciones del extranjero, ó recurren á restauraciones arcaicas, ó (caso de ser genios) precipitan al teatro en los abismos de la exageración y del absurdo. Falta de ideal, y no muy provistos del sentido de la realidad, ni reflejan la sociedad en que viven, ni alcanzan á dar trascendencia á sus producciones, flores de un día, tan pronto marchitas como abiertas, que pasan por la escena sin dejar huella de su existencia.

Ese movimiento hácia la cultura, que hemos señalado, no pasa de la superficie del país. Una minoría escasa, reconcentrada en muy pocas poblaciones, es la única que en él se interesa; el resto de las gentes, sumida en la indiferencia ó la ignorancia, ó devorada por la fiebre política, apenas si se acuerda de semejantes cosas. Ayuda á esto, como hemos dicho ya, el mismo ingenio de los españoles, que (por más que parezca paradójico) serian más cultos si fueran ménos inteligentes. Su claro entendimiento y su viva fantasía quizá les apartan de la reflexion madura, y su nativa pereza les divorcia del estudio. Oradores y poetas por naturaleza, más devotos de la forma que del fondo, y más aptos para fantasear y adivinar que para reflexionar madura y tenazmente, parécenles repulsivos el arte trascendente y la ciencia seria, y sólo buscan en el primero el dulce cántico ó la bella imagen que les recrean, y en la segunda la elocuente palabra del orador que deleita sus oídos con la música de nuestro hermoso idioma. Si á esto se unen ciertas preocupaciones tradicionales que cortan los vuelos al libre pensamiento, y la perenne agitacion política que mantiene al país en un estado de perpétua guerra, incompatible con el cultivo de las ciencias y las letras, que siempre fueron artes de la paz, fácil será comprender

á qué causas se debe la lentitud de nuestro progreso intelectual.

Pero estas tristes consideraciones no han de ser bastantes para que desmayemos en la noble empresa de proseguir con incansable celo la restauracion de nuestra cultura. Conocer el mal es el primer paso para remediarlo, y el sentimiento de nuestra inferioridad ha de ser parte, por tanto, para que procuremos concluir con ella y recobrar nuestra grandeza pasada. Iniciado, por fortuna, el movimiento, deber es de cada cual llevar su piedra al edificio comun y ayudar, en la medida de sus fuerzas, á que llegue aquél á su término debido. Por eso, al recorrer las páginas que dejamos escritas, el sentimiento de tristeza que de nosotros se apodera, no nos induce á desaliento. Antes al contrario, al ver que, aunque poco, hemos progresado, nos sentimos con nuevas esperanzas y mayores ánimos para continuar por el mismo camino. Si no pocas veces desesperamos del porvenir político de los españoles, no así del científico y literario. Hay en España sobrada aptitud para competir, dentro de la ciencia, en profundidad con los alemanes, en buen sentido con los ingleses y en claridad con los franceses é italianos. En medio del desfallecimiento de las bellas letras, todavía nuestros poetas son los primeros del mundo; é inútil es decir que no hay tribuna en Europa que con la española pueda compararse. Rivales de los italianos en fantasía y de los franceses en ingenio, dueños de una de las más hermosas lenguas y de una de las más brillantes literaturas del mundo, todavía podríamos hacer mucho si lográramos disfrutar de dos condiciones indispensables: la libertad y la paz. Si algun día reinan entre nosotros; si por ventura podemos vivir tranquilos y libres, España podrá recobrar, en el pacífico y neutral terreno de la cultura intelectual, el rango que, para desgracia suya, ocupó un día en el orden político. Pero si esto no sucede, si hemos de estar eternamente condenados á vivir en el oprobio de la servidumbre ó en la vergüenza de la anarquía, resignémonos á consumirnos en rápida é irremediable decadencia, triste lote de los pueblos que no aciertan á dirigir sus destinos ni á conservarse fieles á estos dos grandes principios: el culto de la propia dignidad y el respeto de la ley.

MANUEL DE LA REVILLA.

Julio de 1877.

LUIS ADOLFO THIERS.



Una muerte súbita, imprevista, ha arrebatado para siempre á M. Thiers, el 3 de Setiembre de 1877: el ilustre estadista residía temporalmente en Saint-Germain en Laye, cerca de París, y habiéndose sentido enfermo poco despues de haber almorzado con excelente apetito, y á pesar de los cuidados que le prodigaron el amor de su familia y la ciencia de ilustrados médicos, falleció á las seis y media de la tarde, casi sin agonía. ¡Así se ha apagado una de las más claras inteligencias de nuestros días!

M. Louis Adolphe Thiers (cuyo retrato damos en la pág. 3, copia del elogiado cuadro de M. Leon Bonnat, que ha sido expuesto en el *Salon* artístico de París de 1877), nació en Marsella el 16 de Abril de 1797, y no fué mecido por cierto, dice Cormenin, en el regazo de una duquesa; pero esto no impidió que el jóven marsellés hiciese sus primeros estudios con notable aprovechamiento en el Liceo de su ciudad natal, y luégo en la Universidad de Aix, de cuyas aulas salieron los Simeon y los Portalis, redactores del Código civil frances.

En 1820 M. Thiers era abogado, y tenía un verdadero amigo que no le habia de abandonar hasta su muerte, M. Mignet: los dos rendian apasionado culto á las letras y á las artes, y el primero escribió un doble *Eloge de Vauvenargues*, premiado por la Academia de Aix.

En 1831 llegó á París, y su compatriota Manuel le presentó en la redaccion del *Constitutionnel*: allí, aunque tratado al principio desdeñosamente por los principales redactores de este periódico liberal, bien pronto fué considerado como el hombre necesario del mismo periódico; y á la vez, en una modesta habitacion de la rue du Harlay, donde vivia con Carrel y Méry, M. Thiers escribía su *Historia de la Revolucion francesa*, cuya primera parte dió al público en 1827.

La fundacion del periódico *Le National* fué motivada por la subida del Príncipe de Polignac al poder: á las célebres Ordenanzas de Carlos X los periodistas liberales respondieron con una protesta famosa, que redactó M. Thiers. firmándola el primero, con sus amigos Mignet y Armand Carrel; y durante la sangrienta lucha en las calles de París, si el valeroso publicista no empuñó el fusil como tantos otros, secundó con la palabra y la pluma todas las disposiciones que se adoptaban en la reunion orleanista que á la sazón se celebraba en casa del banquero Jacques Laffitte, y fué despues comisionado para dirigirse á Neuilly con el objeto de decidir al Duque de Orleans á fundar una nueva dinastía.

La gran carrera política de M. Thiers comenzó entónces, con la revolucion de 1830.—Consejero de Estado y Secretario general de Hacienda con el baron Louis; diputado á Cortes; subsecretario de Hacienda cuando M. Laffitte tomó á su cargo esta cartera ministerial, con la presidencia del Consejo de Ministros: tales fueron los primeros pasos de Thiers en la carrera del Estado.

Bajo la administracion de M. Casimir Perier organizó el famoso Centro izquierdo, que no debia abandonar jamas el programa de Julio, la alianza del orden con la libertad, y en Octubre de 1832, siendo ya Ministro del Interior, M. Thiers hacia arrestar á la Duquesa de Berry, mientras las tropas francesas pasaban la frontera de Bélgica y tomaban á viva fuerza la ciudadela de Ambéres.

Al fin del mismo año fué Ministro de Comercio y Obras públicas, y á su iniciativa se deben los caminos estratégicos de la Vendée; en 1834 volvió á ser Ministro del Interior, y reprimió enérgicamente la insurreccion de Abril; en 1835 se hallaba al lado de Luis Felipe I, cuando estalló en el boulevard del Temple la máquina infernal de Fieschi, que no hirió al Rey y

mató al mariscal Mortier; en 1836 fué Presidente del Consejo y Ministro de Negocios Extranjeros, cayendo del poder en 25 de Agosto del mismo año; otra vez recobró igual posicion oficial en 1.º de Marzo de 1840, y entónces, despues del previsor decreto para construir las fortificaciones de París, abandonó definitivamente el poder, en 29 de Octubre, á M. Guizot, que estaba predestinado para conducir á su ruina la monarquia de Luis Felipe de Orleans, en Febrero de 1848.

No dejaba entre tanto M. Thiers el cultivo de las letras: en 1833 fué elegido dos veces Miembro del Instituto; trabajaba en su *Historia de la Revolucion*, y publicaba en 1845 los dos primeros tomos de su *Historia del Consulado y del Imperio*, cuya obra no estuvo concluida hasta 1860.

La revolucion de 1848 no interrumpió la carrera parlamentaria de este eminente orador: él formó parte de la Asamblea Constituyente, y luégo de la Legislativa, y cuando adivinó que el príncipe Luis Napoleon Bonaparte, presidente de la República, tenía otras miras más elevadas, fué el primero que pronunció aquel famoso grito de alarma: «¡El Imperio se hace!»—No se le escuchó, pero en Diciembre de 1851 Luis Napoleon triunfaba y M. Thiers era encerrado en Mazas y despues desterrado de Francia.

Elegido diputado en 1863, combatió la política exterior del Imperio con un buen sentido admirable, y reclamó la libertad con poderosa elocuencia: entónces fué cuando pronunció su célebre discurso acerca de las libertades necesarias.

Desde el 4 de Setiembre de 1870, la vida pública de M. Thiers es conocida de todas las personas medianamente ilustradas: negociador oficioso de la paz, Presidente de la República, sus aspiraciones se resumian en el vivo deseo de la liberacion del territorio y en una política interior caracterizada por su tendencia á alejarse de la derecha parlamentaria, y aun del centro derecho, para dirigirse indefectiblemente hácia la izquierda.

A su muerte era el jefe reconocido del partido republicano radical.

El entierro de su cadáver se verificó el 8 de Setiembre, en el cementerio del Père Lachaise, en París, y una inmensa muchedumbre de amigos y adversarios, todos reunidos alrededor del féretro por un sentimiento de profunda pena, acompañó hasta su postrera morada los restos mortales del gran ciudadano, cuyos servicios al Estado y cuyo noble patriotismo pesarán más seguramente en la balanza de la justicia que sus propios errores políticos.

La numerosa comitiva salió de la iglesia de Notre-Dame-de-Lorette, y siguió por la calle de igual nombre y la de Le Peletier y los *Boulevards* hasta la de la Roquette; llevaban las cintas del féretro los Sres. de Sacy, de Cisse, Vuitry, J. Simon, Grévy y el almirante Pothuau; á los lados y detras del carro fúnebre marchaban los miembros de la familia, los senadores, los diputados, los académicos, el consejo general del Sena y varios individuos que llevaban innumerables coronas de siemprevivas y las condecoraciones del ilustre difunto; seguian las diputaciones de Saint-Germain, de Belfort y de Auzin, con estandartes y coronas mortuorias; cerraban la marcha las tropas de Ordenanza.

Cinco discursos fueron pronunciados en el cementerio por los citados Sres. Grévy, Simon, de Sacy, Vuitry, el almirante Pothuau, en los cuales se reseñaron sucintamente los principales servicios que habia prestado á la Francia el ilustre estadista.

Por todo lo no firmado.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA POR LA EMPRESA DE

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

ÁLBUM POÉTICO ESPAÑOL.—Por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas.—Un tomo, 4.º mayor.—8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.

VÁRIAS OBRAS INÉDITAS DE CERVANTES.—Sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el Quijote.—Por D. Adolfo de Castro.—Un tomo, 8.º mayor frances.—8 pesetas.

DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO.—Por D. José Selgas (segunda edicion.)—Un tomo 8.º mayor frances.—3 pesetas.

COSAS DEL DIA.—Continuacion de las *Delicias del nuevo Paraíso*.—Por D. José Selgas (tercera edicion.)—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

ESCENAS FANTÁSTICAS.—Por D. José Selgas.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

MARI-SANTA.—Por D. Antonio de Trueba.—Un tomo 8.º mayor frances.—4 pesetas.

AMORES Y AMORÍOS.—(Historietas en prosa y verso.)—Por Don Pedro Antonio de Alarcon.—Un tomo 8.º mayor frances.—4 pesetas.

EL MATRIMONIO.—Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del académico señor don Aureliano Fernandez-Guerra.—Por D. Joaquin Sanchez de Toca.—Edicion reformada.—Dos tomos 8.º mayor frances.—8 pesetas.

LA CUESTION DE ORIENTE.—Por D. Emilio Castelar.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

RECUERDOS DE ITALIA.—Por D. Emilio Castelar (tercera edicion.)—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

RECUERDOS DE ITALIA.—(Segunda parte.)—Por D. Emilio Castelar.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

GUÍA ILUSTRADA DE MADRID.—Con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital.—Por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios.—Un tomo, 8.º prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

CUARENTA SIGLOS.—Historia útil á la generacion presente.

—Por D. Anselmo Fuentes.—Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

PRINCIPIOS GENERALES DEL ARTE DE LA COLONIZACION.—Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos.—Por D. Joaquin Maldonado Macanaz.—Un tomo en 4.º.—6 pesetas.

RETÓRICA Y POÉTICA, ó LECTURA PRECEPTIVA.—Por D. Narciso Campillo y Correa.—Catedrático numerario de la misma asignatura en el Instituto del Noviciado en Madrid.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS POLLAS.—Por D.ª Francisca Sarasate.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

DISQUISICIONES NÁUTICAS.—Por el capitán de navío, D. Cesáreo Fernandez Duro.—Un tomo, 8.º mayor.—6 pesetas.

LETRA MENUDA.—Por D. Manuel del Palacio.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS MADRES.—Por D.ª María del Pilar Sinués.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS DAMAS.—(Estudios acerca de la educacion de la mujer.)—Por D.ª María del Pilar Sinués (Segunda edicion.)—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

LA VIDA ÍNTIMA.—EN LA CULPA VA EL CASTIGO.—Por doña María del Pilar Sinués.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.—(1.ª y 2.ª parte.)—Por D.ª María del Pilar Sinués.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

EL COMENDADOR MENDOZA.—Por D. Juan Valera.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

DE MADRID Á MADRID, DANDO LA VUELTA AL MUNDO.—Por D. Enrique Dupuy de Lôme.—Un tomo 8.º mayor frances.—4 pesetas.

CRONICON CIENTÍFICO POPULAR.—Revista y repertorio para todos.—Por D. Emilio Huelin. *Bienio segundo*: en dos tomos. Se vende cada uno á 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias, en la Administracion de *Episodios nacionales*, calle del Barco, 2.—En Ultramar y extranjero fijan el precio los libreros.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

DIRECTOR PROPIETARIO: D. ABELARDO DE CÁRLOS.
SE PUBLICA LOS DIAS 8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES.

Esta notable Revista publica en sus páginas, no sólo los acontecimientos más importantes que ocurren en el mundo, sino tambien cuantos monumentos artísticos y notables existen en España.

Cada número consta de 16 páginas gran folio, con grabados en ocho de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior. Cuando las circunstancias lo exigen se publican suplementos, gratis para los señores suscritores. El texto y los grabados son siempre de los más distinguidos escritores y artistas, y la edicion, tan lujosa como las mejores de los periódicos de esta clase que se publican en el extranjero.

PRECIOS DE SUSCRICION.

| | MADRID. | PROVINCIAS Y PORTUGAL. | EXTRANJERO. |
|---------------|-------------|------------------------|-------------|
| Un año. . . . | Pesetas. 35 | Pesetas. 40 | Francos. 50 |
| Seis meses. . | » 18 | » 21 | » 26 |
| Tres meses. . | » 10 | » 11 | » » |

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,
PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Sale á luz los dias 6, 14, 22 y 30 de cada mes, y cada año forma un hermoso volumen de unas 1.200 columnas gran folio, de escogida lectura, conteniendo sobre 3.500 grabados intercalados de las más recientes modas y de labores propias de señoras; 48 figurines grabados en acero é iluminados con colores finos; dibujos de tapicería; 24 patrones tamaño natural, con más de 1.000 modelos de trajes; grandes hojas de dibujos para bordados; selectas piezas de música moderna para canto y piano y piano solo, etc., todo lo cual constituye un PRECIOSO ALBUM, digno de ocupar un lugar preferente en el gabinete de la aristocrática familia y en la mesa de labor de la ménos acomodada señorita.

PRECIOS DE SUSCRICION.

| | 1.ª EDICION. | | 2.ª EDICION. | | 3.ª EDICION. | 4.ª EDICION. |
|----------------|--------------|--------------------|--------------|--------------------|----------------------|----------------------|
| | Madrid. | Prov.ª y Portugal. | Madrid. | Prov.ª y Portugal. | Madrid y Provincias. | Madrid y Provincias. |
| | Pesetas. | | Pesetas. | | Pesetas. | Pesetas. |
| Un año. . . . | 37,50 | 40,00 | 28,00 | 30,00 | 20,00 | 15,00 |
| Seis meses. . | 19,00 | 21,00 | 14,50 | 16,00 | 10,50 | 8,00 |
| Tres id. . . . | 10,00 | 11,00 | 7,50 | 8,50 | 5,50 | 4,25 |
| Uno id. . . . | 3,50 | 4,00 | 2,50 | 3,00 | 2,00 | 1,50 |

Suscribiéndose á ambos periódicos por 1878 se obtiene la rebaja de 25 por 100 en el precio del de la MODA ELEGANTE ILUSTRADA por obsequio que la Empresa hace á las Señoras y Señoritas.

Los pedidos de libros ó de suscripciones deben dirigirse al Administrador de la ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, Carretas 12, Madrid, acompañados de su importe.

